



TROTSKY, por G. Anandac.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

***En defensa del
marxismo***

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov

Valencia, marzo de 2022
 germal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov



Seguimos la edición hecha de esta obra por la editorial barcelonesa Fontamara en 1977, con traducción del inglés de J. R. Fraguas Solé y J. Pérez Magallón desde *In Defense of Marxism*, incluyendo las notas, señaladas como “Nota de editor”. Rompiendo con nuestra costumbre, también reproducimos la nota de la editorial Fontamara. Añadimos casi todas las notas de *Défense du marxisme. URSS, marxisme et bureaucratie*, Études et documentation internationale EDI, París, 1972, señaladas como EDI. Únicamente hemos modernizado el uso de mayúsculas y reparado algún evidente lapso de traducción o error de imprenta, contrastando con la edición de EDI las dudas. Los dos textos del anexo están tomados de los [Escritos de la Editorial Pluma](#), también las notas.

Consideramos que lectura, más que complementaria, necesaria para esta obra es [La revolución traicionada. Qué es y adónde va la Unión Soviética \(anexos\)](#) del mismo León Trotsky y editada en estas mismas OELT-EIS.

Índice

Nota editorial de Fontamara (1977).....	6
Carta a James P. Cannon (12 septiembre 1939).....	12
La URSS en guerra (25 septiembre 1939).....	13
<i>El pacto germano-soviético y la naturaleza de la URSS</i>	13
<i>¿Las divergencias son políticas o terminológicas?</i>	13
<i>Examinémonos una vez más</i>	15
<i>¿Es un desarrollo canceroso o un nuevo órgano?</i>	15
<i>La pronta degeneración de la burocracia</i>	16
<i>Las condiciones para la omnipotencia y la caída de la burocracia</i>	16
<i>¿Y si la revolución socialista no se realiza?</i>	17
<i>La actual guerra y el destino de la sociedad moderna</i>	17
<i>La teoría del “colectivismo burocrático”</i>	18
<i>El proletariado y su dirección</i>	20
<i>La dictadura totalitaria: una situación de crisis aguda y no un régimen estable</i>	21
<i>La orientación hacia la revolución mundial y la regeneración de la URSS</i>	22
<i>La política exterior es la continuación de la política interior</i>	23
<i>La defensa de la URSS y la lucha de clases</i>	23
<i>La cuestión de los territorios ocupados</i>	24
<i>Nosotros no cambiamos nuestra orientación</i>	25
<i>Conclusiones</i>	27

Carta a Sherman Stanley (8 octubre 1939)	27
Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS (18 octubre 1939).....	29
<i>Psicoanálisis y marxismo</i>	29
“Un estado obrero contrarrevolucionario”	30
“¿Imperialismo?”	30
<i>Continuación de la política del imperialismo zarista</i>	30
¿ <i>Agencia del imperialismo?</i>	31
“El mal menor”	32
“Misioneros armados”	32
<i>Insurrección en dos frentes</i>	32
“Defensa incondicional de la U.R.S.S.”	33
<i>La regla fundamental</i>	33
“¿Revisión del marxismo?”	34
<i>El derecho al optimismo revolucionario</i>	34
El referéndum y el centralismo democrático (21 octubre 1939).....	35
Carta a Sherman Stanley (22 octubre 1939)	36
Carta a James P. Cannon (28 octubre 1939)	38
Carta a Max Shachtman (6 noviembre 1939).....	39
Carta a James P. Cannon (15 diciembre 1939).....	42
Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party (15 diciembre 1939)...	43
<i>Escepticismo teórico y eclecticismo</i>	43
<i>Advertencia y verificación</i>	45
<i>El ABC de la dialéctica materialista</i>	47
<i>La naturaleza de la URSS</i>	50
<i>Evolución y dialéctica</i>	51
<i>Defensa de la URSS</i>	52
<i>La guerra fino-soviética</i>	54
<i>La cuestión organizativa</i>	56
Carta a John G. Wright (19 diciembre 1939)	59
Carta a Max Shachtman (20 diciembre 1939).....	59
Cuatro cartas a la mayoría del comité nacional	60
26 de diciembre de 1939	60
27 de diciembre de 1939	61
3 de enero de 1940	62
4 de enero de 1940	63
Carta a Joseph Hansen (5 enero 1940).....	63
Carta abierta al camarada Burnham (7 enero 1940)	64

<i>¿Es lógico identificar la lógica con la religión?</i>	64
<i>¿No está obligado el revolucionario a luchar contra la religión?</i>	65
<i>Ejemplos instructivos</i>	66
<i>¿Qué propone usted en su lugar?</i>	68
<i>Falso “realismo” político</i>	69
<i>La dialéctica de la discusión actual</i>	72
<i>“Ciencia” contra marxismo y “experimentos” contra programa</i>	72
<i>“Un dialéctico inconsciente”</i>	74
<i>La dialéctica y Mr. Dies</i>	75
<i>“Cuestiones políticas concretas”</i>	77
<i>Ofuscación teórica y abstencionismo político</i>	79
<i>La pequeña burguesía y el centralismo</i>	80
<i>Conclusiones</i>	80
<i>Carta a James P. Cannon (9 enero 1940)</i>	82
<i>Carta a Farrell Dobbs (10 enero 1940)</i>	82
<i>Carta a John G. Wright (13 enero 1940)</i>	83
<i>Carta a James P. Cannon (16 enero 1940)</i>	84
<i>Carta a William F. Warde (16 enero 1940)</i>	84
<i>Carta a Joseph Hansen (18 enero 1940)</i>	85
<i>De un rasguño, al peligro de gangrena (24 enero 1940)</i>	85
<i>“Precedentes”</i>	87
<i>El bloque filosófico contra el marxismo</i>	94
<i>Lo abstracto y lo concreto. Economía y política</i>	96
<i>Shachtman hace un bloque... también con Lenin</i>	99
<i>“Economía concentrada”</i>	101
<i>Comparación con guerras burguesas</i>	102
<i>Derrotismo coyuntural o el huevo de Colón</i>	103
<i>Renuncia al criterio de clase</i>	105
<i>Una vez más: Polonia</i>	106
<i>Una vez más: Finlandia</i>	108
<i>La teoría de los “bloques”</i>	111
<i>Las fracciones en lucha</i>	114
<i>¡Es hora de detenerse!</i>	118
<i>Carta a Martin Abern (29 enero 1940)</i>	120
<i>Dos cartas a Albert Goldman</i>	121
<i>10 de febrero de 1940</i>	121
<i>19 de febrero de 1940</i>	122

¡De vuelta al partido! (21 febrero 1940).....	122
Ciencia y estilo (23 febrero 1940).....	124
Carta a James P. Cannon (27 febrero 1940).....	125
Carta a Joseph Hansen (29 febrero 1940).....	126
Tres cartas a Farrell Dobbs.....	127
4 de marzo de 1940.....	127
4 de abril de 1940.....	129
16 de abril de 1940.....	130
Los moralistas pequeñoburgueses y el partido proletario (23 abril 1940).....	131
Balance de los acontecimientos fineses (25 abril 1940).....	133
<i>Las pequeñas naciones en la guerra imperialista</i>	134
<i>Georgia y Finlandia</i>	135
“¿Dónde está la guerra civil?”.....	136
<i>La defensa de la Unión Soviética</i>	137
<i>No entregar al enemigo las posiciones ganadas</i>	138
Carta a James P. Cannon (28 mayo 1940).....	139
Carta a Albert Goldman (5 junio 1940).....	140
Sobre el Partido “Obrero” (7 agosto 1940).....	140
Carta a Albert Goldman (9 agosto 1940).....	142
Carta a Chris Andrews (17 agosto 1940).....	143
Anexos.....	144
Una vez más: la Unión Soviética y su defensa (4 noviembre 1937).....	145
<i>Craipeau olvida las principales enseñanzas del marxismo</i>	145
<i>Pero, ¿es la burocracia una clase?</i>	146
<i>¿Es una clase el producto de causas económicas o políticas?</i>	148
<i>Y, ¿dónde está la dialéctica?</i>	149
<i>El socialpatriotismo y la defensa de la Unión Soviética</i>	151
¿Ni un Estado Obrero ni un Estado Burgués? (25 noviembre 1937).....	154
<i>Forma política y contenido social</i>	154
<i>Norma y hecho</i>	157
<i>Simultáneamente una clase oprimida y una clase dirigente</i>	161

Nota editorial de Fontamara (1977)

La lucha interna en el Socialist Workers Party, el partido trotskysta norteamericano, en los años 1939-1940, que culminó con la escisión de una minoría agrupada en torno a los intelectuales Burnham, Shachtman y Abern, no fue, en cuanto a envergadura y repercusiones inmediatas, más que un acontecimiento microscópico si se la considera en las coordenadas mundiales de los momentos en que se produjo, los comienzos de la II Guerra Mundial. Sin embargo, precisamente la importancia del momento mundial y la intervención directa de Trotsky hacen de esta lucha interna uno de los puntos principales de referencia del movimiento obrero contemporáneo, por cuanto los temas centrales de la polémica (el carácter del sistema soviético, la toma de posición de los revolucionarios frente a los conflictos mundiales y la relación entre el método marxista y la práctica revolucionaria), fueron debatidos con una nitidez argumental aún no repetida desde entonces. Al interés derivado de la riqueza teórica de los debates se añade el de constituir la lucha interna del Socialist Workers Party, gracias a la intervención de un revolucionario tan experimentado como Trotsky, un verdadero modelo de lucha fraccional, culminado en una perfecta clarificación de las posiciones en presencia.

El Socialist Workers Party tenía una historia corta, pero accidentada. En 1928, Cannon, Shachtman y Abern, expulsados del Partido Comunista norteamericano tras haber manifestado su total acuerdo con las posiciones de Trotsky, formaron la Communist League of America. Tras varios años de aislamiento, la reanimación, tras la crisis económica iniciada en 1929, del movimiento obrero en 1933-34 permitió a la organización trotskysta americana realizar lo que Cannon llamó “giro hacia el trabajo de masas” e implantarse fuertemente en algunos sectores obreros. En 1934, la Communist League se fusionó con el American Workers Party, dirigido por A. J. Muste, que había evolucionado hacia la izquierda bajo la presión de la radicalización de las masas. En el Workers Party así formado se incorporan, junto a Muste, los intelectuales Burnham y Hook, hasta entonces hostiles al trotskysmo.

En el mismo año 1934 se desarrollan en el Workers Party discusiones sobre la llamada “vía francesa”, consistente en una política de entrismo en el Partido Socialista con objeto de poder operar sobre su ala izquierda. En contra del entrismo se unen Abern, Muste y Oehler frente a Cannon, Shachtman y Burnham. El entrismo en el Partido Socialista se realiza en 1936-37. Los trotskystas son expulsados en diciembre de este último año, pero salen fortalecidos. Fundan entonces el Socialist Workers Party.

La constitución del Socialist Workers Party coincide con los preámbulos de la polémica que dividirá al partido en 1939-40, ya que fue en 1937 cuando Burnham y Carter cuestionaron por primera vez la óptica de la organización en lo relativo a la consideración de la URSS como estado obrero degenerado.

A lo Largo de distintos escritos, y principalmente en *La revolución traicionada*¹ Trotsky había ido desarrollando ampliamente sus concepciones sobre el régimen soviético y la naturaleza de la burocracia de Stalin. Según su concepción, la burocracia estalinista, excrescencia maligna de la revolución, si bien tenía un carácter incuestionablemente reaccionario (sirviendo objetivamente de correa de transmisión de los intereses imperialistas en la Unión Soviética), no había, sin embargo, modificado las bases sociales del nuevo régimen, basadas en la propiedad social de los medios de producción; los intereses parasitarios de la burocracia estaban, por el contrario, vinculados al mantenimiento de esta base social, por cuanto sus privilegios, obtenidos del control sobre la propiedad estatizada, desaparecerían en caso de restauración de las formas de propiedad capitalistas. El estado de la URSS quedaba definido como “estado obrero degenerado”. La tarea

¹ L. Trotsky, *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS).

revolucionaria era tanto el derrocamiento de la burocracia como la preservación de la base social sobre la que ejercía su acción parasitaria.

Desde antes de las formulaciones de Trotsky, y dentro del campo del comunismo, se habían formado distintos agrupamientos y realizado una serie de críticas por la izquierda del régimen implantado por los bolcheviques en Octubre. Rosa Luxemburg, poco antes de morir, había ya atacado a los bolcheviques desde el punto de vista de la democracia obrera. En 1920, los comunistas holandeses agrupados en la “Comisión de Ámsterdam” habían llegado a acusar a Lenin, en palabras de Gorter, de “oportunista de la peor especie”, en nombre de una intransigente posición revolucionaria y proletaria. Dentro del mismo Partido Bolchevique, la “oposición de izquierda” de 1918, la “oposición obrera” de 1919-1920, habían abogado por la continuidad de la ofensiva revolucionaria a escala internacional, por el fortalecimiento de la composición obrera de los cuadros del partido y del estado, por la revitalización de la democracia obrera contrapuesta al creciente burocratismo.

A partir de la misma toma del poder por los bolcheviques, y sobre todo a partir de 1921 (con la terminación de la guerra civil y de la agresión imperialista contra Rusia, por un lado, y el aplastamiento por las armas de la insurrección de Kronstadt y del movimiento de Majnó por otra), las más inteligentes críticas de anarquistas Volin, Berkman, Goldmann, Archirnoff), mencheviques de izquierda (Mártov, Dan), socialistas-revolucionarios de izquierda (Steinberg), hablaban ya de “usurpación” del poder proletario por parte del partido gobernante en Rusia, de aniquilación de la democracia obrera, etc.

No fue sino a partir de su quinto congreso, en 1926, cuando la política de la Internacional Comunista, respondiendo ya directamente a unos intereses burocráticos en vías de lograr su total afianzamiento, puso de manifiesto una línea oportunista y contrarrevolucionaria que había de reflejarse principalmente en los virajes suicidas de la revolución china. Sin embargo, a partir de 1921, la creciente presión de la contrarrevolución burguesa triunfante en toda Europa, la lucha, en el seno de la Internacional Comunista y de los distintos partidos comunistas, entre unas corrientes tendentes a la continuación de la vía insurreccional de 1918-1920 y otras, más realistas (representadas ante todo por Lenin y Trotsky, que en el Tercer Congreso de la Internacional lograron imponer la política de “frente único”), orientadas hacia una necesaria rectificación hacia la derecha, fueron factores de una serie de inevitables bandazos políticos que fueron segregando, dentro del comunismo, agrupamientos y planteamientos contrapuestos a las derivaciones hacia la derecha de la política bolchevique a escala internacional y a los brotes oportunistas que encontraban su vía de manifestación en los agrietamientos producidos por las luchas internas. Lauffenberg y Wolfheim en Hamburgo, Bordiga en Italia, Pannekoek, Gorter en Holanda, etc., fueron enfrentándose, de forma más o menos consecuyente y duradera, en la acción o en la teoría, a la línea oficial de la internacional y del partido ruso, dando origen a lo que esquemáticamente puede designarse como “ultraizquierda marxista”.

A mediados de la década de los 20, con la formación de la Oposición de Izquierda, encabezada por Trotsky, se inicia la corriente de críticas más poderosa y coherente a la línea oficial. La Oposición de Trotsky, sin embargo, se orienta inicialmente a un enderezamiento de la política bolchevique y no al cuestionamiento global del nuevo régimen; y al producirse la ruptura organizativa, en 1927, lo que sigue planteando la Oposición de Izquierda es la contraposición entre el verdadero bolchevismo y su desfiguración en manos de la burocracia de Stalin: para Trotsky y la Oposición de Izquierda, la revolución social en Rusia es un hecho consumado, independientemente de las formas de poder que se sobrepongan a ella. En 1933, Trotsky afirma que el enderezamiento es ya imposible y, de ser una “oposición interna desde el exterior” a la Internacional Comunista y al partido ruso, la Oposición de Izquierda pasa a considerar a la burocracia estalinista como un ente ajeno y contrapuesto al proletariado, como un enemigo a destruir en nombre, precisamente, de la preservación y el desarrollo de las bases sociales, surgidas de Octubre, sobre las cuales esa misma burocracia se ha desarrollado.

Entretanto, al margen de la corriente trotskysta (abstracción hecha de eventuales relaciones y coincidencias) en medio de las acusaciones, todavía confusas, de “usurpación” del poder obrero por los bolcheviques, empieza a aparecer planteamientos más globalizadores. Boris Souvarine, en su biografía de Stalin, publicada en 1925 emplea ya el concepto de “clase explotadora” en referencia a la burocracia soviética. Otros, entre ellos Víctor Serge, empiezan a

emplear el término “imperialismo” en el análisis de la política exterior soviética. Formulaciones de este tipo, hechas por gentes que habían intervenido directamente en la política bolchevique y en la gestión de la Internacional Comunista, se alejaban ya de las meras acusaciones de antidemocratismo y usurpación, formuladas por anarquistas, mencheviques, eseristas, etc., pero aún no configuraban conjuntos teóricos coherentes que permitieran la formación de una alternativa política organizativamente viable a los análisis y agrupamientos de la Oposición de Izquierda.

Fue a mediados-finales de la década de los 30 cuando aparecieron, de una forma ya desarrollada, planteamientos emparentados con la “ultraizquierda marxista” que iban adquiriendo ya una entidad teórica contrapuesta, de forma más o menos sistematizada, tanto al régimen de Stalin como al análisis de la URSS de la Oposición de Izquierda.

En 1931, el obrero francés Yvon, que había residido once años en la URSS, escribía: “el análisis ruso tiende a mostrar la posible existencia de un régimen que no habíamos previsto: reinado del técnico económico y social, sucediendo a la era capitalista.” “Hay clases en la URSS: clases privilegiadas, clases explotadas, clases dominantes y clases dominadas.”²

En 1938 se publica la obra en dos volúmenes de Anton Ciliga (vol. I, *Au pays du mensonge déconcertant*, vol. II, *Sibérie*) Ciliga, exalto funcionario de la Internacional, había participado en la Oposición Conjunta y sufrido seis años de deportación en Siberia. A través de los debates con otros deportados, había roto primero con Trotsky, considerando que no ofrecía sino una vía subjetivamente más sana de un mismo proceso objetivo de degeneración de la revolución. Llevando más allá su reconsideración teórica, había cuestionado retrospectivamente al mismo Lenin, y rompió finalmente con el bolchevismo en su conjunto, afirmando que, salvando las abismantes diferencias intelectuales y morales, Lenin, Trotsky y Stalin “eran todos lo mismo”. Desde una óptica testimonial, Ciliga describe lo que él considera una nueva clase dominante y explotadora formada por el funcionariado, los técnicos y los militares, clase cuyo asentamiento y poder se ha producido sobre la base de una degeneración del proletariado ruso, agotado, desilusionado por los pobres resultados aportados por la revolución en la vida cotidiana y en las relaciones industriales, desarmado ideológica y organizativamente al actuar la “nueva clase” en nombre, precisamente, de los intereses del proletariado y de la revolución proletaria.

En 1939 aparece *La bureaucratization du monde*, de Bruno Rizzi, en la que el reinado de los burócratas, no sólo en Rusia, sino también en los fenómenos fascista y nazi (significativamente, Rizzi mandó ejemplares de su obra a Stalin y a Hitler), es presentado como un nuevo modo de producción, superior al capitalismo y distinto del socialismo. El galimatías estilístico y el confusiónismo ideológico de Rizzi no impiden que la suya sea la más completa formulación de esta nueva idea, y es a este título que Trotsky la considera como la única alternativa teórica global digna de tomarse en consideración frente a sus propias concepciones.

Dos años antes del libro de Rizzi, y coincidiendo con el de Yvon, se habían manifestado graves discrepancias en el movimiento opositor de izquierda en torno a la calificación de “estado obrero” aplicada a la URSS. Al mismo tiempo que Burnham y Carter suscitaban la discusión en los Estados Unidos, Yvan Craipeau, dirigente del Parti Ouvrier Internationaliste, francés, que se convertiría luego en sección francesa de la IV Internacional, identificaba, en su informe al cuarto congreso de su partido, a la burocracia soviética con una clase. Trotsky replicó inmediatamente, a Craipeau con *Una vez más la Unión Soviética y su defensa*, y a Burnham y Carter con *¿Un estado no obrero y no burgués?* Con el intenso trabajo político de la creación de la IV Internacional, estas divergencias amainaron, aunque, como se evidenció en 1939, siguieron latentes.

La polémica de 1939-1940 se inició en relación directa con el pacto germano-soviético y los inicios de la II Guerra Mundial. El 22 de agosto de 1939 se hace público el pacto germano-soviético, que comporta el reparto de Polonia y la incorporación a la URSS de los países bálticos. El mismo día, Shachtman presenta una moción pidiendo “que la próxima reunión del Comité Político [del Socialist Workers Party] empiece con la discusión sobre nuestra apreciación del pacto Hitler-Stalin en relación a nuestra evaluación del estado soviético y a nuestras perspectivas

² Yvon, *Ce qu'est devenue la révolution russe*, Masses, París, 1937. Frases citadas en nota a pie de página en *Défense du marxisme*, EDI, París, 1972, p. 81.

cara al futuro”. El 3 de septiembre, Burnham presenta a su vez una moción para que se reúna el Comité Nacional del SWP la semana siguiente y figure en el orden del día la reconsideración de la cuestión rusa. La moción de Burnham es aceptada y, al mismo tiempo, se le pide un escrito sobre el tema. El día 5, Burnham presenta el escrito solicitado, *Sobre el carácter de la guerra*, en el que dice: “Es imposible ver a la Unión Soviética como un estado obrero en cualquier sentido... La intervención soviética [en la guerra] estará subordinada por completo al carácter imperialista general del conflicto en su conjunto; y no será, en ningún sentido, una defensa de los restos de la economía socialista.” Trotsky responde a Burnham con *La URSS en guerra*, y con ello se inicia la polémica.

La primera afirmación clave de Trotsky es: la URSS puede ser o no un estado obrero, pero no hay por qué hacer depender esta definición del acto germano-soviético. Toda su argumentación posterior se referirá, de una forma u otra, a este primer postulado. La única defensa consecuente de la URSS, para Trotsky, pasa por la lucha por el derrocamiento la burocracia estalinista. La política reaccionaria de esta burocracia, consecuentemente, no puede servir de criterio para determinar el alineamiento de los revolucionarios respecto a los países y campos en lucha.

La guerra de Finlandia profundiza las divergencias. El 30 de septiembre de 1939, Stalin desencadena la ofensiva contra Finlandia, con objeto de hacer retroceder una frontera peligrosamente cercana a Petrogrado y de conquistar salidas hacia el mar del Norte. La ofensiva es un grave fracaso: en dos meses, el ejército soviético sólo ha avanzado treinta kilómetros. Hasta el 2 de marzo de 1940 no logra romper la línea Mannerheim. El 12 de marzo se firma la paz. Stalin obtiene parte de Carelia y el puerto de Vyborg, pero ha proporcionado a su aliado Hitler datos importantes sobre el escaso poder ofensivo del ejército soviético y se ha alienado la opinión pública occidental, ya girada contra la URSS desde el pacto Hitler-Stalin y volcada ahora a favor de la resistencia de la “pequeña y heroica Finlandia” (por mucho que estuviera dirigida por un aristócrata reaccionario, el general barón Mannerheim. Indudablemente, y tal como confirmó tanto el curso de la polémica como la evolución posterior de los dirigentes de la minoría opositora, el peso de la opinión pública influyó en un grado considerable sobre ellos, tanto en el momento del pacto germano-soviético como en la guerra de Finlandia, en la que vieron una ilustración de sus posiciones.

Desde el 30 de septiembre de 1939, Burnham y Shachtman habían calificado de “imperialista” la ocupación por la URSS de la parte de Polonia que le correspondía según el pacto Hitler-Stalin. Trotsky, por su parte, subraya, tanto en el caso de Polonia como en el de Finlandia, el hecho de que, independientemente del carácter reaccionario de la política de Stalin, la intervención militar soviética en esos países ha comportado, aun en contra de los deseos de la misma burocracia, trastocamientos sociales progresivos: el control obrero de las empresas en Polonia, la liquidación de las estructuras agrarias más atrasadas, etcétera, responden a la imposibilidad, por parte de la burocracia de evitar la extensión de las relaciones sociales a cuya existencia están vinculados sus privilegios y su misma supervivencia. Unos mismos hechos sirven pues a Trotsky de demostración de la validez de sus posiciones (lo cual proporciona, de paso, un interesante y único dato para confrontar sus enfoques con la “satelización” por la URSS de una serie de países después de la guerra) y para afianzar a Burnham y Shachtman en una posición diametralmente opuesta. En el plano teórico, las diferencias se evidencian ya prácticamente insalvables.

Trotsky abre entonces un nuevo frente de debate, cuestionando el método de razonamiento de sus oponentes y, poco después, el carácter de clase de la minoría opositora. Burnham, Shachtman y Abern han formado un “bloque sin principios”, y es por ello que ponen invariablemente el acento en las “cuestiones políticas concretas”, eludiendo el enfrentamiento en el terreno de los principios y exclamando una y otra vez que no es de filosofía de lo que se está hablando. El debate que se abre sobre el método dialéctico se revelará sin embargo decisivo.

Burnham rechaza explícitamente la dialéctica, sustituyéndola, según la definición de Trotsky, por un eclecticismo de intelectual pequeñoburgués; pero no deja por ello de autodefinirse como marxista. Shachtman acepta la dialéctica, pero va políticamente a remolque de Burnham. Trotsky identifica el rechazo de la dialéctica con un rechazo del marxismo mismo, demuestra que las acusaciones de burocratismo y conservadurismo dirigidas por la minoría contra la “camarilla

de Cannon” (dirigente de la mayoría) son reducibles, en realidad, a un rechazo del centralismo democrático, y asimila el debate a una lucha de una minoría pequeñoburguesa contra la disciplina, los métodos y los principios de un partido proletario.

Cannon, el dirigente de la mayoría, en un escrito dedicado específicamente a esta lucha fraccional (*The Struggle for a proletarian party*), señaló: “Las luchas políticas en general, incluyendo las luchas fraccionales graves en un partido... se desarrollan bajo la presión de fuerzas sociales y reflejan la lucha de clases en uno u otro grado. Esta ley queda demostrada de una forma chocante en el desarrollo de la discusión actual dentro de nuestro partido.”³ Al margen de los aspectos teóricos de la polémica, cuyo valor no tiene por qué vincularse indisolublemente con la personalidad de los sostenedores de una y otra de las posiciones enfrentadas, los hechos posteriores confirmaron espectacularmente el diagnóstico de Trotsky en cuanto al carácter sociológico-político de la minoría Burnham-Shachtman-Abern. Efectivamente, si bien Abern, tras su expulsión, se marginó por completo, hasta su muerte en 1949, de toda actividad política, la evolución de Burnham tras su escisión en abril de 1940 y la de Shachtman tras ser expulsado junto con Abern fueron una total confirmación de los diagnósticos.

Burnham, Shachtman y Abern formaron, al salir del Socialist Workers Party, un Workers Party que, tras numerosas peripecias, acabó disuelto en el Partido Socialista Norteamericano. Poco después de la formación del Workers Party, Burnham lo abandonaba, reconociendo explícitamente, en su carta de dimisión, que Trotsky tenía razón al hacer equivaler el rechazo de la dialéctica al del marxismo en su conjunto: Burnham se declaraba no marxista. Pero la evolución de Burnham en dirección opuesta al marxismo no se detuvo en este punto, sino que pronto se convirtió en una clara evolución hacia la extrema derecha, evolución que le llevó hasta la colaboración en la “caza de brujas” de Mac Carthy y al apoyo incondicional a la política imperialista norteamericana.

Shachtman no llegó tan lejos en su evolución, pero tras una serie de peripecias políticas acabó varándose en el ala extrema derecha de la socialdemocracia norteamericana, desde la cual, y en nombre de la “defensa del mundo libre frente al totalitarismo”, apoyó la invasión de Bahía Cochinos, la intervención en Vietnam, los bombardeos sobre Vietnam del Norte, la candidatura presidencial de Hubert Humphrey, etc.

Paralelamente a Burnham y Shachtman, otros intelectuales que habían estado vinculados al movimiento opositorista de izquierda, como Max Eastman o Sidney Hook, evolucionaron también hacia la extrema derecha.

En lo político, pues, quedó plenamente justificada y verificada la posición de Trotsky en la polémica, como defensa del carácter proletario de la mayoría del partido frente a una desviación pequeñoburguesa cuyas implicaciones reaccionarias se evidenciaron posteriormente con asombrosa claridad. En lo teórico, el curso tortuoso de la II Guerra Mundial y de las relaciones mundiales de la postguerra proporcionó un material abundante tanto a los partidarios como a los detractores de los análisis de Trotsky. Han ido surgiendo distintos agrupamientos en la línea de explicación de Rizzi, siendo el principal de ellos Socialismo o barbarie, pero hasta ahora ninguno ha logrado una implantación mínima en las masas, ni ha mantenido una existencia muy prolongada. La polémica sobre el estado soviético, sin embargo, sigue viva; pero nos abstendremos de referirnos a ella, deseando limitar esta nota a un encuadre que permita al lector una más fácil lectura de los textos.

Dos años después de la muerte de Trotsky, sus escritos en la polémica fueron compilados y publicados por el Socialist Workers Party. El propio Trotsky había sugerido en algún momento la conveniencia de esta publicación, pero no había dejado indicaciones sobre la estructuración de los textos ni sobre el título. La primera edición, de 1942, agrupaba 35 textos de Trotsky (entre artículos, folletos y cartas) y dos de Burnham, *Ciencia y estilo* y su carta de dimisión del Workers Party. La segunda edición norteamericana, de Pathfinder Press, New York, 1973, reproduce esta misma estructuración, con un prólogo de Joseph Hansen y George Novack. La inclusión de los dos textos de Burnham respondía, principalmente, sin duda, al propósito de dar elementos para la verificación de la exactitud de los pronósticos y valoraciones de Trotsky en el curso de la

³ James P. Cannon: *The Struggle for a Proletarian Party*, Pathfinder Press, 2ª ed., New York, 1970, p. 1.

polémica, siendo estos dos textos aquellos en que se manifiesta más explícitamente el abandono, por parte de Burnham, primero de la dialéctica, y después del marxismo en su conjunto.

La edición francesa de EDI, París, 1972, con prólogo de Pierre Naville e introducción de Jean-Jacques Marie, añade a los textos de las ediciones de Pathfinder Press los textos en que Trotsky, en 1937, respondía a Yvan Craipeau y a Burnham y Carter cuando, por primera vez, se planteó una grave discrepancia en el movimiento opositorista de izquierda en torno al carácter de la URSS: *Una vez más, la Unión Soviética y su defensa*, y *¿Un Estado no obrero y no burgués?* En los apéndices, la edición de EDI añade, a los dos textos de Burnham, otros de Craipeau, Naville y Hal Draper. En dicha edición falta la carta de Cannon del 28 de octubre de 1939, carta que no fue publicada por primera vez sino en la segunda edición norteamericana, en 1973.

Las ediciones castellanas anteriores a la presente sólo comprenden parte de los escritos centrales de Trotsky en la polémica, omitiendo prácticamente la totalidad de la correspondencia y algunos de los escritos fundamentales.

En la presente edición quedan agrupados la totalidad de los escritos de Trotsky. Vienen ordenados, siguiendo el criterio de las dos ediciones norteamericanas, por riguroso orden cronológico. Se han añadido, como anexos, los textos de 1937 en respuesta a Craipeau y a Burnham-Carter, no incluidos en las ediciones de Pathfinder. Se han omitido en cambio los textos de Burnham, estando orientada esta edición a presentar, por primera vez completa en castellano, una obra fundamental de Trotsky, más que a proporcionar elementos de contraste para el estudio político de la polémica con Burnham. Presentamos 38 textos de Trotsky, siendo pues ésta la más completa edición posible de la obra en lo que a textos de Trotsky se refiere.

Carta a James P. Cannon (12 septiembre 1939)

12 de septiembre de 1939

Querido Jim:

Estoy escribiendo un estudio sobre el carácter social de la URSS en relación con la cuestión de la guerra. El escrito, con su traducción, me llevará al menos otra semana. Las ideas fundamentales son las siguientes:

1. Nuestra definición de la URSS puede ser acertada o falsa, pero no veo ninguna razón para hacer depender esta definición del pacto germano-soviético.

2. El carácter social de la URSS no está determinado por su amistad con la democracia o el fascismo. Aquel que adopte semejante punto de vista se convierte en prisionero de la concepción estalinista de la época del Frente Popular.

3. Aquel que diga que la URSS no es ya un estado obrero degenerado, sino una formación social nueva, debe decir claramente qué es lo que añade a nuestras conclusiones políticas.

4. La cuestión de la URSS no puede aislarse, como caso aparte, del proceso histórico de nuestro tiempo en su conjunto. O bien el estado de Stalin es una formación transitoria, la deformación de un estado obrero en un país atrasado y aislado, o bien el “colectivismo burocrático” (Bruno R., *La Bureaucratisation du Monde*, París, 1939)⁴ es una formación social nueva que está reemplazando al capitalismo en todo el mundo (estalinismo, fascismo, New Deal, etc.). Los experimentos terminológicos (estado obrero o no estado obrero; clase o no clase, etc.) sólo adquieren un sentido desde esta perspectiva histórica. Aquel que elige la segunda alternativa admite, abierta o calladamente, que están agotadas todas las potencialidades revolucionarias del proletariado mundial, que el movimiento socialista está en bancarota, y que el viejo capitalismo está transformándose en “colectivismo burocrático” con una nueva clase explotadora.

La enorme importancia de semejante conclusión es evidente por sí misma. Conciérne a todo el destino del proletariado mundial y de la humanidad. ¿Tenemos nosotros el menor derecho a adentrarnos, por experimentos puramente terminológicos, en una concepción histórica nueva, que se encuentra en absoluta contradicción con nuestro programa, nuestra estrategia y nuestra táctica? Un salto tan aventurado sería doblemente criminal ahora, en vista de la guerra mundial, cuando la perspectiva de la revolución socialista se convierte en una realidad inminente y cuando el asunto de la URSS va a mostrarse a todos como un episodio transitorio en el proceso de la revolución socialista mundial.

Escribo estas líneas apresuradamente, lo cual explica su insuficiencia; pero espero enviarte más acabadas mis tesis en una semana.

Un saludo de camaradería.

V. T. O. (León Trotsky)

⁴ Bruno Rizzi: *La bureaucratization du monde*, Presses modernes, París, 1939, publicado a cargo del autor. La obra de Burnham, principal antagonista de Trotsky en la polémica, *The Managerial Revolution*, publicada poco después de la ruptura explícita de Burnham con el marxismo, es, en lo fundamental, un plagio no confesado de esta obra de Rizzi (Nota de editor.)

La URSS en guerra (25 septiembre 1939)

El pacto germano-soviético y la naturaleza de la URSS

¿Es posible, tras la conclusión del pacto germano-soviético, considerar a la URSS como un estado obrero? El futuro del estado soviético ha suscitado una y otra vez la discusión entre nosotros. No es extraño; tenemos ante nosotros la primera experiencia de un estado obrero en la historia. Este fenómeno, nunca ni en ningún sitio, ha estado antes disponible para su análisis. Ante el problema del carácter social de la URSS, los errores provienen habitualmente, como habíamos anticipado, de sustituir el hecho histórico por la norma programática. El hecho concreto se desvincula de la norma. Esto no significa, sin embargo, que haya invalidado la norma; por el contrario, la ha reafirmado, desde el punto de vista negativo. La degeneración del primer estado obrero, investigada y explicada por nosotros, no hace sino mostrar más gráficamente lo que debe ser un estado obrero, lo que podría y debería ser bajo determinadas condiciones históricas. La contradicción entre el hecho concreto y la norma no nos lleva a rechazar la norma, sino, por el contrario, a luchar por ella a través de una vía revolucionaria. El programa de la cercana revolución en la URSS está determinado de un lado por nuestra apreciación de la URSS como un *hecho* histórico objetivo, y, de otro lado, por la *norma* que define un estado obrero. No decimos: “Todo está perdido, debemos empezar de nuevo” Claramente indicamos aquellos elementos del estado obrero que pueden, en el estadio actual ser preservados, mantenidos y ulteriormente desarrollados.

Aquellos que hoy se esfuerzan por demostrar que el pacto germano-soviético modifica nuestra apreciación del estado soviético se colocan, sustancialmente, en las mismas posiciones que el Comintern –o, por decirlo más exactamente, en las posiciones que ayer tenía el Comintern. De acuerdo con esta lógica, la misión histórica del estado obrero es la lucha por la democracia imperialista. La “traición” a las democracias en favor del fascismo priva entonces a la URSS de ser considerada como un estado obrero. De hecho, la firma del tratado con Hitler sólo proporciona un elemento más con el cual medir el grado de degeneración de la burocracia soviética su desprecio por la clase obrera internacional incluyendo al Comintern, pero no suministra ninguna base para revisar la apreciación sociológica de la URSS.

¿Las divergencias son políticas o terminológicas?

Empecemos por plantear el problema de la naturaleza del estado soviético, no sobre un nivel sociológico-abstracto, sino en plano de las tareas políticas concretas. Admitamos por un momento que la burocracia es una nueva “clase” y que el actual régimen en la URSS es un sistema especial de explotación de clase. ¿Qué nuevas conclusiones políticas se desprenden para nosotros de estas definiciones? La Cuarta Internacional reconoció hace tiempo la necesidad de derrocar a la burocracia por medio de una insurrección revolucionaria de los trabajadores. Ninguna otra cosa es ni puede ser propuesta por aquellos que proclaman que la burocracia es una “clase” explotadora. El objetivo que el derrocamiento de la burocracia debe permitir alcanzar es el

restablecimiento del gobierno de los sóviets, expulsando de ellos a la actual burocracia⁵. Nada diferente puede ser propuesto o es propuesto por los críticos de izquierda⁶. Es la tarea de los sóviets regenerados el colaborar con la revolución mundial y la construcción de una sociedad socialista. El derrocamiento de la burocracia presupone, por lo tanto, la preservación de la propiedad del estado y de la economía planificada. En esto se encuentra el meollo de todo el problema.

Es evidente que el reparto de las fuerzas productivas en las diferentes ramas de la economía y, de forma general, todo el contenido del plan, cambiarán drásticamente cuando este plan esté determinado no por los intereses de la burocracia, sino por los mismos productores. Pero en la medida en que el problema del derrocamiento de la oligarquía parasitaria sigue estando unido al mantenimiento de la propiedad nacionalizada (de estado) definimos la próxima revolución como revolución *política*. A los de nuestros críticos (Ciliga⁷, Bruno y otros) quieren, sea como sea, definirla como revolución *social*.

⁵ Veamos la forma en que *El Programa de Transición* plantea el problema de la expulsión de la burocracia de los sóviets y la regeneración de la democracia soviética: [sin citar aquí como hacen las EDI, enviamos a la lectura del epígrafe “La URSS y las tareas de la época de transición”. Dentro de *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (El congreso de fundación de la IV Internacional y otros anexos)*, en estas mismas OELT-EIS, página 30 y siguientes del formato pdf. EIS] EDI.

⁶ Recordamos que algunos de los camaradas que se inclinan a considerar a la burocracia como una nueva clase se oponen a la vez, resueltamente, a la exclusión de la burocracia de los sóviets. (Nota de autor.) Trotsky alude aquí a una discusión que mantuvo con John Carter, el militante norteamericano que, en diciembre de 1937, presentó un texto conjuntamente con Burnham, en el que cuestionaban la definición de la URSS como “estado obrero”. Tras la publicación del proyecto de *Programa de Transición*, John Carter escribió a Trotsky una carta en la que cuestionaba la justeza de la consigna “La burocracia y la nueva aristocracia deben ser expulsadas de los sóviets”. Trotsky resume los argumentos de esta carta en el artículo escrito el 3 de julio de 1938 para responderle: [“Hay que expulsar de los sóviets a la burocracia y a la nueva aristocracia”, en nuestra serie *Trotsky inédito en internet y en castellano*], el artículo también se publicó en el boletín interno del SWP. EDI.

⁷ Anton Ciliga: *Dix ans derriere le rideau de fer. Vol. I, Au pays du mensonge déconcertant. Vol. II, Sibérie*. Les Iles d’Or, París, 1938. (Nota de editor.) Anton Ciliga: Militante socialista croata, se adhirió al movimiento comunista de Yugoslavia en 1919. Miembro del Buró Político del Partido Comunista de Yugoslavia en 1925, en 1926 miembro del Buró Balcánico de la Internacional Comunista. En diciembre de 1926 asistió al Pleno Ampliado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Perteneciente a la fracción de izquierda del partido comunista yugoslavo, Ciliga estuvo entre los numerosos militantes yugoslavos reunidos en Moscú en febrero de 1929 que condenaron la “cobardía” de la dirección de la Internacional Comunista y sus emisarios yugoslavos durante el golpe de estado fascista de la “mano blanca”. Se unió a la Oposición de Izquierda. Arrestado en mayo de 1930 y deportado a Siberia, fue liberado en diciembre de 1935 y expulsado. En 1939 publicó un libro titulado *En el país de la desconcertante mentira* y en el que afirmaba: En la Rusia actual, la explotación capitalista, la opresión política e incluso la esclavitud van de la mano de un cierto progreso económico” Cuenta en él las discusiones llevadas a cabo en la prisión “campo político” de Verjne-Uralsk, en 1931-1932 en los grupos de deportados de la Oposición de Izquierda o próximos a ellos. Una minoría “trotskysta” a la que pertenecía Ciliga se pronunció a favor de la revisión de la naturaleza de clase de la URSS: “La primera cuestión discutida fue la del carácter del estado soviético. ¿Es un estado obrero y socialista? Si no, ¿a qué clase representa? La discusión duró más de seis meses. Todavía manteníamos reservas que nos desaconsejaban cualquier prisa: mientras, esperábamos que Trotsky cruzase el Rubicón y negase el carácter obrero del estado estalinista. Muchos de nosotros ya estábamos persuadidos de que no había traza de “dictadura del proletariado” en la URSS [...] Los “negacionistas” de la dictadura del proletariado en la URSS presentaron dos resoluciones diferentes. Unos pensaban que ya no había dictadura del proletariado en la URSS pero que “se mantenían los fundamentos económicos de la Revolución de Octubre”. De ello concluían que había que hacer una “revolución política” acompañada por una “profunda reforma de la economía.” Los otros “negacionistas”, a los que yo seguía, pensaban que no solamente eran ajenos y hostiles al proletariado el orden político sino, también el orden social y económico. Así, nos planteábamos una revolución no solamente política, sino, también social que abriese la vía al desarrollo del socialismo. Creíamos que la burocracia era una verdadera clase y una clase hostil al proletariado”. (páginas 187-188. Ciliga decía, en conclusión: “En el fondo, Trotsky es el teórico de un régimen del que Stalin es el realizador.” (página 198). EDI.

Aceptemos esta definición. ¿Qué cambia esto en esencia? A las tareas de la revolución que nosotros hemos enumerado no añade absolutamente nada.

Nuestros críticos, como norma, aceptan los hechos tal y como los hemos establecido nosotros desde hace tiempo. No añaden absolutamente nada esencial a la apreciación, sea sobre la situación de la burocracia y los trabajadores, sea sobre el papel del Kremlin en el campo internacional. En todos estos terrenos, no sólo no discuten nuestro análisis, sino que se basan completamente sobre él e incluso se limitan a él totalmente. La única acusación que dirigen contra nosotros es que no sacamos las “conclusiones” necesarias. Una vez examinadas, sin embargo, parece que estas conclusiones tienen un puro carácter terminológico. Nuestros críticos se niegan a llamar estado obrero al estado obrero degenerado. Exigen que la burocracia totalitaria sea denominada clase dirigente. La revolución contra esta burocracia proponen considerarla social y no política. Si les hiciéramos estas concesiones terminológicas, colocaríamos a nuestros críticos en una situación extremadamente difícil puesto que no sabrían ni qué hacer con su victoria puramente verbal.

Examinémonos una vez más

Sería, por lo tanto, un absurdo monstruoso romper con camaradas que sobre el problema de la naturaleza social de la URSS tienen una opinión diferente de la nuestra, en la medida en que se solidarizan con nosotros en cuanto a las tareas políticas. Pero, por otro lado, sería ceguera por nuestra parte el ignorar divergencias puramente teóricas, e incluso terminológicas, puesto que en el curso de nuevos desarrollos pueden tomar cuerpo y sangre y llevar a conclusiones políticas diametralmente opuestas. Así como un ama de casa cuidadosa nunca deja acumularse telarañas y basura, tampoco un partido revolucionario puede tolerar la falta de claridad, la confusión y los equívocos. ¡Nuestra casa debe conservarse limpia!

Recordaré, para ilustrar esta idea, el problema del Thermidor. Afirmamos durante mucho tiempo que el Thermidor en la URSS no hacía más que prepararse, pero que no se había consumado. Más tarde, analizando la analogía con el Thermidor⁸ con un carácter más preciso y reflexivo, llegamos a la conclusión de que el Thermidor se había dado hacía ya tiempo. Esta rectificación abierta de nuestro propio error no suscitó en nuestras filas la más mínima conmoción. ¿Por qué? Porque la *esencia* de los procesos en la Unión Soviética había sido comprendida de manera idéntica por todos nosotros, pues juntos habíamos estudiado día a día el auge de la reacción. Para nosotros no se trataba más que de precisar una analogía histórica, nada más. Espero que hoy todavía, a pesar del intento de algunos camaradas de ocultar las divergencias sobre el problema de la “defensa de la URSS” (tema que ahora trataremos), llegaremos a conservar nuestra unanimidad sobre las bases del programa de la Cuarta Internacional, simplemente precisando más nuestras ideas.

¿Es un desarrollo canceroso o un nuevo órgano?

Nuestros críticos han argumentado más de una vez que la actual burocracia soviética se parece muy poco a la burocracia burguesa u obrera de la sociedad capitalista; y que en mucho mayor grado que la burocracia fascista representa una formación social nueva y mucho más poderosa. Esto es totalmente correcto y nosotros nunca hemos cerrado los ojos a esto. Pero si consideramos a la burocracia como una “clase”, entonces

⁸ Recordamos que la analogía la establece Trotsky con el golpe de estado del 9 de Thermidor (27 de julio de 1794), en el que fue derribada la dictadura plebeya de Robespierre, pasando a ejercer el poder, de forma directa, la burguesía. (Nota del editor)

estamos obligados a afirmar también que esta clase no se parece en nada a ninguna de las clases poseedoras que hemos conocido en el pasado; el resultado no es muy grande, por lo tanto. Calificamos frecuentemente a la burocracia soviética como casta, subrayando con ello su carácter cerrado, su gobierno arbitrario y la soberbia de la capa dirigente, que considera que sus progenitores descienden de los divinos labios de Brahma mientras que las masas populares provienen de las partes más viles de su anatomía. Pero tampoco esta definición tiene, por supuesto, un carácter estrictamente científico. Su ventaja relativa reside en que el carácter provisional de este término queda claro para todos, en la medida en que a nadie se le ocurre asimilar la oligarquía de Moscú a la casta hindú de los brahmanes. La antigua terminología sociológica no preparó, ni podía haber preparado un nombre para un nuevo fenómeno social que está en proceso de evolución (degeneración) y que no ha tomado formas estables. Sin embargo, seguimos todos calificando a la burocracia soviética de burocracia, sin olvidar sus particularidades históricas. Por el momento, desde nuestro punto de vista, esto es suficiente.

Científica y políticamente (y no sólo terminológicamente) el problema se plantea así: ¿representa la burocracia un desarrollo temporal en el organismo social, o se ha transformado ya este desarrollo en un órgano históricamente indispensable? Las excrescencias sociales pueden ser producto de una combinación “accidental” (es decir, temporal y excepcional) de circunstancias históricas. Un órgano social (y toda clase lo es, comprendida una clase explotadora, no puede constituirse más que como resultado de las profundas exigencias internas de la misma producción. Si no respondemos a esta cuestión, toda la discusión degenerará en un estéril juego de palabras.

La pronta degeneración de la burocracia

La justificación histórica de toda clase gobernante ha consistido siempre en esto: en que el sistema de explotación dirigido por ella ponía a un nivel superior el desarrollo de las fuerzas productivas. Es indudable que el régimen soviético ha dado un poderoso impulso a la economía. Pero el origen de este impulso fue la nacionalización de los medios de producción y los comienzos de la planificación, y de ninguna manera el hecho de que la burocracia usurpase la dirección de la economía. Por el contrario, el burocratismo, como sistema, se ha convertido en el peor de los frenos al desarrollo técnico y cultural del país. El hecho de que la economía soviética se haya ocupado durante dos decenios de trasplantar y asimilar la tecnología y la organización de la producción de los países capitalistas avanzados ha ocultado este hecho durante cierto tiempo. El período de copias e imitaciones aún pudo acomodarse, para bien o para mal, al automatismo burocrático, es decir, a la asfixia del espíritu de iniciativa y creación. Pero cuanto más se desarrollaba la economía y más complejas se hacían sus exigencias, tanto más insoportable se hacía el obstáculo del régimen burocrático. La contradicción siempre creciente entre una y otra lleva a convulsiones políticas incesantes, a la exterminación sistemática de los elementos creadores más eminentes en todos los terrenos de la actividad. Así, antes de exudar de sí misma una “clase dirigente”, la burocracia entró en contradicción irreconciliable con las exigencias del desarrollo. La explicación a esto debe ser buscada precisamente en el hecho de que la burocracia no es la portadora de un nuevo sistema económico propio de ella e imposible sin ella, sino una excrescencia parasitaria en un estado obrero.

Las condiciones para la omnipotencia y la caída de la burocracia

La oligarquía soviética tiene todos los defectos de las viejas clases dirigentes, sin tener su misión histórica. En la degeneración burocrática del estado soviético no son las leyes generales de la sociedad contemporánea, del capitalismo al socialismo, las que

encuentran su expresión, sino un reflejo particular, excepcional y temporal de estas leyes en las condiciones de un país revolucionario atrasado con un entorno capitalista. La escasez de los bienes de consumo y la lucha general por su obtención engendra al policía que se atribuye la función de distribución. La presión hostil ejercida desde el exterior impone al policía el papel de “defensor” del país, le da una autoridad nacional, y le permite así saquear el país doblemente.

Ambas condiciones para la omnipotencia de la burocracia (el retraso del país, y el entorno imperialista) tienen, sin embargo, un carácter temporal y transitorio y debe desaparecer con la victoria de la revolución internacional. Los mismos economistas burgueses han calculado que, con una economía planificada, se podría elevar rápidamente la renta nacional de los Estados Unidos a 200 billones de dólares anuales y garantizar de esta manera a toda la población no sólo la satisfacción de sus necesidades elementales, sino incluso un verdadero bienestar. Por otra parte, la revolución internacional significaría el fin del peligro proveniente del exterior, causa suplementaria de la burocratización. La eliminación de la necesidad de gastar una parte enorme de la renta nacional en armamento aumentaría aún más el nivel de vida y cultural de las masas. En estas condiciones, la necesidad de un policía distribuidor desaparecería por sí misma. La administración, como una cooperativa gigantesca, reemplazaría muy rápidamente el poder estatal. No habría lugar para una nueva clase dirigente ni para un nuevo régimen de explotación situado entre el capitalismo y el socialismo.

¿Y si la revolución socialista no se realiza?

La desintegración del capitalismo, al igual que la desintegración de la vieja clase dirigente, ha alcanzado límites extremos. Es imposible la pervivencia de este sistema. Las fuerzas productivas deben ser organizadas de acuerdo a un plan. Pero ¿quién llevará a cabo esta tarea? ¿El proletariado, o una nueva clase dirigentes de “comisarios” (políticos, administradores y técnicos)? La experiencia histórica demuestra, según la opinión de ciertos pensadores, que no se puede tener esperanza en el proletariado. El proletariado se ha mostrado “incapaz” de impedir la última guerra imperialista, a pesar de que las condiciones materiales para la revolución socialista ya existían en aquel momento. Los triunfos del fascismo tras la guerra fueron nuevamente consecuencia de la “incapacidad” del proletariado para sacar a la sociedad capitalista del callejón sin salida. La burocratización del estado soviético fue, a su vez, consecuencia de la “incapacidad” del proletariado mismo para regir la sociedad a través de un mecanismo democrático. La revolución española fue estrangulada por las burocracias fascista y estalinista ante los mismos ojos del proletariado mundial⁹. Finalmente, el último eslabón en esta cadena es la nueva guerra imperialista, cuya preparación ha tenido lugar de manera abierta, con una total impotencia por parte del proletariado mundial. Si esta concepción se acepta, esto es, si se admite que el proletariado no tiene fuerzas para llevar a cabo la revolución socialista, entonces la tarea urgente de estatizar las fuerzas productivas, obviamente, será realizada por otros. ¿Por quién? Por una nueva burocracia que sustituir-a a la burguesía decadente como una nueva clase dirigente a escala mundial. Así es como el problema está empezando a ser planteado por aquellos “izquierdistas” que no se cansan de debatir sobre las palabras.

La actual guerra y el destino de la sociedad moderna

Por la misma evolución de los acontecimientos, este problema se plantea ahora de manera muy concreta. La segunda guerra ha empezado. Ello confirma

⁹ Ver en estas mismas [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT\): La revolución estrangulada.](#)

incontrovertiblemente el hecho de que la sociedad no puede continuar viviendo sobre las bases del capitalismo. De este modo somete al proletariado a una nueva y tal vez decisiva prueba.

Si, como creemos firmemente, esta guerra provoca una revolución proletaria, ello llevará inevitablemente al derrocamiento de la burocracia de la URSS y a la regeneración de la democracia soviética sobre unas bases económicas y culturales mucho más altas que en 1918. En este caso, el problema de si la burocracia estalinista era una “clase” o una excrescencia en el estado obrero se resolverá automáticamente. Estará claro para cualquier persona que, en el proceso del desarrollo de la revolución mundial, la burocracia soviética fue sólo una recaída *episódica*.

Si se admite, sin embargo, que la actual guerra provocará no la revolución sino un declive del proletariado, entonces queda otra alternativa: la mayor decadencia del capitalismo monopolista, su mayor fusión con el estado, y la sustitución de la democracia, allí donde todavía exista, por un régimen totalitario. La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos la dirección de la sociedad podría llevar actualmente, bajo estas condiciones, al crecimiento de una nueva clase explotadora a partir de la burocracia fascista bonapartista. Esto sería, de acuerdo con todos los indicios, un régimen de decadencia que señalaría el eclipse de la civilización.

Un resultado análogo podría darse en el caso de que el proletariado de los países capitalistas avanzados, habiendo conquistado el poder, se mostrase incapaz de conservarlo y lo abandonase, como en la URSS, a una burocracia privilegiada. Entonces estaríamos obligados a reconocer que la razón de la recaída burocrática está basada en el retraso del país ni en el cerco imperialista, sino en la incapacidad congénita del proletariado de convertirse en clase dirigente. Entonces sería necesario establecer retrospectivamente que, en sus trazos fundamentales, la actual URSS fue la precursora de un nuevo régimen explotador a escala internacional.

Nos hemos apartado mucho de la controversia terminológica sobre la; nomenclatura del estado soviético. Pero no dejemos protestar a nuestros críticos; sólo tomando la necesaria perspectiva histórica se puede hacer un juicio correcto sobre un problema como el de la sustitución de un régimen social por otro. La alternativa histórica, llevada hasta su fin, es así: o el régimen de Stalin es una recaída detestable en el proceso de transformación de la sociedad burguesa en una sociedad socialista, o el régimen de Stalin es el primer estadio de una nueva sociedad explotadora. Si la segunda hipótesis se muestra correcta, entonces, por supuesto, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora. Por costosa que sea la segunda perspectiva, si el proletariado internacional se mostrase realmente incapaz de cumplir la misión que pone sobre él el curso de los acontecimientos, sólo quedaría reconocer que el programa socialista, basado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, acabó siendo una utopía. Es, por sí mismo, evidente que se necesitaría un nuevo programa “mínimo” para la defensa de los intereses de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.

Pero ¿existen datos objetivos tan incontrovertibles o siquiera tan impresionantes como para obligarnos hoy a renunciar a la perspectiva de la revolución socialista? Esta es la cuestión.

La teoría del “colectivismo burocrático”

Poco después de la subida de Hitler al poder, un “comunista de izquierda” alemán, Hugo Urbahns, llegó a la conclusión de que, en lugar del capitalismo, una nueva era histórica de “capitalismo de estado” era inminente. Los primeros ejemplos de este régimen que señaló fueron Italia, la URSS y Alemania. Urbahns, sin embargo, no sacó las conclusiones políticas de su teoría. Recientemente, un “comunista de izquierda”

italiano, Bruno R., que anteriormente se había adherido a la IV Internacional,¹⁰ llegó a la conclusión de que el “colectivismo burocrático” iba a sustituir al (Bruno R., *La bureacratization du monde*, París, 1939, 350 páginas). La nueva burocracia es una clase, su relación con los trabajadores es la explotación colectiva, los proletarios se han convertido en los esclavos de los explotadores totalitarios.

Bruno R. pone al mismo nivel la economía planificada en la URSS, el fascismo, el nacionalsocialismo y el “New Deal” de Roosevelt. Todos estos regímenes tienen, indudablemente, rasgos comunes, los cuales en último análisis están determinados por las tendencias colectivistas de la economía moderna. Incluso antes de la Revolución de Octubre, Lenin formuló así las principales particularidades del capitalismo imperialista: concentración gigantesca de las fuerzas productivas, creciente grado de fusión del capitalismo monopolista con el estado, y tendencia orgánica hacia la dictadura pura como resultado de esta fusión¹¹. Los rasgos de la centralización y la colectivización determinan la política tanto de la revolución como de la contrarrevolución; pero esto no significa de ningún modo que sea posible equiparar la revolución, el Thermidor, el fascismo y el “reformismo” americano. Bruno entendió el hecho de que las tendencias a la colectivización toman la forma de “colectivismo burocrático”, como resultado de la postración política de la clase obrera. El fenómeno en sí mismo es incontestable, pero, ¿dónde están sus límites y cuál es su peso histórico? Lo que nosotros aceptamos como una deformación de un período transitorio, como el resultado del desarrollo desigual de múltiples factores en el proceso social, es considerado por Bruno R. como una formación social independiente en la cual la burocracia es la clase dirigente. Bruno R., en cualquier caso, tiene el mérito de tratar de trasladar el problema del círculo vicioso de los ejercicios terminológicos en cuadernos escolares, al plano de las generalizaciones históricas más importantes. Esto hace más fácil descubrir su error.

Como muchos ultraizquierdistas, Bruno R. identifica en esencia el estalinismo con el fascismo. Por un lado, la burocracia soviética ha adoptado los métodos políticos del fascismo; por otro lado, la burocracia fascista, que sigue ciñéndose a medidas “parciales” de intervención estatal, está dirigiéndose, y va a alcanzarla pronto, hacia la estatificación completa de la economía. La primera afirmación es absolutamente correcta. Pero la afirmación de Bruno de que el “anticapitalismo” fascista sea capaz de llegar a la expropiación de la burguesía es completamente errónea. Las medidas “parciales” de intervención estatal y nacionalización difieren en realidad de la economía planificada de estado tanto como las reformas difieren de la revolución. Mussolini y Hitler están únicamente “coordinando” los intereses de los propietarios y “regulando” la economía capitalista, y, además, principalmente para fines bélicos. La oligarquía del Kremlin es, repitamos, otra cosa: tiene la oportunidad de dirigir la economía como organismo, sólo a causa del hecho de que la clase obrera de Rusia llevó a cabo el mayor vuelco en las relaciones de propiedad de toda la historia. Esta diferencia no puede ser dejada de lado.

Pero incluso si admitimos que el estalinismo y el fascismo, viniendo de polos opuestos, llegará un día a ser el mismo tipo de sociedad explotadora (“colectivismo burocrático” de acuerdo con la terminología de Bruno R.), esto todavía no sacará a la humanidad del callejón sin salida. La crisis del sistema capitalista no sólo está producida por el papel reaccionario de la propiedad privada, sino también por el no menos reaccionario papel del estado nacional. Incluso si los distintos gobiernos fascistas tuvieran

¹⁰ Según parece, la información de Trotsky es inexacta en este punto. Rizzi había pertenecido al PC italiano, pero no a la Oposición de Izquierda. Así lo indican Naville y Hal Draper en la edición de EDI de *Défense du marxisme*, ed., cit. (Nota de editor.)

¹¹ *Lenin: El imperialismo, fase superior del capitalismo (extractos)*, 2ª edición, en Cuadernos de formación marxista. EIS.

éxito en establecer un sistema de economía planificada en su país, entonces, al margen de los (a largo plazo) inevitables movimientos revolucionarios del proletariado, imprevistos por cualquier plan, la lucha entre los estados totalitarios para la dominación mundial continuaría e incluso se intensificaría. Las guerras devorarían los frutos de la economía planificada y destruirían las bases de la civilización. Bertrand Russell piensa, es cierto, que algún estado victorioso, como resultado de la guerra, pudiera unificar el mundo entero en una cárcel totalitaria¹². Pero incluso si esta hipótesis se realizase, lo cual es altamente dudoso, la “unificación” militar no tendría mayor estabilidad que el tratado de Versalles. Los levantamientos nacionales y las pacificaciones culminarían en una nueva guerra mundial, que sería la sepultura de la civilización. No son nuestros deseos subjetivos, sino la realidad objetiva la que indica que el único camino para la humanidad es la revolución socialista mundial. La alternativa a ella es la recaída en la barbarie.

El proletariado y su dirección

Muy pronto deberemos dedicar un artículo separado a la cuestión de la relación entre la clase y su dirección. Debemos limitarnos aquí a lo más indispensable. Sólo “marxistas” vulgares que consideren que la política es un reflejo directo y simple de la economía son capaces de pensar que la dirección refleja a la clase directa y simplemente. En realidad, la dirección, habiéndose elevado por encima de la clase oprimida, sucumbe inevitablemente a la presión de la clase dirigente. La dirección de los sindicatos americanos, por ejemplo, “releja” no tanto al proletariado como a la burguesía. La selección y educación de una verdadera dirección revolucionaria, capaz de resistir la presión de la burguesía, es una tarea extraordinariamente difícil. La dialéctica del proceso histórico se expresó de la manera más brillante en el hecho de que el proletariado del país más atrasado, Rusia, bajo ciertas condiciones históricas, diera lugar a la dirección más sagaz y más valerosa. Por el contrario, el proletariado del país con la más vieja cultura capitalista, Gran Bretaña, tiene, hoy incluso, la dirección más servil y más estúpida.

La crisis de la sociedad capitalista, que tomó un carácter abierto en julio de 1914, produjo una crisis aguda en la dirección proletaria desde el mismo primer día de la guerra. Durante los 25 años que han transcurrido desde entonces, el proletariado de los países capitalistas avanzados no ha creado todavía una dirección que pueda estar a la altura de las tareas de nuestra época. La experiencia de Rusia demuestra, sin embargo, que tal dirección puede ser creada. (Esto no significa, pro supuesto, que sería inmune a la degeneración.) Consecuentemente, la cuestión está planteada como sigue: ¿se abrirá paso en definitiva la necesidad histórica en la conciencia de la vanguardia de la clase obrera? Esto es, ¿en el proceso de esta guerra y las profundas conmociones que debe engendrar se formará una verdadera dirección revolucionaria que sea capaz de dirigir al proletariado a la conquista del poder?

La Cuarta Internacional ha respondido afirmativamente a esta pregunta, no sólo a través del texto de su programa¹³, sino también a través del hecho mismo de su existencia. Todas las distintas variedades de representantes desilusionados y atemorizados del pseudomarxismo actúan *por el contrario* en base al supuesto de que la bancarrota de la dirección sólo “refleja” la incapacidad del proletariado para llevar a cabo su misión revolucionaria. No todos nuestros oponentes expresan este pensamiento claramente, pero todos ellos (ultraizquierdistas, centristas, anarquistas, por no mencionar a los estalinistas y socialdemócratas) descargan sus responsabilidades por las derrotas sobre las espaldas

¹² Bertrand Russell (1872-1970). Filósofo y matemático británico, tras la Revolución de Octubre publicó una serie de obras hostiles al bolchevismo. Premio Nóbel de la Paz. EDI.

¹³ *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*, OELT-EIS.

del proletariado. Ninguno de ellos señala bajo qué condiciones precisas el proletariado será capaz de llevar a cabo el vuelco socialista.

Si admitimos que es verdad que la causa de las derrotas reside en las cualidades sociales del mismo proletariado, entonces la situación de la sociedad moderna deberá ser considerada como desesperada. Bajo las condiciones del capitalismo decadente el proletariado no crece ni numérica ni culturalmente. Por lo tanto, no hay motivos para esperar que en algún momento se coloque a la altura de las tareas revolucionarias. La cuestión se presenta de manera completamente diferente para aquél que se ha clarificado sobre el profundo antagonismo que hay entre la exigencia orgánica, profunda e insalvable de las masas trabajadoras para liberarse del sangriento caos capitalista, y el carácter conservador, patriótico y completamente burgués de la dirección del movimiento obrero, que se sobrevive a sí misma. Debemos elegir entre una de estas dos concepciones irreconciliables.

La dictadura totalitaria: una situación de crisis aguda y no un régimen estable

La Revolución de Octubre no fue un accidente. Había sido prevista desde hacía tiempo. Los acontecimientos confirmaron esta previsión. La degeneración no refuta la previsión, porque los marxistas nunca creyeron que un estado obrero aislado en Rusia pudiera mantenerse indefinidamente. Nosotros esperábamos, es cierto, la destrucción de estado soviético, en vez de su degeneración; para plantearlo más correctamente, no diferenciábamos suficientemente entre estas dos posibilidades. Pero no se contradicen de ninguna manera entre ellas. La degeneración, en un cierto estado, acaba ineluctablemente en la destrucción.

Un régimen totalitario, sea de tipo estalinista o fascista, por su misma esencia sólo puede ser un régimen transitorio, temporal. La dictadura pura, en la historia ha sido generalmente el producto y el signo de una crisis social especialmente seria, y de ninguna manera de un régimen estable. Las crisis agudas no pueden ser una situación permanente de la sociedad. Un estado totalitario es capaz de suprimir las contradicciones sociales durante un cierto período, pero es incapaz de perpetuarse. Las purgas monstruosas en la URSS son el testimonio más convincente del hecho de que la sociedad soviética tiende orgánicamente al rechazo de la burocracia.

Es algo realmente extraño que Bruno R. vea precisamente en las purgas estalinistas la prueba del hecho de que la burocracia se ha convertido en clase dirigente, pues en su opinión sólo una clase dirigente es capaz de tomar medidas de tal amplitud¹⁴. Olvida, sin embargo, que el zarismo, que no era una “clase”, también se permitió tomar medidas a gran escala en las purgas, y, más aún, precisamente en el período en el que se estaba acercando su condena. Síntoma de la proximidad de su agonía mortal, Stalin, por la extensión y la fraudulencia monstruosa de sus purgas, no atestigua otra cosa más que la incapacidad de la burocracia para transformarse en una clase dirigente estable. ¿No nos situaremos en una posición ridícula si, justo algunos años antes o algunos meses antes de su caída deshonrosa, damos a la oligarquía bonapartista la denominación de nueva clase

¹⁴ Ciertamente, en la última sección de su libro, que consiste en contradicciones fantásticas, Bruno R. refuta bastante consciente y articuladamente su propia teoría del “colectivismo burocrático” expuesta en la primera sección del libro, y declara que el estalinismo, el fascismo y el nazismo son formaciones parasitarias y transitorias, castigos históricos por la impotencia del proletariado. En otras palabras, tras haber sometido los puntos de vista de la Cuarta Internacional al más duro tipo de críticas, Bruno R. vuelve deliberadamente a estos puntos de vista, pero sólo para emprender otra serie de errores. No vemos razones para seguir los pasos de un escritor que obviamente ha perdido el equilibrio. Nos interesan aquellos de sus argumentos por medio de los cuales trata de demostrar que la burocracia es una clase. (Nota de autor.)

dirigente? Plantear esta cuestión claramente, en nuestra opinión, alejará a los camaradas de los experimentos terminológicos y de las generalizaciones demasiado ligeras.

La orientación hacia la revolución mundial y la regeneración de la URSS

Se ha demostrado que un cuarto de siglo es un espacio de tiempo demasiado corto para el rearme revolucionario de la vanguardia proletaria mundial, un período demasiado largo para mantener el sistema soviético intacto y asilado en un país atrasado. La humanidad está pagando ahora por ello con una nueva guerra imperialista; pero la tarea básica de nuestra época no ha cambiado por la simple razón de que no haya sido resuelta. Una conquista colosal en el último cuarto de siglo y una inapreciable muestra para el futuro, lo constituye el hecho de que uno de los destacamentos del proletariado mundial fuera capaz de demostrar en la acción cómo debe ser resuelta esta tarea.

La segunda guerra imperialista plantea esta tarea, no resuelta, a un nivel histórico mucho más alto. Pone a prueba, de nuevo, no sólo la estabilidad de los regímenes existentes, sino también la capacidad del proletariado de sustituirlos. El resultado de esta prueba tendrá indudablemente una significación decisiva para nuestra valoración de la época contemporánea, como época de la revolución proletaria. Si, contrariamente a todas las probabilidades, la Revolución de Octubre no encuentra, en el curso de la presente guerra, o inmediatamente después, su continuación en alguno de los países avanzados; y si, por el contrario, el proletariado es arrollado en todos los frentes, entonces deberemos, sin duda, plantear el problema de revisar nuestra concepción de la época presente y sus fuerzas motrices. En este caso se trataría, no de pegar una etiqueta sobre la URSS o la banda de Stalin, sino de reconsiderar la perspectiva histórica mundial para las próximas décadas, sino siglos: ¿hemos entrado en la época de la revolución social y la sociedad socialista, o por el contrario en la época de la decadente sociedad de la burocracia totalitaria?

El doble error de los esquemáticos como Hugo Urbahns y Bruno R. consiste, primero, en que proclaman que este régimen ha sido ya finalmente instaurado; y segundo, en que lo definen como un estado transitorio prolongado de la sociedad entre el capitalismo y el socialismo. Es ya absolutamente evidente que si el proletariado internacional, como resultado de la experiencia de toda nuestra época y la actual nueva guerra, se muestra incapaz de convertirse en el dueño de la sociedad, eso significaría la pérdida de toda esperanza para la revolución socialista, puesto que es imposible esperar otras condiciones más favorables para ello; en cualquier caso, nadie lo predice o es capaz de caracterizarlo, ahora. Los marxistas no tienen el menor derecho (si a desilusión y el cansancio no son considerados “derechos”) de sacar la conclusión de que el proletariado ha perdido sus posibilidades revolucionarias debe renunciar a todas las aspiraciones de hegemonía en la era inmediatamente próxima. Veinticinco años en la escala de la historia, cuando se trata de profundos cambios en los sistemas económico y cultural, pesan menos que una hora en la vida de un hombre. ¿En qué medida un individuo es justo, cuando a causa de fracasos empíricos a lo largo de una hora o un día, renuncia al objetivo que se había marcado en base a la experiencia y análisis de toda su vida anterior? En los años de la más negra reacción rusa (1907 a 1917) tomábamos como nuestro punto de partida aquellas posibilidades revolucionarias que el proletariado ruso había revelado en 1905. En los años de la reacción mundial debemos partir de las posibilidades que el proletariado ruso reveló en 1917. La Cuarta Internacional no se llama Partido Mundial de la Revolución Socialista por casualidad. Nuestro camino es invariable. Orientamos nuestro curso hacia la Revolución Mundial, y en virtud de este mismo hecho, hacia la regeneración de la URSS como estado obrero.

La política exterior es la continuación de la política interior

¿Qué defendemos en la URSS? No aquello en lo que se parece a los países capitalistas, sino precisamente aquello en lo que se diferencia de ellos. En Alemania también propugnamos una insurrección contra la burocracia dirigente, pero sólo para derrocar inmediatamente la propiedad capitalista. En la URSS el derrocamiento de la burocracia es indispensable para la preservación de la propiedad estatal. Sólo en este sentido estamos por la defensa de la URSS.

No hay nadie entre nosotros que dude de que los obreros soviéticos deban defender la propiedad estatal, no sólo contra el parasitismo de la burocracia, sino también contra las tendencias restauracionistas de la propiedad privada, de parte, por ejemplo, de la aristocracia koljosiana. Pero, después de todo, la política exterior es la continuación de la política interior. Si en la política interior ligamos la defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre con la lucha irreconciliable contra la burocracia, debemos hacer también lo mismo en la política exterior. Sin duda, Bruno R., de acuerdo al hecho de que el “colectivismo burocrático” ha salido victorioso en todos los frentes, nos asegura que nadie amenaza la propiedad estatal, porque Hitler (¿y Chamberlain?¹⁵) está tan interesado como Stalin en mantenerla (ya veis). Las afirmaciones de Bruno R., es triste decirlo, son frívolas. En caso de victoria, Hitler empezaría, con toda seguridad, por reclamar la devolución a los capitalistas alemanes de todas las propiedades que les fueron expropiadas; después, aseguraría la misma restauración de propiedad a los ingleses, franceses y belgas, a la vez que llegaría a un acuerdo con ellos a expensas de la URSS; por último, haría de Alemania el principal contratista de las más importantes empresas estatales de la URSS en interés de la máquina militar alemana. Ahora Hitler es el aliado y amigo de Stalin; pero si Hitler, con la ayuda de Stalin, sale victorioso en el frente del Oeste, a la mañana siguiente volverá sus cañones contra la URSS. Por último, también Chamberlain, en circunstancias similares, actuaría igual que Hitler.

La defensa de la URSS y la lucha de clases

Los errores sobre el problema de la defensa de la URSS se desprenden muy frecuentemente de una comprensión incorrecta de los métodos de “defensa”: Defensa de la URSS no significa en ningún modo acercamiento a la burocracia del Kremlin, la aceptación de su política, o una conciliación con la política de sus aliados. En esta cuestión, como en todas las otras, permanecemos completamente en el terreno de la lucha de clases internacional.

En el diminuto periódico francés *Que faire?*¹⁶, recientemente se decía que al igual que los “trotskistas” son derrotistas respecto de Francia e Inglaterra, ellos también son derrotistas respecto de la URSS. En otras palabras: si queréis defender la URSS, dejad de ser derrotistas en relación a sus aliados imperialistas. *Que faire?* pensó que las “democracias” serían los aliados de la URSS. Lo que dirían ahora estos sabios no lo sabemos. Pero esto difícilmente puede ser importante, puesto que su método está podrido. El renunciar al derrotismo respecto del campo imperialista al cual la URSS se adhiere hoy, o tal vez se adhiere mañana, es empujar a los obreros del campo enemigo al lado de su gobierno; significa renunciar al derrotismo en general. La renuncia al derrotismo bajo las condiciones de una guerra imperialista, que es equivalente al rechazo de la revolución

¹⁵ N. Chamberlain (1869-1940), primer ministro británico de 1937 a 1939, dirigente del partido conservador, buscó obcecadamente la alianza con los países fascistas, fue la cuña obrera de los Acuerdos de Múnich que sancionaron el desmembramiento de Checoslovaquia en el marco de un intento de Unión Sagrada contra la URSS. EDI.

¹⁶ *Que faire?* Revista fundada en 1934 por un grupo de opositores del Partido Comunista Francés, dirigidos por A. Ferrat, Kagan y Lenoir.

socialista (rechazo de la revolución en nombre de la “defensa de la URSS”), sentenciaría a la URSS a la descomposición final y a la ruina.

“Defensa de la URSS”, como lo interpreta el Comintern, al igual que la “lucha contra el fascismo” de ayer, está basada en la renuncia a la política de independencia de clase. El proletariado es transformado (por distintas razones en circunstancias variadas, pero siempre e invariablemente) en fuerza auxiliar de un campo burgués contra otro. En contraste a esto, algunos de nuestros camaradas dicen: en la medida en que no queremos convertirnos en instrumentos de Stalin y sus aliados, renunciemos, por tanto, a defender a la URSS. Pero con ello sólo demuestran que su comprensión de “defensa” coincide esencialmente con la comprensión de los oportunistas; no piensan en términos de política independiente del proletariado. Como cuestión de hecho defendemos la URSS como defendemos las colonias, como resolvemos todos nuestros problemas, no apoyando a algunos gobiernos imperialistas contra otros, sino con el método de la lucha de clases internacional, tanto en las colonias como en los centros metropolitanos.

No somos un partido gubernamental; somos el partido de la oposición irreconciliable, no sólo en los países capitalistas, sino también en la URSS. Nuestras tareas, entre ellas la “defensa de la URSS”, las llevamos a cabo no a través de los gobiernos burgueses, ni tan siquiera del gobierno de la URSS, sino exclusivamente a través de la educación de las masas a través de la agitación, explicando a los obreros qué deben defender y qué deben derrocar. Tal “defensa” no puede dar resultados inmediatos milagrosos. Pero pretendemos ser hacedores de milagros. Tal y como las cosas están ahora, somos una minoría revolucionaria. Nuestro trabajo debe orientarse de forma que los obreros en los que tenemos influencia puedan apreciar correctamente los acontecimientos, no sean cogidos de improviso y preparen el sentimiento general de su propia clase para la solución revolucionaria de las tareas que confrontamos.

La defensa de la URSS coincide para nosotros con la preparación de la revolución mundial. Sólo aquellos métodos que no entren en conflicto con los intereses de la revolución son admisibles. La defensa de la URSS está ligada a la revolución socialista mundial, como una tarea táctica está ligada a una estrategia. Una táctica está subordinada a un fin estratégico y en ningún caso puede estar en contradicción con este último.

La cuestión de los territorios ocupados

Mientras escribo estas líneas, la cuestión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo permanece aún oscura. Los despachos telegráficos se contradicen uno a otro en la medida en que ambas partes mienten mucho; pero las actuales relaciones en el campo de batalla son sin duda extremadamente agitadas. La mayor parte de los territorios ocupados serán indudablemente parte de la URSS. ¿En qué forma?

Vamos a admitir por un momento que, de acuerdo al tratado con Hitler, el gobierno de Moscú deje intactos los derechos de propiedad privada en las zonas ocupadas y se limite a “controlar” según el modelo fascista. Tal concesión tendría un carácter profundamente principista y podría ser el punto de partida para un nuevo capítulo en la historia del régimen soviético; y consecuentemente, un punto de partida para una nueva valoración de la naturaleza del estado soviético por nuestra parte.

Es más probable, sin embargo, que en los territorios que han sido programados para formar parte de la URSS, el gobierno de Moscú actúe expropiando a los grandes terratenientes y estatificando los medios de producción. Esta variante es más probable, no porque la burocracia siga siendo fiel al programa socialista, sino porque no desea, ni es capaz de tomar el poder, y los privilegios que conlleva, con la vieja clase dirigente en los territorios ocupados. Aquí se impone una analogía literal. El primer Bonaparte detuvo la revolución por medio de una dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas

francesas invadieron Polonia, Napoleón firmó un decreto: “La servidumbre queda abolida”. Esta medida fue adoptada, no por las simpatías de Napoleón hacia los campesinos, ni por principios democráticos, sino más bien por el hecho de que la dictadura bonapartista se basaba en relaciones de propiedad burguesas, y no feudales. En la medida en que la dictadura bonapartista de Stalin se basa en la propiedad estatal y no en la privada, la invasión de Polonia por el Ejército Rojo llevará, por la naturaleza del hecho, a la abolición de la propiedad privada capitalista, así como hará concordar el régimen de los territorios ocupados con el régimen de la URSS.

Esta medida, de carácter revolucionario (“la expropiación de los expropiadores”), es llevada a cabo en este caso de manera burocrático-militar. El llamamiento a la acción independiente de las masas en los nuevos territorios (y sin tal llamamiento, incluso formulado con extrema prudencia, es imposible constituir un nuevo régimen) sería indudablemente aplastado al día siguiente por despiadadas medidas policíacas, en orden a asegurar la preponderancia de la burocracia sobre las masas revolucionarias vigilantes. Esta es una cara de la cuestión. Pero hay otra. En orden a tener la posibilidad de ocupar Polonia a través de una alianza militar con Hitler, el Kremlin durante mucho tiempo estafó y sigue estafando a las masas en la URSS y en el mundo entero, y con ello ha desorganizado por completo las filas de su propia Internacional Comunista¹⁷. El criterio político prioritario para nosotros no es la transformación de las relaciones de propiedad en esta o aquella área, por muy importantes que sean por sí mismas, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, la elevación de su capacidad de defensa de las conquistas ganadas y de consecución de otras nuevas. Desde este único y decisivo punto de vista, la política de Moscú, tomada en su conjunto, conserva completamente su carácter reaccionario y es el obstáculo clave en el camino a la revolución mundial.

Nuestra valoración *general* del Kremlin y del Comintern, sin embargo, no cambia el hecho *particular* de que la estatificación de la propiedad, en los territorios ocupados, es en sí misma una medida progresiva. Reconocemos esto abiertamente. Si Hitler mañana lanzase sus ejércitos contra el Este para restaurar la “ley y el orden” en Polonia Oriental, los obreros avanzados defenderían estas nuevas formas de propiedad establecidas por la burocracia bonapartista soviética contra Hitler.

Nosotros no cambiamos nuestra orientación

La estatificación de los medios de producción es como dijimos una medida progresiva. Pero su progresividad es relativa; su peso específico depende de la suma total de todo el resto de factores. Así, debemos constatar primero y principalmente que la extensión del territorio dominado por la autocracia burocrática y el parasitismo, encubierto por las medidas socialistas, puede aumentar el prestigio del Kremlin, engendrar ilusiones sobre la posibilidad de reemplazar la revolución proletaria por maniobras burocráticas, y todo eso. Este daño sobrepasa de lejos el contenido progresivo de las reformas estalinistas en Polonia. Para que la propiedad nacionalizada en las áreas ocupadas, así como en la URSS, sea base para el genuino progreso, es decir, para el desarrollo socialista, es necesario derrocar a la burocracia de Moscú. Nuestro programa conserva, consecuentemente, toda su validez. Los acontecimientos no nos sorprendieron. Sólo es necesario interpretarlos correctamente. Es necesario entender claramente que en el carácter de la URSS y en su posición internacional se contienen contradicciones agudas. Es imposible librarse de estas contradicciones con la ayuda de juegos de mano terminológicos (“estado obrero” - “no estado obrero”). Debemos tomar los hechos tal

¹⁷ Ver *La Internacional Comunista (Stalin, el gran organizador de derrotas)*, OELT-EIS.

como son. Debemos trazar nuestra política tomando como punto de partida las reales relaciones y contradicciones.

No confiamos al Kremlin ninguna misión histórica. Estuvimos y seguimos estando contra ocupaciones de nuevos territorios por el Kremlin. Estamos por la independencia de la Ucrania soviética, y si los bielorrusos quieren, también de la Bielorrusia Soviética¹⁸. Al mismo tiempo, en las partes de Polonia ocupadas por el Ejército Rojo, los partidarios de la Cuarta Internacional deben jugar el papel decisivo en la expropiación de los terratenientes y capitalistas, en el reparto de la tierra entre los campesinos, la creación de sóviets y comités obreros, etc. Mientras hacen esto deben conservar su independencia política, deben luchar durante las elecciones a los sóviets y comités de fábrica por la total independencia de éstos de la burocracia, y deben realizar propaganda revolucionaria en el espíritu de desconfianza hacia el Kremlin y sus agencias locales.

Pero supongamos que Hitler apunta sus cañones contra el Este e invade los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Bajo estas condiciones, los partidarios de la Cuarta Internacional, sin cambiar de ninguna manera su actitud hacia la oligarquía del Kremlin, plantearán, como tarea más urgente del momento, la resistencia militar contra Hitler. Los obreros dirán: “No podemos ceder a Hitler el derrocamiento de Stalin; es nuestra *propia tarea*”. Durante la lucha militar contra Hitler, los obreros revolucionarios deben esforzarse por entrar en relaciones lo más fraternales posible con los luchadores de base del Ejército Rojo. Mientras, con las armas en la mano, asestan golpes contra Hitler, los bolcheviques-leninistas deberán, al mismo tiempo, hacer propaganda revolucionaria contra Stalin preparando su derrocamiento para la próxima y, tal vez, muy cercana etapa.

Este tipo de “defensa de la URSS” naturalmente diferirá, como el cielo de la tierra, de la defensa oficial que ahora es llevada a cabo bajo el lema: “¡Por la patria! ¡Por Stalin!”. Nuestra defensa de la URSS se plantea bajo el lema: “¡Por el Socialismo! ¡Por la Revolución Mundial! ¡Contra Stalin!”. Para que estas dos variantes de “defensa de la URSS”, no se confundan en la conciencia de las masas es necesario conocer claramente y precisamente cómo formular consignas que correspondan a la situación concreta. Pero

¹⁸ Cuando Trotsky escribía esto Ucrania Oriental constituía la República Socialista Soviética de Ucrania, Ucrania Occidental (Rutenia) pertenecía a Polonia, otros ucranianos vivían en las provincias rumanas de Besarabia y Bukovina del Norte y, por fin, Ucrania subcarpática pertenecía a Checoslovaquia. En abril de 1939 Trotsky escribía, en respuesta a las preguntas planteadas por los trotskistas ucranianos, entonces numerosos en Canadá. “Crucificada por cuatro estados, Ucrania ocupa ahora en el destino de Europa la misma posición que una vez ocupó Polonia, con la diferencia de que las relaciones mundiales son actualmente mucho más tensas y los ritmos del proceso mucho más acelerados. En el futuro inmediato, la cuestión ucraniana está destinada a jugar un importante papel en la vida europea. Por algo Hitler planteó tan ruidosamente la creación de una “Gran Ucrania”; y fue también por algo que dejó de lado esta cuestión con tan cauta rapidez. [...] En la concepción del viejo Partido Bolchevique, la Ucrania Soviética estaba destinada a convertirse en el poderoso eje en torno al cual se unirían las otras secciones del pueblo ucraniano. Durante el primer período de su existencia, es indiscutible que la Ucrania Soviética fue una poderosa fuerza de atracción en relación a las nacionalidades, así como estimuló la lucha de los obreros, los campesinos y la intelectualidad revolucionaria de la Ucrania Occidental esclavizada por Polonia. Pero, durante los años de reacción terdioriana, la posición de la Ucrania Soviética y, con ella, el planteo de la cuestión ucraniana en su conjunto cambió bruscamente. Cuanto más profundas fueron las esperanzas despertadas, más tremendas fueron las desilusiones. La burocracia también estranguló y saqueó al pueblo de la Gran Rusia. Pero en las cuestiones ucranianas las cosas se complicaron aun más por la masacre de las esperanzas nacionales. En ninguna otra parte las restricciones, purgas, represiones y, en general, todas las formas de truhanería burocrática asumieron dimensiones tan asesinas como en Ucrania, al intentar aplastar poderosos anhelos de mayor libertad e independencia profundamente arraigados en las masas. Para la burocracia totalitaria, la Ucrania Soviética se convirtió en una división administrativa de una unidad económica y de una base militar de la URSS.” *Escritos, Tomo X, Volumen 2*, páginas 158-160 del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). EDI.

por encima de todo es necesario establecer claramente *qué* estamos defendiendo, *cómo* lo estamos defendiendo, contra *quién* lo estamos defendiendo. Nuestras consignas crearán confusión entre las masas sólo si nosotros no tenemos una concepción clara de nuestras tareas.

Conclusiones

Sea lo que fuere no tenemos razones ahora para cambiar nuestra posición principista en relación a la URSS.

La guerra acelera los distintos procesos políticos. Puede ser que acelere el proceso de regeneración revolucionaria de la URSS. Pero también puede ser que acelere el proceso de degeneración final. Por esta razón es indispensable que sigamos pacientemente y sin prejuicios estas modificaciones que la guerra introduce en la vida interna de la URSS, de forma que nos podamos darnos cuenta a tiempo de ellas.

Nuestras tareas en los territorios ocupados siguen siendo básicamente las mismas que en la misma URSS; pero en la medida en que están planteadas de forma extremadamente aguda por los acontecimientos, ello nos permite mucho mejor el clarificar nuestras tareas generales en relación a la URSS.

Debemos formular nuestras consignas de tal forma que los obreros vean claramente qué es lo que exactamente estamos defendiendo en la URS (propiedad estatal y economía planificada, y contra quiénes estamos llevando una lucha implacable (la burocracia parasitaria y su Comintern). No debemos perder ni un solo momento de vista el hecho de que la cuestión del derrocamiento de la burocracia soviética está subordinada para nosotros a la cuestión de la preservación de la propiedad estatal de los medios de producción en la URSS; que la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal en los medios de producción en la URSS está subordinada para nosotros a la cuestión de la revolución proletaria mundial.

Coyoacán, 25 de septiembre de 1939

Carta a Sherman Stanley (8 octubre 1939)

8 de octubre de 1939

Querido camarada Stanley:

Recibí su carta a O'Brien, dada la partida de éste. La carta me produjo una extraña impresión, porque, en contradicción con sus muy buenos artículos, está llena de contradicciones.

No recibí hasta ahora ningún material sobre el pleno y no conozco ni el texto de la resolución mayoritaria, ni el de M.S.,¹⁹ pero usted afirma que no hay una oposición irreconciliable entre los dos textos. Al mismo tiempo afirma que un "desastre" amenaza al partido. ¿Por qué? Incluso si hubiera habido dos posiciones irreconciliables no significaría un "desastre", sino la necesidad de llevar adelante la lucha política hasta el final. Pero si las dos posiciones representan sólo matices al mismo punto de vista

¹⁹ Max Schachtman. Nota de editor.

expresado en el programa de la Cuarta Internacional, ¿cómo puede desprenderse de esta divergencia no principista (en su opinión) una catástrofe? Que la mayoría prefiera su propio matiz (si es sólo un matiz) es natural. Pero lo que es absolutamente anormal es que la minoría proclame: “A causa de que vosotros, la mayoría, aceptáis vuestro propio matiz y no el nuestro, os presagiamos un desastre.” ¿De parte de quién? Y usted afirma que usted “observa objetivamente los diferentes grupos”. No es ésta, de ninguna manera, mi impresión.

Usted escribe, por ejemplo, que de mi artículo “faltaba una página, *por una u otra razón*”. Usted expresa de esta forma una sospecha muy venenosa hacia camaradas responsables. La página se perdió por una lamentable negligencia en nuestra oficina aquí, y ya mandamos un texto nuevo y completo para su traducción.²⁰

Su argumento sobre el “imperio obrero” degenerado me parece que no es un invento muy feliz. “El programa de expansión zarista” les fue criticado a los bolcheviques casi desde el primer día de la Revolución de Octubre. Incluso un estado obrero puro tendería a la expansión, y las líneas geográficas coincidirían inevitablemente con las líneas generales de la expansión zarista, porque las revoluciones no cambian ordinariamente las condiciones geográficas. Lo que criticamos a la pandilla del Kremlin no es ni la expansión, ni la dirección geográfica de la expansión, sino los métodos contrarrevolucionarios y burocráticos de la expansión. Pero al mismo tiempo, porque como marxistas “contemplamos objetivamente” los acontecimientos históricos, reconocemos que ni el zar, ni Hitler, ni Chamberlain tuvieron o tienen costumbre de abolir, en los países ocupados, la propiedad capitalista, y este hecho, muy progresivo, depende de otro dato; a saber, que la Revolución de Octubre no está definitivamente aplastada por la burocracia, y que esta última está forzada por su posición a tomar medidas que, en una situación dada, debemos defender contra los enemigos imperialistas. Estas medidas progresivas son, por supuesto, incomparablemente menos importantes que la general actividad contrarrevolucionaria de la burocracia: es por lo que consideramos necesario derrocar la burocracia.

Los camaradas están muy indignados con el pacto Hitler-Stalin. Es comprensible. Quieren vengarse de Stalin. Muy bien. Pero hoy somos débiles, y no podemos derrocar inmediatamente al Kremlin. Algunos camaradas tratan entonces de encontrar una satisfacción puramente verbal: le quitan a la URSS el título de estado Obrero, igual que Stalin priva a un desgraciado funcionario de la orden de Lenin. Querido amigo, considero esto un poco infantil. La sociología marxista y la histeria son absolutamente irreconciliables.

Con los mejores saludos comunistas,

²⁰ Traducimos a continuación la nota insertada en este punto en la edición de Pathfinder Press (*In defense of marxism*, New York, 2ª ed., 1973): “El documento “La URSS en guerra” llegó mientras estaba reunido el Comité Nacional del Socialist Workers Party. Una página se había perdido. La línea política de este documento fue adoptada por la mayoría del pleno. La minoría promovió un escándalo en torno a la página perdida, levantando, entre otras, la acusación de que se había hecho desaparecer deliberadamente. (Nota de editor.)”

Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS (18 octubre 1939)

Psicoanálisis y marxismo

Ciertos camaradas, o ex camaradas, como Bruno R., habiendo olvidado pasadas discusiones y decisiones de la Cuarta Internacional, tratan de explicar mi estimación personal del estado soviético acudiendo al psicoanálisis: “Dado que Trotsky participó en la revolución rusa, le resulta difícil abandonar la idea del estado obrero porque tendría que renunciar a la causa de toda su vida.”²¹ Creo que el viejo Freud, que era muy perspicaz, habría dado un buen tirón de orejas a esta clase de psicoanalistas. Naturalmente que nunca osaría hacerlo yo mismo. Sin embargo, me atrevo a asegurar a mis críticos que el subjetivismo y el sentimentalismo están en ellos y no en mí.

La conducta de Moscú, que ha superado todos los límites de la abyección y el cinismo, provoca fácilmente la repugnancia en todo revolucionario proletario. La repugnancia engendra la necesidad de repulsa. Cuando se carece de fuerza para la acción inmediata, los revolucionarios impacientes se sienten inclinados a recurrir a métodos artificiales. Así surge, por ejemplo, la táctica del terrorismo individual. Más frecuentemente se recurre a las expresiones fuertes, a los insultos, a las imprecaciones. En el caso que nos ocupa, algunos camaradas se inclinan manifiestamente a buscar compensación a través del terror “terminológico”. Sin embargo, aun desde este punto de vista el simple hecho de calificar a la burocracia como clase no tiene valor. Si la canalla bonapartista es una clase, esto significa que no es un aborto sino una criatura viable de la historia. Si su parasitismo merodeador es “explotación” en el sentido científico del término, esto quiere decir que la burocracia posee un futuro histórico como clase dirigente indispensable de un sistema dado de economía. ¡He aquí el punto final al que los impacientes impugnadores se dirigen cuando cortan sus amarras con la disciplina marxista!

Cuando un mecánico emotivo examina un automóvil en el que unos bandidos han huido de la policía por un camino malo y encuentra la carrocería desvencijada, las ruedas descentradas y el motor parcialmente dañado, podría exclamar justificadamente: “¡No es un automóvil, el demonio sabrá qué es esto!” Semejante apreciación carecería de todo valor técnico y científico, pero expresaría la legítima reacción del mecánico ante la obra de los bandidos. Supongamos, sin embargo, que este mismo mecánico deba reacondicionar el objeto que ha denominado “el demonio sabrá qué es esto”. En tal caso, comenzará por reconocer que tiene ante sí un automóvil estropeado. Determinará qué partes aún sirven y cuáles son irreparables a fin de decidir por dónde comenzará el trabajo. El obrero con conciencia de clase tendrá una actitud similar hacia la URSS. Tiene pleno derecho a decir que los bandidos de la burocracia han transformado al estado obrero en “el demonio sabrá qué es esto”. Pero cuando pasa de su reacción explosiva a la solución del problema político, se ve obligado a reconocer que tiene ante sí un estado obrero estropeado, en el que el motor de la economía está dañado, pero aún continúa funcionando, y que puede ser completamente reacondicionado con el reemplazo de algunas piezas. Naturalmente que esto no es más que una analogía. Sin embargo, vale la pena reflexionar sobre ella.

²¹ Trotsky parafrasea aquí un razonamiento mantenido bajo diversas formas por los defensores del “colectivismo burocrático” o del “capitalismo de estado”. La forma más crítica de este razonamiento la encontramos de la pluma de Ciliga: “Trotsky y sus partidarios están demasiado ligados íntimamente al régimen burocrático en la URSS como para poder llevar adelante una lucha contra ese régimen hasta sus últimas consecuencias.” EDI.

“Un estado obrero contrarrevolucionario”

Algunas veces exclaman: “Si continuamos reconociendo a la URSS como estado obrero, debemos establecer una nueva categoría: estado obrero contrarrevolucionario.” Este argumento trata de impresionar nuestra imaginación mediante la oposición de una buena norma programática a una realidad miserable, ruin y hasta repugnante. Pero ¿no hemos venido observando día a día, desde 1923, cómo el estado soviético ha jugado un papel cada vez más contrarrevolucionario en el campo internacional? ¿Hemos olvidado la experiencia de la revolución china, de la huelga general de 1926 en Inglaterra y finalmente la muy reciente experiencia de la revolución española? Hay dos Internacionales obreras completamente contrarrevolucionarias. Estos críticos aparentemente olvidan esta “categoría”. Los sindicatos de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países, apoyan completamente la política contrarrevolucionaria de sus burguesías. Esto no nos impide llamarlos sindicatos, apoyar sus pasos progresivos y defenderlos contra la burguesía. ¿Por qué es imposible emplear el mismo método con el estado obrero contrarrevolucionario? En último análisis un estado obrero es un sindicato que ha conquistado el poder. La actitud distinta ante uno y otro se explica por el sencillo hecho de que los sindicatos tienen una larga historia y nos hemos acostumbrado a considerarlos como realidades y no simplemente como “categorías” de nuestro programa. Pero en lo que se refiere al estado obrero se ha demostrado que existe incapacidad de aprender a acercarse a él considerándolo como un hecho histórico real que no está subordinado a nuestro programa.

“¿Imperialismo?”

¿Puede calificarse de imperialista la actual expansión del Kremlin? En primer lugar, debemos establecer cuál es el contenido social incluido en este término. La historia ha conocido el “imperialismo” del estado romano basado sobre el trabajo de los esclavos, el imperialismo de la propiedad feudal de la tierra, el imperialismo del capital industrial y comercial, el imperialismo de la monarquía zarista, etc. La fuerza propulsora de la burocracia de Moscú es indudablemente la tendencia a expandir su poder, su prestigio, sus ingresos. Este es el elemento de “imperialismo” en el más amplio sentido de la palabra, que era propio, en el pasado, de todas las monarquías, castas dirigentes, estamentos y clases medievales. Sin embargo, en la literatura contemporánea al menos en la literatura marxista se entiende por imperialismo la *política expansionista del capital financiero*, que tiene un contenido económico perfectamente definido. Usar la palabra imperialismo para la política exterior del Kremlin (sin aclarar exactamente qué significa) equivale sencillamente identificar la política de la burocracia bonapartista con la política del capitalismo monopolista, sobre la base de que tanto una como otra utilizan la fuerza militar para su expansión. Semejante identificación, capaz de sembrar únicamente la confusión, es mucho más propia de demócratas pequeñoburgueses que de marxistas.

Continuación de la política del imperialismo zarista

El Kremlin participa en una nueva división de Polonia, el Kremlin se apodera de los estados bálticos, el Kremlin se orienta hacia los Balcanes, Persia y Afganistán; en otras palabras, el Kremlin continúa la política del imperialismo zarista. ¿Tampoco en este caso tenemos derecho a calificar de imperialista la política del Kremlin? Este argumento histórico-geográfico no es más convincente que cualquiera de los otros. La revolución proletaria que se produjo en el territorio del imperio zarista intentó desde el comienzo mismo conquistar, y durante un tiempo conquistó, los países bálticos; intentó penetrar en Rumania y Persia y en cierto momento dirigió sus ejércitos hacia Varsovia (1920). Las

líneas de la expansión revolucionaria fueron semejantes a las del zarismo, puesto que la revolución no cambia las condiciones geográficas. De ahí precisamente que ya en aquella época hablarán los mencheviques de imperialismo bolchevique, como calcado de las tradiciones de la diplomacia zarista. La democracia pequeñoburguesa recurre todavía hoy de buena gana a este argumento. No tenemos ningún motivo, repito, para imitarla en esto.

¿Agencia del imperialismo?

Sin embargo, aparte de la manera de apreciar la política expansionista de la misma URSS, subsiste la cuestión de la ayuda que Moscú proporciona a la política imperialista de Berlín. Ante todo, es necesario establecer aquí que en determinadas condiciones (hasta cierto grado y en cierta forma) el apoyo a este o aquel imperialismo sería inevitable aun para un estado obrero completamente sano, en virtud de la imposibilidad de romper la cadena de las relaciones imperialistas mundiales. La paz de Brest-Litovsk fortaleció temporalmente, sin la menor duda, al imperialismo alemán contra Francia e Inglaterra. Un estado obrero aislado no puede dejar de maniobrar entre los campos imperialistas hostiles. Maniobrar significa apoyar temporalmente a uno de ellos contra el otro. Saber exactamente cuál de los dos campos es más conveniente o menos peligroso apoyar en determinado momento, no es una cuestión de principios, sino de cálculo y previsión prácticos. La inevitable desventaja que se engendra como consecuencia de este apoyo limitado a un estado burgués contra otro está más que compensada por el hecho de que, de este modo, se le da al estado obrero la posibilidad de continuar su existencia.

Pero hay maniobras y maniobras. En Brest-Litovsk, el gobierno soviético sacrificó la independencia nacional de Ucrania a fin de salvar el estado obrero²². Nadie podía hablar de traición hacia Ucrania, pues todos los obreros con conciencia de clase comprendieron el carácter obligado de este sacrificio. Es completamente distinto con Polonia. El Kremlin nunca ni en ninguna parte ha presentado la cuestión como si se hubiese visto obligado a sacrificar Polonia. Por el contrario, se vanagloria cínicamente de su unión, que afrenta legítimamente los sentimientos democráticos más elementales de las clases y pueblos oprimidos de todo el mundo y así debilita extremadamente la situación internacional de la Unión Soviética. ¡Las transformaciones económicas de las provincias ocupadas no compensan esto ni en una décima parte! Toda la política exterior del Kremlin, en general, está basada en una canallesca idealización del imperialismo “amigo” y así lleva al sacrificio los intereses fundamentales del movimiento obrero mundial en atención a ventajas inestables y secundarias. Después de engañar durante cinco años a los trabajadores con consignas por la “defensa de las democracias”, Moscú está ocupado ahora en justificar la política de pillaje de Hitler. Esto en sí mismo todavía no transforma a la URSS en un estado imperialista. Pero no cabe duda que Stalin y su Comintern son actualmente la agencia más valiosa del imperialismo.

Si queremos definir exactamente la política exterior del Kremlin, debemos decir que es la política *de la burocracia bonapartista de un estado obrero degenerado, rodeado de un cerco imperialista*. Esta definición no es tan breve o sonora como la de “política imperialista”, pero, en cambio, es más precisa.

²² Entre las condiciones impuestas por los alemanes en el Tratado de Brest-Litovsk figuraba la retirada total de las fuerzas soviéticas de Ucrania, lo que significaba automáticamente la ocupación de Ucrania por las tropas alemanas. El “abandono” de Ucrania era, ciertamente, la expresión más trágica y grave del principio por el que Radek definía la política de Lenin: perder espacio para ganar tiempo. EDI.

“El mal menor”

La ocupación de Polonia oriental por el Ejército Rojo es, por supuesto, un “mal menor” en comparación con la ocupación del mismo territorio por las tropas nazis. Pero este mal menor se obtuvo porque se aseguró a Hitler la conquista de un mal mayor. Si alguien incendia o ayuda a incendiar una casa y después salva a cinco de los diez ocupantes a fin de convertirlos en sus propios semi esclavos, naturalmente que es un mal menor que quemarlos a los diez. Pero es dudoso que este incendiario merezca una medalla por el salvamento. Si a pesar de todo se le da una medalla, habría que fusilarlo inmediatamente después, como en el caso del héroe de una de las novelas de Víctor Hugo.

“Misioneros armados”

Robespierre dijo una vez que al pueblo no le gustan los misioneros con bayonetas. Con esto quería decir que es imposible imponer ideas e instituciones revolucionarias sobre otros pueblos mediante la violencia militar. Esta idea correcta no significaba, por su supuesto, la inadmisibilidad de toda intervención militar en otros países a fin de cooperar con una revolución.

Pero tal intervención (como parte de una política internacional revolucionaria) debe ser entendida por el proletariado internacional, debe corresponder a los deseos de las masas trabajadoras en cuyo territorio entran las tropas revolucionarias. La teoría del socialismo en un solo país no puede, naturalmente, crear esta solidaridad internacional activa, que es la única capaz de preparar y justificar la intervención armada. El Kremlin plantea y resuelve el problema de la intervención militar, como todas las demás cuestiones de su política, absolutamente independientemente de las ideas y sentimientos de la clase obrera internacional. Por esa razón, los recientes “éxitos” diplomáticos del Kremlin comprometen monstruosamente a la URSS e introducen una extrema confusión en las filas del proletariado mundial.²³

Insurrección en dos frentes

Pero si plantea así la cuestión (dicen algunos camaradas) ¿es adecuado hablar de defensa de la URSS y de las provincias ocupadas? ¿No es más correcto llamar a los obreros y campesinos de ambas partes de la anterior Polonia a levantarse contra Hitler y contra Stalin? Naturalmente, esto es muy atractivo. Si la revolución surgiera simultáneamente en Alemania y en la URSS, incluidas las provincias recientemente ocupadas, esto resolvería muchas cuestiones de un solo golpe. Pero nuestra política no puede basarse únicamente sobre la combinación de circunstancias más favorables y felices. El problema se plantea así: ¿qué hacer si Hitler, antes de ser aplastado por la revolución, ataca a Ucrania antes que la revolución haya derrocado a Stalin? ¿Lucharán en este caso los partidarios de la Cuarta Internacional contra las tropas de Hitler, como lucharon en España en las filas de las tropas republicanas contra Franco? Firmemente y de todo corazón, estamos a favor de una Ucrania Soviética independiente (tanto de Hitler como de Stalin). Pero ¿qué hacer si antes de haber obtenido esta independencia, Hitler intenta apoderarse de Ucrania, que está bajo la dominación de la burocracia estalinista? La Cuarta Internacional contesta: contra Hitler defenderemos esta Ucrania esclavizada por Stalin.

²³ En estas mismas OELT-EIS: *La revolución permanente, La Internacional Comunista después de Lenin* y *¿Socialismo en un solo país?*

“Defensa incondicional de la U.R.S.S.”

¿Qué quiere decir defensa “incondicional” de la URSS? Quiere decir que no imponemos ninguna condición a la burocracia. Quiere decir que, independientemente del motivo y de las causas de la guerra defendemos las bases sociales de la URSS, si es amenazada por el imperialismo.

Algunos camaradas dicen: “si el Ejército Rojo mañana invade la India y comienza a ahogar allí un movimiento revolucionario, ¿lo apoyaremos en este caso?” Semejante manera de plantear un problema es absolutamente inconsistente. Sobre todo, no está claro por qué se mezcla a la India. ¿No sería más simple preguntar: si el Ejército Rojo amenaza las huelgas obreras o las protestas campesinas contra la burocracia en la URSS, lo apoyaremos o no? La política exterior es la continuación de la política interior. Jamás hemos prometido apoyar *todas* las acciones del Ejército Rojo, que es un instrumento en manos de la burocracia bonapartista. Hemos prometido defender únicamente a la URSS como estado obrero, y exclusivamente aquellas cosas de su interior que le conciernen como estado obrero.

Un hábil casuista puede decir: si el Ejército Rojo, independientemente del carácter de la “labor” que realiza, es vencido por las masas insurrectas de la India, esto debilitará a la URSS. A ello contestamos: el aplastamiento de un movimiento revolucionario en India, con la cooperación del Ejército Rojo, significaría un peligro incomparablemente mayor para las bases socialistas de la URSS que una derrota episódica de los destacamentos contrarrevolucionarios del Ejército Rojo en la India. En cada caso la Cuarta Internacional sabrá distinguir dónde y cuándo el Ejército Rojo está actuando exclusivamente como instrumento de la reacción bonapartista y dónde defiende las bases sociales de la URSS.

Un sindicato dirigido por burócratas reaccionarios organiza una huelga contra la admisión de obreros negros en una cierta rama de la industria. ¿Apoyaremos una huelga tan vergonzosa? Naturalmente que no. Pero imaginemos que los patronos, utilizando dicha huelga, intenten aplastar el sindicato e imposibilitar en general la defensa organizada de los trabajadores. En este caso, defenderemos el sindicato como lógica consecuencia a pesar de su reaccionaria dirección. ¿Por qué no es aplicable esta misma política a la URSS?

La regla fundamental

La Cuarta Internacional ha dispuesto firmemente que, en todos los países imperialistas, independientemente de si están aliados a la URSS o en un campo hostil a ella, los partidos proletarios deben desarrollar durante la guerra la lucha de clases, con el propósito de tomar el poder. Al mismo tiempo, el proletariado de los países imperialistas no debe perder de vista los intereses de la defensa de la URSS (o los de las revoluciones coloniales) y, en caso de verdadera necesidad, debe recurrir a las acciones más decisivas como, por ejemplo, huelgas, actos de sabotaje, etc. Las combinaciones de fuerzas desde la época en que la Cuarta Internacional formuló esta regla han cambiado radicalmente. Pero la regla misma conserva toda su validez. Si Inglaterra y Francia amenazan mañana Leningrado o Moscú, los obreros ingleses y franceses deben tomar las medidas más decisivas a fin de impedir el envío de soldados y pertrechos militares. Si Hitler se ve obligado por la lógica de la situación a enviar a Stalin ayuda militar, los obreros alemanes, por el contrario, no tendrán ninguna razón, en este caso concreto, para recurrir a huelgas o sabotajes. Nadie, espero, propondrá otra solución.

“¿Revisión del marxismo?”

Algunos camaradas, evidentemente, se sorprendieron de que yo hablase en mi artículo (“La URSS en guerra”²⁴) del sistema de “colectivismo burocrático” como una posibilidad teórica. Descubrieron en esto incluso una completa revisión del marxismo. Esto es una clara equivocación. La comprensión marxista de la necesidad histórica no tiene nada en común con el fatalismo. El socialismo no se realiza “por sí mismo”, sino como resultado de la lucha de fuerzas vivas: las clases y sus partidos. La ventaja decisiva del proletariado en esta lucha reside en el hecho de que representa el progreso histórico, mientras que la burguesía encarna la reacción y la decadencia. Precisamente en esto está la fuente de nuestra convicción en la victoria. Pero tenemos pleno derecho a preguntarnos: ¿qué carácter adquirirá la sociedad si triunfan las fuerzas de la reacción?

Los marxistas han formulado un número incalculable de veces la alternativa: o socialismo o retorno a la barbarie. Después de la “experiencia” italiana, repetimos miles de veces: o comunismo o fascismo. El verdadero tránsito al socialismo no puede dejar de presentarse incomparablemente más complicado, heterogéneo y contradictorio de lo que fue previsto en el esquema histórico general. Marx habló sobre la dictadura del proletariado y su progresiva desaparición; pero nada dijo sobre la degeneración burocrática de la dictadura. Nosotros hemos observado y analizado, por vez primera en la experiencia, una degeneración semejante. ¿Es esto una revisión del marxismo?

La marcha de los acontecimientos ha logrado demostrar que el retraso de la revolución socialista engendra el indiscutible fenómeno de la barbarie: desempleo crónico, pauperización de la pequeña burguesía, fascismo y, finalmente, guerras de exterminio que no abren ningún camino nuevo. ¿Qué formas sociales y políticas puede tomar la nueva “barbarie” si admitimos teóricamente que la humanidad no será capaz de elevarse al socialismo? Tenemos la posibilidad de expresarnos más concretamente que Marx sobre este tema. El fascismo, por una parte, la degeneración del estado soviético, por la otra, esbozan las formas sociales y políticas de una neobarbarie. Una alternativa de esta especie (socialismo o servidumbre totalitaria) tiene no solamente un interés teórico, sino también una enorme importancia para la agitación, porque a su luz aparece más gráficamente la necesidad de la revolución socialista.

Si hablamos de una revisión de Marx, es en realidad la revisión de aquellos camaradas que proyectan un nuevo tipo de estado, “no burgués” y “no obrero”. Como la alternativa que yo desarrollé los conduce a llevar sus propios pensamientos a su lógica conclusión, algunos de estos críticos, asustados ante las conclusiones de su propia teoría, me acusan de... revisar el marxismo, Prefiero pensar que es simplemente una broma amistosa.

El derecho al optimismo revolucionario

Me esforcé por demostrar en mi artículo “La URSS en guerra” que la perspectiva de una sociedad de explotación no-obrera y no-burguesa, o “colectivismo burocrático”, es la perspectiva de una completa derrota y la decadencia del proletariado internacional, la perspectiva del más profundo pesimismo histórico. ¿Existen razones reales para semejante perspectiva? No es superfluo investigar entre nuestros enemigos de clase.

En el semanario del conocido diario *Paris-Soir* del 31 de agosto de 1939, aparece una conversación extremadamente instructiva, sostenida entre el embajador francés Coulondre y Hitler, el 25 de agosto; en ocasión de su última entrevista (la fuente de la información es indudablemente el mismo Coulondres). Hitler fanfarronea, se vanagloria

²⁴ Ver más arriba página 13 y siguientes.

del pacto que ha concluido con Stalin (“un pacto realista”) y “lamenta” que la sangre francesa y alemana hayan de derramarse.

“Pero [objeta Coulondre], Stalin ha abusado del doble juego. El verdadero ganador (en caso de guerra) será Trotsky. ¿Ha pensado usted en eso?”

“Lo sé [responde el Führer]. Pero, ¿por qué Francia e Inglaterra dieron completa libertad de acción a Polonia?”, etc.

Estos caballeros gustan de dar una denominación personal al espectro de la revolución. Pero esto no es, por supuesto, lo esencial de esta dramática conversación, en el momento mismo en que se interrumpían las relaciones diplomáticas. “La guerra provocará inevitablemente la revolución”, el representante de la democracia imperialista, pasmado él mismo hasta la médula, amedrenta a su adversario.

“Lo sé [contesta Hitler, como si se tratara de una cuestión decidida mucho antes]. Lo sé.” ¡Asombroso diálogo!

Ambos, Coulondre y Hitler, representan la barbarie que avanza sobre Europa. Al mismo tiempo ninguno de los dos alberga dudas de que su barbarie será vencida por la revolución socialista. Tal es el actual estado de ánimo de las clases dirigentes de todos los países capitalistas del mundo. Su completa desmoralización es uno de los elementos más importantes en la relación de fuerzas de clase. El proletariado tiene una dirección revolucionaria joven y aún débil. Pero la dirección de la burguesía se pudre en vida. En la víspera misma de la guerra, que no pueden evitar, estos caballeros están convencidos por adelantado del hundimiento de su régimen. ¡Este solo hecho debe constituir para nosotros una fuente de invencible optimismo revolucionario!

18 de octubre de 1939

El referéndum y el centralismo democrático (21 octubre 1939)

Pedimos un referéndum sobre la cuestión de la guerra, porque queremos paralizar o debilitar el centralismo del estado imperialista. Pero ¿podemos reconocer como un método normal para decidir las alternativas en nuestro propio partido el referéndum? No es posible contestar a esta pregunta más que negativamente.

Quienquiera que esté a favor de un referéndum, reconoce con ello que una decisión partidaria es simplemente una suma aritmética de decisiones locales, estando cada una de las localidades inevitablemente limitadas por sus propias fuerzas y por su experiencia limitada. Quienquiera que esté a favor de un referéndum debe estar a favor de los mandatos imperativos; esto es, a favor de un procedimiento tal que cada localidad tenga el derecho de *obligar* a sus representantes en un congreso del partido a votar de una manera determina. Quienquiera que admita los mandatos imperativos, niega automáticamente el significado de los congresos como órganos supremos del partido. En vez de un congreso, es suficiente hacer un recuento de votos locales. El partido como conjunto centralizado desaparece. Aceptando el referéndum, la influencia de las localidades más avanzadas y de los camaradas con más experiencia y más destacados de las capitales o centros industriales, es sustituida por la influencia de las secciones menos experimentadas, más atrasadas, etc.

Naturalmente estamos a favor de un examen de todos los lugares y del voto sobre cada cuestión por cada local del partido, por cada célula del partido. Pero al mismo tiempo, cada delegado elegido por una localidad debe tener el derecho de sopesar todos

los argumentos relacionados a la cuestión en el congreso, y a votar según se lo pida su propio juicio político. Si no es capaz de convencer a su organización de su proceder correctos después del congreso, entonces la organización, posteriormente, puede privarle de su confianza política. Tales casos son inevitables. Pero son un mal incomparablemente menor que el sistema del referéndum o mandatos imperativos que matan complementemente al partido en conjunto.

Coyoacán, D. F., 21 de octubre de 1939

Carta a Sherman Stanley (22 octubre 1939)

22 de octubre de 1939

Querido camarada Stanley:

Contesto con cierto retraso su carta del 11 de octubre.

1. Usted dice que “no puede haber serias diferencias o desacuerdos” sobre la cuestión rusa. Si es así, ¿por qué la alarma terrible en el partido contra el comité nacional y por tanto su mayoría? No debe usted sustituir sus propias concepciones por las de los miembros minoritarios del comité nacional, que consideran la cuestión seria y suficientemente candente como para provocar una discusión en el comienzo de la guerra.

2. No puedo estar de acuerdo con usted en que mi declaración no contradice la del camarada M. S. La contradicción concierne a dos puntos fundamentales:

- a) la naturaleza de clase de la URSS;
- b) la defensa de la URSS.

Sobre la primera cuestión, el camarada M. S. pone una interrogación, lo que significa que niega la antigua decisión y pospone el tomar una nueva. Un partido revolucionario no puede vivir entre dos decisiones, una eliminada, la otra no presentada. En la cuestión de la defensa de la URSS o los nuevos territorios ocupados, contra el ataque de Hitler (o Gran Bretaña), el camarada M. S. propone una revolución contra Stalin y Hitler. Esta fórmula abstracta significa negar la defensa en una situación concreta. Intenté analizar este problema en un nuevo artículo enviado ayer por correo aéreo al comité nacional²⁵.

3. Estoy completamente de acuerdo con usted en que sólo una discusión seria puede clarificar el asunto, pero no creo que votar simultáneamente a favor de la declaración de la mayoría y de la del camarada M. S. pueda contribuir a la necesaria clarificación

4. Usted declara en su carta que el principal problema no es la cuestión rusa, sino el “régimen interno”. He oído esta acusación a menudo casi desde el comienzo de la existencia de nuestro movimiento en los Estados Unidos. Las formulaciones varían un poco, los grupos también, pero una serie de camaradas siempre estuvieron en oposición al “régimen”. Ellos estuvieron, por ejemplo, contra la entrada en el Partido Socialista (para no ir más lejos en el pasado). Sin embargo, inmediatamente sucedió que la entrada no era el “principal problema”, sino el régimen. Ahora la misma fórmula se repite en conexión con la cuestión rusa.

²⁵ Ver *Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS*, en esta misma obra más arriba, página 29 y siguientes o en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

5. Personalmente creo que el paso por el Partido Socialista fue una acción conveniente para el desarrollo completo de nuestro partido, y que el “régimen” (o la dirección) que aseguró este paso fue correcto contra la oposición que, en aquel momento, representaba la tendencia al estancamiento.

6. Ahora, al comienzo de la guerra, una nueva oposición agudizada surge sobre la cuestión rusa. Afecta a nuestro programa y a su corrección, elaborado a través de discusiones innumerables, polémicas y debates durante diez años por lo menos. Nuestras decisiones no son eternas, por supuesto. Si alguien de la dirección tiene dudas y sólo dudas, es su tarea hacia el partido el clarificarse él mismo a través de estudios reposados o con discusiones dentro de los cuerpos dirigentes del partido, antes de lanzar los problemas en el partido (no en forma de nuevas discusiones elaboradas, sino en forma de dudas). Por supuesto, desde el punto de vista de los estatutos del partido, todo el mundo, incluso un miembro del comité político, tiene el derecho a hacer esto, pero no creo que este derecho fuera usado de forma que pudiera contribuir al mejoramiento del régimen partidario.

7. A menudo en el pasado he oído acusaciones de camaradas contra el comité nacional en su conjunto (su falta de iniciativa, y todo eso). No soy el abogado del comité nacional y estoy seguro de que muchas cosas que se deberían haber hecho, no se hicieron. Pero cuando insistí en que se concretaran esas acusaciones, pude ver que, a menudo, el descontento con la actividad de su propia localidad, con su propia falta de iniciativa, se habían transformado en acusación contra el comité nacional que se suponía que tenía que ser omnipotente, omnipresente y omnibenévolo.

8. En el presente caso el comité nacional es acusado de “conservadurismo”. Creo que el defender la antigua decisión programática hasta que sea sustituida por una nueva, es la obligación elemental del comité nacional. Creo que tal “conservadurismo” está dictado por la autopreservación del mismo partido.

9. Así, en dos de los problemas más importantes del pasado período, los camaradas descontentos con el “régimen” han tenido en mi opinión una actitud política falsa. El régimen debe ser un instrumento para una política correcta y no para una falsa. Cuando la incorrección de su política se hace clara, entonces sus protagonistas, a menudo, están tentados de decir que lo decisivo no es este punto especial, sino el régimen general. Durante el desarrollo de la Oposición de Izquierda y la Cuarta Internacional nos opusimos cientos de veces a tales sustituciones. Cuando Vereecken o Sneevliet o incluso Molinier fueron derrotados en todos sus puntos de divergencias, afirmaron que el problema real en la Cuarta Internacional no era esta o aquella decisión, sino el mal régimen.

10. No quiero hacer la superficial analogía entre los dirigentes de la presente oposición en nuestro partido americano y los Vereeckens, Sneevliets y todos esos; sé muy bien que los dirigentes de la oposición son camaradas altamente cualificados y espero sinceramente que continuaremos trabajando conjuntamente de la manera más amigable. Pero no puedo ayudar, estando inquieto por el hecho de que algunos de ellos repiten el mismo error en cada nuevo estadio de desarrollo del partido, con el apoyo de un grupo de seguidores personales. Creo que, en la presente discusión, este tipo de actitud será analizada y severamente condenada por la opinión general del partido, que tiene ahora tareas tremendas que realizar.

Con los mejores saludos comunistas,

CRUX (León Trotsky)

P.S. - En función de que en esta carta hablo sobre la mayoría y la minoría del comité nacional, especialmente de los camaradas de la resolución de M. S., envió copias de esta carta a los camaradas Cannon y Shachtman.

C.

Carta a James P. Cannon (28 octubre 1939)

28 de octubre de 1939

Querido Jim:

Dos cosas me quedan claras de su carta del 24 de octubre: (1) que es inevitable y políticamente necesaria una lucha ideológica muy seria; (2) que sería extremadamente perjudicial, si no fatal, el conectar esta lucha ideológica con la perspectiva de una ruptura, de una purga, o de expulsiones, y todo eso.

Oí, por ejemplo, que el camarada Gould proclamó en una reunión de miembros: “Ustedes desean expulsarnos.” Pero no sé qué reacción se dio por la otra parte a esto. Por mi parte, protestaré inmediatamente contra tales sospechas, con la mayor insistencia. Yo propondría la creación de una comisión de control especial para investigar tales afirmaciones y rumores. Si sucede que alguien de la mayoría lanza tales amenazas, yo por mi parte votaría por una censura o una amonestación grave.

Ustedes tienen muchos nuevos miembros y jóvenes deseducados. Necesitan una discusión educativa y seria, a la luz de los grandes acontecimientos. Si, al comienzo, su pensamiento está obsesionado por la perspectiva de la *degradación* personal, es decir, señalamientos, pérdida de prestigio, descalificaciones, eliminaciones del comité nacional, etc., y todo eso, toda la discusión se verá envenenada y la autoridad de la dirección quedará comprometida.

Si, por el contrario, la dirección abre una lucha fuerte contra las concepciones idealistas pequeñoburguesas y prejuicios organizativos, pero asegura, al mismo tiempo, todas las garantías necesarias para la discusión y para la minoría, el resultado sería, no sólo una victoria ideológica, sino un crecimiento importante en la autoridad de la dirección.

“Una conciliación y un compromiso en las alturas” sobre las cuestiones que son objeto de divergencia, sería, por supuesto, un crimen. Pero yo, por mi parte, propondría a la minoría, en su dirección, un acuerdo, si ustedes quieren, un compromiso sobre los métodos de discusión y paralelamente sobre la colaboración política. Por ejemplo (a) ambas partes eliminan de la discusión cualquier amenaza, insulto personal, y todo eso, (b) ambas partes se obligan a colaborar lealmente durante la discusión, (c) cualquier falso movimiento (amenazas, rumores y todo eso) debe ser investigado por el comité nacional o una comisión especial, como hecho particular, y no introducido en la discusión.

Si la minoría acepta tal acuerdo, ustedes tendrán la posibilidad de controlar la discusión, y también la ventaja de haber tomado una buena iniciativa. Si lo rechaza, ustedes pueden, en cada reunión de miembros del partido, presentar su posición escrita a la minoría como la mejor refutación a sus lamentaciones, y como buen ejemplo de “nuestro régimen”.

Me parece que el último congreso se consumó en un mal momento (la situación no estaba madura) y se convirtió en una especie de aborto. La auténtica discusión llegó algún tiempo después del congreso. Esto significa que ustedes no pueden evitar un nuevo congreso en Navidad o algo así. La idea de un referéndum es absurda. Sólo puede facilitar una escisión sobre líneas locales. Pero creo que la mayoría, en el acuerdo arriba mencionado, puede proponer a la minoría un nuevo congreso en base a dos plataformas con todas las garantías organizativas para la minoría.

El congreso es caro, pero no veo otros medios de concluir la presente discusión, u la crisis del partido que produce.

J. Hansen (León Trotsky)²⁶

PS: toda discusión seria y aguda puede llevar, por supuesto, a algunas deserciones, partidas, o incluso expulsiones, pero todo el partido debe estar convencido, por la lógica de los hechos, de que son resultados inevitables que se dan a pesar del mejor deseo de la dirección, y no un objetivo o intención de la dirección, ni tampoco el punto de partida de toda la discusión. Este es el punto decisivo de todo el asunto, según mi opinión.

J. H. (León Trotsky)

Carta a Max Shachtman (6 noviembre 1939)

6 de noviembre de 1939

Querido camarada Shachtman:

Recibí la transcripción de su discurso del 15 de octubre que usted me envió, y, por supuesto, lo leí con toda la atención que merece. Encontré muchas ideas y formulaciones excelentes que me parecieron estar en total acuerdo con nuestra posición común, tal y como está expresada en los documentos fundamentales de la Cuarta Internacional. Pero lo que no pude encontrar fue la explicación de su ataque a nuestra posición anterior, como “insuficiente, inadecuada y anticuada”.

Usted dice que “es lo concreto de los acontecimientos, que difiere de nuestras hipótesis y predicciones teóricas, lo que cambia la situación” (página 17). Pero desafortunadamente usted habla sobre “lo concreto” de los acontecimientos muy abstractamente, tanto que no puedo ver en qué medida cambian la situación, y cuáles son las consecuencias de estos cambios para nuestra política. Usted menciona algunos ejemplos del pasado. De acuerdo a usted, “vimos y predijimos” la degeneración de la Tercera Internacional (página 18); pero sólo tras la victoria de Hitler vimos necesario proclamar la Cuarta Internacional. Este ejemplo no está formulado de manera exacta. Predecimos no sólo la degeneración de la Tercera Internacional, sino también la posibilidad de su regeneración. Sólo la experiencia alemana de 1929-1933 nos convenció de que el Comintern estaba sentenciado y de que nada podía regenerarlo. Pero fue entonces cuando cambiamos nuestra política fundamentalmente: a la Tercera Internacional le opusimos la Cuarta Internacional:

Pero no extrajimos las mismas conclusiones en lo que concierne al estado soviético. ¿Por qué? La Tercera Internacional era un partido una selección de individuos en base a ideas y métodos. Esta selección llegó a estar tan fundamentalmente opuesta al marxismo, que nos vimos obligados a abandonar toda esperanza de regenerarla. Pero el estado soviético no es sólo selección ideológica, es un conjunto de instituciones sociales que continúa existiendo a pesar de que las ideas de la burocracia son ahora casi lo opuesto a las ideas de la Revolución de Octubre por esto es que no renunciamos a la posibilidad de regenerar el estado soviético a través de la revolución política. ¿Cree usted ahora que

²⁶ Trotsky firma en este caso con el nombre de su secretario, Joseph Hansen.

debemos cambiar esta actitud? Si no es así, y estoy seguro de que usted no lo propone, ¿dónde está el cambio fundamental producido por “lo concreto” de los acontecimientos?

En conexión con esto, usted cita la consigna de *Ucrania Soviética Independiente*, que, veo con satisfacción, usted acepta. Pero usted añade: “Entiendo que nuestra posición básica siempre fue oponernos a las tendencias separatistas en la República Soviética Federada” (página 19). Al respecto usted ve un “cambio en la línea política” fundamental. Pero (1) la consigna de una Ucrania Soviética Independiente fue propuesta antes del pacto Hitler-Stalin. (2) Esta consigna es sólo una aplicación en el campo de la cuestión nacional de nuestra consigna general de derrocamiento revolucionario de la burocracia. Usted puede decir con el mismo derecho: “Entiendo que nuestra posición básica siempre fue oponerse a cualesquiera actos de rebeldía contra el gobierno soviético.” Por supuesto, pero cambiamos esta posición básica hace varios años. No veo qué nuevo cambio propone usted realmente ahora en relación a esto.

Usted cita la marcha del Ejército Rojo sobre Polonia y Georgia en 1920 y continúa: “Ahora, si no hay nada nuevo en la situación, ¿por qué la mayoría no propone apoyar el avance del Ejército Rojo en Polonia, en los países Bálticos, en Finlandia...?” (página 20). En esta parte decisiva de su discurso usted afirma que algo es “nuevo en la situación” entre 1920 y 1939. ¡Por supuesto! Esta novedad en la situación es la bancarrota de la Tercera Internacional, la degeneración del estado soviético, el desarrollo de la Oposición de Izquierda, y la creación de la Cuarta Internacional. “Lo concreto de los acontecimientos” se dio precisamente entre 1920 y 1939. Y estos acontecimientos explican suficientemente por qué hemos cambiado radicalmente nuestra posición hacia la política del Kremlin, incluyendo su política militar.

Parece que usted olvida algo; en 1920 nosotros apoyamos no sólo las actuaciones del Ejército Rojo, sino también las de la GPU. Desde el punto de vista de nuestra valoración del estado no hay diferencia de principio entre el Ejército Rojo y la GPU. En sus actividades no sólo están conectados estrechamente, sino entremezclados. Podemos decir que en 1918 y los años siguientes, animamos a la Cheka en su lucha contra los contrarrevolucionarios rusos y los espías imperialistas, pero en 1927, cuando la GPU empezó a arrestar, exiliar y cazar a los auténticos bolcheviques, cambiamos nuestra valoración de esta institución. Este cambio concreto se dio como mínimo once años antes del pacto germano-soviético. Es por esto por lo que estoy aún más extrañado cuando usted habla sarcásticamente de que “el rechazo de la mayoría incluso (!) a tomar hoy la misma posición que todos tomamos en 1920...” (página 20). Empezamos a cambiar esta posición en 1923. Procedimos por etapas, más o menos de acuerdo a los desarrollos objetivos. El punto decisivo de esta evolución fue para nosotros 1933-1934. Si no conseguimos apreciar cuáles son los cambios fundamentales que usted propone en nuestra política, ¿esto no significa que tengamos que retroceder a 1920!

Usted insiste especialmente en la necesidad de abandonar la consigna de la defensa incondicional de la URSS, después de lo cual usted interpreta nuestra utilización de esta consigna en el pasado como nuestro apoyo incondicional a cada acción militar y diplomática del Kremlin; y, por lo tanto, a la política de Stalin. No, querido Shachtman, esta presentación no corresponde a “lo concreto de los acontecimientos”. Ya en 1927 proclamamos en el comité central: “¿Por la patria socialista? ¡Sí! ¿Por el curso estalinista?, ¡No!”²⁷. Usted parece entonces olvidar las llamadas “tesis sobre Clemenceau”, las cuales significaban que, en interés de la auténtica defensa de la URSS, la vanguardia proletaria podría estar obligada a eliminar el gobierno de Stalin y reemplazarlo por el suyo propio. ¡Esto fue proclamado en 1927! Cinco años más tarde

²⁷ León Trotsky, *La revolución desfigurada*, OELT-EIS, página 82 del formato pdf.

explicamos a los obreros que este cambio de gobierno sólo podía ser hecho por medio de la revolución política. Así, separamos esencialmente nuestra defensa de la URSS como *estado obrero*, de la defensa de la URSS de la burocracia. ¡Entonces usted interpreta nuestra anterior política como apoyo incondicional a las actividades diplomáticas y militares de Stalin! Permítame que le diga que esto es una horrible deformación de toda nuestra posición, no sólo desde la creación de la Cuarta Internacional, sino desde los mismos comienzos de la Oposición de Izquierda.

Defensa incondicional de la URSS significa, literalmente, que nuestra política no está determinada por las actuaciones, maniobras o crímenes de la burocracia del Kremlin, sino sólo por nuestra concepción de los intereses del estado soviético y de la revolución mundial.

Al final de su discurso, usted cita la fórmula de Trotsky concerniente a la necesidad de subordinar la defensa de la propiedad nacionalizada en la URSS a los intereses de la revolución mundial, y usted continúa: “Ahora, mi comprensión de nuestra posición en el pasado era que negábamos rotundamente cualquier posible conflicto entre las dos... Nunca entendí que nuestra anterior posición significase que *subordinábamos* la una a la otra. Si entiendo el inglés, el término significa o que existe contradicción entre las dos, o que hay posibilidad de tal conflicto” (página 37). Y de aquí usted deduce la imposibilidad de mantener la consigna de defensa incondicional de la Unión Soviética

Este argumento está basado en dos incomprensiones, como mínimo. ¿Cómo y por qué pueden los intereses de mantener la propiedad nacionalizada estar en “conflicto” con los intereses de la revolución mundial? Tácitamente usted deduce que la política del *Kremlin* (no la nuestra) de defensa puede entrar en conflicto con los intereses de la revolución mundial. ¡Por supuesto! ¡A cada paso! ¡En cada aspecto! A pesar de ello, nuestra política de defensa no está condicionada por la política de Kremlin. Esta es la primera incomprensión. Pero, pregunta usted, si no hay conflicto, ¿por qué la necesidad de la subordinación? Aquí está la segunda incomprensión. Debemos subordinar la defensa de la URSS a la revolución mundial en la medida en que subordinamos una *parte* al *todo*. En 1918, en las polémicas con Bujarin, que insistía en una guerra revolucionaria contra Alemania, Lenin contestó aproximadamente: “Si hubiera una revolución ahora en Alemania, entonces sería nuestro deber ir a la guerra incluso con el riesgo de perder. La revolución alemana es más importante que la nuestra, y debemos, si es necesario, sacrificar el poder soviético en Rusia (por un momento) de cara a ayudar a establecerlo en Alemania.” Una huelga en Chicago en este momento, podría ser irracional en y por sí misma, pero si es cuestión de ayudar a una huelga general a escala nacional, los obreros de Chicago deberían subordinar sus intereses a los intereses de su clase y llamar a la huelga. Si la URSS está implicada en la guerra del lado de Alemania, la revolución alemana puede ciertamente amenazar los intereses inmediatos de la defensa de la URSS. ¿Aconsejaríamos a los obreros alemanes no actuar? El Comintern les daría, seguro, tal consejo, pero no nosotros. Nosotros diríamos: “Subordinamos los intereses de la defensa de la Unión Soviética a los intereses de la revolución mundial.”

Algunos de sus argumentos, me parece que están contestados en el último artículo de Trotsky “Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS”²⁸, que fue escrito antes de que recibiese la transcripción de su discurso.

Ustedes tienen cientos y cientos de nuevos miembros que no han pasado nuestra común experiencia. Me temo que su exposición pueda llevarlos al error de creer que estuvimos por el apoyo incondicional al Kremlin, por lo menos a escala internacional, que no previmos la posibilidad de la colaboración Stalin-Hitler, que fuimos cogidos por

²⁸ *Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS*, en esta misma obra más arriba en página 29 y siguientes y en nuestra serie *Trotsky inédito en internet y en castellano*.

sorpreza por los acontecimientos, y que cambiamos nuestra posición esencialmente. ¡Esto no es cierto! E, independientemente de todas las demás cuestiones que son debatidas o sólo tocadas por encima en su discurso (dirección, conservadurismo, régimen partidario, y todo eso), debemos, en mi opinión, examinar de nuevo nuestra posición sobre la cuestión rusa con todo el cuidado necesario en interés de la sección americana, así como de la Cuarta Internacional en su conjunto.

Ahora el peligro real no es la defensa “incondicional” de lo que merece defensa, sino la ayuda directa o indirecta a la corriente política que trata de identificar la URSS con los estados fascistas en beneficio de las democracias, o a la corriente que trata de empujar a todas las tendencias al mismo saco con el fin de comprometer marxismo o bolchevismo con estalinismo. Somos el único partido que previó los acontecimientos, no en sus concreciones empíricas, por supuesto, sino en su tendencia general. Nuestra fuerza reside en el hecho de que no necesitamos cambiar nuestra orientación en cuanto la guerra comience. Y considero muy falso que algunos de nuestros camaradas, movidos por la lucha fraccional por un “buen régimen” (que, por lo que sé, nunca han definido), persistan en vocear: “¡Fuimos sorprendidos! ¡Se ha demostrado que nuestra línea era falsa! ¡Debemos improvisar una nueva línea!” y todo eso. Me parece completamente incorrecto y peligroso.

Con los más calurosos saludos comunistas.

LUND (León Trotsky)

Copia a J. P. Cannon

P.S.: Las formulaciones de esta carta están lejos de ser perfectas, en la medida en que no es un artículo elaborado, sino sólo una carta dictada por mí en inglés y corregida por mi colaborador mientras la dictaba.

Carta a James P. Cannon (15 diciembre 1939)

15 de diciembre de 1939

Querido camarada Cannon:

Hasta ahora los dirigentes de la oposición no han aceptado la lucha a un nivel principista, e indudablemente intentarán evitarla incluso en el futuro. Consecuentemente no es difícil adivinar lo que los dirigentes de la oposición dirán respecto del artículo enviado. “Hay muchas verdades elementales correctas en este artículo”, dirán; “de ninguna manera las negamos, pero el artículo no responde a las cuestiones “concretas” candentes. Trotsky está demasiado lejos del partido como para poder juzgar correctamente. No todos los elementos pequeño-burgueses están con la oposición, ni todos los obreros con la mayoría.” Algunos de ellos añadirán seguramente que el artículo les “atribuye” ideas que ellos nunca han mantenido, etc.

Como respuestas a las cuestiones “concretas”, los opositores quieren recetas de un libro de cocina para la época de las guerras imperialistas. No pretendo escribir tal libro de cocina. Pero con nuestra orientación principista sobre las cuestiones fundamentales, seremos siempre capaces de llegar a la solución correcta para cualquier caso concreto, por complicado que pueda ser. Precisamente en la cuestión finlandesa la oposición demostró su incapacidad para responder a problemas concretos. Nunca hay fracciones químicamente puras en su composición.

En todos los partidos y fracciones obreros se encuentran necesariamente elementos pequeño-burgueses. La cuestión es sólo quién marca la pauta. En la oposición la pauta es marcada por los elementos pequeño-burgueses.

La inevitable acusación de que el artículo atribuye a la oposición ideas que nunca ha mantenido se explica por el carácter contradictorio y amorfo de las ideas de la oposición, que no soportan la prueba del análisis crítico. El artículo no “atribuye” nada a los dirigentes de la oposición, sólo desarrolla sus ideas hasta el final. Por supuesto, yo sólo puedo ver el desarrollo de la lucha desde la barrera. Pero a menudo los rasgos generales de la lucha pueden ser mejor observados desde fuera.

Estrecho su mano afectuosamente.

LEON TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party (15 diciembre 1939)

Es necesario llamar a las cosas por su verdadero nombre. Ahora que la posición de ambas fracciones en lucha se ha delineado con perfecta claridad, debe decirse que la minoría del comité nacional encabeza una típica tendencia pequeñoburguesa. Como todo grupo pequeñoburgués dentro del movimiento socialista, la oposición actual se caracteriza por los siguientes rasgos: actitud desdeñosa hacia la teoría y una inclinación hacia el eclecticismo; falta de respeto hacia la tradición de su propia organización; ansiedad por una “independencia” personal a expensas de la ansiedad por la verdad objetiva; nerviosidad en lugar de consistencia; disposición a saltar de una posición a otra; falta de comprensión del centralismo revolucionario y hostilidad hacia él; y, finalmente, inclinación a sustituir la disciplina del partido por vinculaciones personales y lazos de camarillas. No todos los miembros de la oposición, naturalmente, manifiestan estos rasgos con idéntica fuerza. Sin embargo, como ocurre siempre en un bloque abigarrado, el tono lo dan aquellos que están más apartados. Obviamente, frente a nosotros se abre una lucha seria y prolongada. No me propongo en este artículo agotar el problema, sino que intentaré esbozar sus rasgos generales.

Escepticismo teórico y eclecticismo

En el número de enero de 1939 de *New International*²⁹, los camaradas Burnham y Shachtman, publicaron un largo artículo titulado “Intelectuales en retirada”. El artículo, si bien contenía muchas ideas correctas y hábiles caracterizaciones políticas, estaba echado a perder por un defecto fundamental que lo viciaba si no invalidaba. Mientras se

²⁹ El largo artículo de Burnham y Shachtman, *Los intelectuales en retirada*, constituye el conjunto total del número de enero de 1939 de *New International*. Bajo el título, un largo subtítulo precisa los fines del artículo: “un análisis político de la evolución que llevan a cabo los intelectuales antiestalinistas del marxismo al reformismo. Una crítica de Sydney Hook, Max Eastman, Eugène Lyons, Benjamin Stolberg, Charles Yale Harrison y otros críticos del bolchevismo: “¿Dónde están y hacia dónde van?” A esta lista indicada en el subtítulo, se añaden al inicio del artículo: James Rorty, Edmund Wilson, Philip Rahr, James Farrel, Georges S. County y Ferdinand Lundberg. EDI.

polemizaba contra rivales a quienes se consideraba (sin suficiente razón) sobre todo como proponentes de “teoría”, el artículo deliberadamente no elevaba el problema a un nivel teórico. Era absolutamente necesario explicar por qué los intelectuales “radicales” americanos aceptaban el marxismo sin la dialéctica (una campana sin badajo). El secreto es simple. En ningún otro país ha habido un rechazo tal de la lucha de clases como en la tierra de “la oportunidad ilimitada”. La negación de las contradicciones sociales como fuerza motriz del desarrollo, condujo a la negación de la dialéctica como la lógica de las contradicciones en el dominio del pensamiento teórico. Así como en la esfera de la política se creía posible convencer a todos sobre la corrección de un programa “justo”, por medio de claros silogismos, y de que la sociedad podía ser reconstruida con medidas “racionales”, así, en la esfera de la teoría, se aceptaba como demostrado que la lógica aristotélica, rebajada al nivel del “sentido común”, era suficiente para solucionar todas las cuestiones.

El pragmatismo, mezcla de racionalismo y empirismo, se transformó en la filosofía nacional de Estados Unidos. La metodología teórica de Max Eastman³⁰ no es fundamentalmente diferente de la metodología de Henry Ford (ambos consideran la sociedad viva desde el punto de vista de un “ingeniero” (Eastman, platónicamente). Históricamente, la actual actitud desdeñosa hacia la dialéctica se explica sencillamente por el hecho de que los abuelos y bisabuelos de Max Eastman y de otros no necesitaron la dialéctica para conquistar territorios y enriquecerse. Pero los tiempos han cambiado, y la filosofía del pragmatismo ha entrado en un período de bancarrota al igual que el capitalismo norteamericano. Los autores del artículo no mostraron, no pudieron y no supieron mostrar esta conexión interna entre filosofía y desarrollo material de la sociedad, y explicaremos claramente por qué.

“Los dos autores del presente artículo”, escribían de sí mismos, “difieren completamente sobre su estimación e a teoría general del materialismo dialéctico; uno de ellos la acepta y el otro la rechaza. No hay nada anómalo en semejante situación. Aunque, sin duda, la teoría está siempre ligada de una u otra forma a la práctica, la relación no es invariablemente directa o inmediata; y como hemos tenido oportunidad de destacar antes, los seres humanos actúan a menudo inconsistentemente. Desde el punto de vista de cada uno de los autores, hay en el otro cierta inconsistencia entre la “teoría filosófica” y la práctica política, que puede conducirnos, en alguna ocasión, a desacuerdos políticos concretos decisivos. Pero no sucede ahora, ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente a las tareas políticas concretas de hoy o de mañana; y los partidos políticos, los programas y las luchas se basan en tales tareas concretas. Todos nosotros podemos esperar que mientras marchamos juntos o cuando haya más tiempo, también nos pondremos de acuerdo sobre las cuestiones más abstractas. Entretanto, están el fascismo, la guerra y el desempleo”.

¿Cuál es el significado de este razonamiento completamente asombroso? Como quiera que *algunas* personas a través de un mal método *algunas veces* llegan a conclusiones correctas, y como quiera que algunas personas mediante un método correcto

³⁰ Max Eastman, periodista norteamericano, fallecido en 1971. Al principio fue simpatizante de la revolución rusa y de la Oposición de Izquierda. En 1925 publicó un libro sobre *La juventud de Trotsky*, después otro sobre los meses que siguieron a la muerte de Lenin. En 1926 publicó en los Estados Unidos, sin advertir a los dirigentes de la Oposición de Izquierda, que tuvieron que desautorizarlo por boca de Trotsky, el conjunto de textos conocidos desde entonces bajo el nombre de “Testamento de Lenin”. Max Eastman se alejó poco a poco de la Oposición de Izquierda e, igual que cierto número de intelectuales, periodistas o universitarios que habían simpatizado en su momento con la Revolución de Octubre, y, en consecuencia, con la Oposición de Izquierda (Sydney Hook, B. D. Wolf, James Burnham, etc.), rompió finalmente todo lazo con el movimiento obrero y se alineó bajo la bandera de la reacción.

con no poca frecuencia llegan a conclusiones incorrectas, por tanto... el método no tiene gran importancia. Meditemos sobre los métodos alguna vez que tengamos más tiempo, pero ahora tenemos otras cosas que hacer. Imaginemos cómo reaccionaría un obrero que, habiéndose quejado al capataz por lo malo de sus herramientas, recibiera esta respuesta: con malas herramientas es posible terminar un buen trabajo, y con buenas herramientas mucha gente sólo desperdicia material. Temo que dicho obrero, especialmente si trabaja a destajo, respondería al capataz con una frase nada académica. Un obrero debe vérselas con materiales refractarios que oponen resistencia, lo que le obliga a apreciar las buenas herramientas; mientras tanto, un intelectual pequeñoburgués (¡ay!) utiliza como sus “herramientas” observaciones fugitivas y generalizaciones superficiales... hasta que grandes acontecimientos le golpean la cabeza.

Exigir que todo miembro del partido esté familiarizado con la filosofía de la dialéctica sería, naturalmente, inerte pedantería. Pero un obrero que ha pasado por la escuela de la lucha de clases, obtiene de su propia experiencia una inclinación hacia el pensamiento dialéctico. Aun cuando no conozca este término, está dispuesto a aceptar el método mismo y sus conclusiones. Con un pequeño burgués es peor. Naturalmente, hay elementos pequeñoburgueses ligados orgánicamente con los obreros que pasan al punto de vista proletario sin una revolución interior. Pero estos constituyen una insignificante minoría. La cosa es muy diferente con la pequeña burguesía educada académicamente. Sus prejuicios teóricos ya han tomado forma acabada desde el banco de la escuela. Dado que consiguen aprender una gran cantidad de conocimientos, tanto útiles como inútiles, inútiles, sin ayuda de la dialéctica, creen que pueden continuar excelentemente su vida sin ella. En realidad, prescinden de la dialéctica sólo en la medida en que no consiguen afilar, pulir y agudizar teóricamente sus instrumentos de pensamiento, y en la medida en que no consiguen romper con el estrecho círculo de sus relaciones diarias. Cuando se ven confrontados con grandes acontecimientos, se pierden fácilmente y reinciden en sus hábitos pequeñoburgueses de pensamiento.

Apelar a la “inconsistencia” como justificación para un bloque teórico sin principios, equivale a presentar uno mismo malas credenciales como marxista. La inconsistencia no es accidental, y en política no aparece solamente como síntoma individual. La inconsistencia, comúnmente, desempeña una función social. Hay grupos sociales que no pueden ser consistentes. Los elementos pequeñoburgueses que no se han liberado de las mohosas tendencias pequeñoburguesas, se ven sistemáticamente obligados dentro de un partido obrero a hacer compromisos teóricos con su propia conciencia.

La actitud del camarada Shachtman hacia el método dialéctico como se expresa en la argumentación arriba citada, no se puede llamar otra cosa que escepticismo eclético. Es evidente que Shachtman se ha contagiado de esa actitud no en la escuela de Marx, sino entre los intelectuales pequeñoburgueses, a quienes les son propias todas las formas del escepticismo.

Advertencia y verificación

El artículo me asombró en tal forma que inmediatamente escribí al camarada Shachtman: “Acabo de leer el artículo que escribieran usted y Burnham sobre los intelectuales. Muchas partes son excelentes. Sin embargo, el párrafo sobre la dialéctica es el golpe más rudo que usted personalmente, como editor de *New International*, podía haber asestado a la teoría marxista. El camarada Burnham dice: “Yo no reconozco la dialéctica”. Eso está claro, y todos tienen que admitirlo. Pero usted dice: “Yo reconozco la dialéctica, pero no importa; no tiene la menor importancia”. Relea lo que escribió. Este párrafo desorienta terriblemente a los lectores de *New International* y es el mejor de los regalos a los Eastman de toda especie. ¡Bien! Hablaremos de esto públicamente.”

Mi carta fue escrita el 20 de enero, unos meses antes de la actual discusión. Shachtman no contestó hasta el 5 de marzo, cuando replicó, en efecto, que no podía entender por qué yo estaba haciendo tanto ruido sobre el asunto. El 9 de marzo contesté a Shachtman con las siguientes palabras: “Yo no rechacé en lo más mínimo la posibilidad de colaboración con los antidialécticos, sino únicamente que sea aconsejable escribir un artículo conjunto donde la cuestión de la dialéctica juega, o puede jugar, un papel muy importante. La polémica se desarrolla en dos planos: político y teórico. Vuestra crítica política está muy bien. Vuestra crítica teórica es insuficiente; se detiene en el punto en que debería volverse más agresiva. En una palabra, la tarea consiste en demostrar que sus errores (en la medida en que son errores *teóricos*) son producto de su incapacidad y renuncia a pensar las cosas dialécticamente. Esta tarea pudo haberse realizado con serio éxito pedagógico. En lugar de ello, usted declara que la dialéctica es una cuestión privada y que se puede ser un buen compañero sin un pensamiento dialéctico.” Al aliarse en *esta* cuestión con el antidialéctico Burnham, Shachtman se privó de la posibilidad de demostrar por qué Eastman, Hook³¹ y muchos otros comenzaron con una lucha filosófica contra la dialéctica, pero terminaron con una lucha política contra la revolución socialista. Esa es, sin embargo, la esencia de la cuestión.

La actual discusión política en el partido ha confirmado mis aprensiones y mi advertencia en forma incomparablemente más aguda de lo que podía haber esperado, o más correctamente, temido. El escepticismo metodológico de Shachtman dio sus deplorables frutos en la cuestión de la naturaleza del estado soviético. Burnham comenzó a construir hace algún tiempo, en forma puramente empírica, sobre la base de sus impresiones inmediatas, un estado no-proletario y no-burgués, liquidando de paso la teoría marxista del estado como órgano de dominación de clase. Shachtman, inesperadamente, adoptó una posición evasiva: “La cuestión, como veis, está sometida a un examen posterior”; además, la definición sociológica de la URSS no ejerce ninguna influencia directa e inmediata sobre nuestras “tareas políticas”, en las que Shachtman está completamente de acuerdo con Burnham. Hagamos una nueva alusión a lo que estos camaradas escribieron con respecto a la dialéctica. Burnham rechaza la dialéctica. Shachtman parece aceptarla, pero... el don divino de la “inconsistencia” les permite estar de acuerdo en las conclusiones políticas. *La actitud de cada uno de ellos hacia la naturaleza del estado soviético reproduce, punto por punto, su actitud hacia la dialéctica.*

En ambos caos, Burnham asume el papel dirigente. Esto no es sorprendente: él *posee* un método: el pragmatismo. Shachtman no tiene ningún método. Se adapta a Burnham. Sin asumir una completa responsabilidad por las concepciones antimarxistas de Burnham, defiende su bloque de agresión contra las concepciones marxistas con Burnham, tanto en la esfera de la filosofía como en la de la sociología. En ambos casos, Burnham aparece como un pragmatista y Shachtman como un ecléctico. Este ejemplo tiene la incalculable ventaja de que el paralelismo completo entre las posiciones de Burnham y de Shachtman en dos planos distintos de pensamiento, y sobre dos cuestiones de fundamental importancia, saltará a los ojos aún de camaradas que no han tenido ninguna experiencia en razonamientos puramente teóricos. El método de pensamiento puede ser dialéctico o vulgar, consciente o inconsciente, pero existe y se hace conocer.

En enero pasado oíamos de nuestros autores: “Pero no sucede ahora, ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del

³¹ Sidney Hook, profesor, militó algunos años en el movimiento obrero antes de retornar a sus trabajos universitarios y devenir un convencido reaccionario. Al principio perteneció a la dirección de la organización de A. J. Muste, el American Workers Party (Partido Obrero Norteamericano), que se fusionó con la Liga Comunista de Norteamérica. Así, trotskysta durante una primavera, rompió al cabo de algunos meses para abandonar toda actividad militante. EDI.

materialismo dialéctico afecte necesariamente a las tareas políticas concretas de hoy o de mañana...” Ni nadie lo ha demostrado todavía. Pocos meses pasaron antes de que los mismos Burnham y Shachtman demostraran que su actitud hacia una “abstracción” como el materialismo dialéctico, encontraría su manifestación precisa en su actitud hacia el estado soviético.

Sin duda, es necesario mencionar que la diferencia entre los dos es más que importante, pero es de carácter político, y no teórico. En ambos casos Burnham y Shachtman formaron un bloque sobre la base del rechazo y semirrechazo de la dialéctica. Pero en el primer caso, ese bloque estaba dirigido contra los adversarios del partido proletario. En el segundo caso, el bloque se concluyó contra el ala marxista de su propio partido. El frente de operaciones militares, por así decirlo, ha cambiado, pero las armas siguen siendo las mismas.

No cabe duda de que la gente es a menudo inconsistente. La conciencia humana, sin embargo, tiende hacia una cierta homogeneidad. La filosofía y la lógica están obligadas a confiar en esta homogeneidad de la conciencia humana y no en lo que carece de homogeneidad, es decir, en la inconsistencia. Burnham no reconoce la dialéctica, pero la dialéctica reconoce a Burnham, es decir, extiende su dominio sobre él. Shachtman cree que la dialéctica no tiene ninguna importancia en las conclusiones políticas, pero en las conclusiones políticas del mismo Shachtman vemos los frutos deplorables de su desdeñosa actitud hacia la dialéctica. Deberíamos incluir este ejemplo en los libros de texto sobre materialismo dialéctico.

El año pasado me visitó un joven profesor inglés de economía política, simpatizante de la Cuarta Internacional. Durante nuestra conversación sobre las formas y los medios para realizar el socialismo, expresó repentinamente las tendencias del utilitarismo inglés, en el espíritu de Keynes³² y otros: “Es necesario fijar un claro objetivo económico, elegir los medios más razonables para su realización”, etcétera. Yo señalé: “Veo que es usted un adversario de la dialéctica”. Me contestó con cierto asombro: “Sí, no veo nada útil en ella.” “Sin embargo [le contesté] la dialéctica me ha permitido determinar, fundándome en unas pocas observaciones tuyas sobre problemas económicos, a qué sector de pensamiento filosófico pertenece usted. Esto solo demuestra que hay un valor apreciable en la dialéctica.” Aunque desde entonces no he tenido noticias de mi visitante, no tengo ninguna duda de que sostiene la opinión de que la URSS no es un estado obrero, que la defensa incondicional de la URSS es una opinión “pasada de moda”, que nuestros métodos organizativos son malos, etcétera. Así como se puede establecer el tipo general de pensamiento de una persona dada, sobre la base de su relación con los problemas prácticos concretos, también es posible predecir aproximadamente, conociendo su tipo general de pensamiento, cómo se acercará a un individuo determinado u otra cuestión práctica. Ese es el incomparable valor educativo del método dialéctico de pensamiento.

El ABC de la dialéctica materialista

Escépticos gangrenosos como Souvarine creen que “nadie sabe” lo que es la dialéctica. Y hay “marxistas” que se inclinan reverentemente ante Souvarine³³, y esperan

³² John Keynes (1883-1946) economista británico que elaboró una teoría de la regulación del capitalismo mediante la intervención del estado dispensador de créditos, gracias a la orientación de dichos créditos y el estímulo al consumo. El keynesianismo floreció entreguerras en Gran Bretaña y USA constituyendo una verdadera escuela económica. EDI.

³³ Boris Souvarine, nacido en 1893. Miembro del Comité Director del Partido Comunista Francés en 1921 y su delegado en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Miembro de la izquierda. Apoyó a la Oposición de Izquierda en 1924. Expulsado en julio del mismo año, fundó el círculo Marx-Lenin. Rompe

aprender algo de él. Y estos marxistas no solamente se esconden en la *Modern Monthly*. Desgraciadamente existe una corriente de souvarinismo³⁴ en la actual oposición del SWP. Y es necesario advertir aquí a los camaradas jóvenes: ¡Cuidado con esta maligna infección!

La dialéctica no es ficción ni misticismo, sino una ciencia de las formas de nuestro pensamiento en la medida en que no se limita a los problemas cotidianos de la vida, sino que trata de llegar a una comprensión de procesos más amplios y complicados. La dialéctica y la lógica formal mantienen una relación similar a la que existe entre las matemáticas inferiores y las superiores.

Trataré aquí de esbozar la esencia del problema en forma muy concisa. La lógica aristotélica del silogismo simple parte de la proposición de que A es igual a A . Este postulado se acepta como axioma para una cantidad de acciones humanas prácticas y de generalizaciones elementales. Pero en realidad A no es igual a A . Esto es fácil de demostrar si observamos estas dos letras bajo una lente: son completamente diferentes una de otra. Pero, puede objetar cualquiera, la cuestión no es el tamaño o de la forma de las letras, puesto que son solamente símbolos de cantidades iguales, por ejemplo, de una libra de azúcar. La objeción es incongruente; en realidad, una libra de azúcar nunca es igual a una libra de azúcar: una balanza más delicada descubriría siempre una diferencia. Nuevamente, cualquiera puede objetar: sin embargo, una libra de azúcar es igual a sí misma. Tampoco esto es verdad: todos los cuerpos cambian constantemente de tamaño, peso, color, etc. Nunca son iguales a sí mismos. Un sofista contestará que una libra de azúcar es igual a sí misma “en un momento dado”. Fuera del valor práctico extremadamente dudoso de este “axioma”, tampoco soporta una crítica teórica. ¿Cómo debemos concebir realmente la palabra “momento”? Si se trata de un intervalo infinitesimal de tiempo, entonces una libra de azúcar está sometida durante el transcurso de ese “momento” a cambios inevitables. ¿O el “momento” es una abstracción puramente matemática, es decir, cero tiempo? Pero todo existe en el tiempo; y la existencia misma es un proceso ininterrumpido de transformación; el tiempo es, en consecuencia, un elemento fundamental de la existencia. De este modo, el axioma A es igual a A significa que una cosa es igual a sí misma si no cambia, es decir, si no existe. A primera vista, podría parecer que estas “sutilezas” son inútiles. En realidad, son de una importancia decisiva. El axioma A es igual a A , es, por una parte, punto de partida de todos nuestros conocimientos, por la otra, lo es también de todos los errores de nuestro conocimiento. Sólo dentro de ciertos límites se lo puede utilizar con uniformidad. Si los cambios cuantitativos en A son despreciables para la cuestión que tenemos entre manos, entonces

con el bolchevismo y con Trotsky en 1929. Autor de *Stalin* (1935) donde definía así a la URSS: “La propiedad de los medios de producción en la URSS es colectiva. Pero la apropiación del beneficio tiene un indudable carácter privado y eso es lo que importa [...] La expropiación de los expropiadores ha llevado a una especie de feudalidad burocrática bajo la cual el proletariado y el campesinado envilecidos por el funcionariado y el mandarinato se han visto reducidos a una especie de servidumbre; y si el modo de producción no es exactamente capitalista, noción, por otra parte, indefinible, es porque merece más el nombre de esclavista para la mayoría de los parias soviéticos”. (B. Souvarine, *Staline*, Paris, Plon, 1935, p. 612). Por supuesto que añade: “De las tesis particulares de Trotsky no ha resistido ninguna la prueba.” (*Ídem*, p. 614.). En “Moralistas y sicofantes contra el marxismo” (9 de junio de 1929, publicado al final de *Su moral y la nuestra*, en estas mismas [OELT-EIS](#), Trotsky escribe bajo el subtítulo: “El sicofante Souvarine. El expacifista, el excomunista, el extrotskyista, el ex comunista-demócrata, el exmarxista... casi el ex Souvarine”, página 45 del formato pdf.

³⁴ Por “corriente souvarinista” en el SWP, Trotsky tiene en cuenta esencialmente al militante negro Johnson, ligado personalmente a B. Souvarine. Trotsky le reprochaba a Johnson que disimulase sus relaciones con este antitrotskyista virulento. Johnson marchará con la minoría que fundará el Workers Party en abril de 1940, después, durante el segundo período de la discusión de fusión entre el SWP y el WP en 1947, se unirá a las filas del SWP, que abandonará poco después.

podemos presumir de A es igual a A . Este es, por ejemplo, el modo en que vendedor y comprador consideran una libra de azúcar. De la misma manera consideramos la temperatura del sol. Hasta hace poco considerábamos de la misma manera el poder adquisitivo del dólar. Pero cuando los cambios cuantitativos sobrepasan ciertos límites se convierten en cambios cualitativos. Una libra de azúcar sometida la acción del agua o del keroseno deja de ser una libra de azúcar. Un dólar en manos de un presidente deja de ser un dólar. Determina en el momento preciso el punto crítico en que la cantidad se transforma en cualidad, es una de las tareas más importante y difíciles en todas las esferas del conocimiento, incluida la sociología.

Todo obrero sabe que es imposible elaborar dos objetos completamente iguales. En la transformación de bronce en conos, se permite cierta desviación para los conos, siempre que ésta no pase de ciertos límites (a esto se llama tolerancia). Mientras se respetan las normas de la tolerancia, los conos son considerados iguales (A es igual a A). Cuando se excede la tolerancia, la cantidad se transforma en calidad; en otras palabras, los conos son de inferior calidad o completamente inútiles.

Nuestro pensamiento científico es solamente una parte de nuestra práctica general, incluidas las técnicas. Para los conceptos también existe una “tolerancia” que no está fijada por la lógica forma basada en el axioma A es igual a A , sino por la lógica dialéctica basada en el axioma de que todo cambio constantemente. El “sentido común” se caracteriza por el hecho de que sistemáticamente excede la “tolerancia” dialéctica.

El pensamiento vulgar opera con conceptos tales como capitalismo, moral, libertad, estado obrero, etc., considerándolos como abstracciones fijas, presumiendo que capitalismo es igual a capitalismo, moral igual a moral, etc. El pensamiento dialéctico analiza todas las cosas y fenómenos en su cambio continuo, a la vez que determina en las condiciones materiales de aquellos cambios ese límite crítico en que A deja de ser A , un estado obrero deja de ser un estado obrero.

El vicio fundamental del pensamiento vulgar radica en el hecho de que quiere contentarse con fotografías inertes de una realidad que se compone de eterno movimiento. El pensamiento dialéctico da a los conceptos, por medio de aproximaciones sucesivas, correcciones, concreciones, riqueza de contenido y flexibilidad; diría, incluso, hasta cierta suculencia que, en cierta medida, los aproxima a los fenómenos vivos. No hay un capitalismo en general, sino un capitalismo dado, en una etapa de desarrollo dada. No hay un estado obrero en general, sino un Estado obrero dado en un país atrasado, rodeado de un cerco capitalista, etc.

La relación entre el pensamiento dialéctico y el pensamiento común es semejante a la de una película con una fotografía. La película no invalida la fotografía inmóvil, sino que combina una serie de ellas de acuerdo a las leyes del movimiento. La dialéctica no niega el silogismo, sino que nos enseña a combinar los silogismos en forma tal que nos lleve a una comprensión más certera de la realidad eternamente cambiante. Hegel, en su *Lógica*, estableció una serie de leyes: cambio de cantidad en cualidad, desarrollo a través de las contradicciones, conflicto entre el contenido y la forma, interrupción de la continuidad, cambio de posibilidad en inevitabilidad, etc., que son tan importantes para el pensamiento teórico como el silogismo simple para las tareas más elementales.

Hegel escribió antes que Darwin y antes que Marx. Gracias al poderoso impulso dado al pensamiento por la Revolución Francesa, Hegel anticipó el movimiento general de la ciencia. Pero porque era solamente una *anticipación*, aunque hecha por un genio, recibió de Hegel un carácter idealista. Hegel operaba con sombras ideológicas como realidad final. Marx demostró que el movimiento de estas sombras ideológicas no reflejaba otra cosa que el movimiento de cuerpos materiales.

Llamamos materialista a nuestra dialéctica porque sus raíces no están en el cielo ni en las profundidades del “libre albedrío”, sino en la realidad objetiva, en la naturaleza. La conciencia surgió de lo inconsciente, la psicología de la fisiología, el mundo orgánico del inorgánico, el sistema solar de la nebulosa. En todos los jalones de esta escala de desarrollo, los cambios cuantitativos se transformaron en cualitativos. Nuestro pensamiento, incluso el pensamiento dialéctico, es solamente una de las formas de expresión de la materia cambiante. En este sistema no hay lugar para Dios, ni para el Diablo, ni para el alma inmortal, ni para modelos eternos de leyes y morales. La dialéctica del pensamiento, habiendo surgido de la dialéctica de la naturaleza, posee en consecuencia un carácter completamente materialista.

El darwinismo, que explicó la evolución de las especies a través del tránsito de las transformaciones cuantitativas en cualitativas, fue el más alto triunfo de la dialéctica en todo el terreno de la materia orgánica. Otro gran triunfo fue el descubrimiento de la tabla de pesos atómicos de elementos químicos y, posteriormente, la transformación de un elemento en otro.

A estas transformaciones (especies, elementos, etc.) está estrechamente ligada la cuestión de la clasificación, de pareja importancia en las ciencias naturales y en las sociales. El sistema de Linneo (siglo XVIII), que utilizaba como punto de partida la inmutabilidad de las especies, se limitaba a la descripción y clasificación de las plantas de acuerdo a sus características exteriores. El período infantil de la botánica es análogo al período infantil de la lógica, ya que las formas de nuestro pensamiento se desarrollan como todo lo que vive. Únicamente el repudio definitivo de la idea de especies fijas, únicamente el estudio de la historia de la evolución de las plantas y de su anatomía, preparó las bases para una clasificación realmente científica.

Marx, que a diferencia de Darwin era un dialéctico consciente, descubrió una base para la clasificación científica de las sociedades humanas en el desarrollo de sus fuerzas productivas y en la estructura de las relaciones de propiedad, que constituyen la anatomía social. El marxismo sustituyó la vulgar clasificación descriptiva que aún florece en las universidades por una clasificación dialéctica marxista. Únicamente mediante el uso del método de Marx es posible determinar correctamente tanto el concepto de lo que es un estado obrero como el momento de su caída. Todo esto, como vemos, no contiene nada “metafísico” o “escolástico”, como afirma la ignorancia vanidosa. La lógica dialéctica expresa las leyes del movimiento en el pensamiento científico contemporáneo. La lucha contra la dialéctica materialista expresa, por el contrario, un pasado distante, el conservadurismo de la pequeña burguesía, la autosuficiencia de los rutinarios universitarios y... un destello de esperanza por un más allá.

La naturaleza de la URSS

La definición de la URSS dada por el camarada Burnham (“ni estado obrero ni estado burgués”) es puramente negativa, se separa de la cadena del desarrollo histórico, oscila en suspenso por los aires, carece de toda partícula de sociología y representa, sencillamente, una capitulación teórica del pragmatismo ante un fenómeno histórico *contradictorio*.

Si Burnham fuera un materialista dialéctico, hubiera tenido que demostrar las siguientes tres cuestiones: 1) ¿Cuál es el origen histórico de la URSS? 2) ¿Qué cambios ha sufrido este estado durante su existencia? 3) ¿Pasaron estos cambios del grado cuantitativo al cualitativo? Es decir: ¿crearon una dominación históricamente necesaria por parte de una nueva clase explotadora? Contestar estas preguntas hubiera obligado a Burnham a extraer la única conclusión posible: la URSS es todavía un estado obrero degenerado.

La dialéctica no es una llave maestra para todas las cuestiones. No reemplaza el análisis científico concreto. Pero dirige este análisis por el camino correcto poniéndolo a resguardo de los extravíos estériles en el desierto del subjetivismo y del escolasticismo.

Bruno R. ubica a los regímenes fascistas y soviético en una misma categoría de “colectivismo burocrático”, por el hecho de que la URSS, Italia y Alemania están todos gobernados por burocracias; aquí y allá se siguen los principios de la planificación; en un caso, se liquida la propiedad privada, en el otro, se la limita, etc. De este modo, sobre la base de una *relativa* similitud de *ciertas* características externas, de *distinto* origen, de *distinto* peso específico, de *distinta* significación de clase, se establece una identidad fundamental de regímenes sociales, completamente en el espíritu de los profesores burgueses que establecen categorías de “economía controlada”, “estado centralizado”, sin tener en cuenta para nada la naturaleza de clase de uno u otro. Bruno R. y sus seguidores o semiseguidores, como Burnham, permanecen, en el mejor de los casos, en la esfera de la clasificación social al nivel de Linneo, en cuya justificación sería necesario destacar, sin embargo, que vivió antes de Hegel, Darwin y Marx.

Peores aún, y más peligrosos tal vez, son aquellos eclécticos que expresan la idea de que el carácter de clase del estado soviético “no interesa”, y que la dirección de nuestra política está determinada por “el carácter de la guerra”. Como si la guerra fuera una sustancia independiente suprasocial; como si el carácter de la guerra no estuviera determinado por el carácter de la clase dominante, es decir, por el mismo factor social que determina también el carácter del estado. ¡Es asombroso con qué facilidad algunos camaradas olvidan el ABC del marxismo bajo los golpes de los acontecimientos!

No es de sorprender que los teóricos de la oposición que rechazan el pensamiento dialéctico capitulen lamentablemente ante la naturaleza contradictoria de la URSS. Sin embargo, la contradicción entre las bases sociales sentadas por la revolución y el carácter de casta surgida de la degeneración de la revolución es no solamente un hecho histórico irrefutable, sino también una fuerza motriz. En nuestra lucha por el derrocamiento de la

burocracia nos basamos en esta contradicción. Entre tanto, algunos ultraizquierdistas han llegado al absurdo final al afirmar que es necesario sacrificar la estructura social de la URSS a fin de derrocar a la oligarquía bonapartista. No tienen la menor sospecha de que la URSS, sin la estructura social creada por la Revolución de Octubre sería un régimen fascista.

Evolución y dialéctica

Probablemente el camarada Burnham protestará diciendo que, como evolucionista, está interesado en el desarrollo de la sociedad y de las formas estatales, no menos que nosotros los dialécticos. No discutiremos esto. Toda persona culta, desde Darwin, se ha calificado a sí misma de “evolucionista”. Pero un verdadero evolucionista debe aplicar la idea de la evolución a sus propias formas de pensamiento. La lógica elemental, fundada en el período en que la idea misma de evolución aún no existía, es evidentemente insuficiente para el análisis de los procesos evolutivos. La lógica de Hegel es la lógica de la evolución. Sólo que no debe olvidarse que el concepto mismo “evolución” ha sido completamente corrompido y castrado por los profesores universitarios y escritores liberales que con ello se refieren al “progreso” pacífico. Quienquiera que haya llegado a entender que la evolución se desarrolla a través de la lucha de fuerzas antagónicas; que una lenta acumulación de cambios hace estallar en determinado momento el viejo caparazón provocando una catástrofe, una revolución; quienquiera que haya aprendido, finalmente, a aplicar las leyes generales de la evolución al pensamiento mismo, es un dialéctico que se diferencia de los evolucionistas vulgares. El entrenamiento dialéctico de la mente (tan necesario para un luchador revolucionario

como los ejercicios con los dedos para un pianista) exige que todos los problemas sean tratados como *procesos*, y no como *categorías inmóviles*. En cambio, los evolucionistas vulgares se limitan generalmente a reconocer la evolución sólo en ciertas esferas, y se contentan en todas las demás cuestiones con las banalidades del “sentido común”.

El liberal americano, que se ha reconciliado con la existencia de la URSS (más precisamente, con la burocracia de Moscú) cree, o al menos creía hasta el pacto germano-soviético, que el régimen soviético en su conjunto es “algo progresivo”, que los rasgos repugnantes de la burocracia (“¡naturalmente existen!”) irán borrándose progresivamente, y que el “progreso” pacífico e incruento está por consiguiente asegurado.

El radical pequeñoburgués vulgar se asemeja al “progresista” liberal, en que toma a la URSS como un todo, sin comprender su dinámica y sus contradicciones internas. Cuando Stalin selló una alianza con Hitler, invadió Polonia, y ahora Finlandia, los radicales vulgares triunfaron: ¡la identidad de métodos del estalinismo y el fascismo quedaba demostrada! Sin embargo, se encontraron en dificultades cuando las nuevas autoridades invitaron a la población a expropiar a los terratenientes y capitalistas. ¡No habían previsto para nada esta posibilidad! Entre tanto, las medidas sociales revolucionarias, realizadas por medios burocrático-militares, no solamente no perturbaron *nuestra* dialéctica definición de la URSS como estado obrero degenerado, sino que la corroboraron de la manera más incontrovertible. En lugar de utilizar este triunfo del análisis marxista para perseverar en la agitación, los opositores pequeñoburgueses comenzaron a gritar con criminal ligereza que los acontecimientos habían refutado nuestra predicción, que nuestras viejas fórmulas ya no eran aplicables, que eran necesarias nuevas palabras. ¿Qué palabras? Ellos mismos aún no se han decidido.

Defensa de la URSS

Comenzamos con la filosofía y pasamos luego a la sociología. Se hizo patente que en ambas esferas, de las dos personalidades dirigentes de la oposición, una había tomado una postura antimarxista, la otra, una postura ecléctica. Si consideramos ahora la política, particularmente la cuestión de la defensa de la URSS, veremos cuán grandes sorpresas nos aguardan.

La oposición descubrió que nuestra fórmula de “defensa incondicional de la URSS”, la fórmula de nuestro programa, es vaga, abstracta y pasada de moda (!?)”. Desgraciadamente, ellos no explican bajo qué futuras “condiciones” están dispuestos a “defender las conquistas de la revolución. A fin de dar por lo menos un gramo de sentido a su nueva fórmula, la oposición trata de presentar las cosas como si hasta ahora hubiéramos defendido “incondicionalmente” la política internacional del gobierno del Kremlin con su Ejército Rojo y su GPU. ¡Se pone todo al revés! En realidad, desde hace mucho tiempo no hemos defendido la política internacional de Kremlin, ni siquiera en forma condicional, particularmente desde el día en que proclamamos abiertamente la necesidad de aniquilar a la oligarquía del Kremlin mediante una insurrección. Una política equivocada no sólo mutila las tareas corrientes, sino que obliga también a presentar el propio pasado con una luz falsa.

En el artículo arriba citado de *New International*, Burnham y Shachtman calificaron correctamente al grupo de intelectuales desilusionados de “La Liga de las Esperanzas Abandonadas”, e insistentemente preguntaban cuál sería la posición de esta lamentable Liga en caso de conflicto militar entre un país capitalista y la Unión Soviética. “Aprovechamos esta ocasión, por tanto [escribían], para exigir de Hook, Eastman y Lyons declaraciones *sin ambigüedades* sobre la cuestión de la defensa de la Unión Soviética ante un ataque de Hitler o Japón... o, si viene al caso, de Inglaterra...” Burnham y

Shachtman no establecían ninguna “condición”, no especificaban circunstancias “concretas” algunas y, al mismo tiempo, exigían una respuesta “sin ambigüedades”. “... ¿Se abstendría también la Liga (de las Esperanzas Abandonadas) de tomar posición, o se declararía neutral?” continuaban; “en una palabra, ¿está por la defensa de la Unión Soviética ante un ataque imperialista, *sin tener en cuenta y a pesar del régimen estalinista?*” (Subrayado por mí.) ¡Una cita maravillosa! Y esto es exactamente lo que declara nuestro programa. En enero de 1939, Burnham y Shachtman estaban a favor de la defensa incondicional de la Unión Soviética y definieron correctamente el sentido de la defensa incondicional como “*sin tener en cuenta y a pesar del régimen estalinista*”. Y todavía este artículo fue escrito cuando la experiencia de la revolución española había sido apurada hasta su consumación. El camarada Cannon está absolutamente en lo cierto cuando dice que el papel del estalinismo en España fue incomparablemente más criminal que en Polonia o Finlandia. En el primer caso, la burocracia estranguló una revolución socialista empleando métodos de verdugo. En el segundo caso, dio impulso a la revolución socialista empleando métodos burocráticos. ¿Por qué los mismos Burnham y Shachtman pasaron tan inesperadamente a la posición de la “Liga de las Esperanzas Abandonadas”? ¿Por qué? No podemos considerar como una explicación las superabstractas referencias de Shachtman a la “concreción de los acontecimientos”. Sin embargo, no es difícil hallar una explicación. La participación del Kremlin en el campo republicano en España fue apoyada por los demócratas burgueses de todo el mundo. La labor de Stalin en Polonia y Finlandia es recibida con furiosa condenación de los mismos demócratas. A pesar de todas sus ruidosas fórmulas, la oposición aparece como un reflejo dentro del Socialist Worker Party de los sentimientos de la pequeña burguesía “izquierdista”. Este hecho es, desgraciadamente, indiscutible.

“Nuestros sujetos”, escribían Burnham y Shachtman sobre la “Liga de Esperanzas Abandonadas”, “se enorgullecen en alto grado al creer que están contribuyendo con algo “fresco”, que están “revalorizando a la luz de nuevas experiencias” que “no son dogmáticos” (¿“conservadores”? L.T.) que rechazan volver a examinar sus “supuestos básicos”, etc. ¡Qué patético autoengaño! Ninguno de ellos ha traído a la luz ningún hecho nuevo ni ha proporcionado ninguna nueva comprensión del presente o del futuro”. ¡Asombrosa cita! ¿No deberíamos agregar un nuevo capítulo a su artículo “Intelectuales en retirada”? Le ofrezco mi colaboración al camarada Shachtman...

¿Cómo es posible que destacados individuos como Burnham y Shachtman, dedicados incondicionalmente a la causa del proletariado, puedan volverse tan temerosos de los nada temibles caballeros de la Liga de las Esperanzas Abandonadas? En el plano puramente teórico, la explicación, en lo que respecta a Burnham, radica en su método incorrecto; en lo que respecta a Shachtman, en su desprecio por el método. Un método correcto no sólo facilita la obtención de una conclusión correcta, sino que, al ligar cada nueva conclusión con las precedentes, en una cadena consecutiva, las fija en nuestra memoria. Si las conclusiones políticas se realizan empíricamente no cabe duda de que entonces el sistema político marxista se invariablemente reemplazado por el impresionismo (característico, en tantas formas, de los intelectuales pequeñoburgueses. Cada nuevo viraje de los acontecimientos toma de sorpresa al empírico-impresionista, lo obliga a olvidar lo que él mismo escribió ayer y la produce un ardiente deseo de encontrar nuevas fórmulas antes de que nuestras ideas aparezcan en su cabeza.

La guerra fino-soviética

La resolución de la oposición sobre la cuestión de la guerra fino-soviética, tal vez con ligeros cambios, podrían suscribirla los bordiguistas³⁵, Vereecken³⁶, Sneevliet³⁷, Fenner Brockway³⁸, Marceau Pivert³⁹ y otros, pero en ningún caso los bolchevique-leninistas. Basada exclusivamente en los rasgos de la burocracia soviética y en el mero hecho de la “invasión”, la resolución carece del más mínimo contenido social. Pone a Finlandia y a la URSS en un mismo nivel e inequívocamente “condena, rechaza y opone a ambos gobiernos a sus ejércitos”. Advirtiendo, sin embargo, que algo no marcha bien, la resolución agrega inesperadamente y sin relación alguna con el texto: “Al aplicar (!) esta perspectiva, la Cuarta Internacional tendrá en cuenta (!), naturalmente (cuán maravilloso es este “naturalmente”), las diferentes relaciones económicas de Finlandia y Rusia.” Cada palabra es una perla. Por circunstancias “concretas”, nuestros amantes de lo “concreto” entienden la situación militar, los sentimientos de las masas y, en tercer lugar, regímenes económicos opuestos. En cuanto a cómo se “tendrán en cuenta” estas tres circunstancias “concretas”, la resolución no nos da el menor indicio. Si la oposición se

³⁵ Bordiguismo. Corriente ultraizquierdista del movimiento comunista, debe su nombre a Amadeo Bordiga (1889-1970) dirigente del ala izquierda del Partido Comunista de Italia. Opuesto a la lucha parlamentaria, a la estrategia [sic en la nota de EDI, EIS] del frente único, después a la política de Stalin, fue expulsado en 1930 del PCII y fundó un grupo opositor, Prometeo, que tuvo ramificaciones en diversos países, entre los cuales Francia. El bordiguismo afirma “no hay nada que salvar en la realización histórica rusa” porque “las conquistas y objetivos finales de la Revolución de Octubre han sido íntegramente liquidadas” [*Le Proletaire*, octubre de 1967]. En pocas palabras: “El poder proletario ruso, aislado por la derrota de la revolución internacional ha capitulado ante las clases no proletarias de la sociedad rusa: ahí radica la “degeneración”, es decir, en que acepta las funciones nacionales, no socialistas sino capitalistas. EDI.

³⁶ G. Vereecken (nacido en 1896), militante belga, en Sat. Intern. De la O.I. y de la LCI, se opuso a la entrada en la socialdemocracia, firmó en 1935 la carta a la IV Internacional junto con el grupo Espartaco y después fundó el Partido Socialista Revolucionario, que abandonó en 1937. Criticó al Buró de Londres y polemizó con Trotsky sobre el POUM. En la clandestinidad durante la guerra, se unió enseguida a la IV Internacional, que abandonó al mismo tiempo que Michel Pablo. [Puede verse en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria: Cronología de Bordiga, vida, pensamiento y militancia de Amadeo Bordiga, Amadeo Bordiga: Lenin en el camino de la revolución y Debate entre bordiguistas y trotskistas sobre la Guerra de España* (1938) en su serie *Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España.*] EDI.

³⁷ Henryk Sneevliet (1883-1942) (pseudónimo en la Internacional Comunista: Maring). Militante socialista, después comunista holandés. Uno de los fundadores del partido comunista holandés, que abandonó en 1927. En 1929 fundó el Partido Socialista Revolucionario de Holanda (RSP) que firmó en 1933 la declaración de las “cuatro” organizaciones de la IV Internacional [ver, por ejemplo, en estas mismas EIS “Una conferencia del bloque de los cuatro” en *Escritos, Tomo V, Volumen 2*, página 14 y siguientes del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma* o “*Los once puntos revisados*” en nuestra serie *Trotsky inédito en internet y en castellano.* EIS]. Después, dirigente del partido salido de la fusión entre el RSP y un partido socialdemócrata de izquierda holandés (el OSP) que resultó en el RSAP. Elegido diputado, presidente de una Unión Sindical minoritaria y “roja”. Rompió con la Cuarta Internacional en 1937 y se solidarizó con las organizaciones reunidas alrededor del Buró de Londres. Fusilado por los nazis en 1942. EDI.

³⁸ Fenner Brockway, devenido después Lord de la Corona, era uno de los dirigentes del Independent Labour Party, partido socialdemócrata de izquierda, miembro del reagrupamiento centrista internacional llamado Buró de Londres. EDI.

³⁹ Marceau Pivert (1895-1958), fundador de la tendencia Izquierda Revolucionaria en 1935, una parte de la cual, expulsada de la SFIO en 1938, constituyó el Partido Socialista Obrero y Campesino. Tras la guerra se Pivert se reintegró en las filas de la SFIO. Las posiciones de Fenner Brockway, de la ILP, y las de Marceau Pivert, del PSOP, organizaciones miembro del Buró de Londres están expresadas, sin lugar a dudas, en este pasaje de *Jun 36* (diario del PSOP) de noviembre de 1939, número 67: “La estalinización marca un progreso dialéctico en relación con formas de explotación del capitalismo privado, sin embargo, en sus consecuencias económicas, sociales y culturales, se parece más al nacionalsocialismo que al socialismo, tal y como nosotros lo defendemos aquí. La estalinización es la forma esencialmente burocrática del capitalismo de estado.”

opone por igual a “ambos gobiernos y a sus ejércitos” en relación a esta guerra, ¿cómo “tendrá en cuenta” las diferencias en la situación militar y en los regímenes sociales? Verdaderamente, nada de esto es comprensible.

Con el objeto de castigar a los estalinistas por sus crímenes indiscutibles, la resolución, siguiendo a los demócratas pequeñoburgueses de todo pelaje, no dice una sola palabra sobre el hecho de que el Ejército Rojo expropia en Finlandia a los grandes terratenientes e introduce el control obrero, mientras prepara la expropiación de los capitalistas.

Mañana los estalinistas estrangularán a los obreros finlandeses, pero ahora están dando (están abocados a dar) un tremendo impulso a la lucha de clases en su forma más aguda. Los jefes de la oposición construyen su política no sobre el proceso “concreto” que está teniendo lugar en Finlandia, sino sobre abstracciones democráticas y nobles sentimientos.

Aparentemente la guerra soviético-finlandesa comienza a ser complementada por una guerra civil en la que el Ejército Rojo se encuentra en la fase dada en el mismo campo que los pequeños campesinos y los obreros finlandeses, mientras el ejército finlandés goza del apoyo de las clases poseedoras, de la conservadora burocracia obrera y de los imperialistas anglosajones. Las esperanzas que el Ejército [Rojo] despierta entre las clases bajas finlandesas demostrará ser, a menos que intervenga la revolución internacional, una ilusión; la colaboración del Ejército Rojo con dichas clases será sólo temporal. Se dará prisa al Kremlin para volver sus armas contra los obreros y campesinos finlandeses. Todo esto ya lo sabemos ahora, y lo decimos abiertamente como advertencia. Pero en esta guerra civil “concreta” que tiene lugar en Finlandia ¿qué posición “concreta” debe tomar los partidarios “concretos” de la IV Internacional? Si lucharon en España en el campo republicano, a pesar del hecho de que los estalinistas estaban estrangulando la revolución socialista, tanto más deben participar en Finlandia en aquel campo en que los estalinistas están obligados a apoyar la expropiación de los capitalistas.

Nuestros innovadores tapan las brechas de su posición con rases violentas. Califican de “imperialista” la política de la URSS. ¿Vasta enriquecimiento de las ciencias! De hoy en adelante, tanto la política exterior del capital financiero como la política de exterminar el capital financiero se llamará imperialismo. ¡Esto ayudará significativamente en la clarificación y en la educación de clase de los obreros! ¡Pero el Kremlin (gritará, por ejemplo, el muy temerario Stanley) apoya simultáneamente la política del capital financiero en Alemania! Esta objeción se basa en la sustitución de un problema por otro, en la disolución de lo concreto en lo abstracto (el error común del pensamiento vulgar).

Si mañana Hitler se viera obligado a enviar armas a los indios, ¿deben oponerse los obreros revolucionarios alemanes a esta acción concreta, por medio de huelgas o de sabotaje? Por el contrario, deben asegurar que los insurrectos reciban las armas lo más pronto posible. Esperamos que *esto* esté claro para Stanley. Pero este ejemplo es puramente hipotético. Lo usamos para demostrar que hasta un gobierno fascista del capital financiero puede, en ciertas condiciones, verse obligado a apoyar un movimiento *nacional* revolucionario (que tratará de estrangular al día siguiente). Hitler nunca y bajo ninguna circunstancia apoyaría una revolución proletaria en Francia, por ejemplo. Pero el Kremlin se ve actualmente obligado (y ésta no es una situación hipotética, sino real) a provocar un movimiento social revolucionario en Finlandia (a fin de intentar estrangularlo políticamente mañana). Ocultar determinado movimiento social revolucionario con el término general de imperialismo sólo porque es provocado, mutilado y, al mismo tiempo, estrangulado por el Kremlin, no atestigua otra cosa que la propia indigencia teórica y política.

Es necesario agregar que la extensión del concepto de “imperialismo” incluso carece del atractivo de la novedad. Actualmente no sólo los “demócratas”, sino también las burguesías de los países democráticos califican de imperialista la política soviética. El objeto de la burguesía es evidente: velar las contradicciones sociales entre la expansión capitalista y la soviética; ocultar el problema de la propiedad, y ayudar de esta forma a verdadero imperialismo ¿Cuál es el objetivo de Shachtman y los otros? Ellos mismos no lo saben. Su novedad terminológica los aleja objetivamente de la terminología marxista de la IV Internacional y los acerca a la terminología de los “demócratas”. Esta circunstancia (¡ay!) certifica nuevamente la aguda sensibilidad de la oposición ante la presión de la opinión pública pequeñoburguesa.

La cuestión organizativa

En las filas de la oposición se oye cada vez más frecuentemente: la cuestión rusa no es de importancia decisiva en sí y por sí misma; la tarea más importante consiste en cambiar el régimen del partido”. Cambio de régimen, hay que entenderlo, significa cambio de dirección, o más precisamente, la eliminación de Cannon y de sus más estrechos colaboradores de los puestos dirigentes. Estas voces clamorosas demuestran que la tendencia hacia una lucha contra la “fracción de Cannon” precedió a esa “concreción de los acontecimientos” a la que se refieren Shachtman y otros cuando explican su cambio de posición. Al mismo tiempo, estas voces nos recuerdan toda una serie de grupos opositores del pasado, que combatieron en distintas ocasiones; y que, cuando la base de los principios comenzó a temblar bajo sus pies, pasaron a la llamada “cuestión organizativa” (el caso fue idéntico con Molinier⁴⁰, Sneevliet, Vereecken y muchos otros). Por desagradables que puedan parecer estos precedentes, es imposible dejarlos de lado.

Sería incorrecto, sin embargo, creer que el deslizamiento de la lucha a la “cuestión organizativa” representa una simple “maniobra” en la lucha fraccional. No; los sentimientos interiores de la oposición les dicen en realidad, aunque confusamente, que la cuestión se refiere no solamente al “problema ruso” sino más bien a todo el tratamiento de los problemas políticos en general, incluidos también los métodos de construir el partido. Y esto, en cierto sentido, es exacto.

También nosotros hemos intentado demostrar más arriba que la cuestión no se refiere sólo al problema ruso, sino más bien al método de pensamiento de la oposición, que tiene raíces sociales. La oposición está bajo la influencia de las tendencias y los estados de ánimo de la pequeña burguesía. Esta es la esencia de todo el problema.

Vimos claramente la influencia ideológica de otra clase en los casos de Burnham (pragmatismo) y de Shachtman (eclecticismo). No tomamos en cuenta a otros dirigentes como el camarada Abern, porque él generalmente no participa en discusiones de principio, limitándose al plano de la cuestión “organizativa”. Esto no quiere decir, sin embargo, que Abern no tenga ninguna importancia. Por el contrario, puede decirse que Burnham y Shachtman son aficionados de la oposición, mientras que Abern es el profesional indiscutido. Abern, y sólo él, tiene su propio grupo tradicional que surgió del viejo Partido Comunista y que llegó a deslindarse durante el primer período de la

⁴⁰ Raymond Molinier fue uno de los cofundadores del diario de la Oposición de Izquierda, *La Vérité*, en 1929, de la Ligue communiste [Liga Comunista], su organización francesa, y del GBL. Expulsado en diciembre de 1935, fundó *La Commune* et los “Groupes d’action révolutionnaire” [Grupos de Acción Revolucionaria], grupos amplios que reunían a todos aquellos que estaban de acuerdo en cuatro puntos mínimos. Mantenido al margen de la reunificación en el seno del POI, fundó en 1936 el PCI y dirigió la revista *La Vérité*, en oposición a la orientación de la Cuarta Internacional a las organizaciones de la cual denunció como “grupos sin principios”. No admitido en el PSOP. EDI.

existencia independiente de la “Oposición de Izquierda”. Todos los que tuvieron distintas razones para la crítica o el descontento se aferraron a este grupo.

Toda lucha fraccional sería dentro de un partido es siempre, en último análisis, un reflejo de la lucha de clases. La fracción de la mayoría estableció desde el principio la dependencia ideológica de la oposición ante la democracia pequeñoburguesa. La oposición, por el contrario, precisamente por su carácter pequeñoburgués, ni siquiera intenta buscar las raíces sociales del campo hostil.

La oposición inició una dura lucha fraccional que ahora está paralizando al partido en un momento muy crítico. Para que esta lucha pueda justificarse y no ser condenada severamente, serían necesarias razones muy serias y profundas. Para un marxista, tales razones sólo pueden tener un carácter *de clase*. Antes de que comenzasen su áspera lucha, los jefes de la oposición estaban obligados a formularse esta pregunta: ¿qué influencia de clase no-proletaria se refleja en la mayoría del comité nacional? Sin embargo, la oposición no ha hecho la más mínima tentativa para semejante valoración clasista de las divergencias. Ve únicamente “conservadurismo”, “errores”, “malos métodos” y similares deficiencias psicológicas, intelectuales y técnicas. A la oposición no le interesa la cuestión de la naturaleza de clase de la URRS. Este solo hecho basta para demostrar el carácter pequeño-burgués de la oposición, con su tono de pedantería académica y su impresionismo periodístico.

A fin de comprender qué capas o clases se reflejan en la lucha fraccional, es necesario estudiar históricamente la lucha de ambas fracciones. Aquellos miembros de la oposición que afirman que la actual lucha no tiene “nada de común” con las viejas luchas fraccionales, una vez más demuestran su actitud superficial hacia la vida de su propio partido. El núcleo fundamental de la oposición es el mismo que se agrupó hace tres años alrededor de Muste y Spector. El núcleo fundamental de la mayoría es el mismo que se agrupó alrededor de Cannon. De las figuras dirigentes, únicamente Shachtman y Burnham se han pasado de un campo al otro. Pero estos cambios personales, por importantes que sean, no modifican el carácter general de los dos grupos. No entraré aquí en el proceso histórico de la lucha fraccional; remito al lector al excelente artículo, en todos sus aspectos, de Joseph Hansen, “Métodos organizativos y principios políticos”.

Si abstraemos todo lo accidental, personal y episódico, si reducimos los actuales grupos en lucha a sus tipos políticos fundamentales, entonces, sin ninguna duda, la lucha del camarada Abern contra el camarada Cannon ha sido la más consciente. En esta lucha, Abern representa al grupo propagandista, pequeñoburgués en su composición social, unido por viejas ataduras personales y teniendo casi el carácter de una familia. Cannon representa al partido proletario en proceso de formación. El derecho histórico de esta lucha (independiente de qué equivocaciones y errores puedan haberse cometido) está completamente de parte de Cannon.

Cuando los representantes de la oposición empezaron a gritar que “la dirección está en bancarrota”, que “las previsiones han demostrado ser incorrectas”, que “los acontecimientos nos han tomado de sorpresa”, que “es necesario cambiar nuestras consignas”, todo esto sin esforzarse en lo más mínimo por pensar las cuestiones seriamente, aparecieron fundamentalmente como derrotistas partidarios. Esta actitud lamentable se explicaba por la irritación y el miedo del viejo círculo propagandista ante las nuevas tareas y las nuevas relaciones partidarias. El sentimentalismo de las ataduras personales no quiere someterse al sentido del deber y la disciplina. La tarea que ante sí tiene el partido consiste en romper las viejas ataduras de camarilla e integrar a los mejores elementos del pasado propagandista en el partido proletario. Es necesario desarrollar un espíritu tal de patriotismo partidario que nadie se atreva a decir: “La realidad del asunto

no es la cuestión rusa, sino que nos sentimos mejor y más cómodos bajo la dirección de Abern que bajo la de Cannon.”

Yo personalmente no llegué ayer a esta conclusión. Lo he expresado decenas y centenares de veces, en conversaciones sostenidas con miembros del grupo de Abern. Invariablemente, destacué la composición pequeñoburguesa de este grupo. Repetida e insistentemente propuse transferir de la categoría de afiliados a la de simpatizantes a aquellos compañeros de ruta pequeñoburgueses que se habían demostrado incapaces de reclutar obreros para el partido. Cartas privadas, conversaciones y advertencias, los acontecimientos lo han demostrado, no condujeron a nada (la gente difícilmente aprende de la experiencia ajena). El antagonismo entre las dos capas del partido y los dos períodos de su desarrollo emergió a la superficie y tomó el carácter de una amarga lucha fraccional. No queda otra cosa que dar una opinión, clara y definitivamente, a la sección americana y a toda la Internacional. “La amistad es la amistad, pero el deber es el deber”, dice un proverbio ruso.

Puede plantearse la siguiente pregunta: ¿Si la oposición es una tendencia pequeñoburguesa, significa eso que es imposible conseguir posteriormente la unidad? ¿Cómo reconciliar entonces la tendencia pequeñoburguesa con la proletaria? Plantear así la cuestión equivale a juzgarla unilateralmente, antidualécticamente y, por lo tanto, falsamente. En la discusión actual, la oposición ha manifestado claramente sus rasgos pequeñoburgueses. Pero esto no quiere decir que la oposición no tenga otras características. La mayor parte de los miembros de la oposición está profundamente dedicada a la causa del proletariado y es capaz de aprender. Ligada actualmente a un medio pequeñoburgués, puede ligarse mañana al proletariado. Los inconsistentes, influenciados por la experiencia, pueden tornarse más consistentes. Cuando el partido abarque a miles de obreros, hasta los fraccionistas profesionales pueden reeducarse en el espíritu de la disciplina proletaria. Es necesario darles tiempo para esto. Por ello, la proposición del camarada Cannon de mantener la discusión libre de toda amenaza de separaciones, expulsiones, etc., era adecuada y absolutamente correcta.

Sin embargo, no es menos indudable que si el partido en su conjunto toma el camino de la oposición, podría quedar completamente destruido. La actual oposición es incapaz de dar al partido una dirección marxista. La mayoría del actual comité nacional expresa más profunda, seria y conscientemente las tareas proletarias del partido que la minoría. Precisamente por esto, la mayoría no puede tener ningún interés en derivar la lucha hacia la escisión (las ideas correctas triunfarán). Tampoco pueden desear la ruptura los elementos sanos de la oposición (la experiencia del pasado demuestra muy claramente que cuanto grupo improvisado hubo que se separara de la Cuarta Internacional se vio condenado a la esterilidad y a la descomposición. Por eso podemos encarar el próximo congreso del partido sin ningún temor. Él rechazará las novedades antimarxistas de la oposición y garantizará la unidad del partido.

15 de diciembre de 1939

Carta a John G. Wright (19 diciembre 1939)

19 de diciembre de 1939

Querido amigo:

Leí su carta de Joe.⁴¹ Apoyo completamente su opinión sobre la necesidad de una lucha teórica y política firme e implacable contra las tendencias pequeñoburguesas de la oposición. Usted verá por mi último artículo, que le será enviado por correo aéreo mañana, que caracterizo las divergencias de la oposición incluso de manera más dura a como lo ha hecho la mayoría. Pero al mismo tiempo, creo que la implacable lucha ideológica debe ir paralela con una táctica organizativa muy cuidadosa y prudente. Ustedes no tienen el menor interés en una escisión, incluso si la oposición consiguiera, accidentalmente, una mayoría en el próximo congreso. Ni tienen la menor razón para dar un pretexto para escisionar al heterogéneo y desequilibrado ejército de la oposición. Incluso como eventual minoría, en mi opinión, deberían ustedes seguir siendo disciplinados leales hacia el partido como conjunto. Es extremadamente importante para la educación en el auténtico patriotismo partidario, sobre la necesidad del cual Cannon me escribió una vez muy correctamente.

Una mayoría compuesta por esta oposición no durará más de unos pocos meses. Entonces la tendencia proletaria del partido volverá a ser la mayoría, con una autoridad enormemente aumentada. Sea extremadamente firme, pero no pierda los nervios (esto ahora afecta más que nunca a la estrategia del ala proletaria del partido).

Con los saludos y deseos más fraternales. Suyo,

León TROTSKY
Coyoacán, D. F.

P.S.: Este mal viene de:

- (1) Mala composición, especialmente en la rama más importante de New York.
- (2) Falta de experiencia, especialmente por parte de los miembros que vienen del Partido Socialista (juventudes).

No es posible superar estas dificultades heredadas del pasado con medidas excepcionales. La paciencia y la firmeza son necesarias.

León TROTSKY

Carta a Max Shachtman (20 diciembre 1939)

20 de diciembre de 1939

Querido camarada Shachtman:

Le mando a usted una copia de mi último artículo⁴². Verá usted por mi polémica que considero las divergencias de un carácter decisivo. Creo que se encuentra usted en el lado equivocado de las barricadas, querido amigo. Con su posición, anima usted a todos los elementos pequeñoburgueses y antimarxistas a luchar contra nuestra doctrina, nuestro

⁴¹ Joseph Hansen. Nota editor.

⁴² Se trata de "Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party", texto incluido en el presente volumen. Nota editor. Ver más arriba en página 43 y siguientes.

programa y nuestra tradición. No espero convencerle con estas líneas, pero le pronostico que, si rechaza ahora el buscar una forma de colaborar con el ala marxista contra los revisionistas pequeñoburgueses, lamentará inevitablemente, por años y años, el mayor error de su vida.

Si tuviera la posibilidad, tomaría inmediatamente un avión a New York City para discutir con usted cuarenta y ocho o setenta y dos horas ininterrumpidamente. Lamento mucho que usted, en esta situación, no vea la necesidad de venir aquí a discutir conmigo estas cuestiones. O ¿la ve usted? Me haría feliz...

León TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Cuatro cartas a la mayoría del comité nacional

Coyoacán, D. F.
26 de diciembre de 1939

Hasta ahora era favorable a publicar la discusión en el *Socialist Appeal* y el *New International*, pero reconozco que vuestros argumentos son muy serios, y especialmente en relación con los argumentos del camarada Burnham.

El *New International* y el *Socialist Appeal*, no son instrumentos de discusión bajo el control de un comité especial de discusión, sino instrumentos del partido y de su comité nacional. En el boletín de discusión, la oposición puede pedir los mismos derechos que la mayoría, pero las publicaciones oficiales del partido tienen el deber de defender el punto de vista del partido y de la IV Internacional, hasta que sea cambiado. Una discusión en las páginas de las publicaciones oficiales del partido puede únicamente ser llevada a cabo dentro de los límites marcados por la mayoría del comité nacional. Esto es por sí mismo tan evidente, que no necesita argumentación.

Seguro que las garantías jurídicas permanentes para la minoría, no están copiadas de la experiencia bolchevique. Pero tampoco son un invento del camarada Burnham; el Partido Socialista Francés ha tenido durante mucho tiempo tales garantías constitucionales, que corresponden completamente al espíritu de envidiosas cliques literarias y parlamentarias, pero que nunca impiden la sumisión de los obreros a la coalición de esas cliques.

La estructura organizativa de la vanguardia proletaria debe subordinarse a las exigencias positivas de la lucha revolucionaria, y no a las garantías negativas contra su degeneración. Si el partido no está ajustado a las necesidades de la revolución socialista, degenerará a pesar de las más doctas estipulaciones jurídicas. En el terreno organizativo, Burnham muestra una falta total de concepción revolucionaria del partido, como lo demostró en el campo político en el problema (pequeño, pero muy significativo) del Comité Dies⁴³. En ambos casos propone una actividad puramente negativa, así como en la cuestión del estado soviético dio una definición puramente negativa. No es suficiente

⁴³ El comité parlamentario “sobre actividades antiamericanas presidido por Dies invitó a Trotsky a asistir como testigo a una sesión del comité en Austin (Texas). Trotsky aceptó, pero finalmente Dies se echó atrás. En las discusiones sobre este tema, Burnham se oponía a la asistencia de Trotsky a la sesión del comité. (Nota de editor.)

aborrecer la sociedad capitalista (una actitud negativa), es necesario aceptar todas las conclusiones prácticas de una concepción de revolución social. Y éste no es el caso del camarada Burnham.

¿Mis conclusiones prácticas?

Primero, es necesario condenar oficialmente ante el partido el intento de destruir la línea partidaria, poniendo el programa del partido al mismo nivel que cualquier innovación no aceptada por el partido.

Segundo, si el comité nacional ve necesario dedicar un número del *New Internationalist* a la discusión (no lo propongo ahora), debe hacerse de tal manera que el lector vea dónde está la posición del partido, y dónde el intento de revisión, y que la última palabra la tenga la mayoría, y no la oposición.

Tercero, si los boletines internos no son suficientes, podría publicarse una colección especial de artículos dedicados a los temas del orden del día del congreso.

¡La más completa lealtad en la discusión, pero ni la más mínima concesión al espíritu pequeñoburgués y anarquista!

W. RORK (León Trotsky)
Coyoacán

27 de diciembre de 1939

Queridos amigos:

Confieso que vuestra comunicación sobre la insistencia de los camaradas Burnham y Shachtman respecto a la publicación de artículos controvertidos en el *New Internationalist* y el *Socialist Appeal*, me sorprendió en el primer momento. ¿Cuál pudo ser la razón? me he preguntado. Está excluido que sea porque se sientan muy seguros de su posición. Los argumentos son de naturaleza muy primitiva, las contradicciones entre ellos son agudas y no pueden dejar de pensar que la mayoría representa la tradición y la doctrina marxista. No pueden esperar salir victoriosos de una lucha teórica; no sólo Shachtman y Abern, sino también Burnham entienden esto. ¿Cuál es, pues, la fuente de su ansia de publicidad? La explicación es muy simple: están impacientes por justificarse ante la opinión pública demócrata, por gritar a todos los Eastman, Hooks, y otros, que ellos, la oposición, no son tan malos como nosotros. Esta necesidad interior debe ser especialmente imperativa para Burnham. Es el mismo tipo de capitulación interna que observamos en Zinóviev y Kámenev en la víspera de la Revolución de Octubre y en muchos “internacionalistas” bajo la presión de la ola de guerra patriótica. Si hacemos abstracción de todas las particularidades individuales, accidentes o incomprensiones y errores, tenemos ante nosotros el primer pecado socialpatriota en nuestro propio partido. Vosotros situasteis correctamente este hecho desde el principio, pero para mí sólo aparece con toda claridad ahora, después de que proclamasen su deseo de anunciar (como los poumistas, los pivertistas⁴⁴ y muchos otros) que ellos no son tan malos como los “trotskystas”.

Esta consideración es un argumento suplementario, contra cualquier concesión a ellos en este terreno. Bajo las condiciones actuales, tenemos todo el derecho a decirles: debéis esperar el veredicto del partido, y no llamar a los democráticos jueces patrióticos, antes de que la decisión se tome.

Consideré anteriormente la cuestión de manera demasiado abstracta, esto es, sólo desde el punto de vista de la lucha teórica, y desde este punto de vista estoy de acuerdo

⁴⁴ Miembros del grupo izquierdista francés encabezado por Marceau Pivert. Nota editor.

con el camarada Goldman en que sólo podemos ganar. Pero criterios políticos más amplios indican que debemos eliminar la intervención prematura del factor democrático-patriótico en nuestra lucha interna partidaria, y que la oposición debe contar en la discusión sólo con su propia fuerza, como la mayoría lo hace. En estas condiciones, la prueba y selección de los diferentes elementos de la oposición tendrá un carácter más eficaz y los resultados para el partido serán más favorables.

Engels habló una vez del mal genio de la pequeña burguesía encolerizada. Me parece que un rasgo de mal genio puede encontrarse en las filas de la oposición. Ayer, muchos de ellos estaban hipnotizados por la tradición bolchevique. Nunca la asumieron internamente, pero no se atrevían a combatirla abiertamente. Pero Shachtman y Abern les dieron ese tipo de ánimo y ahora hacen gala abiertamente del genio de la pequeña burguesía exasperada. Esta es la impresión, por ejemplo, que saqué de los últimos artículos y cartas de Stanley. Ha perdido totalmente su espíritu autocrítico, y cree sinceramente que cualquier inspiración que llega a su cerebro es merecedora de ser proclamada e impresa, con tal de que esté dirigida contra el programa y tradición del partido. El crimen de Shachtman y Abern consiste especialmente en haber provocado tal explosión de autosatisfacción pequeñoburguesa.

W. RORK (León Trotsky)

P.S.: Es absolutamente seguro que los agentes estalinistas están trabajando en nuestro medio con el fin de agudizar la discusión y provocar una ruptura. Sería necesario examinar a muchos “luchadores” fraccionales desde este especial punto de vista.

3 de enero de 1940

Queridos amigos

Recibí los dos documentos de la oposición,⁴⁵ estudié el del conservadurismo burocrático, y estoy estudiando ahora el segundo, sobre la cuestión rusa. ¡Qué escritos tan lamentables! Es difícil encontrar una frase que exprese una idea correcta o que sitúe una idea correcta en el lugar correcto. Gente inteligente e incluso de talento que asumió una posición evidentemente falsa, se hunde cada vez más en el callejón sin salida.

La frase de Abern sobre la “escisión” puede tener dos sentidos: o desea asustarnos con una ruptura como lo hizo durante la discusión sobre el entrismo,⁴⁶ o realmente quiere cometer su suicidio político. En el primer caso, no impedirá que demos una valoración marxista de la política de la oposición. En el segundo caso, nada puede hacerse; si una persona adulta quiere suicidarse, es difícil impedirselo.

La reacción de Burnham es un desafío brutal para todos los marxistas. Si la dialéctica es una religión y si es cierto que la religión es el opio del pueblo, ¿cómo puede renunciar a luchar por la liberación de su propio partido de este veneno? Estoy escribiendo una carta abierta a Burnham sobre esta cuestión. No creo que la opinión pública de la Cuarta Internacional permita al director de una revista teórica marxista ceñirse a tan cínicos aforismos sobre la fundación del socialismo científico. En cualquier caso, no descansaré hasta que las concepciones antimarxistas de Burnham sean desenmascaradas hasta el final, ante el partido y la internacional. Espero enviar la carta abierta, como mínimo el texto ruso, pasado mañana.

⁴⁵ En la edición de Pathfinder se indica que estos documentos son “La guerra y el conservadurismo burocrático” y “Qué está en cuestión en la discusión sobre la cuestión rusa”. Nota editor.

⁴⁶ Entrismo en el Partido Socialista. Nota editor.

Simultáneamente, estoy escribiendo un análisis de los dos documentos. Es excelente su explicación del por qué están de acuerdo en divergir sobre la cuestión rusa.

Estoy furioso de perder el tiempo leyendo estos documentos absolutamente anticuados. Los errores son tan elementales que es necesario hacer un esfuerzo para recordar los argumentos necesarios del *ABC* del marxismo.

W. RORK (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.

4 de enero de 1940

Queridos amigos,

Añado una copia de mi carta a Shachtman que envié hace más de dos semanas. Shachtman ni siquiera me contestó. Muestra el humor al que ha sido llevado por él mismo, por su lucha aprincipista. Hace un bloque con el antimarxista Burnham y se niega a contestar mis cartas referentes a este bloque. El hecho en sí mismo, por supuesto, tiene dudosa importancia, pero tiene indiscutiblemente un valor sintomático. Esta es la razón de que os envíe una copia de mi carta a Shachtman.

Con los mejores deseos

León TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Carta a Joseph Hansen (5 enero 1940)

5 de enero de 1940

Querido Joe:

Gracias por su interesante información. En caso de necesidad o de ser aconsejable, Jim⁴⁷ puede publicar nuestra correspondencia y la que mantuve con Wright referente al asunto de la escisión. Esta correspondencia muestra nuestro firme propósito de preservar la unidad del partido a pesar de la aguda lucha fraccional. En mi carta a Wright mencioné que incluso como minoría, el ala bolchevique del partido, en mi opinión, debería seguir siendo disciplinada, y Jim contestó que él, sobre este punto, estaba de acuerdo conmigo, completamente y de todo corazón. Estas dos citas son decisivas para el asunto.

Respecto a mis observaciones sobre Finlandia, en el artículo sobre la oposición pequeñoburguesa, diré aquí sólo unas pocas palabras. ¿Hay una diferencia de principios entre Finlandia y Polonia? – ¿sí o no? ¿La intervención del Ejército Rojo en Polonia, fue acompañada de guerra civil? – ¿sí o no? – La prensa de los mencheviques, que están muy bien informados gracias a su amistad con el Bund y los emigrantes del PPS,⁴⁸ dicen abiertamente que un auge revolucionario acompañó el avance del Ejército Rojo. Y no sólo en Polonia, sino también en Rumania.

El Kremlin creó el gobierno Kuusinen con el fin evidente de sustituir la guerra por la guerra civil. Se informó sobre el comienzo de creación de un ejército rojo finlandés,

⁴⁷ James P. Cannon. Nota editor.

⁴⁸ Partido Socialista Polaco. Nota editor.

sobre el “entusiasmo” de los campesinos pobres finlandeses en las regiones ocupadas, donde las grandes propiedades de tierra fueron confiscadas, y todo eso. ¿Qué es esto sino el comienzo de la guerra civil?

El desarrollo ulterior de la guerra civil depende completamente del avance del Ejército Rojo. El “entusiasmo” del pueblo no fue, evidentemente, lo suficientemente ardiente como para producir insurrecciones independientes por los campesinos y obreros que se encuentran bajo la espada del verdugo Mannerheim. La retirada del Ejército Rojo detuvo necesariamente los rasgos de guerra civil en sus mismos comienzos.

Si los imperialistas ayudan eficientemente a la burguesía finlandesa en la defensa del régimen capitalista, la guerra civil sería imposible en el próximo período. Pero si, como es más probable, los destacamentos reforzados del Ejército Rojo penetran con más éxito en el país, observaremos inevitablemente el proceso de guerra civil paralelamente a la invasión.

No podemos predecir todos los acontecimientos militares, las oscilaciones de interés puramente táctico; pero no cambian la línea “estratégica” general de los acontecimientos. En este caso, como en todos los otros, la oposición hace una política puramente coyuntural e impresionista, en vez de una política de principios.

(No es necesario repetir que la guerra civil en Finlandia, así como fue el caso en Polonia, tendrá un carácter limitado, semiahogado, y que puede convertirse, en la próxima etapa, en una guerra civil entre las masas finlandesas y la burocracia de Moscú. Sabemos esto, al menos tan claramente como que la oposición y nosotros prevenimos abiertamente a las masas. Pero nosotros analizamos el proceso como es y no identificamos el primer estadio con el segundo.)

Con saludos y deseos fraternales para todos los amigos.

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Carta abierta al camarada Burnham (7 enero 1940)

Estimado camarada:

Usted ha expresado, como reacción a mi artículo sobre la oposición pequeñoburguesa, según se me ha informado, que no intenta discutir sobre dialéctica conmigo y que solamente discutirá las “cuestiones concretas”. “Ya dejé hace mucho tiempo de discutir sobre religión”, agregó irónicamente. Por mi parte, escuché ya una vez a Max Eastman pregonar ese mismo pensamiento.

¿Es lógico identificar la lógica con la religión?

Tal como lo entiendo, sus palabras implican que la dialéctica de Marx, Engels y Lenin pertenece a la esfera de la religión. ¿Qué significa esta afirmación? La dialéctica, permítame recordárselo una vez más, es la lógica de la evolución. Lo mismo que un almacén de maquinaria de una fábrica suministra herramientas para todos los departamentos, así la lógica es indispensable para todas las esferas del conocimiento humano. Si usted no considera la lógica en general como un prejuicio religioso (lamento decirlo, pero los escritos contradictorios de la oposición se inclinan cada vez más hacia esta lamentable idea), entonces, ¿qué lógica acepta usted? Yo conozco dos sistemas de lógica dignos de atención: la lógica de Aristóteles (lógica formal) y la lógica de Hegel

(dialéctica). La lógica aristotélica toma como punto de partida los fenómenos y objetos inmutables. El pensamiento científico de nuestra época estudia todos los fenómenos en su origen, cambio y desintegración. ¿Sostiene usted que el progreso de las ciencias, incluso del darwinismo, el marxismo, la química y la física modernas, etc., no ha influido de ninguna manera en las formas de nuestro pensamiento? En otras palabras: ¿sostiene usted que en un mundo donde todo cambia, el silogismo solo permanece eterno e inmutable? El Evangelio según San Juan comienza con las palabras: “Al comienzo fue la Palabra”, es decir, en el comienzo fue la Razón o la Palabra (razón expresada por la palabra, es decir, el silogismo). Para San Juan, el silogismo es uno de los seudónimos literarios de Dios. Si usted considera que el silogismo es inmutable, es decir, que no tiene origen ni desarrollo, significa entonces que para usted es el producto de la revelación divina. Pero si reconoce que las formas lógicas de nuestro pensamiento se desarrollan en el proceso de nuestra adaptación a la naturaleza, entonces haga el favor de tomarse la molestia de informarnos quién, siguiendo a Aristóteles, analizó y sistematizó el subsiguiente progreso de la lógica. En tanto no nos clarifique usted este punto, me tomaré la libertad de afirmar que identificar la lógica (la dialéctica) con la religión revela profunda ignorancia y superficialidad en las cuestiones básicas del pensamiento humano.

¿No está obligado el revolucionario a luchar contra la religión?

Supongamos, sin embargo, que su más presuntuosa insinuación, sea correcta. Pero esto no mejora las cosas a su favor. La religión, espero que estará usted de acuerdo, desvía la atención del conocimiento real al ficticio, de la lucha por una vida mejor a las falsas esperanzas de recompensa en el más allá. La religión es el opio del pueblo. Quien sea incapaz de luchar contra la religión es indigno de llevar el nombre de revolucionario. ¿Con qué razones puede usted justificar entonces su rechazo a luchar contra la dialéctica si la considera una de las variedades de la religión?

Usted hace mucho tiempo que dejó de ocuparse, como dice, de la cuestión de la religión. Pero usted dejó de preocuparse para usted mismo. Además de usted, existen todos los demás. Que no son pocos. Nosotros, los revolucionarios, nunca “dejamos” de preocuparnos sobre las cuestiones religiosas, dado que nuestra tarea no consiste en emanciparnos nosotros mismos de la influencia de la religión, sino también a las masas. Si la dialéctica es una religión, ¿cómo es posible renunciar a la lucha contra este opio dentro del propio partido?

¿O tal vez usted intentó decir que la religión no tiene ninguna importancia política, que es posible ser religioso y al mismo tiempo un luchador revolucionario, y un comunista consistente? Difícilmente aventurará usted una afirmación tan temeraria. Naturalmente, mantenemos la actitud más considerada hacia los prejuicios religiosos de un obrero atrasado. Si él quisiera luchar por nuestro programa, lo aceptaríamos como miembro del partido: pero, al mismo tiempo, nuestro partido lo educaría persistentemente en el espíritu del materialismo y del ateísmo. Si usted está de acuerdo con esto, ¿cómo puede rehusar la lucha contra una “religión” sostenida, por lo que sé, por la abrumadora mayoría de aquellos miembros de su propio partido que se interesan por las cuestiones teóricas? Evidentemente, usted ha pasado por alto este importantísimo aspecto de la cuestión.

Hay no pocos entre los burgueses cultos que han roto personalmente con la religión, pero cuyo ateísmo es únicamente para su propio consumo privado: conservan para sí esos pensamientos, pero en público sostienen a menudo que es conveniente que el pueblo tenga una religión. ¿Es posible que usted sostenga esa posición con respecto a su propio partido? ¿Es posible que esto explique su rechazo a discutir con nosotros las bases filosóficas del marxismo? Si ése es el caso, bajo su desdén por la dialéctica se percibe una nota de desprecio por el partido.

Por favor, no haga la objeción de que me he basado en una frase pronunciada por usted en una conversación privada y de que usted no está interesado en refutar públicamente el materialismo dialéctico. Esto no es cierto. Su frase intencionada sirve solamente de ilustración. Siempre que usted ha tenido ocasión, ha proclamado por distintas razones su actitud negativa hacia la doctrina que constituye la base teórica de nuestro programa. Esto es bien sabido por todos en el partido. En el artículo “Intelectuales en retirada”, escrito por usted en colaboración con Shachtman y publicado en el órgano teórico del partido, se afirma categóricamente que usted rechaza el materialismo dialéctico.

¿No tiene derecho el partido, después de todo, a saber por qué? Usted supone realmente que en la Cuarta Internacional el editor de un órgano teórico puede reducirse a la escueta declaración: “Yo rechazo decididamente el materialismo dialéctico”, como si fuera cuestión de un cigarrillo que se le ofrece: “Gracias, no fumo”. La cuestión de una doctrina filosófica correcta, es decir, de un método correcto de pensamiento, es de decisiva importancia para un partido revolucionario lo mismo que un buen almacén de maquinaria es de decisiva importancia para la producción. Todavía es posible defender la vieja sociedad con los métodos materiales e intelectuales heredados del pasado. Es absolutamente impensable que esta vieja sociedad pueda ser destruida, y una nueva construida sin analizar antes críticamente los métodos corrientes. Si el partido se equivoca en los fundamentos mismos de su pensamiento, su deber elemental consiste en señalar el camino correcto. De otra manera, su conducta se interpretará inevitablemente como la actitud altiva de un académico hacia la organización proletaria que, después de todo, es incapaz de comprender una verdadera doctrina “científica”. ¿Podría ser algo peor que esto?

Ejemplos instructivos

Quienquiera que conozca la historia de las luchas de tendencias dentro de los partidos obreros sabe que las deserciones al campo del oportunismo y aun al campo de la reacción burguesa comenzaron muy frecuentemente con el rechazo de la dialéctica. Los intelectuales pequeñoburgueses consideran la dialéctica como el punto más vulnerable del marxismo y, al mismo tiempo, sacan ventaja del hecho de que a los obreros les resulta más difícil verificar las diferencias en el plano filosófico que en el político. Este hecho, conocido hace mucho, está demostrado por toda la evidencia de la experiencia. Además, es inadmisibles desconocer un hecho aún más importante, y es que todos los más grandes y destacados revolucionarios (primero y sobre todo [Marx](#), [Engels](#), [Lenin](#), [Luxemburg](#), [Franz Mehring](#)⁴⁹) se basaron en el materialismo dialéctico. ¿Puede suponerse que todos ellos eran incapaces de distinguir entre la ciencia y la religión? ¿No es demasiada

⁴⁹ Franz Mehring (1846-1919), en sus inicios periodista liberal, se adhirió al Partido Socialdemócrata Alemán en 1891. Autor de la *Historia de la socialdemocracia alemana* (1897) y de una biografía de Carlos Marx (1918); miembro del ala izquierda de la socialdemocracia, fue uno de los dirigentes de la Liga Espartaco, creada en 1916 por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Murió el 29 de enero de 1919, dos semanas después del asesinato, por los esbirros de la socialdemocracia alemana, de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, de los que era amigo. EDI.

presunción de su parte, camarada Burnham? Los ejemplos de Bernstein⁵⁰, Kautsky⁵¹ y Franz Mehring son extremadamente instructivos. Bernstein rechazó categóricamente la dialéctica como “escolasticismo” y “misticismo”. Kautsky se mantuvo indiferente hacia la cuestión de la dialéctica, más o menos como el camarada Shachtman. Mehring fue un infatigable propagandista y defensor del materialismo dialéctico. Durante décadas siguió todas las innovaciones de la filosofía y la literatura, desenmascarando incansablemente la esencia reaccionaria del idealismo, del neokantismo, del utilitarismo, de todas las formas de misticismo, etc. El destino político de estos tres individuos es muy bien conocido. Bernstein terminó su vida como pulcro demócrata pequeñoburgués. Kautsky, de centrista, se transformó en un vulgar oportunista. En cuanto a Mehring, murió como un comunista revolucionario.

En Rusia, tres marxistas académicos muy prominentes (Struve, Bulgakov y Berdiaev⁵²) comenzaron por rechazar la doctrina filosófica del marxismo y terminaron en el campo de la reacción y de la Iglesia Ortodoxa. En Estados Unidos, Eastman, Sidney Hook y sus amigos utilizaron la oposición a la dialéctica como pretexto para su transformación de compañeros de ruta del proletariado en compañeros de ruta de la burguesía. Para el caso, podrían citarse ejemplos similares de otros países. El ejemplo de Plejánov⁵³, que parece una excepción, en realidad sólo confirma la regla. Plejánov fue un notable propagandista del materialismo dialéctico, pero durante toda su vida nunca tuvo ocasión de participar en la verdadera lucha de clases. Su pensamiento estaba divorciado de la práctica. La revolución de 1905 y posteriormente la Guerra Mundial, lo arrojaron al campo la democracia pequeñoburguesa y le obligaron a renunciar, en realidad, al materialismo dialéctico. Durante la Guerra Mundial, Plejánov se presentó abiertamente como el protagonista imperativo categórico kantiano en la esfera de las relaciones internacionales: “No hagás a los demás lo que no quieras que te hagan a ti.” El ejemplo

⁵⁰ Eduardo Bernstein (1850-1932). Dirigente socialdemócrata alemán. Autor del libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1898) que afirmaba que la revolución estaba superada porque el capitalismo había encontrado, gracias a los cárteles y trusts, el medio para estabilizar y paliar pacíficamente sus crisis. Bernstein, apoyándose en este “descubrimiento” concluía que había que edificar ladrillo a ladrillo el socialismo en el interior del edificio burgués mediante las reformas progresivas. Reunía esta teoría en la fórmula: “El objetivo no es nada, el movimiento lo es todo.” EDI.

⁵¹ Karl Kautsky (1814-1938) “Papa del socialismo alemán”, teórico oficial de la socialdemocracia alemana y de toda la Segunda Internacional, desde su fundación hasta la guerra mundial, vulgarizador del marxismo que expuso en numerosas obras. Inspirador del “centro” de la socialdemocracia, se alineó con la defensa nacional en 1914, después, junto a Bernstein, fue uno de los dirigentes del Partido Socialdemócrata Independiente fundado en 1916 y de su ala derecha. Violentamente hostil a la Revolución de Octubre y al bolchevismo, que denunció entre otros en su *Terrorismo y comunismo* (1919), panfleto al que Trotsky respondió con otro del mismo nombre. EDI. [*Terrorismo y comunismo. Contribución a la historia natural de la revolución y La dictadura del proletariado*, en la serie *Obras Escogidas de Karl Kautsky*, de nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria*, y *Terrorismo y comunismo. El Anti-Kautsky*, de Trotsky en estas mismas OELT-EIS.]

⁵² S. N. Bulgakov (1871-1944), Nicolás Berdiaev (1874-1948) y Pedro Struve (1870-1944), pertenecen los tres a la corriente del “marxismo legal” en los años noventa en Rusia (es decir a los partidarios de la propaganda legal de la explicación marxista del capitalismo). A principios de siglo [XX] rompieron con el marxismo, participaron en la fundación del partido burgués constitucional demócrata (o Cadete) y no dejaron de evolucionar hacia la derecha y hacia el misticismo. Bulgakov se convirtió en cura. EDI.

⁵³ G. Plejánov (1856-1918). Introdutor del marxismo en Rusia. Fundó en 1883 la primera organización que se reclamaba del marxismo en el imperio zarista: Emancipación del Trabajo. Popularizó el marxismo mediante numerosos escritos, entre ellos *La concepción monista de la historia* (1895). En 1903, durante la escisión del POSDR, se alineó al lado de Lenin, después, tras algunos meses, se unió al campo de los mencheviques. Durante la Primera Guerra Mundial se hundió en el chovinismo. En 1913 construyó un pequeño grupo en llamado La Unidad que representó durante la revolución rusa a la extrema derecha del menchevismo. Se opuso a la Revolución de Octubre. EDI. [En nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria: Obras Escogidas de G. V. Plejánov*]

de Plejánov sólo demuestra que el materialismo dialéctico en y por sí mismo aún no hacen del hombre un revolucionario.

Shachtman, por otra parte, arguye que Liebknecht dejó el trabajo póstumo contra el materialismo dialéctico que había escrito en la prisión. Muchas son las ideas que entran en la cabeza de una persona mientras está en la cárcel, ideas que pueden ser examinadas mediante la discusión con otras personas. Liebknecht, a quien nadie, y mucho menos él mismo, consideraba un teórico, se transformó en un símbolo de heroísmo dentro del movimiento obrero mundial. Si alguno de los adversarios americanos de la dialéctica desplegara el mismo espíritu de sacrificio y de independencia ante el patriotismo durante la guerra, le rendiríamos lo que es debido como revolucionario. Pero con esto no quedará resuelta la cuestión del método dialéctico.

Es imposible saber cuáles hubieran sido las conclusiones finales de Liebknecht si hubiera seguido en libertad. En todo caso antes de publicar su trabajo, sin duda alguna se lo habría mostrado a sus amigos más competentes, es decir, a Franz Mehring y Rosa Luxemburg. Es muy probable que por su consejo hubiera arrojado sencillamente al fuego el manuscrito. Supongamos, sin embargo, que contra el consejo de personas que lo superaban completamente en la esfera de la teoría, hubiera decidido publicar su trabajo. Mehring, Luxemburg, Lenin y otros, naturalmente no habrían propuesto que por esto fuese expulsado partido; por el contrario, hubieran intervenido decisivamente en su apoyo si alguien hubiera hecho tan disparatada propuesta. Pero, al mismo tiempo, no habrían formado un bloque filosófico con él, sino que más bien se habrían diferenciado decisivamente de sus errores teóricos.

La conducta del camarada Shachtman, observamos, es completamente distinta. “Observaréis [dice ¡y esto para enseñar a la juventud!] que Plejánov era un destacado teórico del materialismo dialéctico, pero terminó como un oportunista; Liebknecht era un notable revolucionario, pero tenía sus dudas sobre el materialismo dialéctico.” Este argumento significa, si es que tiene un significado, que el materialismo dialéctico no tiene ninguna importancia para un revolucionario. Con estos ejemplos de Liebknecht y Plejánov, artificialmente arrancados de la historia, Shachtman refuerza y “profundiza” la idea de su artículo del año pasado, es decir, que la política no depende del método, dado que el método está divorciado de la política por el divino don de la inconsistencia. Interpretando falsamente dos “excepciones”, Shachtman trata de destruir la regla. Si este es el argumento de un “defensor” del marxismo, ¿qué podemos esperar de un adversario? La revisión del marxismo pasa aquí a su liquidación lisa y llana; más que eso, a la liquidación de toda doctrina y de todo método.

¿Qué propone usted en su lugar?

El materialismo dialéctico no es, naturalmente, una filosofía eterna e inmutable. Pensar otra cosa es contradecir el espíritu de la dialéctica. El ulterior desarrollo del pensamiento científico creará, indudablemente, una doctrina más profunda en la que el materialismo dialéctico entrará simplemente como material de estructuración. Sin embargo, no hay ninguna base para esperar que esta revolución filosófica se realice bajo el decadente régimen burgués, sin mencionar el hecho de que un Marx no nace todos los años ni todas las décadas. La tarea de vida o muerte del proletariado no consiste actualmente en interpretar de nuevo el mundo, sino en rehacerlo de arriba abajo. En la próxima época podemos esperar grandes revoluciones de acción, pero difícilmente un nuevo Marx. Únicamente sobre la base de una cultura socialista sentirá la humanidad la necesidad de revisar la herencia ideológica del pasado y nos superará indudablemente no sólo en la esfera de la economía, sino también en la de la creación intelectual. El régimen de la burocracia bonapartista de la URSS es criminal no solamente porque crea una

siempre creciente desigualdad en todos los órdenes de la vida, sino también porque degrada la actividad intelectual del país a la abyección de los desenfrenados imbéciles de la GPU.

Supongamos, sin embargo, que contrariamente a nuestra suposición, el proletariado sea tan afortunado durante la actual época de guerras y revoluciones, como para producir un nuevo teórico o una nueva constelación de teóricos que superen el marxismo y que, en particular, hagan avanzar la lógica más allá de la dialéctica materialista. Va sin decirlo, todos los obreros avanzados aprenderán de los nuevos maestros, y los viejos tendrán que reeducarse de nuevo. Pero entretanto, esto sigue siendo música de futuro. ¿O me equivoco? ¿Tal vez usted llamará mi atención hacia aquellos trabajos que deben suplantar el sistema del materialismo dialéctico para el proletariado? Si estos estuvieran a mano, con seguridad que usted no habría rehusado conducir la lucha contra el opio de la dialéctica. Pero no existe ninguno. Mientras intenta desacreditar la filosofía del marxismo, usted no propone nada con qué reemplazarla.

Imagínese usted un joven médico aficionado que le discuta a un cirujano que emplea el bisturí, que la anatomía moderna, la neurología, etc., no tienen valor, que en ellas hay mucho que permanece poco claro e incompleto, y que únicamente “burócratas conservadores” se pondrían a trabajar con un bisturí basándose en estas pseudociencias, etc. Creo que el cirujano exigiría a su irresponsable colega que abandonara la sala de operaciones. Nosotros tampoco, camarada Burnham, podemos hacer baratas insinuaciones sobre la filosofía del socialismo científico. Por el contrario, ya que en el transcurso de la lucha fraccional la cuestión se ha planteado categóricamente, diremos, dirigiéndonos a todos los miembros del partido, especialmente a la juventud: cuidado con la infiltración del escepticismo burgués en vuestras filas. Recordad que el socialismo no ha encontrado hasta el presente una expresión científica superior que el marxismo. Tened presente que el método del socialismo científico es el materialismo dialéctico. ¡Estudid seriamente! Estudiad a Marx, Engels, Plejánov, Lenin y Franz Mehring. Esto es cien veces más importante para vosotros que el estudio de tendenciosos, estériles y ligeramente ridículos tratados sobre el conservadurismo de Cannon. ¡Que la actual discusión produzca al menos este resultado positivo, que la juventud intente introducir en su mente una seria base teórica para la lucha revolucionaria!

Falso “realismo” político

En su caso, sin embargo, el problema no se reduce a la dialéctica. Las observaciones en su resolución en el sentido de que usted no plantea ahora a la decisión del partido la cuestión de la naturaleza del estado soviético significan, en realidad, que usted plantea esta cuestión, si no jurídicamente, al menos teórica y políticamente. Únicamente los niños pueden no entender esto. Esta misma declaración tiene también otro significado, mucho más violento y peligroso. Significa que usted divorcia la política de la sociología marxista. Sin embargo, para nosotros el nudo del problema radica precisamente en esto. Si es posible dar una definición correcta del estado sin utilizar el método del materialismo dialéctico; si es posible determinar correctamente la política sin hacer un análisis de clase del estado, surge entonces la pregunta: ¿Hay alguna necesidad, cualquiera que sea, para el marxismo?

Estando en desacuerdo entre ellos mismos sobre la naturaleza de clase del estado soviético, los líderes de la oposición están de acuerdo en que la política exterior del Kremlin debe ser calificada de “imperialista” y que la URSS no puede ser apoyada “incondicionalmente” (¡inmensamente enjundiosa plataforma!). Cuando la “camarilla” opositora plantee categóricamente en el congreso la cuestión de la naturaleza del estado soviético (¡qué crimen!) usted, por adelantado convendrá en... no estar de acuerdo, es

decir, en votar diferentemente. En el gobierno “nacional” británico, se da este ejemplo de ministros que “convienen en estar de acuerdo”, es decir, votar diferentemente. Pero los ministros de Su Majestad gozan de esta ventaja: que saben perfectamente cuál es la naturaleza de su estado y pueden permitirse el lujo de no estar de acuerdo en cuestiones secundarias. Los líderes de la oposición están situados mucho menos favorablemente. Se permiten el lujo de disentir en la cuestión fundamental a fin de solidarizarse en las cuestiones secundarias. Si esto es marxismo y política de principios, entonces yo no sé qué quiere decir contubernio sin principios.

Usted aparentemente parece considerar que al rehusarse a discutir el materialismo dialéctico y la naturaleza de clase del estado soviético y al destacar las cuestiones “concretas”, actúa como un político realista. Este autoengaño es resultado de su inadecuado conocimiento de la historia de los pasados 50 años de luchas fraccionales dentro del movimiento obrero. En toda discusión de principios, sin una sola excepción, los marxistas, invariablemente, procuraron plantear claramente al partido los problemas fundamentales de doctrina y de programa, considerando que únicamente en esta situación se podían situar en su verdadero lugar y proporción las cuestiones “concretas”. Por el otro lado, los oportunistas de toda especie, especialmente aquellos que ya habían sufrido algunas derrotas en el terreno de las discusiones de principio, contrapusieron invariablemente al análisis marxista de clase, apreciaciones coyunturales “concretas” que formulan, como de costumbre, bajo la presión de la democracia burguesa. A través de décadas de lucha fraccional, esta división de papeles ha persistido. La oposición, permítame asegurárselo, no ha inventado nada nuevo. Continúa la tradición del revisionismo en teoría y del oportunismo en política.

A fines del siglo pasado los intentos revisionistas de Bernstein, que en Inglaterra se realizaron bajo la influencia del empirismo y utilitarismo anglosajón (¡la más podrida de las filosofías!) fueron despiadadamente rechazados. Después de lo cual, los oportunistas alemanes se retrajeron repentinamente de la filosofía y de la sociología. En los congresos y en la prensa no cesaban de regañar a los marxistas “pedantes” que reemplazaban las “cuestiones políticas concretas” con consideraciones generales de principio. Lea los anales de la socialdemocracia alemana de fines del siglo pasado y de comienzos del actual, y usted mismo quedará asombrado del grado en que, como dicen los franceses, “*le mort saisit le vif*” (el muerto agarra al vivo).

Usted no conoce el gran papel jugado por *Iskra*⁵⁴ en el desarrollo del marxismo ruso. *Iskra* comenzó con la lucha contra el llamado “economismo” dentro del movimiento obrero y contra los *narodniki* (Partido de los Socialistas Revolucionarios)⁵⁵. El principal argumento de los “economistas”⁵⁶ era que *Iskra* vagaba en la esfera de la teoría mientras ellos, los “economistas”, se proponían dirigir el movimiento obrero concreto. El principal argumento de los socialistas-revolucionarios era el siguiente: *Iskra* quiere fundar una

⁵⁴ La *Iskra* : diario fundado en diciembre de 1900 por Lenin, Plejánov y Mártoy y que fue el centro neurálgico de la construcción del partido obrero socialdemócrata ruso. Cayó en manos de los mencheviques cuando Plejánov se unió a sus files a principios de 1904. EDI.

⁵⁵ *Narodniki* : corriente revolucionaria rusa pequeñoburguesa que floreció durante los años 1870-1890 y que presentaba al campesinado ruso como la fuerza revolucionaria decisiva del imperio zarista y preconizaba el atentado y el terrorismo individual y ejemplar como forma de lucha superior susceptible de exaltar y arrastrar a las masas al asalto al régimen. La corriente *narodniki* dio nacimiento al, Partido Socialista-Revolucionario que, en 1917, se opuso a la Revolución de Octubre y utilizó enseguida el terrorismo individual contra los bolcheviques. EDI.

⁵⁶ Economismo: corriente del movimiento obrero ruso que se desarrolló durante unos breves momentos entre 1895-1902 y que afirmaba que la lucha de la clase obrera debía centrarse sobre las reivindicaciones inmediatas y hacer a un lado las consignas políticas. Lenin escribió el *¿Qué hacer?* contra el economismo en particular. EDI.

escuela de materialismo dialéctico, mientras nosotros queremos derrocar la autocracia zarista. Debe destacarse que los terroristas *narodniki* tomaban al pie de la letra sus palabras: bomba en mano, sacrificaban sus vidas. Nosotros les discutíamos: “En ciertas circunstancias, una bomba es una cosa excelente, pero antes debemos aclarar nuestras mentes.” Pertenece a la experiencia histórica que la mayor revolución de toda la historia no fue dirigida por el partido que comenzó con bombas, sino por el partido que empezó con el materialismo dialéctico.

Cuando los bolcheviques y los mencheviques eran aún miembros del mismo partido, los períodos anteriores a los congresos y los congresos mismos se caracterizaron invariablemente por una amarga lucha sobre el orden del día. Lenin acostumbraba proponer como primer punto del orden del día cuestiones como la clarificación de la naturaleza de la monarquía zarista, el análisis del carácter de clase de la revolución, la apreciación de las etapas de la revolución por las que estábamos pasando, etc. Mártoov y Dan⁵⁷, líderes mencheviques, objetaban invariablemente: no somos un club sociológico, sino un partido político; debemos llegar a un acuerdo no sobre la naturaleza de clase de la economía zarista, sino sobre las “tareas políticas concretas”. Cito esto de memoria, pero no corro el menor riesgo de equivocarme porque estas discusiones se repetían de año en año y tenían un mismo carácter, estereotipado. Podría agregar que yo personalmente cometí no pocos pecados en este aspecto. Pero, desde entonces, he aprendido algo.

A aquellos enamorados de las “cuestiones políticas concretas” Lenin les explicaba invariablemente que nuestra política no era de coyuntura sino de carácter principista; que la táctica está subordinada a la estrategia; que para nosotros el interés fundamental de toda campaña política consiste en guiar a los trabajadores de las cuestiones particulares a las generales, que les enseña la naturaleza de la sociedad moderna y el carácter de sus fuerzas fundamentales. Los mencheviques siempre sentían la urgente necesidad de disimular las diferencias de principios en su conglomerado inestable por medio de evasivas, mientras Lenin, por el contrario, planteaba directamente las cuestiones de principio. Los argumentos comunes de la oposición contra la filosofía y la sociología a favor de las “cuestiones políticas concretas” no son más que una repetición retrasada de los argumentos de Dan. ¡Ni una sola palabra nueva! Lo lamentable es que Shachtman respete la política de principios del marxismo sólo cuando ya ha envejecido suficientemente en los archivos.

Particularmente falso e inadecuado suena en sus labios el llamamiento para pasar de la teoría marxista a las “cuestiones políticas concretas”, camarada Burnham, porque no fui yo sino usted quien planteó la cuestión del carácter de la URSS, obligándome con ello a plantear la cuestión del método a través del cual se determina el carácter de clase del estado. Es verdad que usted abandonó su resolución. Pero esta maniobra fraccional no tiene absolutamente ningún significado objetivo. Usted extrajo sus conclusiones políticas de su premisa sociológica, aun cuando usted temporalmente la haya deslizado en el interior de su cartera. Shachtman extrajo exactamente las mismas conclusiones políticas, sin una premisa sociológica: se adaptó a usted. Abern procura sacar provecho, igualmente, para sus combinaciones “organizativas” tanto de la premisa oculta como de la falta de premisa. Esta es la verdadera y no la diplomática situación en el campo de la oposición. Usted procede como antimarxista; Shachtman y Abern como marxistas... *platónicos*. Quién es peor, no es fácil de determinar.

⁵⁷ J. Mártoov (1873-1923): dirigente de los mencheviques desde la escisión entre bolcheviques y mencheviques en 1903. A partir de 1914 se insertó en el ala izquierda del menchevismo, constituyó durante la revolución un grupo de mencheviques internacionalistas. Murió en la emigración. EDI.

La dialéctica de la discusión actual

Cuando examinamos el frente diplomático que cubre las premisas ocultas y la falta de premisas de nuestros adversarios, nosotros, los “conservadores”, naturalmente contestamos: es posible realizar una discusión fructífera sobre “cuestiones concretas” únicamente si especificamos claramente cuáles son las premisas de clase que tomáis como punto de partida. No estamos obligados a reducirnos a aquellos tópicos de la discusión que habéis seleccionado artificialmente. Si alguien hubiera propuesto que discutiéramos como cuestiones “concretas” la invasión Suiza por la flota soviética o el largo de la cola de una bruja de Bronx, entonces yo tendría razón en hacer por adelantado las siguientes preguntas: ¿tiene costa marítima Suiza? ¿es que hay brujas?

Toda discusión sería se desarrolla de lo particular, y aun lo accidental, a lo general y fundamental. Las causas y los motivos inmediatos de la discusión, en la mayor parte de los casos, son de un interés solamente sintomático. De verdadera importancia política son sólo aquellos problemas que la discusión plantea en su desarrollo. A ciertos intelectuales, ansiosos de señalar el “conservadurismo burocrático” y de desplegar su “espíritu dinámico”, podría parecerles que las cuestiones que se refieren a la dialéctica, al marxismo, a la naturaleza del estado al centralismo, son planteadas “artificialmente” y que la discusión ha tomado una dirección “falsa”. El nudo del problema, sin embargo, consiste en que la discusión tiene su propia lógica objetiva que no coincide en nada con la lógica subjetiva de los grupos y de los individuos. El carácter dialéctico de la discusión procede del hecho de que su curso objetivo está determinado por el conflicto de las tendencias opuestas y no por un plan lógico preconcebido. La base materialista de la discusión consiste en que refleja la presión de clases distintas. De este modo la actual discusión en el SWP, como el proceso histórico en su conjunto, se desarrolla (con o sin su permiso, camarada Burnham) según las leyes del materialismo dialéctico. No hay escapatoria a estas leyes.

“Ciencia” contra marxismo y “experimentos” contra programa

Acusando a sus adversarios de “conservadurismo burocrático” (una simple abstracción puramente psicológica, ya que no se ha demostrado que existan intereses sociales específicos bajo este “conservadurismo”), usted exige en su documento que la política conservadora sea reemplazada por una “política crítica y experimental, en una palabra, por una política científica” (p. 32) Esta declaración, a primera vista tan inocente y carente de significado con toda su pomposidad, es en sí misma una exposición completa. Usted no habla de política marxista. Ni habla de política proletaria. Usted habla de política “experimental”, “crítica” “científica”. ¿Por qué esta terminología pretenciosa y deliberadamente abstrusa, tan desacostumbrada en nuestras filas? Yo se lo diré. Es el producto de su adaptación, camarada Burnham, a la opinión pública burguesa, y la adaptación de Schahtman y Abern a su adaptación. El marxismo ya no está de moda en los amplios círculos de intelectuales burgueses. Además, si uno tiene que mencionar el marxismo, se lo podría tomar (Dios no lo permita) por un materialista dialéctico. Es mejor evitar esta desacreditada palabra. ¿Con qué reemplazarla? Con “ciencia” naturalmente, incluso con Ciencia con mayúscula. Y la ciencia, como todo el mundo sabe, se basa en la “crítica” y los “experimentos”. Tiene su propio sonido: ¡Tan sólida, tan tolerante, tan falta de sectarismo, tan profesoral! Con esta fórmula se puede entrar en cualquier salón democrático.

Relea una vez más, por favor, su propia declaración: “En lugar de una política conservadora, debemos emplear una política audaz, flexible, crítica y experimental, en una palabra, una política científica.” ¡No podía haberlo dicho mejor! Pero ésta es precisamente la fórmula que todos los charlatanes pequeñoburgueses, todos los

reversionistas y, los últimos, pero no los menores, todos los aventureros políticos han contrapuesto al “estrecho”, “limitado”, “dogmático” y “conservador” marxismo. Buffon dijo una vez: “El estilo es el hombre”. La terminología política es no solamente el hombre, sino el partido. La terminología es uno de los elementos de la lucha de clases. Únicamente los pedantes sin vida pueden no entender esto. En su documento, usted borra cuidadosamente (sí, nadie más que usted, camarada Burnham) no sólo palabras tales como dialéctica y materialismo, sino también la de marxismo. Usted está por encima de todo esto. Usted es un hombre de ciencia “crítica”, “experimental”. Exactamente por la misma razón usted eligió el calificativo de “imperialismo” para definir la política exterior del Kremlin. Esta innovación lo diferencia de la terminología demasiado embarazosa de la Cuarta Internacional, al crear fórmulas menos rigurosas, menos “religiosas”, menos “sectarias”, comunes a usted y (oh, dichosa coincidencia) a la democracia burguesa.

¿Usted quiere experimentar? Pero permítame recordarle que el movimiento obrero posee una larga historia no exenta de experiencia, o si usted lo prefiere, de experimentos. Esta experiencia, tan costosamente adquirida, ha cristalizado en forma de una doctrina determinada, el mismo marxismo cuyo nombre usted evita tan cuidadosamente. Antes de darle a usted el derecho a experimentar, el partido tiene derecho a preguntarle: ¿Qué método usará? Henry Ford difícilmente permitirá experimentar en su fábrica a un hombre que no hubiera asimilado las necesarias conclusiones del pasado desarrollo de la industria y de los innumerables experimentos ya efectuados. Además, los laboratorios de experimentación en las fábricas están cuidadosamente separados de la producción en masa. Mucho más impermisibles son todavía los experimentos curanderiles en el terreno del movimiento obrero, aun cuando se realicen bajo la bandera de la “ciencia” anónima. Para nosotros, la ciencia del movimiento obrero es el marxismo. a ciencia social sin nombre, la Ciencia con letra mayúscula, la dejamos completamente a disposición de Eastman y sus congéneres.

Sé que usted ha discutido con Eastman y que en algunas cuestiones usted ha argumentado muy bien. Pero usted discute con él como representante del mismo círculo y no como un agente del enemigo de clase. Usted reveló esto visiblemente en su artículo en común con Shachtman al terminarlo con la inesperada invitación a Eastman, Hook, Lyons⁵⁸, y el resto, a que sacaran partido de las páginas de *New International* para exponer sus concepciones. Ni siquiera se le ocurrió que hubieran podido plantear la cuestión de la dialéctica, obligándolo de este modo a salir de su diplomático silencio.

El 20 de enero del año pasado, mucho antes de esta discusión, en una carta al camarada Shachtman, insistí en la urgente necesidad de seguir atentamente el desarrollo interno del partido estalinista. Le escribí: “Sería mil veces más importante que invitar a Eastman, Lyons y los demás a presentar sus sudores personales. Me asombró un poco que

⁵⁸ Sidney Hook, E. Lyons, B. Stolberg, E. Wilson, J. Rorty, J. T. Farrel, D. MacDonald, F. Rahr eran publicistas e intelectuales “radicales” (en el sentido que tiene la palabra en Norteamérica) que simpatizaron con el trotskismo en 1934-1935, como Max Eastman lo había hecho algunos años antes. Algunos, como MacDonald, incluso entraron en sus filas. Bajo su impulso, la revista *Partisan Review*, dirigida por F. Rahr y W. Philipps, fundada anteriormente por simpatizantes del PC estadounidense, se convirtió durante algunos meses en revista literaria con claras simpatías trotskystas. Las conmociones de los procesos de Moscú, la discusión sobre Cronstadt y sobre la “responsabilidad” de Trotsky lanzada a fines de 1937 y principios de 1938 por Serge, Souvarine, W. Thomas, el anarquista E. Goldman, empujaron a la mayoría de estos intelectuales, a punto de resbalar del antiestalinismo al anticomunismo, a romper rápidamente con el trotskismo, en general en nombre de criterios de moral eterna. Esta campaña sobre estos criterios morales fue lo que Trotsky denunció en febrero de 1938 en *Su moral y la nuestra* [en estas mismas OELT-EIS] y, después, en junio de 1939, en “Moralistas y sicofantes contra el marxismo” [dentro de *Su moral y la nuestra* en estas OELT-EIS]. Todos estos intelectuales volvieron, por diversas vías, al seno de la burguesía. D. MacDonald perteneció algunos meses, y J.-T. Farrell algunos años, al Workers Party fundado por Shachtman en 1940.

usted publicara el último arrogante e insignificante artículo de Eastman. Él tiene a su disposición *Harper's Magazine*, *Modern Monthly*, *Common Sense*, etc. Pero estoy absolutamente perplejo de que usted personalmente invitara a esta gente a ensuciar las escasas páginas de *New International*. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos intelectuales pequeñoburgueses, pero no a los elementos revolucionarios. Tengo la firme convicción de que es necesaria cierta reorganización de *New International* y del *Socialist Appeal*: más distancia de Eastman, Lyons, etcétera; y más cerca de los obreros y, en este sentido, del partido estalinista”.

Como siempre en tales casos, Shachtman contestó en forma desatenta y sin cuidado. En realidad, la cuestión se resolvió por el hecho de que los enemigos del marxismo a quienes había usted invitado, rehusaron aceptar la invitación. Este episodio, sin embargo, merece mayor atención. Por una parte, usted camarada Burnham, apoyado por Shachtman, invita a los demócratas burgueses a enviar amistosas explicaciones para publicarlas en las páginas de nuestro órgano partidario. Por otra, usted, apoyado por este mismo Shachtman, rehúsa entrar a discutir conmigo sobre la dialéctica y la naturaleza de clase del estado soviético. ¿No significa esto que usted, conjuntamente con su aliado Shachtman, ha vuelto su cara hacia los semiadversarios burgueses y que ha vuelto las espaldas a su propio partido? Hace mucho tiempo que Abern llegó a la conclusión de que el marxismo es una doctrina digna de atención, pero que una buena combinación opositorista es algo mucho más sustancioso. Entretanto, Shachtman resbala y cae, consolándose con sabias tonterías. Creo, sin embargo, que su corazón está algo pesaroso. Después de llegar a cierto punto, espero que Shachtman se levantará y comenzará a subir nuevamente. Con esto expreso la esperanza de que su política fraccional “experimental” se producirá, al menos, en beneficio de la “Ciencia”.

“Un dialéctico inconsciente”

Usando como propia mi observación sobre Darwin, Shachtman ha dicho, según se me ha informado, que usted es un “dialéctico inconsciente”. Esta ambigua cortesía no contiene un ápice de verdad. Todo individuo es dialéctico *en una u otra medida*, en la mayor parte de los casos, inconscientemente. Un ama de casa sabe que cierta cantidad de sal condimenta agradablemente la sopa, pero que una cantidad mayor hace incomible la sopa. En consecuencia, una campesina ignorante se guía al hacer la sopa, por la ley hegeliana de la transformación de la cantidad en cualidad. Podrían citarse infinita cantidad de ejemplos parecidos, obtenidos de la vida diaria. Hasta los animales llegan a sus conclusiones prácticas basándose no solamente en el silogismo aristotélico, sino también en la dialéctica hegeliana. Así, el zorro sabe que hay aves y cuadrúpedos gustosos y nutritivos. Al acechar a una liebre, a un conejo o a una gallina, el zorro deduce: esta criatura extraordinaria pertenece al tipo nutritivo y gustoso, y salta sobre la presa. Tenemos aquí un silogismo completo, aunque podemos suponer que el zorro no leyó nunca a Aristóteles. Cuando el mismo zorro, sin embargo, encuentra al primer animal que lo excede de tamaño, un lobo, por ejemplo, extrae rápidamente la conclusión de que la cantidad se transforma en calidad, y procede a huir. Evidentemente, las patas del zorro están equipadas con tendencias hegelianas, aunque no plenamente conscientes. Todo esto demuestra, dicho sea de paso, que nuestros métodos de pensamiento, tanto la lógica formal como la dialéctica, no son construcciones arbitrarias de nuestra razón, sino, más bien, expresiones de las verdaderas interrelaciones de la misma naturaleza. En este sentido, el universo entero está saturado de dialéctica “inconsciente”. Pero la naturaleza no se detuvo allí. Se produjo un no pequeño desarrollo antes de que las relaciones internas de la naturaleza pasaran al lenguaje de la conciencia de zorros y hombres, y que el hombre llegara a ser capaz de generalizar estas formas de conciencia de transformarlas en

categorías lógicas (dialécticas), creando así la posibilidad de indagar más profundamente en el mundo que nos rodea.

La expresión más acabada hasta hoy de las leyes de la dialéctica que rigen en la naturaleza y en la sociedad, no ha sido dada hasta la fecha por Hegel y Marx. A pesar de que a Darwin no le interesó verificar sus métodos lógicos, su empirismo (el de un genio) en la esfera de las ciencias naturales alcanzó las más elevadas generalizaciones dialécticas. En este sentido, Darwin fue (como manifesté en mi anterior artículo) un “dialéctico inconsciente”. Sin embargo, no apreciamos a Darwin por su incapacidad para elevarse hasta la dialéctica, sino porque, a pesar de su retraso filosófico, nos explicó el origen de las especies. Engels, debe señalarse, se exasperaba por el estrecho empirismo del método darwiniano, aunque él, como Marx, apreciaron inmediatamente la grandeza de la teoría de la selección natural. Darwin, por el contrario, permaneció, ¡jay!, ignorante del significado de la sociología de Marx hasta el fin de su vida. Si Darwin se hubiera declarado en la prensa contra la dialéctica o el materialismo, Marx y Engels lo habrían atacado con fuerza redoblada a fin de no permitir que su autoridad disfrazara la reacción ideológica.

En la defensa hecha por Shachtman en el sentido de que usted es un “dialéctico inconsciente”, el énfasis debe colocarse en la palabra inconsciente. El objetivo de Shachtman (también parcialmente inconsciente) es defender su bloque con usted mediante la degradación del materialismo dialéctico. Porque, en realidad, Shachtman dice: la diferencia entre un dialéctico “consciente” y uno “inconsciente” no es tan grande como para que riñamos sobre ello. Shachtman intenta así desacreditar el método marxista.

Pero el mal va todavía más allá de esto. En el mundo hay muchos dialécticos inconscientes o semiconscientes. Algunos de ellos aplican excelentemente la dialéctica materialista a la política, aun cuando nunca se han interesado por las cuestiones de método. Sería evidentemente una imbécil pedantería atacar a tales camaradas. Pero es algo muy distinto con usted, camarada Burnham. Usted es un editor del órgano teórico cuya tarea consiste en educar el partido en el espíritu del método marxista. Sin embargo, usted es un adversario consciente de la dialéctica, y de ninguna manera un dialéctico inconsciente. Aun cuando usted haya seguido con éxito la dialéctica en las cuestiones políticas, como insiste Shachtman, es decir, aun cuando usted esté dotado de un “instinto” dialéctico, igual nos hubiéramos visto obligados a iniciar una lucha contra usted, porque su instinto dialéctico, cómo otras cualidades individuales, no puede ser transmitido a los demás, y porque el método dialéctico consciente, en uno u otro grado, puede hacerse accesible a todo el partido.

La dialéctica y Mr. Dies

Incluso si usted tiene un instinto dialéctico (cosa que no entraré a juzgar) éste se ve ahogado por la rutina académica y por la altanería intelectual. Lo que llamamos instinto de clase del obrero acepta con relativa facilidad la consideración dialéctica de las cuestiones. No puede ni siquiera hablarse de semejante instinto de clase en un intelectual burgués. Únicamente superando conscientemente su espíritu pequeñoburgués, puede elevarse un intelectual divorciado del proletariado al nivel de la política marxista. Desgraciadamente, Shachtman y Abern están haciendo todo lo posible para obstruirle a usted este camino. Con su apoyo le prestan un muy pobre servicio, camarada Burnham.

Apoyado por su bloque, al que podríamos llamar “Liga del Abandono Fraccional”, usted comete un desatino tras otro: en filosofía, en sociología, en política, en la esfera organizativa. Sus errores no son accidentales. Usted trata toda cuestión aislándola, separándola de su conexión con las demás cuestiones, fuera de su conexión con los factores sociales e independientemente de la experiencia internacional. Usted carece del

método dialéctico. A pesar de toda su cultura, en política usted procede como un curandero.

En la cuestión del Comité Dies⁵⁹ su galimatías se manifestó con no menor transparencia que en la cuestión de Finlandia. A mis argumentos a favor de utilizar este cuerpo parlamentario, usted contestó que la cuestión no debía decidirse de acuerdo a consideraciones de principios, sino por ciertas circunstancias especiales que sólo usted conocía, pero que se abstuvo de especificar. Permítame decirle cuáles eran esas circunstancias: su dependencia ideológica de la opinión pública burguesa. Aunque la democracia burguesa, en todas sus partes, incluido el Comité Dies, defiende con plena responsabilidad al régimen capitalista, se ve obligada, en interés de este mismo capitalismo, a distraer desvergonzadamente la atención de los órganos demasiado expuestos del régimen. ¡Una simple división del trabajo! ¡Un viejo fraude que aún, sin embargo, continúa operando efectivamente! En cuanto a los obreros, a quienes usted alude vagamente, una parte de ellos, que es una parte muy considerable, está como usted bajo la influencia de la democracia burguesa. Pero el obrero medio, no infectado con los prejuicios de la aristocracia obrera, recibiría alborozado toda firme palabra revolucionaria arrojada a la cara misma del enemigo de clase. Y cuanto más reaccionaria sea la institución que sirve como arena de combate, tanto más completa será la satisfacción del obrero. Esto ha sido demostrado por la experiencia histórica. El mismo Dies, asustado y retrocediendo a tiempo, demostró cuán falsa era su posición. Siempre es mejor obligar al enemigo a retirarse que esconderse sin batalla.

Pero en este punto veo la airada figura de Shachtman que me detiene con un gesto de protesta: “La oposición no se hace responsable por la posición de Burnham sobre el Comité Dies. Esta cuestión no toma carácter fracciona”, etc., etc. Conozco todo esto. ¡Como si lo único que le faltara a toda la oposición fuera expresarse a favor de la táctica del boicot, tan completamente sin sentido en este caso! Basta con que el líder de la oposición, que tiene una posición y que la ha expresado abiertamente, se pronunciara en favor del boicot. Si usted ha superado la edad en que se discute sobre “religión”, entonces, permítame confesarle que considero que toda la Cuarta Internacional ha superado la edad en que se considera el abstencionismo como la más revolucionaria de las políticas. Aparte de su falta de método, usted reveló en este caso una evidente falta de sagacidad política. En dicha situación, un revolucionario no hubiera necesitado discutir mucho antes de lanzarse por la puerta abierta por el enemigo, aprovechando al máximo la oportunidad. A aquellos miembros de la oposición que conjuntamente con usted se pronunciaron contra la participación en el Comité Dies (y su número no es tan pequeño) creo que es necesario dictarles cursos especiales elementales a fin de explicarles las verdades más elementales

⁵⁹ Comité Dies: llamado el “Comité Especial de Investigación sobre las actividades no estadounidenses” (House Un-American Activities Committee (H.U.A.C.)), puesto en marcha por la Cámara de Representantes de los US y que presidía el político reaccionario, el demócrata tejano Dies. El 12 de octubre de 1939 este comité invitó a Trotsky a presentarse como testimonio ante él en Austin, en Tejas, a fin de “presentarle un informe completo de la historia del estalinismo”. El comité le proponía a Trotsky responder a preguntas que le serían sometidas de antemano. Trotsky respondió “acepto su invitación como una tarea política...”. El 17 de octubre, James Burnham entregó al Comité Político del SWP una moción condenando la aceptación de Trotsky, pidiéndole que la anulase y que rehusase testimoniar, y proponiendo que, en caso contrario, el SWP, desautorizase públicamente a Trotsky. Al mismo tiempo, los estalinistas declaraban que Trotsky aceptaba testimoniar sobre las “actividades de los comunistas mejicanos y sudamericanos”. Finalmente M. Dies abandonó la idea de invitar a Trotsky a hacer una declaración pública en los USA y le pidió que redactase una declaración escrita. Trotsky rehusó, remitiéndolo, si así deseaba, a sus libros. EDI. [Ver al respecto en *Escritos Tomo XI, Volumen 1* (23 julio 1939 a 14 mayo 1940) en las páginas 160, 191, 193 y 199 del formato pdf de nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma.](#)]

de la táctica revolucionaria, que no tiene nada en común con el abstencionismo pseudoradical de los círculos intelectuales.

“Cuestiones políticas concretas”

La oposición es más débil precisamente en el terreno donde se imagina que es particularmente fuerte: en el terreno de la política revolucionaria diaria. Esto se aplica sobre todo a usted, camarada Burnham. La impotencia frente a los grandes acontecimientos se manifestó en usted, como en toda la oposición, lo más evidentemente en las cuestiones de Polonia, de los Estados Bálticos y de Finlandia. Shachtman comenzó por descubrir la piedra filosofal: la realización de una insurrección simultánea contra Hitler y Stalin en la Polonia ocupada. La idea era espléndida; lástima que Shachtman no tuvo oportunidad de ponerla en práctica. Los obreros avanzados de Polonia oriental podrían decir con razón: “Una insurrección simultánea contra Hitler y Stalin en un país ocupado por las tropas tal vez se pueda resolver en forma muy conveniente desde Bronx; pero aquí, en el lugar de los hechos, es más difícil. Nos gustaría oír a Burnham y Shachtman contestar esta “cuestión política concreta”: ¿Qué debemos hacer entre este momento y la llegada de la insurrección?” En el intervalo, el estado mayor del ejército soviético llamó a los obreros y campesinos a que se apoderaran de las fábricas y de la tierra. Este llamamiento, con el apoyo de la fuerza armada, jugó un papel enorme en la vida del país ocupado. Los diarios de Moscú estaban literalmente llenos de informes sobre el “entusiasmo” sin límites de los obreros y de los campesinos pobres. Debemos considerar estos informes con justificada desconfianza; no faltan las mentiras. Sin embargo, es impermissible cerrar los ojos ante los hechos. El llamamiento a ajustar cuentas con los terratenientes y a expulsar a los capitalistas, no habría podido menos que levantar el espíritu de los vejados y oprimidos campesinos y obreros ucranianos y bielorrusos, que veían en el terrateniente polaco a un doble enemigo.

En el órgano parisino de los mencheviques⁶⁰ que se solidariza con la democracia burguesa de Francia y no con la Cuarta Internacional, se afirmaba categóricamente que el avance del Ejército Rojo fue acompañado por una oleada de levantamientos revolucionarios, cuyos ecos llegaron hasta las masas campesinas de Rumania. Lo que presta una importancia especial a los despachos de este órgano, es la estrecha conexión que tiene con los mencheviques, los dirigentes del Bund judío⁶¹, el Partido Socialista Polaco⁶² y otras organizaciones hostiles al Kremlin y que huyeron de Polonia. Estábamos, pues, en una posición completamente correcta cuando dijimos a los bolcheviques de Polonia oriental: “En común con los obreros y campesinos, y en el frente de batalla, debéis conducir la lucha contra los terratenientes y capitalistas; no os separéis de las masas a pesar de todas sus ilusiones, lo mismo que los revolucionarios rusos no se separaron de las masas que aún no se habían liberado de sus esperanzas en el Zar (el domingo sangriento del 22 de enero de 1905); educad a las masas en el transcurso de la lucha, prevenidlas contra ingenuas esperanzas en Moscú, pero no os separéis de ellas luchad en su campo, tratad de extender y profundizar su lucha y de darles la mayor independencia posible. Únicamente de esta manera prepararéis la próxima insurrección contra Stalin”. El curso de los

⁶⁰ Se trata del *Sotsialisticherski Vestnik*, órgano en ruso de los mencheviques, publicado bajo la dirección de F. Dan, dirigente menchevique desde 1905 y que, durante la Segunda Guerra Mundial, se unió al estalinismo antes de morir en 1946. El artículo en cuestión se publicó en el número de octubre de 1939.

⁶¹ La BUND: Liga de los Obreros Judíos (Partido Obrero Socialista Judío), fundada en 1897 en el imperio ruso y que en la socialdemocracia rusa apoyaba las posiciones de los mencheviques. EDI.

⁶²PPS: Partido Socialista Polaco, partido constituido en los años 80 (siglo XIX), socialdemócrata y nacionalista, cuyo dirigente fue J. Pilsudski. Devino cada vez más nacionalista. Accedió al poder en 1926 mediante el golpe de estado de Pilsudski. El auténtico partido socialista polaco estaba dirigido por Rosa Luxemburg y su marido Leo Jogisches. EDI.

acontecimientos en Polonia ha confirmado completamente esta directiva, que era una continuación y un desarrollo de todas nuestras políticas, particularmente en España.

Como no existen diferencias de principios entre las situaciones polaca y finlandesa, no tenemos por qué cambiar nuestra directiva. Pero la oposición, que no fue capaz de comprender el significado de los acontecimientos polacos, trata ahora de aferrarse a Finlandia como a una nueva ancla de salvación “¿Dónde está la guerra civil en Finlandia? Trotsky habla de una guerra civil. No hemos visto en la prensa ninguna referencia ella”, etc. La cuestión de Finlandia aparece ante la oposición como diferente, en principio, de la cuestión de Ucrania occidental y de Bielorrusia. Cada cuestión es aislada y considerada aparte del curso general del desarrollo. Confundida por el curso de los acontecimientos, la oposición trata en cada ocasión de apoyarse en alguna circunstancia accidental, secundaria, temporal y coyuntural.

¿Significan esos gritos sobre la ausencia de guerra civil en Finlandia que la oposición adoptaría nuestra política si la guerra civil se desencadenara realmente en Finlandia? ¿Sí o no? En caso afirmativo, la oposición condenaría su propia política en relación a Polonia, dado que allí, a pesar de la guerra civil, se limitó a rehusar su participación en los acontecimientos, mientras esperaba un levantamiento simultáneo contra Stalin y Hitler. Es evidente, camarada Burnham, que usted y sus aliados no han pensado hasta el fin esta cuestión.

¿Qué hay sobre mi afirmación referente a una guerra civil en Finlandia? Al comienzo de las hostilidades militares podía haberse conjeturado que Moscú realizaría una “pequeña” expedición punitiva para conseguir un cambio de gobierno en Helsingfors y establecer con Finlandia relaciones similares a las que tiene con los demás Estados Bálticos. Pero la creación del gobierno de Kuusinen en Terijoki demostró que Moscú tenía otros planes y otros fines. Los despachos informaron luego de la formación de un “Ejército Rojo” finlandés. Naturalmente, sólo se trataba de pequeñas formaciones creadas desde arriba. Se dio a conocer el programa de Kuusinen. Los despachos hablaron después de la división de grandes propiedades entre los campesinos pobres. En su totalidad, estos despachos señalaban la intención de Moscú de organizar una guerra civil. Naturalmente, ésta es una guerra civil de un tipo especial. No surge espontáneamente de las profundidades de las masas populares. No se realiza bajo la dirección del partido revolucionario finlandés apoyándose en las masas. Es introducida con bayonetas desde fuera. Es controlada por la burocracia de Moscú. Todo esto lo sabemos, y ya lo tratamos al discutir sobre Polonia. Sin embargo, se trata precisamente de una guerra civil, de un llamamiento a los pobres, a las capas más bajas, para que expropien a los ricos, los expulsen, los arresten, etc. No conozco ningún otro nombre para estas acciones que el de guerra civil.

“Pero, después de todo, la guerra civil en Finlandia no se desencadenó”, objetan los líderes de la oposición. “Esto significa que sus predicciones no se materializaron”. Con la derrota y retirada del Ejército Rojo, contestó, la guerra civil no puede desarrollarse en Finlandia, por supuesto, bajo las bayonetas de Mannerheim. Este hecho no es argumento contra mí, sino contra Shachtman; ya que demuestra que, en las primeras etapas de la guerra, en un momento en que la disciplina en los ejércitos es aún fuerte, es mucho más fácil organizar la insurrección y calzarse las botas en actos frentes, desde Bronx, que desde Terioki.

No previmos las derrotas de los primeros destacamentos del Ejército Rojo. No podíamos haber previsto el grado en que reinan la estupidez y la desmoralización en el Kremlin y en las cumbres del ejército decapitado por el Kremlin. No obstante, se trata sólo de un episodio militar, que no puede determinar nuestra línea política. Si Moscú, después de su primer intento fracasado, desiste totalmente de toda nueva ofensiva contra

Finlandia, entonces el hecho mismo que hoy oscurece a los ojos de la oposición toda la situación mundial, desaparecería del orden del día. Pero hay pocas probabilidades para esto. Por otra parte, si Inglaterra, Francia y Estados Unidos, partiendo de Escandinavia, fueran en ayuda de Finlandia con fuerza militar, entonces la cuestión finlandesa desaparecería en una guerra entre la URSS y los países imperialistas. En este caso, podemos esperar que incluso la mayoría de los opositores se acordarían del programa de la Cuarta Internacional.

En el momento actual, sin embargo, a la oposición no le interesan estas dos variantes: ni la suspensión de la ofensiva por parte de la URSS ni el estallido de hostilidades entre la URSS y las democracias imperialistas. A la oposición únicamente le interesa la cuestión aislada de la invasión de Finlandia por la URSS. Muy bien, tomemos esto como punto de partida. Si la segunda ofensiva, como se puede presumir, está mejor preparada y realizada, entonces el avance del Ejército Rojo dentro del país planteará de nuevo la cuestión de la guerra civil en el orden del día y en una escala mucho mayor que durante la primera tentativa fracasada ignominiosamente. Nuestra directiva, en consecuencia, sigue teniendo plena validez en tanto la cuestión permanezca en el orden del día. ¿Pero qué propone la oposición para el caso de que el Ejército Rojo avance con éxito en Finlandia y se desencadene allí la guerra civil? La oposición, aparentemente, no piensa en absoluto en esto, puesto que vive de un día para otro, de un incidente al otro, aferrándose a los episodios, separando frases aisladas de un editorial, basándose en simpatías y antipatías, y creando de este modo para sí la semblanza de una plataforma. La debilidad de los empiristas y de los impresionistas se ha revelado siempre con mayor claridad en su aproximación a las “cuestiones políticas concretas”.

Ofuscación teórica y abstencionismo político

A través de todas las vacilaciones y convulsiones de la oposición (aunque puedan ser contradictorios) dos rasgos generales corren, como un hilo conductor, desde los pináculos de la teoría hasta los más insignificantes episodios políticos. El primer rasgo general es la falta de una concepción única. Los líderes de la oposición separan la sociología del materialismo dialéctico. Separan la política de la sociología. En el campo de la política, separan nuestras tareas en Polonia de nuestra experiencia en España, nuestras tareas en Finlandia de nuestra posición sobre Polonia. La historia se ve transformada en una serie de incidentes excepcionales; la política se ve transformada en una serie de improvisaciones. Tenemos aquí, en el pleno sentido de la palabra, la desintegración del marxismo, la desintegración del pensamiento teórico, la desintegración de la política en sus elementos constituyentes. El empirismo y su hermano de leche, el impresionismo, domina de arriba abajo. Es por eso por lo que la dirección ideológica, camarada Burnham, recae sobre usted como adversario de la dialéctica, como empirista que no se sonroja por su empirismo.

A través de todas las vacilaciones y convulsiones de la oposición, hay un segundo rasgo general íntimamente ligado al primero, esto es, una tendencia a abstenerse de la participación activa, una tendencia a la autoeliminación, al abstencionismo, naturalmente bajo la cubierta de frases ultrarradicales. Usted está a favor del derrocamiento de Stalin y Hitler en Polonia, de Stalin y Mannerheim, en Finlandia. Y hasta entonces, rechaza a ambos bandos por igual, en otras palabras, abandona la lucha, incluida la guerra civil. Su cita sobre la ausencia de guerra civil en Finlandia es solamente un accidental argumento coyuntural. Si la guerra civil se desencadenara, la oposición intentaría ignorarla, como trató de ignorarla en Polonia, o declarará que tanto más cuanto que “la política de la burocracia de Moscú es de carácter “imperialista”, “nosotros” no participaremos en este sucio negocio. Siguiendo de palabra las tareas políticas “concretas”, la oposición se pone

de hecho fuera del proceso histórico. Su posición con respecto al Comité Dies merece atención, camarada Burnham, precisamente porque es una expresión gráfica de esta misma tendencia de abstencionismo y ofuscación. Su principio orientador sigue siendo el mismo: “Gracias, no fumo.”

Naturalmente, todo hombre, todo partido e incluso toda clase puede ofuscarse. Pero en lo que se refiere a la pequeña burguesía, la ofuscación, especialmente ante los grandes acontecimientos, es una condición ineludible y, por así decir, congénita. Los intelectuales intentan expresar su estado de ofuscación en el lenguaje de la “ciencia”. La plataforma contradictoria de la oposición refleja la ofuscación pequeñoburguesa expresada en el lenguaje rimbombante de los intelectuales. No hay nada de proletario en ello.

La pequeña burguesía y el centralismo

En el terreno organizativo, su opinión es tan esquemática, empírica y no revolucionaria como en el terreno de la teoría y la política. Un Stolberg busca, linterna en mano, una revolución ideal, que no sea acompañada por excesos e inmunizada contra el Thermidor y la contrarrevolución; usted, de igual manera, busca una democracia partidaria ideal que asegure, para siempre y para todos, la posibilidad de decir y hacer cualquier cosa que brote en su cabeza, y asegure al partido contra la degeneración burocrática. Usted olvida un detalle, a saber, que el partido no es un campo para la afirmación de la libre individualidad, sino un instrumento de la revolución proletaria; que únicamente una revolución victoriosa puede evitar no solamente la degeneración del partido, sino la del proletariado mismo y la de toda la civilización moderna. Usted no ve que nuestra sección americana no está enferma de demasiado centralismo (es risible aun el mencionarlo), sino de un monstruoso abuso y desfiguración de la democracia por parte de los elementos pequeñoburgueses. Esta es la raíz de la crisis actual.

El obrero pasa el día en la fábrica. Tiene comparativamente pocas horas para dedicar al partido. En las reuniones le interesa aprender las cosas más importantes: la valoración correcta de la situación y las conclusiones políticas. Él aprecia a aquellos dirigentes que hacen esto en la forma más clara y precisa, y que acompasan su marcha a la de los acontecimientos. Los pequeñoburgueses, y especialmente los elementos desclasados, divorciados del proletariado, vegetan en un ambiente cerrado y artificial. Tienen mucho tiempo para discutir sobre política o su sustituto. Observan los errores, intercambian toda clase de chismes y parloteos relacionados con lo que pasa en las “cumbres” del partido. Siempre localizan a un dirigente que los inicie en todos los “secretos”. La discusión es su elemento natural. Ninguna cantidad de democracia les basta. Para su guerra de palabras buscan la cuarta dimensión. Se vuelven nerviosos, giran en un círculo vicioso y sacian su sed con agua salada. ¿Queréis saber cuál es el programa organizativo de la oposición? Consiste en una loca búsqueda de la cuarta dimensión de la democracia partidaria. En la práctica, esto significa suplantar la política por la discusión; y suplantar el centralismo por la anarquía de los círculos intelectuales. Cuando unos cuantos miles de obreros se unan al partido, llamarán severamente al orden a los anarquistas pequeñoburgueses. Cuanto más pronto, mejor.

Conclusiones

¿Por qué me dirijo a usted y no a los otros líderes de la oposición? Porque usted es el líder ideológico del bloque. La fracción del camarada Abern, carente de programa y de bandera, necesita siempre una pantalla. En un tiempo, Shachtman sirvió como pantalla, después vino Muste con Spector, y ahora usted, con Shachtman adaptándose a usted. Yo

considero su ideología como la expresión de la influencia burguesa dentro del proletariado.

A algunos camaradas el tono de esta carta tal vez les parezca un poco violento. Sin embargo, confieso que he hecho todo lo posible por contenerme. Porque, después de todo, se trata ni más ni menos que de un intento de renunciar, descalificar y destruir los fundamentos teóricos, los principios políticos y los métodos organizativos de nuestro movimiento.

En reacción a mi anterior artículo se ha dicho que el camarada Abern señaló: “Esto significa la escisión”. Semejante respuesta demuestra sencillamente que Abern carece de devoción al partido y a la Cuarta- Internacional; es un hombre de círculo. En todo caso, las amenazas de escisión no nos impedirán que presentemos un análisis marxista de las diferencias. Para nosotros, marxistas, no es cuestión de escisión, sino de educación del partido. Tengo la firme esperanza de que el próximo congreso rechazará insensiblemente a los revisionistas.

El congreso, en mi opinión, debe declarar categóricamente que los dirigentes de la oposición, en sus esfuerzos por separar la sociología del materialismo dialéctico y la política de la sociología, han roto con el marxismo y se han transformado en el mecanismo de transmisión del empirismo pequeñoburgués. A la vez que reafirma (de manera decisiva y completa) su lealtad a la doctrina marxista y a los métodos políticos y organizativos del bolchevismo, a la vez que dedica los comentarios editoriales de sus publicaciones oficiales a promulgar y defender esta doctrina y estos métodos, el partido abrirá en el futuro, por supuesto, las páginas de sus publicaciones a aquellos de sus miembros que se consideren capaces de agregar algo nuevo a la doctrina del marxismo. Pero no permitirá que se juegue al escondite con el marxismo ni que se hagan frívolos sarcasmos sobre él.

La política de un partido tiene un carácter de clase. Sin un análisis de clase del estado, de los partidos y de las tendencias ideológicas, es imposible llegar a una orientación política correcta. El partido debe condenar como vulgar oportunismo el intento de determinar la política relacionada con la URSS de incidente en incidente e independientemente de la naturaleza de clase del estado soviético.

La desintegración del capitalismo, que engendra un agudo descontento en la pequeña burguesía y que empuja hacia la izquierda a sus capas más bajas, abre grandes posibilidades, pero contiene también graves peligros. La Cuarta Internacional admitirá solamente a aquellos emigrantes de la pequeña burguesía que hayan roto completamente con su pasado social y que hayan adoptado definitivamente el punto de vista del proletariado.

Este cambio teórico y político debe estar acompañado por una verdadera ruptura con el viejo ambiente y con el establecimiento de una íntima ligazón con los trabajadores, en particular, con la participación en el reclutamiento y la educación de proletarios para el partido. Los emigrantes del medio pequeño-burgués que hayan demostrado ser incapaces de convivir en el medio proletario deben ser transferidos, después de un cierto tiempo, de la categoría de miembros del partido al estado de simpatizantes.

Los miembros del partido que no hayan sido puestos a prueba en la lucha de clases, no deben ser colocados en posiciones responsables. No importa cuán inteligente o consagrado al socialismo sea un emigrante del medio burgués, antes de convertirse en maestro debe pasar primero por la escuela de la clase trabajadora. Los jóvenes intelectuales no deben ser colocados a la cabeza de la juventud intelectual, sino que deben ser enviados a provincias durante algunos años, a los centros genuinamente proletarios, para realizar duros trabajos prácticos.

La composición de clase del partido debe corresponder a su programa de clase. O la sección americana de la Cuarta Internacional se proletariza, o dejará de existir.

¡Camarada Burnham! Si podemos llegar a un acuerdo con usted sobre la base de estos principios, entonces no habrá dificultad en encontrar una política correcta con respecto a Polonia, Finlandia e incluso la India. Al mismo tiempo, me comprometo a ayudarle a realizar una lucha contra cualquier manifestación de burocratismo y de conservadurismo. Estas son, en mi opinión, las condiciones necesarias para terminar la crisis actual.

Con saludos bolcheviques.

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.
7 de enero de 1940

Carta a James P. Cannon (9 enero 1940)

9 de enero de 1940

Querido amigo:

Ayer envié el texto ruso de mi nuevo artículo escrito en forma de carta a Burnham. Posiblemente no todos los camaradas estén de acuerdo en que atribuya el papel más importante en la discusión a la cuestión de la dialéctica. Pero estoy seguro de que ahora es el único camino para empezar la educación teórica de partido, especialmente de la juventud, y llevar a cabo una reversión del empirismo y eclecticismo.

W. RORK (León Trotsky)

Carta a Farrell Dobbs (10 enero 1940)

10 de enero de 1940

Querido amigo:

En mi artículo enviado a Wright para su traducción⁶³, no menciono para nada dos cuestiones:

Primero, la del conservadurismo burocrático. Creo que discutimos un poco este asunto con usted aquí. Como tendencia política, el conservadurismo burocrático representa los intereses materiales de una cierta capa social, en concreto de la privilegiada burocracia obrera en los estados capitalistas, especialmente en los imperialistas, y en un grado incomparablemente más alto en la URSS. Sería fantástico, por no decir estúpido, buscar tales raíces del “conservadurismo burocrático” en la mayoría. Si el burocratismo y el conservadurismo no están determinados por condiciones sociales, entonces representan rasgos en los caracteres personales de algunos dirigentes. Tales cosas

⁶³ “Carta abierta al camarada Burnham”, más arriba en página 64 y siguientes.

sucedan. ¿Pero cómo explicar en este caso la formación de una fracción? ¿Es una selección de individualidades conservaduristas? Tenemos aquí una explicación psicológica y no política. Si aceptamos (yo personalmente no) que Cannon, por ejemplo, tiene tendencias burocráticas, entonces sacaremos inevitablemente la conclusión de que la mayoría apoya a Cannon *a pesar* de este rasgo y no *a causa* de él. Significa que la cuestión de los fundamentos sociales de la lucha fraccional, ni siquiera es mencionada por los dirigentes de la minoría.

Segundo, con el fin de comprometer mi “defensa” de Cannon, ellos insisten en que defendí equivocadamente a Molinier⁶⁴. Soy el último en negar que puedo cometer errores de naturaleza política, así como de valoraciones personales. Pero a pesar de todo, el argumento no es muy profundo. Nunca apoyé las falsas teorías de Molinier. Fue especialmente un asunto de su carácter personal: brutalidad, falta de disciplina y sus asuntos financieros privados. Algunos camaradas, entre ellos Vereecken, insistieron en la inmediata separación de Molinier. Yo insistí en la necesidad para la organización de tratar de disciplinar a Molinier. Pero en 1934, cuando Molinier trató de sustituir el programa del partido por “cuatro consignas” y creó un periódico sobre estas bases, yo estuve entre los que propusieron su expulsión. Esta es toda la historia. Se puede ser de opinión diferente sobre el buen criterio de mi conducta paciente respecto de Molinier, sin embargo, yo me conducía, por supuesto, no por los intereses personales de Molinier, sino por los intereses de educación del partido: nuestras propias secciones heredaron algún veneno del Comintern en el sentido de que muchos camaradas se inclinan a abusar de medidas como expulsiones, escisiones o amenazas de expulsiones y escisiones. En el caso de Molinier, así como en el caso de algunos camaradas americanos (Field Weisbord, y algunos otros), estuve a favor de una actitud más paciente. En varios casos tuve éxito, en varios otros fracasé. Pero no me arrepiento de ningún modo de mi actitud paciente hacia algunas figuras dudosas de nuestro movimiento. En cualquier caso, mi “defensa” de ellos nunca fue un bloque a expensas de los principios. Si alguien propusiera, por ejemplo, expulsar al camarada Burnham, me opondría enérgicamente a ello. Pero al mismo tiempo, veo necesario llevar a cabo la más enérgica lucha ideológica contra sus concepciones antimarxistas.

Vuestro fraternalmente

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Carta a John G. Wright (13 enero 1940)

13 de enero de 1940

Querido camarada Wright:

Estoy completamente de acuerdo con su valoración del folleto del camarada Shachtman. Es el débil Shachtman multiplicado por la pasión fraccional. Le falta esa pequeña cosa llamada el punto de vista proletario. Vive en el reino de las sombras literarias: cuando mira hacia el proletariado y el marxismo, sus sombras son útiles puesto

⁶⁴ Molinier, militante trotskista francés, fue expulsado por graves faltas de disciplina. Trotsky, que apreciaba el espíritu emprendedor y la buena fe de Molinier, lo defendió más allá de lo que muchos consideraban prudente. (Nota de editor.)

que corresponden más o menos a la realidad; ahora da la espalda a la mayoría proletaria del partido y al marxismo y, como resultado, cada palabra que escribe es una fantástica y falsa interpretación de los hechos y las ideas. Ahora me veo obligado a perder otra vez un par de días para analizar de manera más atenta su documento absolutamente extravagante. Espero demostrar a los miembros del partido, incluyendo a la mayoría de la minoría, que el documento de Shachtman es, en cada línea, una ruptura patética con el marxismo y con el bolchevismo.

Vuestro fraternalmente

LEÓN TROTSKY

Carta a James P. Cannon (16 enero 1940)

16 de enero de 1940

Querido amigo:

Qué escrito más miserable es la carta abierta de Shachtman. Su único mérito es que me obliga a decirle la verdad absoluta sobre su política. Mi contestación está ya dictada, sólo tengo que pulirla. Desafortunadamente no va a ser más corta que mi carta a Burnham.

LEÓN TROTSKY

Carta a William F. Warde⁶⁵ (16 enero 1940)

16 de enero de 1940

Querido camarada Warde:

Usted es, comparativamente, uno de los pocos camaradas que están interesados seriamente en las cuestiones metodológicas de nuestro movimiento. ¿No cree usted que su intervención en la discusión, desde este punto de vista, sería muy útil?

Los amigos me escriben que el interés por el materialismo dialéctico en nuestro partido, especialmente entre la juventud, es muy vivo. ¿No cree usted que los camaradas que puedan orientar este interés, deberían formar ahora una asociación puramente teórica, con el fin de promover en el partido las doctrinas del materialismo dialéctico? Usted mismo, el camarada Wright, el camarada Gerland (muy familiarizado con el tema) puedan posiblemente formar el primer núcleo de tal asociación, por supuesto, bajo el control del departamento de propaganda del comité nacional. Ciertamente, es sólo una vaga sugestión desde lejos, que debe ser discutida con las instancias responsables del partido.

Suyo fraternalmente

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.

⁶⁵ Willian F. Warde ere un pseudónimo del filósofo George Novack. (Nota de editor.)

Carta a Joseph Hansen (18 enero 1940)

18 de enero de 1940

Querido Joe:

Mi artículo contra Shachtman está ya escrito. Ahora necesito pulirlo en dos días, y voy a tratar de usar algunas de tus citas. Pero desearía hablar aquí de otra cuestión más importante.

Algunos de los dirigentes de la oposición están preparando una escisión; para ello presentan a la oposición, en el futuro, como minoría perseguida. Es muy característico de su mentalidad. Creo que debemos responderles aproximadamente como sigue:

“¿Estáis ya preocupados por nuestras represiones futuras? Os prometemos garantías mutuas para la futura minoría, independientemente de quien pueda ser esta minoría, vosotros o nosotros. Estas garantías podían ser formuladas en 4 puntos: 1) No prohibición de fracciones; 2) Ninguna restricción a la actividad fraccional, más que las dictadas por la necesidad de acción común; 3) Las publicaciones oficiales deben, por supuesto, representar la línea establecida por el nuevo congreso; 4) La futura minoría puede tener, si lo desea, un boletín interno destinado a los miembros del partido, o un boletín común de discusión con la mayoría.

La continuación de los boletines de discusión tras una larga discusión y un congreso no es, por supuesto, una regla, sino la excepción, además deplorable. Pero no somos en ningún modo burócratas. No tenemos reglas inmutables. También en el terreno organizativo somos dialécticos. Si tenemos en el partido una minoría importante que no está satisfecha con las decisiones del congreso, es incomparablemente más preferible legalizar la discusión tras el congreso que tener una escisión.

Podemos ir, si es necesario, incluso más lejos, y proponerles publicar, bajo la supervisión del nuevo comité nacional, resúmenes especiales de la discusión, no sólo para los miembros del partido, sino para el público en general. Debemos ir lo más lejos posible a este respecto, con el fin de desarmar sus quejas, como mínimo prematuras, y obstaculizarles el provocar una ruptura.

Por mi parte, creo que la prolongación de la discusión, si es canalizada con buena voluntad por ambas partes, sólo puede servir para la educación del partido en las actuales condiciones. Pienso que la mayoría debe hacer estas propuestas oficialmente en el comité nacional, por escrito. Cualquiera que pueda ser la respuesta, el partido no puede sino ganar.

Con los mejores saludos

CORNELL (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.

De un rasguño, al peligro de gangrena (24 enero 1940)

La discusión se desarrolla de acuerdo con su propia lógica interna. Cada campo, conforma a su carácter social y su fisonomía política, trata de golpear en aquellos puntos en que su rival es más débil y vulnerable. Eso es precisamente lo que determina el curso de la discusión, y no los planes *a priori* de los líderes de la oposición. Es tardío y estéril

lamentar ahora el estallido de la discusión. Sólo es necesario vigilar atentamente el papel jugado por los provocadores estalinistas, que indiscutiblemente hay en el partido y que tienen órdenes de envenenar la atmósfera de la discusión y dirigir la lucha ideológica hacia la escisión. No es tan difícil reconocer a estos caballeros; su celo es excesivo y, por supuesto, artificial; reemplazan las ideas y los argumentos con chismes y calumnias. Hay que descubrirlos y expulsarlos mediante los esfuerzos conjuntos de ambas fracciones. Pero la lucha principal debe ser llevada hasta el fin, es decir, hasta una seria clarificación de las cuestiones más importantes que han sido planteadas. Es necesario aprovechar así la discusión para que eleve el nivel teórico del partido.

Una considerable proporción de los miembros de la sección americana, así como toda nuestra joven internacional, vino a nosotros de la Internacional Comunista en su período de decadencia o de la Segunda Internacional. Estas son malas secuelas. La discusión ha revelado que amplios círculos del partido carecen de una firme educación teórica. Baste referirnos, por ejemplo, a la circunstancia de que la sección de New York del partido no respondió con un vigoroso reflejo defensivo a los intentos de una frívola revisión del programa y de la doctrina marxista, sino que, por el contrario, dio apoyo en su mayoría a los revisionistas. Esto es lamentable, aunque remediable en la medida en que nuestra sección americana y toda la internacional están integradas por individuos honestos que buscan sinceramente su camino hacia la vía revolucionaria. Ellos tienen deseo y voluntad de aprender. Pero no hay tiempo que perder. Es precisamente la penetración del partido en los sindicatos y en los medios obreros, en general, lo que exige la elevación de la calidad teórica de nuestros cuadros. Al decir cuadros no me refiero al “aparato”, sino al partido en su conjunto. Todo miembro del partido debe considerarse un oficial del ejército proletario.

“¿Desde cuándo os habéis vuelto especialistas en la cuestión de la filosofía?”, preguntan ahora, irónicamente, los opositores a los representantes de la mayoría. La ironía está aquí completamente fuera de lugar. El socialismo científico es la expresión consciente del proceso histórico inconsciente, es decir, de la tendencia elemental e instintiva del proletariado a reconstruir la sociedad sobre principios comunistas. Estas tendencias orgánicas de la psicología de los obreros saltan hoy a la vida con suma rapidez, en la época de crisis y de guerras. La discusión ha revelado detrás de todo problema un conflicto en el partido entre una tendencia pequeñoburguesa y una tendencia proletaria. La tendencia pequeñoburguesa revela su confusión en su esfuerzo por reducir el programa del partido a la moneda de las cuestiones “concretas”. La tendencia proletaria, por el contrario, procura correlacionar todas las cuestiones parciales en una unidad teórica. Lo que está comprometido actualmente no es la medida en que los miembros individuales de la mayoría aplican conscientemente el método dialéctico. Lo importante es el hecho de que la mayoría en su conjunto se orienta hacia el planteamiento proletario de los problemas, y precisamente por eso tiende a asimilar la dialéctica, que es el “álgebra de la revolución”. Los opositores (según se me informa) reciben con estallidos de risa la simple mención de la “dialéctica”. En vano. Este método sin valor no ayudará. La dialéctica del proceso histórico más de una vez ha castigado cruelmente a quienes trataron de mofarse de ella.

El último artículo del camarada Shachtman, “Carta abierta a León Trotsky”⁶⁶, es un síntoma alarmante. Revela que Shachtman renuncia a aprender de la discusión y que, en su lugar, persiste en ahondar sus errores, explotando para ello no solamente el inadecuado nivel teórico del partido, sino también los prejuicios específicos de su ala pequeñoburguesa. Todo el mundo conoce la facilidad con que Shachtman consigue reunir

⁶⁶ *New International*, enero de 1939. EDI.

diversos episodios históricos alrededor de uno u otro eje. Esta capacidad hace de Shachtman un periodista de talento. Desgraciadamente, esto por sí mismo no basta. La cuestión fundamental es qué eje elegir. Shachtman siempre está absorbido por el reflejo de la política en la literatura y en la prensa. No le interesa el verdadero proceso de la lucha de clases, la vida de las masas, la interrelación entre las diferentes capas dentro de la clase obrera, etc. He leído no pocos excelentes y hasta brillantes artículos de Shachtman, pero no he visto nunca ni un solo comentario suyo que bucee realmente en la vida de la clase obrera americana o de su vanguardia.

Es necesario hacer una atenuación a este punto: aquí no está representado solamente el defecto personal de Shachtman, sino que es el destino de toda una generación revolucionaria que, debido a una especial coyuntura de condiciones históricas, creció al margen del movimiento obrero. Tuve ocasión de hablar y escribir más de una vez, en el pasado, sobre el peligro de que degenerasen estos valiosos elementos *a pesar* de su dedicación a la revolución. Lo que en su día fue una inevitable característica de la adolescencia, se ha transformado en debilidad. La debilidad invita a la enfermedad. Si se descuida la enfermedad puede ser fatal. Para escapar a este peligro es necesario abrir conscientemente un nuevo capítulo en el desarrollo del partido. Los propagandistas y periodistas de la Cuarta Internacional deben comenzar un nuevo capítulo de su propia conciencia. Es necesario rearmarse. Es necesario hacer una rotación sobre el propio eje: volver la espalda a los intelectuales pequeñoburgueses, y mirar hacia los obreros.

Sería difícil concebir un error más peligroso para el partido que considerar como la causa de su crisis actual el conservadurismo de su sector obrero; buscar una solución a la crisis a través del triunfo del bloque pequeñoburgués. En realidad, la clave de la actual crisis consiste en el conservadurismo de los elementos pequeñoburgueses que han pasado por una escuela puramente propagandística, y que no han encontrado todavía una senda hacia el camino de la lucha de clases. La crisis actual es la lucha final de estos elementos por la autoconservación. Como individuo todo opositor puede encontrar, si lo quiere firmemente, un lugar digno dentro del movimiento revolucionario. Como fracción están condenados a morir. En la lucha que se desarrolla, Shachtman no está en el campo en que debiera estar. Como siempre en estos casos, sus lados fuertes han pasado a segundo plano, mientras sus rasgos débiles, por otra parte, han asumido una expresión particularmente acabada. Su “Carta abierta” representa, por así decir, una cristalización de sus rasgos débiles.

Shachtman ha olvidado un detalle: su posición de clase. De aquí sus extraordinarios zigzags, sus saltos e improvisaciones. Reemplaza el análisis de clase con anécdotas históricas desconectadas, con el único propósito de ocultar su propio cambio, de camuflar la contradicción entre su pasado y su presente. Así procede Shachtman con respecto a la historia del marxismo, a la historia de su propio partido y a la historia de la Oposición Rusa. Al hacerlo, acumula errores sobre errores. Todas las analogías históricas a que recurre hablan, como veremos, contra él.

Es mucho más difícil corregir los errores que cometerlos. Debo pedir paciencia al lector para seguir conmigo, paso a paso, todos los zigzags de las operaciones mentales de Shachtman. Por mi parte, prometo no reducirme simplemente a exponer los errores y contradicciones, sino a contraponer desde el principio hasta el fin la posición proletaria contra la pequeñoburguesa, la posición marxista contra la ecléctica. De esta manera, todos nosotros, tal vez, aprendamos algo de la discusión.

“Precedentes”

“Cómo es que nosotros, revolucionarios irreconciliables, nos hemos transformado tan repentinamente en una tendencia pequeñoburguesa?”, exclama Shachtman con

indignación. ¿Dónde están las pruebas? “¿En qué se ha manifestado esta tendencia durante el año o los dos años pasados entre los portavoces representantes de la minoría?” (“Boletín interno”, vol. II, N.º 7, enero de 1940, pág. 11.) ¿Por qué no sucumbimos en el pasado a la influencia de la democracia pequeñoburguesa? ¿Por qué durante la guerra civil española...? y así interminablemente. Este es el argumento fuerte de Shachtman desde que comenzó su polémica conmigo y sobre el que ha tocado variaciones en todos los tonos, dándole aparentemente excepcional importancia. Ni siquiera ha entrado en la cabeza de Shachtman que puedo volver este argumento contra él.

El documento de la oposición “La guerra y el conservadurismo burocrático” admite que Trotsky tiene razón en nueve casos de diez, tal vez en noventa y nueve casos de cien. Comprendo perfectamente bien el carácter calificado y extremadamente magnánimo de esta concesión. La proporción de mis errores es, en verdad, considerablemente mayor. Cómo explicar, entonces, el hecho de que dos o tres semanas después de que fuese escrito este documento, Shachtman decidiese repentinamente que Trotsky:

- a) Es incapaz de una actitud crítica hacia la información que se le suministra, aunque uno de sus informadores ha sido, durante diez años, el mismo Shachtman.
- b) Es incapaz de distinguir una tendencia proletaria de una tendencia pequeñoburguesa, una tendencia bolchevique de una tendencia menchevique.
- c) Es el defensor de la absurda “revolución burocrática” en lugar de la revolución de las masas.
- d) Es incapaz de elaborar una respuesta correcta a las cuestiones concretas de Polonia, Finlandia, etc.
- e) Manifiesta una tendencia a capitular ante el estalinismo.
- f) Es incapaz de comprender el significado del centralismo democrático... y así *ad infinitum*.

En una palabra, durante el espacio de dos o tres semanas, Shachtman ha descubierto que he cometido errores en noventa y nueve casos de cien, especialmente cuando el mismo Shachtman está de por medio. Se me ocurre que este último porcentaje, sufre también una ligera exageración, pero esta vez en sentido opuesto. En todo acontecimiento, Shachtman descubrió mi tendencia a reemplazar la revolución de las masas por la “revolución burocrática” mucho más bruscamente de lo que yo descubrí su desviación pequeñoburguesa.

El camarada Shachtman me invita a presentar pruebas de la existencia de una “tendencia pequeñoburguesa” en el partido durante el año pasado o aun hace dos o tres años. Shachtman está completamente perdonado por no querer referirse al pasado más distante. Pero de acuerdo con la invitación de Shachtman, me reduciré a los últimos tres años. Pongan atención. A las cuestiones retóricas de mi inexorable crítico contestaré con algunos fieles documentos.

I

El 25 de mayo de 1937, escribí a Nueva York⁶⁷ con respecto a la política de la fracción bolchevique-leninista del Partido Socialista:

“... Debo citar dos recientes documentos: a) la carta privada de “Max” sobre el congreso y b) el artículo de Shachtman titulado “Hacia un Partido Socialista

⁶⁷ Ver en *Escritos Tomo VIII, Volumen 2*, página 195 y siguientes del formato pdf de nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

Revolucionario”⁶⁸. El título solo de este artículo caracteriza una falsa perspectiva. Me parece que el desarrollo de los acontecimientos, incluido el último congreso, demuestra que el partido está evolucionando no hacia un partido “revolucionario”, sino hacia una especie de ILP⁶⁹, es decir, a un miserable aborto político centrista sin ninguna perspectiva.

“La afirmación de que el Partido Socialista Americano está actualmente “más cerca de la posición del marxismo revolucionario que ningún otro partido de la Segunda o Tercera Internacional” es una cortesía absolutamente inmerecida: el Partido Socialista Americano está sólo más atrasado que las formaciones análogas de Europa (el POUM, el ILP, el SAP,⁷⁰etc.). Nuestro deber es desenmascarar esta ventaja negativa de Norman Thomas⁷¹ y compañía, y no hablar de la “superioridad (de la resolución sobre la guerra) sobre cualquier otra resolución nunca antes adoptada por el partido...” Esta es una *apreciación puramente literaria*, porque toda resolución debe ser considerada en relación con los acontecimientos históricos, con la situación política y sus necesidades imperativas...”⁷²

En ambos documentos mencionados en la carta anterior, Shachtman reveló una excesiva adaptabilidad hacia el ala izquierda de los demócratas pequeñoburgueses (mimetismo político), ¡síntoma muy peligroso en un político revolucionario! Es extremadamente importante tomar nota de su elevada apreciación de la posición “radical” de Norman Thomas con respecto a la guerra... en Europa. Los oportunistas, como es bien sabido, tienden hacia el mayor radicalismo cuanto más lejos están de los acontecimientos. Teniendo presente esta ley, no es difícil apreciar en su verdadero valor el hecho de que Shachtman y sus aliados nos acusen de una tendencia a “capitular ante el estalinismo”. ¡Ay! sentado en Bronx es mucho más fácil desplegar irreconciliabilidad hacia el Kremlin que hacia la pequeña burguesía americana.

II

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo traje por los pelos al debate la cuestión de la composición de clase de las fracciones. Aquí también refirámonos al pasado reciente. El 3 de octubre de 1937, escribí a Nueva York⁷³:

“He señalado centenares de veces que el obrero que permanece inadvertido en las condiciones “normales” de la vida partidaria revela notables cualidades en un cambio de la situación cuando no bastan las fórmulas generales y las plumas fluidas cuando es necesario conocer la vida de los obreros y sus capacidades prácticas. En esas condiciones,

⁶⁸ Artículo escrito cuando los trotskystas constituían una fracción organizada dentro del partido socialista. EDI.

⁶⁹ Independent Labour Party (Partido Laborista Independiente), organización formada a partir de una escisión por la izquierda del Partido Laborista Inglés. (Nota de editor.)

⁷⁰ Sozialistische Arbeiterpartei (Partido Socialista Obrero de Alemania.) (Nota de editor.) [...] creado en 1931 (Rosenfele, Seydewitz) y un ala de la oposición comunista de derecha constituida en 1926 por Brandler y Talheimer (Wlcher, Froelich). En 1933 firmó la Declaración de los Cuatro por la Cuarta Internacional (con la LCI, el RSP y la OSP) [ver en *Escritos, Tomo V, Volumen 1*, en página 64-69 la declaración y, hasta página 94, diversos materiales, paginación del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*, y en nuestra serie *Trotsky inédito en internet y en castellano* el documento “*Los once puntos revisados*” EIS] (20 julio 1933 a 4 diciembre 1933), participó en la Conferencia Internacional de los Partidos Socialistas Revolucionarios que desembocó en la creación de la IAG (International Arbeitsgemeinschaft) cuyo centro radicaba en el Buró de Londres y la que se adhirieron, entre otros, la ILP, la Federación Comunista Ibérica, durante algún tiempo el Partido Obrero Noruego y, más tarde, el RSAP y el POUM, y que fue un obstáculo para la creación de la IV Internacional. EDI.

⁷¹ Norman Thomas, dirigente socialdemócrata norteamericano y del movimiento pacifista en los USA. EDI.

⁷² Este pasaje y los siguientes están extraídos de cartas de Trotsky no publicadas. EDI. [1972]

⁷³ Ver en *Escritos, Tomo VIII, Volumen 3*, página 190 y siguientes del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

un obrero bien dotado revela seguridad en sí mismo y revela también su capacidad política general.

“El predominio de los intelectuales en la organización es inevitable en el primer período del desarrollo de la organización. Al mismo tiempo es un gran obstáculo para la educación política de los obreros más dotados... Es absolutamente necesario que en el próximo congreso se introduzcan tantos obreros como sea posible en los comités central y locales. Para un obrero, la actividad en los cuerpos dirigentes del partido es al mismo tiempo una alta escuela política.

“La dificultad es que en toda organización hay miembros de comité tradicionales, y que diferentes consideraciones secundarias, fraccionales y personales, juegan un papel demasiado grande en la composición de la lista de candidatos.”

Nunca merecí atención ni interés del camarada Shachtman en cuestiones de esta índole.

III

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo introduje la cuestión de la fracción del camarada Abern como concentración de individuos pequeñoburgueses, artificialmente y sin ninguna base real. Sin embargo, el 10 de octubre de 1937, en una época en que Shachtman marchaba hombro con hombro con Cannon, y se consideraba oficialmente que Abern no tenía fracción, yo escribía a Cannon:

“El partido sólo tiene una minoría de verdaderos obreros fabriles... Los elementos no proletarios representan una levadura muy necesaria, y creo que podemos estar orgullosos de la buena calidad de estos elementos... pero... nuestro partido puede verse inundado por elementos no proletarios y hasta puede perder su carácter revolucionario. La tarea no consiste, naturalmente, en impedir la afluencia de intelectuales mediante métodos artificiales... sino en orientar prácticamente a toda la organización hacia las fábricas, las huelgas, los sindicatos...”

“Un ejemplo concreto: no podemos dedicar fuerzas iguales o suficientes a todas las fábricas. Nuestras organizaciones locales pueden, elegir para su actividad en el próximo período una, dos o tres fábricas dentro de su área y concentrar todas sus fuerzas sobre estas fábricas. Si en una de ellas tenemos a dos o tres obreros, podemos crear una comisión especial de apoyo de cinco no obreros con el propósito de ampliar nuestra influencia en estas fábricas.

“Lo mismo puede hacerse en los sindicatos. No podemos introducir afiliados no obreros en los sindicatos obreros. Pero podemos formar con éxito comisiones de apoyo para la acción oral y literaria relacionada con nuestros camaradas del sindicato. Las condiciones inviolables deberían ser: *no mandar a los obreros, sino solamente ayudarlos*, darles sugerencias, armarlos con los hechos, ideas, periódicos de fábrica, octavillas especiales, etc.

“Semejante colaboración tendría una enorme importancia educativa, de un lado, para los camaradas obreros y, de otro lado, para los no obreros que necesitan una sólida reeducación.

“Tenéis, por ejemplo, un importante número de elementos judíos no obreros en vuestras filas. Ellos pueden ser una levadura muy valiosa *si el partido logra extraerlos de un medio cerrado*, y los liga a través de la actividad cotidiana a los obreros fabriles. Creo que *esa orientación aseguraría también una atmósfera más saludable dentro del partido...*

“Podemos establecer de inmediato una regla general: un miembro del partido que no consiga ganar al partido a un nuevo obrero durante 3 o 6 meses no es un buen miembro del partido.

“Si establecernos seriamente semejante orientación general, y si verificarnos cada semana los resultados prácticos, evitaremos un *gran peligro*; a saber, que los intelectuales y los empleados ahoguen a la minoría obrera, la condenen al silencio y *transformen al partido en un club de discusión muy inteligente, pero absolutamente inhabitable para los obreros*.

“Las mismas reglas deben ser elaboradas en una forma similar para el trabajo y reclutamiento de la *organización de la juventud, de lo contrario, corremos el peligro de formar a buenos elementos jóvenes como diletantes revolucionarios, y no como luchadores revolucionarios*.”

De esta carta surge, creo, que no mencioné el peligro de una desviación pequeñoburguesa el día después del pacto Hitler-Stalin, o el día después del desmembramiento de Polonia, sino que lo adelanté persistentemente hace dos años y más. Además, como lo señalé entonces, teniendo en cuenta sobre todo la fracción “inexistente” de Abern, era absolutamente indispensable para poder purificar la atmósfera del partido, que los elementos judíos pequeñoburgueses de la sección de New York fueran sacados de su habitual ambiente conservador y dispersados en el verdadero movimiento obrero. Precisamente por esto, la carta arriba transcrita (no la primera de su género), escrita más de dos años antes de que comenzara la actual discusión, es de un peso mucho mayor como prueba, que todos los escritos de los líderes de la oposición sobre los motivos que me impulsaron a salir en defensa de la “camarilla de Cannon”.

IV

La inclinación de Shachtman a ceder ante la influencia pequeñoburguesa, especialmente ante la académica y literaria, no ha sido nunca un secreto para mí. Durante la época de la Comisión Dewey⁷⁴, escribí el 14 de octubre de 1937 a Cannon, Shachtman y Warde⁷⁵:

“...He insistido en la necesidad de rodear al comité de delegados de grupos obreros a fin de crear canales desde el comité con las masas... Los camaradas Warde, Shachtman y otros afirmaron estar de acuerdo conmigo sobre este punto. Analizamos en común las posibilidades prácticas de realizar este plan... Pero, posteriormente, a pesar de mis repetidas preguntas, no pude tener nunca información sobre el asunto, y sólo accidentalmente me enteré de que el camarada Shachtman se oponía a ello. ¿Por qué? No sé”.

Shachtman nunca me hizo conocer sus razones. En mi carta me expresé con la mayor diplomacia, pero no tenía la menor duda de que, si bien Shachtman estaba de acuerdo conmigo de palabra, en realidad temía herir la excesiva sensibilidad política de sus temporales aliados liberales: en este sentido, Shachtman demuestra una excepcional “delicadeza”.

V

El 15 de abril de 1938, escribí a New York⁷⁶:

“Estoy un poco asombrado por la clase de publicidad dada a la carta de Eastman en *New International*. La publicación de la carta está bien, pero la importancia que se le

⁷⁴ Comisión Dewey, compuesta por diversas personalidades reunidas bajo la presidencia del filósofo liberal norteamericano John Dewey para examinar la validez de las acusaciones que los dos procesos de Moscú hacían recaer sobre Trotsky. Una subcomisión interrogó a Trotsky durante una semana en Coyoacán en abril de 1937 y concluyó que Trotsky no era culpable de los cargos derivados de las acusaciones. EDI.

⁷⁵ Ver en *Escritos Tomo VIII, Volumen 3*, página 220 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

⁷⁶ Ver en *Escritos, Tomo IX, Volumen 2*, página 133 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

da en la tapa, combinado con el silencio sobre el artículo de Eastman en *Harper's*, me parece un poco comprometedor para *New International*. Mucha gente interpretará este hecho como disposición nuestra a cerrar los ojos en materia de principios cuando está de por medio la amistad”.

VI

El 1 de junio de 1938, escribí al camarada Shachtman:

“Nos resulta difícil comprender aquí por qué tiene usted una actitud tan tolerante y hasta amistosa hacia Mr. Eugene Lyons. Habla, según parece, en vuestros banquetes; y, al mismo tiempo, habla en los banquetes de los Guardias Blancos”.

Esta carta continuaba la lucha por una política más independiente y resuelta hacia los llamados “liberales”, quienes, a la vez que libran una lucha contra la revolución, desean mantener “relaciones amistosas” con el proletariado, pues esto dobla su valor de mercado ante los ojos de la opinión pública burguesa.

VII

El 6 de octubre de 1938, casi un año antes de que comenzara la discusión, escribí sobre la necesidad de que nuestra prensa partidaria se volviera decididamente hacia los trabajadores⁷⁷:

“En este aspecto es muy importante la actitud del *Socialist Appeal*. Indudablemente, es un periódico marxista muy bueno, pero no es un verdadero instrumento de acción política... He tratado de interesar al comité de redacción del *Socialist Appeal* sobre esta cuestión, pero sin éxito”.

En estas palabras se evidencia una nota de queja. Y no es accidental. El camarada Shachtman, como ya he mencionado, despliega mucho mayor interés por los episodios literarios aislados de luchas hace tiempo concluidas, que por la composición social de su propio partido o los lectores de su propio periódico.

VIII

El 20 de enero de 1939, en una carta que ya he citado en relación con el materialismo dialéctico, toqué una vez más la cuestión de la gravitación del camarada Shachtman hacia el ambiente de la fraternidad literaria pequeñoburguesa:

“No puedo comprender por qué el *Socialist Appeal* da casi por inexistente al partido estalinista. Este partido representa actualmente una masa de contradicciones. Las escisiones son inevitables. Las próximas adquisiciones importantes vendrán seguramente del partido estalinista. Nuestra atención política debe concentrarse en él. Debemos seguir el desarrollo de sus contradicciones, día a día, hora a hora. Alguno de los camaradas de la dirección debe dedicar el grueso de su tiempo a las actividades y planes estalinistas. Podemos provocar una discusión y, si es posible, publicar las cartas de estalinistas titubeantes.

“Sería mil veces más importantes que invitar a Eastman Lyons y demás, a presentar sus sudores individuales. Me asombró un poco que usted hiciera sitio al último insignificante arrogante artículo de Eastman... Pero estoy absolutamente perplejo de que usted, personalmente, invite a esta gente a ensuciar las poco numerosas páginas de *New International*. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos *intelectuales pequeñoburgueses*, pero no a los elementos revolucionarios.

⁷⁷ Ver en *Escritos, Tomo X, Volumen 1*, página 40 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

“Tengo la firme convicción de que es necesaria cierta reorganización en *New International* y en *Socialist Appeal*: más distancia de Eastman, Lyons, etcétera, y más cerca de los obreros y, en este sentido, del partido estalinista”.

Los recientes acontecimientos han demostrado, es lamentable decirlo, que Shachtman no se alejó de Eastman y compañía, sino que, por el contrario, se acercó a ellos.

IX

El 27 de mayo de 1939, escribí nuevamente sobre el carácter del *Socialist Appeal*, en relación con la composición social de partido:

“Por las actas, veo que está teniendo dificultades con el *Socialist Appeal*. El periódico está muy bien hecho desde el punto de vista periodístico; pero es un periódico para los trabajadores y no un periódico obrero...”

“Tal como es, el periódico está dividido entre varios escritores, cada uno de ellos muy bueno, pero en conjunto no permiten que los obreros penetren en las páginas del *Appeal*. Cada uno de ellos habla para los obreros (y habla muy bien) pero ninguno escucha a los obreros. A pesar de su brillantez literaria, el periódico ha caído víctima, en cierto grado, de la rutina periodística. Ustedes no escuchan para nada cómo viven los obreros, cómo luchan, cómo se baten con la policía o cómo toman whisky. Ello es muy peligroso para el periódico como instrumento revolucionario del partido. La tarea no consiste en hacer un periódico mediante los esfuerzos conjuntos de un calificado comité de redacción, sino en alentar a los obreros a que se expresen por sí mismos.

“Es necesario, como condición de éxito, efectuar un cambio valiente y radical...”

“Naturalmente, no es sólo una cuestión del periódico, sino de todo el curso de la política. Continúo siendo de la opinión de que tienen *demasiados muchachos y muchachas pequeñoburgueses* que son muy buenos y dedicados al partido, pero que no se dan cuenta plenamente de que su deber no es discutir entre ellos sino penetrar en el fresco medio de los obreros. Repito mi proposición: todo miembro pequeñoburgués del partido que durante cierto tiempo, digamos tres o seis meses, no gane un obrero para el partido, debe ser transferido a la categoría de simpatizante y, después de otros tres meses, expulsado del partido. En algunos casos podría parecer injusto, pero el partido en su conjunto recibiría una conmoción saludable, que necesita muy mucho. Es necesario un cambio muy radical”.

Al proponer medidas tan draconianas como la expulsión de aquellos elementos pequeñoburgueses incapaces de ligarse a los obreros, no tenía en cuenta la “defensa” de la fracción de Cannon, sino salvar al partido de la degeneración.

X

Comentando las palabras escépticas que habían llegado a mis oídos del Socialist Workers Party, escribí al camarada Cannon, el 16 de junio de 1939⁷⁸:

“La situación de preguerra, la agravación del nacionalismo, etcétera, es un obstáculo natural para nuestro desarrollo y la causa profunda de la depresión en nuestras filas. Pero se debe subrayar ahora *que cuanto más pequeñoburguesa sea la composición del partido, tanto más estará sujeto a los cambios de la opinión pública oficial*. Es un argumento suplementario a favor de la necesidad de realizar una valiente y activa reorientación hacia las masas.

“Los razonamientos pesimistas que usted menciona en su artículo son, naturalmente, un reflejo de la presión nacionalista, patriótica de la opinión pública oficial.

⁷⁸ Ver en *Escritos, Tomo X, Volumen 2*, página 235 y siguientes del formato pdf de nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

“Si el fascismo triunfa en Francia...” “Si el fascismo triunfa en Inglaterra...” Y así por el estilo. Los triunfos del fascismo son importantes, pero la agonía del capitalismo es más importante”.

La cuestión de la dependencia del ala pequeñoburguesa del partido ante la opinión pública oficial fue planteada, en consecuencia, varios meses antes de que comenzara la discusión actual y no fue traída de ningún modo artificialmente a fin de desacreditar a la oposición.

El camarada Shachtman exigía que yo proporcionara “precedentes” de tendencias pequeñoburguesas entre los dirigentes de la oposición durante el pasado período. Fui tan lejos en la contestación de su pregunta como para seleccionar al mismo camarada Shachtman entre los líderes de la oposición. Estoy lejos de haber agotado el material de que dispongo. Citaré más adelante dos cartas (una de Shachtman, otra mía) que son, tal vez, todavía más interesantes como “precedentes”. Que no objete Shachtman que los errores y olvidos a que se refiere la correspondencia también pueden ser utilizados contra otros camaradas, incluidos representantes de la actual mayoría. Posiblemente. Probablemente. Pero el nombre de Shachtman no se repite por casualidad en esta correspondencia. Donde otros han cometido errores episódicos, Shachtman ha evidenciado una tendencia.

En tanto caso, y en completa oposición a lo que ahora pretende Shachtman sobre mis “repentinas” e “inesperadas” apreciaciones, puedo demostrar, documentos en mano (y creo haberlo demostrado) que mi artículo sobre la “Oposición pequeñoburguesa” no fue más que el resumen de mi correspondencia con Nueva York durante los últimos tres años (en realidad, de los pasados diez años). Shachtman pidió “precedentes” en forma muy demostrativa. Le he dado “precedentes”. Hablan totalmente contra Shachtman.

El bloque filosófico contra el marxismo

Los círculos de la oposición consideran posible afirmar que la cuestión del materialismo dialéctico fue introducida por mí sólo porque carecía de una respuesta a las cuestiones “concretas” de Finlandia, Letonia, India, Afganistán Beluchistán etc. Este argumento, carente de todo mérito en sí mismo, es interesante, sin embargo, en la medida en que caracteriza el nivel de ciertos individuos de la oposición, su actitud hacia la teoría y hacia la lealtad ideológica elemental. No sería inoportuno, por lo tanto, referirnos al hecho de que mi primera conversación seria con los camaradas Shachtman y Warde, en el tren, inmediatamente después de mi llegada a México, en enero de 1937, estuvo consagrada a la necesidad de propagar persistentemente el materialismo dialéctico. Después que nuestra sección americana se separó del Partido Socialista, insistí lo más enérgicamente en la publicación más pronta posible de un órgano teórico, teniendo de nuevo en mente la necesidad de educar al partido, primero y principalmente a sus nuevos miembros, en el espíritu del materialismo dialéctico. En Estados Unidos (escribí entonces), donde la burguesía inculca sistemáticamente el empirismo vulgar en los trabajadores, es más necesario que en cualquier otra parte apresurar la elevación del movimiento a un nivel teórico adecuado. El 20 de enero de 1939, escribí al camarada Shachtman en relación a su artículo en colaboración con el camarada Burnham, “Intelectuales en retirada”:

“El párrafo sobre la dialéctica es el golpe más rudo que usted personalmente, como editor de *New International*, podía haber asestado a la teoría marxista... ¡Bien! Hablaremos de esto públicamente”.

Así, hace un año, di abiertamente la noticia, adelantándome a Shachtman, de que tenía el propósito de emprender una lucha pública contra sus tendencias eclécticas. En aquel momento, no se habló nada de la próxima oposición; en todo caso, muy lejos de mi mente estaba el suponer que el bloque filosófico contra el marxismo preparaba el terreno para un bloque político contra el programa de la Cuarta Internacional.

El carácter de las diferencias que han salido a la superficie solamente ha confirmado mis anteriores temores tanto en lo que se refiere a la composición social del partido como a la educación teórica de los cuadros. No hubo nada que requiriera un cambio de pensamiento o de introducción “artificial”. Así es como están las cosas en realidad. ¡Permítaseme agregar que me siento algo avergonzado ante el hecho de que es casi necesario justificarse para salir en defensa del marxismo dentro de una de las secciones de la Cuarta Internacional!

En su “Carta abierta”, Shachtman se refiere particularmente al hecho de que el camarada Vincent Dunne expresase satisfacción respecto al artículo sobre los intelectuales. Pero yo también lo alabé: “Muchas partes son excelentes”. Sin embargo, como dice el proverbio ruso, “una cucharada de alquitrán puede echar a perder un barril de miel”. Se trata precisamente de esta cucharada de alquitrán. La sección consagrada al materialismo dialéctico expresa un número de concepciones monstruosas desde el punto de vista marxista cuya finalidad, ahora está claro, fue reparar el terreno al bloque político. Ante la obstinación con que Shachtman persiste en que yo me he aferrado al artículo como un pretexto, permítaseme citar una vez más el pasaje principal de la sección que nos interesa: “...ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o el desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente (!) las tareas políticas concreta de hoy y de mañana; y los partidos políticos, los programas y luchas se basan en tales tareas concretas” (*New International* enero de 1939, p. 7). ¿No basta esto solo? Lo que sobre todo es asombroso es esta fórmula, indigna de revolucionarios: “los partidos políticos, programas y luchas... se basan en tales tareas concretas”. ¿Qué partidos? ¿Qué programas? ¿Qué luchas? Todos los partidos y todos los programas se encuentran aquí amontonados juntos. El partido del proletariado es un partido diferente a todos los demás. No está basado en modo alguno, sobre “tales tareas concretas”. En su misma base, es diametralmente opuesto a los partidos de los mercaderes burgueses y de los ropavejeros pequeñoburgueses. Su tarea es la preparación de una revolución social y la regeneración de la humanidad sobre nuevas bases materiales y morales. Con el objeto de no abandonar la ruta, bajo la presión de la opinión pública burguesa y de la represión policiaca el revolucionario proletario, con mayor razón un dirigente, necesita una concepción del mundo clara, sagaz, completamente puntualizada. Solamente sobre la base de una concepción marxista única, es posible abordar correctamente las cuestiones “concretas”.

Aquí comienza precisamente la traición de Shachtman; no un mero error, como quise creer el año pasado, sino, como resulta claro ahora, una franca traición teórica. Siguiendo los pasos de Burnham, Shachtman enseña al joven partido revolucionario que “nadie ha demostrado todavía razonablemente” que el materialismo dialéctico afecte a la actividad política del partido. “Nadie ha demostrado todavía”, en otras palabras, que el marxismo sea de alguna utilidad en la lucha del proletariado. Consecuentemente, el partido no tiene el menor motivo para apropiarse y defender el materialismo dialéctico. Esto no es nada más que renunciar al marxismo, al método científico en general, una lamentable capitulación ante el empirismo. Precisamente esto constituye el bloque filosófico de Shachtman con Burnham, y a través de Burnham, con los sacerdotes de la “Ciencia” burguesa. Precisamente a esto y sólo a esto es a lo que me refería en mi carta del 20 de enero del año pasado.

El 5 de marzo contestó Shachtman: “He releído el artículo de enero de Burnham y Shachtman a que usted se refería, y aun cuando a propósito de él usted me ha escrito que yo debería haber propuesto una formulación diferente aquí (!) y allá(!), si es que el artículo tuviese que ser hecho de nuevo, no puedo estar de acuerdo con la esencia de su crítica”.

Esta réplica, como acontece siempre con Shachtman en una situación seria, en realidad no expresa nada absolutamente pero todavía da la impresión de que Shachtman ha dejado un puente abierto para la retirada. Ahora, cogido por el frenesí fraccional, promete “hacerlo de nuevo y repetidamente mañana”. ¿Hacer qué? ¿Capitular ante la “Ciencia” burguesa? ¿Renunciar al marxismo?

Shachtman me explica extensamente (ya veremos en breve con qué fundamento) la utilidad de éste o de aquel *bloque político*. Yo hablo acerca de la naturaleza mortífera de la *traición política*. Un bloque puede estar justificado o no según su contenido y las circunstancias. Ningún bloque puede justificar la traición teórica. Shachtman se refiere al hecho de que su artículo es de carácter puramente político. Yo no hablo del artículo, sino de aquella sección que renuncia al marxismo. Si un libro de texto de física contuviera, aunque fueran sólo dos líneas sobre Dios como a causa primera, estaría en mi derecho al concluir que el autor es un obscurantista.

Shachtman no responde a la acusación, sino que trata de distraer la atención volviéndose hacia asuntos sin importancia.

“¿En qué difiere [pregunta] lo que usted llama mi “bloque con Burnham” en la esfera filosófica del bloque de Lenin con Bogdanov?⁷⁹ ¿Por qué éste sí tenía principios y el nuestro no? Me interesaría mucho conocer la respuesta a esta pregunta”. Me ocuparé en seguida de la diferencia política, o, mejor dicho, de la diametral oposición política entre ambos bloques. Aquí nos interesa la cuestión del método marxista. ¿En dónde está la diferencia que usted pregunta? En que Lenin nunca proclamó en beneficio de Bogdanov que el materialismo dialéctico fuese superfluo para resolver “cuestiones políticas concretas”. En que Lenin nunca confundió teóricamente al partido bolchevique con los partidos en general. Él era orgánicamente incapaz de proferir semejantes abominaciones. Y no él solo, sino cualquiera de los bolcheviques serios. Esa es la diferencia. ¿Comprende usted? Sarcásticamente, Shachtman me prometió que a él le “interesaría” una clara respuesta. Confío en que se la he dado. No reclamo el “interés”.

Lo abstracto y lo concreto. Economía y política

La sección más lamentable del lamentable escrito de Shachtman es el capítulo “El estado y el carácter de la guerra”. “¿Cuál es, pues, nuestra posición?”, pregunta el autor. “Simplemente ésta: es imposible deducir *directamente* nuestra política, respecto de una guerra *específica*, de una caracterización *abstracta* del carácter de clase del estado envuelto en la guerra; más particularmente, de las formas de propiedad prevalecientes en ese estado. Nuestra política debe desprenderse de un examen *concreto* del carácter de la guerra, en relación a los intereses de la revolución socialista internacional” (Loc. cit. p. 13, subrayado por mí. L. T.). ¡Qué confusión! ¡Qué embrollo sofisticado! Si es imposible deducir nuestra política *directamente* del carácter de clase de un estado, entonces, ¿por

⁷⁹ De 1904 à 1907, Lenin dirigió la fracción bolchevique apoyándose en particular sobre Bogdanov, cuyos puntos de vista filosóficos estaban muy alejados del marxismo y representaban una corriente denominada “machista” (del nombre del científico Mach) o “empiriocriticismo”. Cuando Bogdanov se colocó sobre una línea política de izquierda (el boicot sistemático a las instituciones legales, empezando por las elecciones a la Duma), Lenin rompió con él políticamente y escribió enseguida una larga crítica de sus posiciones filosóficas: *Materialismo y empiriocriticismo*. Bogdanov constituyó en 1908 una fracción ultraizquierdista agrupada alrededor del periódico *Vperiod*, de donde el nombre vperiodistas dado a ese grupo. EDI.

qué no podría conseguirse eso *indirectamente*? ¿Por qué el análisis del carácter del estado ha de ser *abstracto*, mientras que el análisis del carácter de la guerra es *concreto*? Formalmente hablando, se puede decir con el mismo derecho (en realidad, con mucho mayor derecho) que nuestra política en relación a la URSS, puede deducirse no de una caracterización *abstracta* de la guerra como “imperialista”, sino sólo de un análisis *concreto* del carácter del estado en la situación histórica dada. El filosofismo fundamental sobre el que Shachtman construye todo lo demás es bastante simple: puesto que la base económica no determina *inmediatamente* los acontecimientos de la superestructura; puesto que la sola caracterización de clase del estado *no basta* para resolver las tareas prácticas, por tanto, ...*por tanto*, podemos salir adelante sin examinar la economía ni la naturaleza de clase del estado, reemplazándola como lo hace Shachtman en su jerga periodística, con las “realidades de los acontecimientos vivos”. (Loc. cit., p. 14.)

El mismo artificio hecho circular por Shachtman para justificar su bloque filosófico con Burnham (el materialismo dialéctico no determina inmediatamente nuestra política, por consiguiente... no afecta *en general* las “tareas políticas concretas”) se repite aquí palabra por palabra en relación a la sociología marxista; puesto que las formas de propiedad no determinan inmediatamente la política de un estado, es posible, por lo tanto, arrojar por la borda la sociología marxista en general al determinar las “tareas políticas concretas”.

Pero, ¿por qué se detiene ahí? Puesto que la ley del valor del trabajo no determina los precios “directa” ni “inmediatamente”; puesto que las leyes de la selección natural no determinan “directa” ni “inmediatamente” el nacimiento de un cerdo glotón; puesto que las leyes de la gravedad no determinan “directa” ni “inmediatamente” el rodar de un policía ebrio por una escalera, por lo tanto... por lo tanto, dejemos a Marx, a Darwin, a Newton, y a todos los demás enamorados de las “abstracciones” coleccionar polvo en sus anaqueles. Esto es nada menos que el entierro solemne de la ciencia, ya que, después de todo, el curso entero del desarrollo de la ciencia procede desde las causas “directas” e “inmediatas” hasta las más remotas y profundas; desde las múltiples variedades y acontecimientos caleidoscópicos hasta la unidad de las fuerzas directrices.

La ley del valor del trabajo no determina los precios “inmediatamente”, pero, sin embargo, los determina. Fenómenos “concretos” tales como la bancarrota de la política del New Deal encuentran su explicación, en último análisis, en la “abstracta” ley del valor. Roosevelt no lo sabe, pero un marxista tiene cuidado en no proceder sin conocerla. No en forma inmediata, sino a través de toda una serie de factores intermedios y de su interacción recíproca, las formas de propiedad determinan no sólo la política sino también la ética. Un político proletario que trate de ignorar la naturaleza de clase del estado terminaría invariablemente como el policía que ignora las leyes de la gravitación; es decir, rompiéndose la nariz.

Es evidente que Shachtman no toma en cuenta la diferencia entre lo abstracto y lo concreto. Esforzándose hacia lo concreto, nuestra mente opera con abstracciones. Aun “este” perro “dado”, “concreto”, es una abstracción porque empieza a cambiar, por ejemplo, dejando caer su cola en el “momento” en que lo señalamos con el dedo. Lo concreto es un concepto relativo y no absoluto: lo que es concreto en un caso se torna abstracto en otro; es decir, insuficientemente definido para un propósito determinado. Con el objeto de obtener un concepto suficientemente “concreto” *para una necesidad dada* es preciso correlacionar varias abstracciones en una, exactamente igual que cuando reproducimos un segmento de vida en una pantalla, que es una película en movimiento, tenemos que combinar cierto número de fotografías fijas.

Lo concreto es una combinación de abstracciones no una combinación arbitraria o subjetiva, sino una que corresponda a las leyes del movimiento de un fenómeno determinado.

“Los intereses de la revolución socialista internacional” a los que apela Shachtman contra la naturaleza de clase del estado, representa en este caso dado la más vaga de todas las abstracciones. Después de todo, la cuestión que nos ocupa es precisamente ésta: ¿en qué forma concreta podemos promover los intereses de la revolución? Tampoco sería inoportuno recordar, también que la tarea de la revolución socialista es crear un estado obrero. Antes de hablar de la revolución socialista es necesario, en consecuencia, aprender a distinguir entre “abstracciones” tales como burguesía y proletariado, estado capitalista y estado obrero.

Shachtman, verdaderamente, derrocha su propio tiempo y el de los demás en probar que la propiedad nacionalizada no determina “en sí y por sí misma”, “automáticamente”, “directamente”, “inmediatamente”, la política del Kremlin. Respecto a la cuestión de cómo la “base” económica determina la “superestructura” política, jurídica, filosófica, artística, etc., existe una rica literatura marxista. La opinión de que presuntivamente la economía determina directa e inmediatamente la capacidad creadora de un compositor o siquiera el veredicto de un juez, representa una vieja caricatura del marxismo que el profesorado burgués de todos los países ha hecho circular interminablemente para ocultar su impotencia intelectual⁸⁰.

En cuanto a la cuestión que nos concierne inmediatamente, la interrelación entre los fundamentos sociales del estado soviético y la política del Kremlin, permítaseme recordar al olvidadizo Shachtman que durante 17 años hemos venido señalando públicamente la *contradicción* creciente entre los fundamentos establecidos por la Revolución de Octubre y las tendencias de la “superestructura” estatal. Paso a paso, hemos seguido la creciente independencia de la burocracia respecto al proletariado soviético y el crecimiento de su dependencia respecto a otras clases y grupos, tanto de dentro como de fuera del país. ¿Qué pretende añadir Shachtman en este dominio al análisis que ya hemos realizado?

Sin embargo, a pesar de que la economía no determina directa ni inmediatamente la política, sino sólo en último análisis, *a pesar de todo la economía determina la política*. Los marxistas afirman precisamente esto, en contraposición a los profesores burgueses y sus discípulos. Mientras analizábamos y exponíamos la creciente independencia política de la burocracia respecto al proletariado, nunca perdimos de vista los límites sociales objetivos de esta “independencia” es decir, la propiedad nacionalizada, complementada por el monopolio el comercio exterior.

¡Asombroso! Shachtman continúa apoyando la consigna de una revolución política contra la burocracia soviética. ¿Ha pensado él alguna vez seriamente en el significado de esta consigna? Si nosotros sostuviéramos que los fundamentos sociales establecidos por la Revolución de Octubre se reflejan “automáticamente” en la política del estado, entonces ¿por qué sería necesaria una *revolución* contra la burocracia? Por otra parte, si la URSS ha dejado de ser completamente un estado obrero, no se precisaría una revolución *política*, sino una revolución *social*. En consecuencia, Shachtman continúa sosteniendo la siguiente consigna: 1) La del carácter de estado obrero de la URSS; 2) La del antagonismo irreconciliable entre los fundamentos sociales del estado y la burocracia. Pero mientras él repite esta consigna, trata de socavar sus cimientos

⁸⁰ Para el estudio de esta cuestión les recomiendo a los jóvenes camaradas el estudio de los trabajos de F. Engels (*L'Anti-Dühring*) [en nuestras *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*. EIS], de Plejánov [*Obras Escogidas de G. V. Plejánov*, en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria*. EIS] y de A. Labriola. *Nota de L. Trotsky*. EDI.

teóricos. ¿Será quizá con el fin de demostrar una vez más la independencia de su política respecto a las “abstracciones” científicas?

So pretexto de emprender una lucha contra la caricatura burguesa del materialismo dialéctico, Shachtman abre de par en par las puertas al idealismo histórico. Las formas de la propiedad y el carácter de clase del estado son motivo de indiferencia para él en el análisis de la política de un gobierno. El estado mismo se le presenta como un animal de sexo indeterminado. Con ambos pies firmemente plantados en su lecho de rosas, Shachtman nos explica pomposamente (¡en pleno 1940!) que además de la propiedad nacionalizada existe también la inmundicia bonapartista y su política reaccionaria. ¡Vaya novedad! ¿Pensó Shachtman por casualidad que estaba hablando en una guardería?

Shachtman hace un bloque... también con Lenin

Para ocultar su fracaso para entender la esencia del problema de la naturaleza del estado soviético, Shachtman saltó sobre las palabras que Lenin dirigió contra mí el 30 de diciembre de 1920, durante la llamada discusión sobre los sindicatos: “El camarada Trotsky habla del estado obrero. Permitidme; esto es una abstracción... Nuestro estado no es en realidad un estado obrero sino un estado obrero y campesino... Nuestro actual estado es tal que aun el proletariado organizado debe defenderse a sí mismo, y nosotros debernos utilizar estas organizaciones obreras para la defensa de los obreros contra su estado y para la defensa de nuestro estado por los obreros”. Apoyándose en esta cita y apresurándose a proclamar que yo he repetido mi “error” de 1920, Shachtman no se dio cuenta, en su precipitación, de un error mayúsculo en la cita relacionada con la definición de la naturaleza del estado soviético. El 19 de enero, Lenin mismo escribió lo siguiente acerca de su discurso del 30 de diciembre: “Yo declaré: nuestro estado no es en realidad un estado obrero, sino un estado obrero y campesino... Al leer la versión de la discusión, veo ahora que estaba equivocado... Debí haber dicho: “El estado obrero es una abstracción. En realidad, tenemos un estado obrero con los siguientes rasgos especiales 1) son los campesinos y no los obreros los que predominan en la población; 2) es un estado obrero con deformaciones burocráticas”. De este episodio se sacan dos conclusiones: Lenin atribuía tan gran importancia a la definición sociológica precisa de estado ¡que consideró necesario corregirse a sí mismo en el mayor calor de una polémica! Pero Shachtman se interesa tan poco en la naturaleza de clase del estado soviético ¡que veinte años más tarde no advierte ni el error de Lenin, ni la corrección de Lenin!

No me detendré aquí sobre la cuestión de lo bien que dirigía Lenin sus argumentos contra mí. Creo que lo hizo incorrecta mente... dado que no existían diferencias de opinión entre nosotros sobre la definición del estado. Pero no es ese el problema ahora. La formulación teórica sobre la cuestión del estado hecha por Lenin en el párrafo arriba citado, conjuntamente con la importante corrección que él mismo introdujo días más tarde, es absolutamente correcta. Pero oigamos qué increíble empleo hacía Shachtman de la definición de Lenin: “Del mismo modo como era posible hablar hace 20 años [escribe] del término “estado obrero” como de una abstracción, así también es posible hablar del término “estado obrero degenerado” como de una abstracción.” (Loc. cit. p. 14.) Es patente que Shachtman no consigue entender a Lenin. Hace 20 años, el término “estado obrero” no podía ser considerado de ningún modo una abstracción *en general*: es decir al o irreal o inexistente. La definición “estado obrero” aunque correcta en sí y por sí misma, era *inadecuada* en relación a una tarea *particular*, o sea, la defensa de los obreros por medio de sus sindicatos; y sólo en este sentido era abstracta. Sin embargo, en relación a la defensa de la URSS contra el imperialismo, esta misma definición era, en 1929, al igual que hoy, inmoviblemente concreta al hacer obligatoria para los obreros la defensa del estado en cuestión.

Shachtman no está de acuerdo. Escribe: “Así como fue necesario una vez, en conexión con el problema de los sindicatos, hablar concretamente de qué *clase* de estado obrero existía en la Unión Soviética, hoy es necesario establecer, en conexión con la guerra actual, el *grado* de degeneración del estado soviético, y el *grado* de degeneración del régimen no puede establecerse por medio de una referencia abstracta a la existencia de la propiedad nacionalizada, sino por la observación de las realidades (!) de los acontecimientos (!) vivos (!).” De esto resulta completamente incomprensible por qué en 1920 la cuestión del carácter de la URSS fue suscita en conexión con los sindicatos, es decir, con cuestiones particulares internas del régimen, mientras que ahora es suscitada en conexión con la defensa de la URSS, esto es, en relación con el destino global del estado. “En el primer caso, el estado obrero era contrapuesto a los obreros; en el último, a los imperialistas. Pequeño prodigio el de la analogía que cojea de ambas piernas; lo que Lenin contraponía, Shachtman lo identifica.

No obstante, incluso si tomamos las palabras de Shachtman por su valor nominal, se concluye que la cuestión que a él interesa es sólo *el grado de degeneración* (¿de qué?, ¿de un estado obrero?), es decir, las diferencias cuantitativas de la evaluación. Supongamos que Shachtman haya puntualizado (¿dónde?) el “grado” más precisamente que nosotros. Pero ¿en qué forma pueden diferencias puramente cuantitativas en la evaluación de la degeneración del estado *obrero* afectar nuestra decisión sobre la defensa de la URSS? Es imposible hacer de esto algo que tenga pies y cabeza. La verdad es que Shachtman continúa fiel al eclecticismo, es decir, a sí mismo, empeñado en la cuestión del “grado”, solo en un esfuerzo para mantener su equilibrio entre Abern y Burnham. Lo que se discute, en realidad, no es de ningún modo el *grado* determinado por las “realidades de los acontecimientos vivos” (cuán precisa, “científica”, “concreta” y “experimental” terminología), sino si estos cambios *cuantitativos* se han transformado en cambios *cualitativos*; es decir, si la URSS es todavía un estado obrero, incluso aunque sea degenerado, o si se ha transformado en un nuevo tipo de estado explotador.

Shachtman no tiene ninguna respuesta a esta pregunta básica; no siente ninguna necesidad de una respuesta. Su argumento es simplemente mimetismo verbal de las palabras de Lenin, pronunciadas en relación a algo diferente, con diferente contenido y que incluían un error subsanado. Lenin declaró en su versión corregida: “El estado en cuestión no es simplemente un estado obrero, sino un estado obrero con deformaciones burocráticas.” Shachtman afirma: “El estado en cuestión no es simplemente un estado obrero degenerado, sino...”, ¿sino qué? Nada consigue añadir Shachtman. Orador y auditoria se miran uno a otro boquiabiertos.

¿Qué significa “estado obrero degenerado” en nuestro programa? A esta cuestión responde nuestro programa con un grado de concreción que resulta enteramente adecuado para resolver la cuestión de la defensa de la URSS; esto es: 1) aquellos rasgos que en 1920 constituían una “deformación burocrática” del sistema soviético se han vuelto ahora un régimen burocrático independiente, que ha devorado a los sóviets; 2) la dictadura de la burocracia, incompatible con las tareas internas e internacionales del socialismo, ha introducido y continúa introduciendo, también en la vida económica del país, deformaciones profundas; 3) básicamente, sin embargo, el sistema de la economía planificada, sobre la base de la propiedad estatal de los medios de producción, se ha conservado, y continúa siendo un conquista colosal de la humanidad. La derrota de la URSS en una guerra contra el imperialismo significaría, no sólo la liquidación de la dictadura burocrática, sino la de la economía estatal planificada; y el desmembramiento del país en zonas de influencia; una nueva estabilización del imperialismo; y un nuevo debilitamiento del proletariado mundial.

De la circunstancia de que la deformación “burocrática” ha crecido hasta convertirse en un régimen de autocracia burocrática, sacamos nosotros la conclusión de que la defensa de los obreros por medio de sus sindicatos (que han sufrido la misma degeneración que el estado) es hoy, en contraste con 1920, completamente irreal; es necesario derrocar a la burocracia; esta tarea sólo puede llevarse a cabo por medio de la creación de un partido bolchevique ilegal en la URSS.

De la circunstancia de que la degeneración del sistema político todavía no ha llevado a la destrucción de la economía estatal planificada, sacamos la conclusión de que todavía es deber del proletariado mundial defender a la URSS contra el imperialismo y ayudar al proletariado soviético en su lucha contra a burocracia.

¿Qué es exactamente lo que Shachtman encuentra abstracto en nuestra definición de la URSS? ¿Qué enmiendas concretas propone? Si la dialéctica nos enseña que “la verdad es siempre concreta”, entonces, esta ley se aplica con igual fuerza a la crítica. No basta con calificar de abstracta una definición. Es preciso señalar exactamente qué es lo que le falta. De otro modo la crítica misma se vuelve estéril. En lugar de concretar o modificar la definición que él tacha de abstracta, Shachtman la sustituye con el vacío. Eso no basta. El vacío, aun el más pretencioso, debe ser comprendido como la peor de todas las abstracciones: puede llenársele con cualquier contenido. Pequeño prodigio de este vacío teórico, que, al desplazar el análisis clasista, ha mamado en la política del impresionismo y del aventurerismo.

“Economía concentrada”

Shachtman continúa citando las palabras de Lenin de que “la política es economía concentrada” y de que, en este sentido, “la política no puede menos de tomar la primacía respecto de la economía”. De las palabras de Lenin, Shachtman dirige contra mí la moraleja de que estoy interesado, por decirlo así, sólo en “la economía” (medios de producción nacionalizados) y que salto por encima de la “política”. Este segundo esfuerzo por explotar a Lenin no es más feliz que el primero. ¡Aquí, el error de Shachtman asume verdaderamente vastas proporciones! Lenin quiere decir: cuando los procesos, tareas e intereses económicos adquieren un carácter *consciente y generalizado* (“concentrado”), entran en la esfera de la política, en virtud de este mismo hecho, y constituyen la esencia de la política. En este sentido, la política, como economía concentrada, surge por encima de la actividad económica cotidiana, atomizada, inconsciente y no generalizada.

La justeza de la política, desde el punto de vista marxista, se determina precisamente por la medida en que “concentra” profundamente y en todos sus aspectos la economía; esto es, en que expresa a tendencias progresivas en su desarrollo. Por eso basamos nuestra política, primero y por encima de todo, en nuestro análisis de las formas de propiedad y de las relaciones de clase. Un análisis más detallado y concreto de los factores de la “superestructura” sólo es posible para nosotros sobre esta base teórica. Así, por ejemplo, si acusáramos a una fracción adversa de “conservadurismo burocrático”, inmediatamente buscaríamos las raíces sociales, es decir, de clase, de este fenómeno. Cualquier otro procedimiento no nos rebajaría a la calidad de marxistas “platónicos”, sino a la de simples payasos ruidosos.

“La política es economía concentrada.” Hay

Que pensar en aplicar también esta proposición al Kremlin. O bien, como excepción a la regla general ¿no es la política del gobierno de Moscú “economía concentrada”, sino una manifestación del libre albedrío de la burocracia? Nuestro esfuerzo por reducir la política del Kremlin a la economía nacionalizada, refractada a través de los intereses de la burocracia, provoca una frenética resistencia de Shachtman. Él se guía, en relación a la URSS, no por la consciente generalización de la economía,

sino por la “observación de las realidades de los acontecimientos vivos” esto es, por la regla del pulgar, por las improvisaciones, simpatías y antipatías. Contraponen esta política impresionista a nuestra política sociológicamente fundamentada y, al mismo tiempo, nos acusa de... ignorar la política. ¡Increíble, pero cierto! Seguramente, en último análisis, la política mal articulada y caprichosa de Shachtman es igualmente expresión “concentrada” de economía, sólo que (¡ay!) de la economía de la desclasa pequeña burguesía.

Comparación con guerras burguesas

Shachtman nos recuerda que las guerras burguesas fueron en una época progresivas y que en otro período se volvieron reaccionarias y que, por lo tanto, no basta con dar la definición de clase de un estado empeñado en una guerra. Esta proposición no esclarece la cuestión, sino que la enturbia. Las guerras burguesas pudieron ser progresivas sólo en una época en que todo el régimen burgués era progresivo; en otras palabras, en un tiempo en que la propiedad burguesa, en distinción por contraste con la propiedad feudal, era un factor constructivo y progresivo. Las guerras burguesas se volvieron reaccionarias cuando la propiedad burguesa se convirtió en un freno para el desarrollo. ¿Quiere decir Shachtman, en relación con la URSS, que la propiedad estatal de los medios de producción se ha vuelto un freno para el desarrollo y que la extensión de esta forma de propiedad a otros países constituye una reacción económica? Es evidente que Shachtman no quiere decir esto. Sencillamente, no saca la conclusión lógica de sus propios pensamientos.

El ejemplo de las guerras nacionales burguesas ofrece verdaderamente una lección muy instructiva, pero Shachtman lo pasa por encima sin inmutarse. Marx y Engels lucharon por una república alemana unificada. “En la guerra de 1870-1871 estuvieron del lado de los alemanes a pesar de que la lucha por la unificación era explotada y desfigurada por los parásitos a dinásticos.

Shachtman se refiere al hecho de que Marx y Engels inmediatamente se volvieron contra Prusia al realizarse la anexión de Alsacia-Lorena. Pero este cambio no hace más que ilustrar aún más luminosamente nuestro punto de vista. Es inadmisibles olvidar por un instante que se trataba de una guerra entre dos estados *burgueses*. Así, ambos campos tenían un denominador común de clase. Decidir cuál de los dos era el “mal menor” (en la medida en que la historia da lugar a elegir) sólo era posible sobre la base de factores complementarios. Del lado alemán se trataba de crear un estado *nacional* burgués como campo económico y cultural. El estado *nacional* durante ese período era un factor histórico progresivo. En esa medida, Marx y Engels estuvieron del lado de los alemanes, a pesar de los Hohenzollern y de sus junkers. La anexión de Alsacia-Lorena violó el principio del estado nacional, tanto en lo que se refiere a Francia como a Alemania, y puso las bases para una guerra de revancha. Marx y Engels, lógicamente se volvieron violentamente contra Prusia. Sin embargo, no corrieron de ningún modo el riesgo de prestar algún servicio a un sistema de economía inferior contra otro superior, dado que, en ambos campos, repetimos, prevalecían relaciones burguesas. Si Francia hubiera sido un estado obrero en 1870, entonces Marx y Engels habrían estado desde el principio a favor de Francia, puesto que ellos (y es molesto de nuevo tener que mencionarlo) se guiaban en toda su actividad por el criterio de clase.

Hoy, en los viejos [estados] capitalistas ya no es la resolución de las tareas nacionales lo que se halla en cuestión. Por el contrario, la humanidad sufre la contradicción entre las fuerzas productivas y el almacén demasiado estrecho del estado nacional. La economía planificada, sobre la base de la propiedad socializada, libre de las fronteras nacionales, es la tarea del proletariado internacional, sobre todo... en Europa. Precisamente esta tarea se expresa en nuestra consigna: “¡Por los Estados Unidos

Socialistas de Europa!” La expropiación de los propietarios en Polonia, lo mismo que en Finlandia, es un factor progresivo en sí y por sí mismo. Los métodos burocráticos del Kremlin, en este proceso, ocupan el mismo sitio que los métodos dinásticos de los Hohenzollern en la unificación de Alemania. Siempre que nos confrontemos a la necesidad de elegir entre la defensa de formas reaccionarias de propiedad, mediante medidas reaccionarias, y a la introducción de formas progresivas de propiedad mediante medidas burocráticas, no colocaremos de ningún modo a ambos campos en un mismo nivel, sino que elegiremos el mal menor. En esto hay más “capitulación” ante el estalinismo de la que hubo ante los Hohenzollern en la política de Marx y Engels. Casi no es necesario añadir que el papel de los Hohenzollern en la guerra de 1870-71 no justificó ni el papel histórico general de la dinastía ni, mucho menos, su existencia.

Derrotismo coyuntural o el huevo de Colón

Permítasenos ahora observar cómo Shachtman, auxiliado por un vacío teórico, opera con las “realidades de los acontecimientos vivos” en una cuestión especialmente vital. Escribe: “Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin... Pero, ¿qué es la guerra? La guerra es la continuación de la política por otros medios. Entonces, ¿por qué habríamos de apoyar la guerra que es la continuación de la política internacional que nosotros no apoyamos?” (Loc. cit. p. 15.) No se puede negar lo completo de este argumento; bajo la forma de un sencillo silogismo, se nos pone aquí frente a una acabada teoría de *derrotismo*. ¡Tan sencillo como el huevo de Colón! Puesto que nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin, no debemos *nunca* apoyar a la URSS. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Nosotros rechazamos las políticas interna e internacional del Kremlin ya antes del pacto soviético-alemán y antes de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo. Esto significa que las “realidades de los acontecimientos vivos” del año pasado no tienen la menor relación con el caso. Si fuimos defensistas en el pasado con respecto a la URSS, sólo fue como resultado de la inconsistencia. Shachtman revisa no sólo la política actual de la Cuarta Internacional, sino también la del pasado. Puesto que estamos contra Stalin debemos estar, por tanto, también contra la URSS, Stalin hace mucho tiempo que sostiene esta opinión. Shachtman ha llegado a ella sólo recientemente. De su rechazo de la política del Kremlin, se deduce un derrotismo total e indivisible. Entonces, ¿por qué no decirlo!

Pero Shachtman no consigue convencerse con decirlo. En un pasaje anterior escribe: “Decíamos [la minoría continúa diciéndolo] que, si los imperialistas asaltaban a la Unión Soviética con el propósito de aplastar la última conquista de la Revolución de Octubre y reducir a Rusia a un mosaico de colonias, apoyaríamos incondicionalmente a la Unión Soviética.” (Loc. cit. p. 15) ¡Un momento, un momento! La política internacional del Kremlin es reaccionaria; la guerra es la continuación de su política reaccionaria. ¿Cómo es, pues, que resulta inesperadamente que, si los perversos imperialistas “asaltan” la URSS y si los perversos imperialistas persiguen el poco recomendable propósito de transformarla en una colonia, cómo es que bajo semejantes “condiciones” excepcionales defenderá Shachtman a la URSS...

“incondicionalmente”? ¿Qué tiene esto de sensato? ¿Dónde está la lógica? ¿O es que Shachtman, siguiendo el ejemplo de Burnham, también ha relegado la lógica a la esfera de la religión y de otros artículos de museo?

La clave de este embrollo de confusión estriba en el hecho de que la declaración: “Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin” es una abstracción. Debe ser diseccionada y concretada. En su actual política, tanto interior como exterior, la burocracia coloca en primer y principal lugar la defensa de sus propios intereses parasitarios. En esa medida, sostenemos una lucha mortal contra ella; pero, en último

análisis, a través de los intereses de la burocracia, de una forma muy retorcida, se reflejan los intereses del estado obrero. Nosotros defendemos estos intereses, con nuestros propios métodos. Así, no luchamos de ningún modo contra el hecho de que la burocracia salvaguarde (¡a su modo!) la propiedad estatal, el monopolio del comercio exterior o se niegue a pagar las deudas zaristas. Sin embargo, en una guerra entre la URSS y el mundo capitalista (independientemente de los incidentes que hubieren llevado a la guerra o de los “fines” de este o de aquel gobierno) lo que se debate es el destino de precisamente aquellas conquistas históricas que nosotros defendemos incondicionalmente, es decir, a pesar de la política reaccionaria de la burocracia. En consecuencia, la cuestión se reduce (*en última y decisiva instancia*) a la naturaleza de clase de la URSS.

Lenin dedujo la política del derrotismo del carácter imperialista de la guerra; pero no se detuvo ahí. Dedujo el carácter imperialista de la guerra de una etapa específica en el desarrollo del régimen capitalista y de su clase dominante. Puesto que el carácter de la guerra está determinado precisamente por el carácter de clase de la sociedad y del estado, Lenin recomendó que, al determinar nuestra política frente a la guerra imperialista, nos abstrajéramos de circunstancias “concretas” tales como la democracia y la monarquía, la agresión y la defensa nacional. En oposición a esto, Shachtman propone que deduzcamos el derrotismo de las condiciones coyunturales. Este derrotismo es indiferente al carácter de clase de la URSS y de Finlandia. Le bastan los rasgos reaccionarios de la burocracia y la “agresión”. Si Francia, Inglaterra o Estados Unidos mandan aeroplanos y cañones a Finlandia, esto no tiene nada que ver en la determinación de la política de Shachtman. Pero si las tropas británicas desembarcan en Finlandia, entonces Shachtman pondrá un termómetro bajo la lengua de Chamberlain y determinará sus intenciones, ya sea que se proponga sólo salvar a Finlandia de la política imperialista del Kremlin, ya sea que, además, se proponga derrocar la “última conquista de la Revolución de Octubre”. Estrictamente de acuerdo con la lectura del termómetro, Shachtman, el derrotista, está listo para transformarse en defensor. Esto es lo que él quiere decir con sustituir los principios abstractos por las “realidades de los acontecimientos vivos”.

Shachtman, como ya hemos visto, exige insistentemente la cita de precedentes: ¿cuánto y dónde han manifestado en el pasado los líderes de la oposición su oportunismo pequeñoburgués? La respuesta que ya le he dado sobre este punto debo complementarla con dos cartas que intercambiamos sobre la cuestión del defensismo y de los métodos del defensismo en relación con los acontecimientos de la revolución española. El 18 de septiembre de 1937, Shachtman me escribió:

“...Usted dice: “si tuviéramos un miembro en las Cortes, votaría contra el presupuesto militar de Negrín”. A menos que esto sea un error tipográfico esto nos parece un non-sequitur. Si (en lo que estamos todos de acuerdo) el *elemento de una guerra imperialista* no es dominante actualmente en la lucha española, y si, en cambio, el elemento decisivo es todavía la lucha entre la democracia burguesa que se descompone, con todo lo que ello significa, por una parte, y el fascismo por la otra, y si, además, estamos obligados a prestar apoyo militar a la lucha contra el fascismo, no vemos cómo sería posible votar en las Cortes contra el presupuesto militar... Si un camarada socialista del frente de Huesca le preguntara a un bolchevique-leninista por qué su representante en las Cortes votó contra la proposición de Negrín para dedicar un millón de pesetas a la compra de rifles para el frente, ¿qué contestaría este bolchevique-leninista? Nos parece que no tendría una respuesta efectiva...” (Subrayado por mí. L. T.)

Esta carta me asombró. Shachtman quería otorgarle confianza al pérfido gobierno de Negrín sobre la base puramente negativa de que “el elemento de una guerra imperialista” no era dominante en España.

El 20 de septiembre de 1937, le contesté a Shachtman:

“Votar el presupuesto militar del gobierno de Negrín significa votarle nuestra confianza política... Hacerlo sería un crimen. ¿Cómo explicaríamos nuestro voto a los obreros anarquistas? Muy simplemente: no tenemos la menor confianza en la capacidad de este gobierno para conducir la guerra y asegurar la victoria. Acusamos a este gobierno de proteger a los ricos y de dejar morir de hambre a los pobres. Este gobierno debe ser derrocado. Hasta tanto no seamos suficientemente fuertes para reemplazarlo luchamos bajo su mando. Pero en toda ocasión expresamos abiertamente nuestra falta de confianza en él: es la única posibilidad de movilizar *políticamente* a las masas contra este gobierno y preparar su derrocamiento. Cualquier otra política sería una traición a la revolución.”

El tono de mi respuesta refleja muy débilmente el... asombro que me produjo la posición oportunista de Shachtman. Los errores aislados son, naturalmente, inevitables, pero ahora, dos años y medio después, esta correspondencia se ilumina con nueva luz. Puesto que defendemos la democracia burguesa contra el fascismo, razona Shachtman, no podemos rehusar, por lo tanto, nuestra confianza al gobierno burgués. Al aplicar este mismo teorema a la URSS, se transforma en su opuesto: puesto que no otorgamos ninguna confianza al gobierno del Kremlin, no podemos, por lo tanto, defender el estado obrero. El pseudorradicalismo es, también en este caso, el reverso del oportunismo.

Renuncia al criterio de clase

Permítasenos volver una vez más al *ABC*. En la sociología marxista, el punto inicial de análisis de un fenómeno dado, por ejemplo, estado, partido, tendencia histórica, escuela literaria etcétera, es su definición de *clase*. En la mayor parte de los “casos, sin embargo, la simple definición de clase es inadecuada ya que una clase se compone de diferentes estratos, pasa por diferentes fases de desarrollo, se encuentra bajo diferentes condiciones, está sujeta a la influencia de otras clases. Se hace necesario tomar en cuenta factores de segundo y tercer orden, con el objeto de redondear el análisis; según el propósito específico, se toman ya sea parcial o completamente. Pero, para un marxista, el análisis es imposible sin una caracterización de clase del fenómeno que se considere.

El sistema esquelético y muscular no agota la anatomía de un animal; sin embargo, un tratado de anatomía que intentara “abstraerse” de los huesos y de los músculos, se columpiaría en el aire. La guerra no es un órgano, sino una función de la sociedad, es decir, de su clase dominante. Es imposible definir y estudiar una función sin comprender el órgano, es decir, el estado; es imposible conseguir un entendimiento científico del órgano sin comprender la estructura general del organismo, es decir la sociedad. Los huesos y músculos de la sociedad están constituidos por las fuerzas productivas y las relaciones (de propiedad) de clase. Sostiene Shachtman que es posible que una función, la guerra, pueda ser estudiada “concretamente”, de modo independiente del órgano al cual pertenece, es decir, el estado. ¿No es esto monstruoso?

Este error fundamental se complementa con otro igualmente evidente. Después de separar la función del órgano, Shachtman, al estudiar la función misma, en contra de todas sus promesas, procede, no de lo abstracto a lo concreto, sino, al contrario, disuelve lo concreto en lo abstracto. La guerra *imperialista* es una de las funciones del capital financiero, es decir, de la burguesía que, llegada a cierta fase de desarrollo, se apoya sobre un capitalismo de estructura específica, o sea, el capital monopolista. Esta definición es suficientemente concreta para nuestras conclusiones políticas básicas. Pero al extender el término de guerra *imperialista* hasta cubrir también el estado soviético, Shachtman socava el terreno bajo sus propios pies. Con el fin de encontrar una justificación, aunque sea superficial, para aplicar la misma designación a la expansión del capital financiero y a la expansión del estado obrero, Shachtman se ve obligado a desprenderse de la estructura social de ambos estados en conjunto, proclamando que es... una abstracción.

Así, jugando al escondite con el marxismo, Shachtman designa lo concreto como abstracto y ¡escamotea lo abstracto como concreto!

Este juego escandaloso con la teoría no es accidental. En Estados Unidos, todo pequeñoburgués, sin excepción, está listo para llamar “imperialista” cualquier ocupación de territorio, especialmente ahora que Estados Unidos no están ocupados en conquistar territorios. Pero si se dice a este mismo pequeñoburgués que toda la política exterior del capital financiero es imperialista, ya sea que se lleve o no a cabo, en el momento dado, una anexión o la “defensa” de Finlandia contra la anexión, entonces, nuestro pequeñoburgués dará un brinco de fervorosa indignación. Naturalmente, los líderes de la oposición difieren considerablemente del pequeñoburgués medio en su propósito y en su nivel político; pero, desgraciadamente, tienen raíces comunes de pensamiento. Un pequeño burgués, invariablemente, trata de separar los acontecimientos políticos de su base social, ya que existe un conflicto orgánico entre un análisis clasista de los hechos y la posición social y la educación de la pequeña burguesía.

Una vez más: Polonia

Mi observación de que el Kremlin, con sus métodos burocráticos, daba un impulso a la revolución socialista en Polonia, es convertida por Shachtman en una afirmación de que, a mi manera de ver, una “revolución burocrática” del proletariado es presumiblemente posible. Esto no sólo es incorrecto, sino desleal. Mi expresión estaba rígidamente limitada. No se trata de “revolución burocrática”, sino solamente de un impulso burocrático. Negar este impulso es negar la realidad. Las masas populares de Ucrania Occidental y de Bielorrusia, en todo caso, sintieron este impulso, entendieron su significado y lo utilizaron para llevar a cabo una transformación drástica en las relaciones de propiedad. Un partido revolucionario que no se diera cuenta de este impulso a tiempo y que rehusara utilizarlo, no sería bueno más que para arrojarlo al cubo de basura.

Este impulso en dirección de la revolución socialista fue posible sólo porque la burocracia de la URSS se apoya y tiene sus raíces en la economía de un estado obrero. La utilización revolucionaria de este “impulso” por los ucranianos y bielorrusos fue posible sólo mediante la lucha de clases en los territorios ocupados y mediante la fuerza del ejemplo de la Revolución de Octubre. Finalmente, el rápido estrangulamiento o semiestrangulamiento de este movimiento revolucionario de masas fue posible en virtud de su aislamiento y del poder de la burocracia de Moscú. Quien no sea capaz de entender la acción dialéctica de estos tres factores: estado obrero, masas oprimidas y burocracia bonapartista, haría mejor en abstenerse de palabrerías sobre los acontecimientos de Polonia.

En las elecciones para la Asamblea Nacional de la Ucrania Occidental y de Bielorrusia Occidental, el programa electoral, dictado, naturalmente, por el Kremlin, incluyó tres puntos extremadamente importantes: inclusión de ambas provincias en la Federación de la URSS; confiscación de los latifundios a favor de los campesinos; y nacionalización de la gran industria y de los bancos. Los demócratas ucranianos, a juzgar por su conducta, consideraron un mal menor estar unificados bajo la jurisdicción de un solo estado. Y desde el punto de vista de la futura lucha por la independencia, están en lo justo. En cuanto a los otros dos puntos del programa, uno pensaría que no podía haber ninguna duda entre nosotros sobre su carácter progresista. Tratando de pasar a un lado de la realidad, es decir, de que no fue nada más sino las bases sociales de la URSS las que impusieron al Kremlin un programa social revolucionario, Shachtman hace referencia a Letonia, Lituania y Estonia, donde todo ha permanecido como antes. ¡Argumento increíble! Nadie ha dicho que la burocracia soviética *siempre y por doquier*, quiera o sea capaz de llevar a cabo la expropiación de la burguesía. Lo único que decimos es que

ningún otro gobierno podría haber realizado la transformación social que la burocracia del Kremlin, a pesar de su alianza con Hitler, se vio obligada a sancionar en Polonia del Este. De no hacerlo, no habría podido incluir el territorio en la Federación de la URSS.

Shachtman se da por enterado del derrocamiento mismo. No puede negarlo. Es incapaz de explicarlo. Pero, sin embargo, trata de salvar la cara. Escribe: “En la Ucrania polaca y en la Rusia Blanca, donde la explotación de clase se intensificó con la opresión nacional... los campesinos comenzaron a tomar la tierra por ellos mismos y a arrojar a los terratenientes que ya comenzaban a huir”, etc. (Loc. cit. p. 16.) Resulta que el Ejército Rojo no tuvo nada que ver con todo esto. Vino a Polonia sólo como “una fuerza contrarrevolucionaria”, con el propósito de suprimir el movimiento. Entonces, ¿por qué los obreros y campesinos de Polonia Occidental, tomada por Hitler, no organizaron una revolución? ¿Por qué fueron principalmente revolucionarios “demócratas” y judíos los que huyeron de allí, mientras que de Polonia Oriental fueron principalmente terratenientes y capitalistas quienes huyeron? Shachtman no tiene tiempo para pensar en esto: está muy apurado explicándome que la concepción de la “revolución burocrática” es absurda, ya que la emancipación de los trabajadores sólo pueden llevarla a cabo los trabajadores mismos. ¿No estoy en lo justo al repetir que Shachtman siente ostensiblemente que está dentro de una guardería?

En el órgano parisino de los mencheviques (quienes, si eso es posible, son todavía más “irreconciliables” en su actitud hacia la política exterior del Kremlin que Shachtman) se informa que “en las aldeas, muy frecuentemente con la simple aproximación de las tropas soviéticas [es decir, aun antes de su entrada en un distrito dado. L. T.], surgieron comités campesinos por todas partes, órganos elementales del autogobierno revolucionario campesino...”. Las autoridades militares se apresuraron, claro está, a subordinar estos comités a los órganos burocráticos establecidos por ellas en los centros urbanos. Sin embargo, se vieron obligados a apoyarse en los comités campesinos, puesto que sin ellos era imposible llevar a cabo la revolución agraria.

El líder de los mencheviques, Dan, escribió el 19 de octubre: “De acuerdo con el testimonio unánime de todos los observadores, la aparición del ejército y de la burocracia soviéticos provocó, no sólo en el territorio ocupado por ellos sino más allá de sus límites, un impulso (!!!) al desorden social y a las transformaciones sociales.” El “impulso”, como puede verse, no fue inventado por mí, sino por “el testimonio unánime de todos los observadores” dotados de ojos y oídos. Dan va todavía más lejos y expresa la suposición de que “las oleadas engendradas por este impulso no sólo afectarán al poderío alemán en un lapso relativamente corto de tiempo, sino que también, en grado mayor o menor, envolverán a otros estados”⁸¹.

Otro autor menchevique escribe: “A pesar de lo que hayan podido intentar en el Kremlin para evitar cualquier cosa que pudiera saber a la gran revolución, el mismo hecho de la entrada de las tropas soviéticas en los territorios de Polonia Oriental, con sus viejas relaciones agrarias semif feudales, tenían que provocar un tempestuoso movimiento agrario. Con la aproximación de las tropas soviéticas, los campesinos comenzaron a tomar los latifundios de los terratenientes y a formar comités campesinos”. Observen: con la aproximación de las tropas soviéticas, y de ningún modo con su expulsión, como debiera ser de acuerdo con las palabras de Shachtman. Cito el testimonio de los mencheviques porque están muy bien informados, con fuentes de información procedentes de los emigrados judíos y polacos llegados a Francia y con quienes están en amistosos términos, y también porque como estos caballeros han capitulado ante la burguesía francesa, no puede sospecharse que hayan capitulado ante el estalinismo.

⁸¹ En *Sotsialisticherski Vestnik*, diario menchevique, octubre de 1939 [y las siguientes]. ED.

El testimonio de los mencheviques, por lo demás, se confirma con los informes de la prensa burguesa.

“La revolución agraria en la Polonia soviética ha tenido la fuerza de un movimiento espontáneo. Tan pronto como se extendió la noticia de que el Ejército Rojo había cruzado el río Zbrucz, los campesinos comenzaron a repartir entre ellos las hectáreas de los terratenientes. Se dio la tierra primero a los pequeños propietarios y así se expropió cerca de un 30 por ciento de la tierra laborable.” (*NY Times*, 17 de enero de 1940). Como si se tratara de un nuevo argumento, Shachtman me lanza mis propias palabras para sostener que la expropiación de los terratenientes en Polonia Oriental no puede alterar nuestra apreciación de la política *general* del Kremlin. ¡Claro que no! Nadie lo ha propuesto. Con la ayuda de la Internacional Comunista, el Kremlin ha desorientado y desmoralizado a la clase obrera, de forma que no sólo ha facilitado el estallido de una nueva guerra imperialista, sino que también ha hecho extremadamente difícil la utilización de esta guerra para la revolución. Comparada con aquellos crímenes, la transformación social en las dos provincias, que fue pagada con creces por la esclavitud de Polonia, es, naturalmente, de importancia secundaria, y no puede alterar el carácter general reaccionario de la política del Kremlin. Pero, por iniciativa de la misma oposición, la cuestión ahora planteada no es de política general, sino de su refracción concreta bajo condiciones específicas de tiempo y de lugar. Para los campesinos de Galitzia y de Bielorrusia Occidental la transformación agraria fue de la mayor importancia. La Cuarta Internacional no podía haber boicoteado esta transformación sobre la base de que la iniciativa fue tomada por la burocracia reaccionaria. Nuestro estricto deber era participar en la transformación, junto a los obreros y campesinos, y en esa medida, junto al Ejército Rojo. Al mismo tiempo, era indispensable prevenir incansablemente a las masas sobre el carácter reaccionario general de la política del Kremlin y de aquellos peligros que eso entraña para los territorios ocupados. Saber cómo combinar estas dos tareas o, más precisamente, los dos aspectos de una misma tarea, precisamente esta es la política bolchevique.

Una vez más: Finlandia

Habiendo revelado tan singular perspicacia para entender los acontecimientos de Polonia, Shachtman se lanza sobre mí con autoridad redoblada, en relación con los acontecimientos de Finlandia. En mi artículo “Una oposición pequeñoburguesa”⁸² escribí que “la guerra soviético-finlandesa está comenzando aparentemente a ser complementada por una guerra civil, en la que el Ejército Rojo se encuentra en la fase dada en el mismo campo que los pequeños campesinos y los obreros finlandeses...” Esta fórmula extremadamente cauta no encontró la aprobación de mi implacable juez. Mi valoración de los acontecimientos de Polonia lo había sacado de quicio. “Encuentro todavía menos [pruebas] para sus (¿cómo tendré que decir?) asombrosas observaciones acerca de Finlandia”, escribe Shachtman en la página 16 de su “Carta”. Me apena que Shachtman prefiera asombrarse a pensar algo sobre ello.

En los estados bálticos, el Kremlin limitó su labor a conseguir ventajas estratégicas con el cálculo indiscutible de que en el futuro estas bases militares estratégicas también permitirán la soviétización de estas antiguas partes del imperio zarista. Estos éxitos en el Báltico, conseguidos por la amenaza diplomática, se encontraron, sin embargo, con la resistencia de Finlandia. Someterse a esta resistencia habría significado para el Kremlin poner en peligro su “prestigio” y, por lo tanto, sus éxitos en Estonia, Letonia y Lituania. Así, contrariando sus planes iniciales, el Kremlin

⁸² Ver en esta misma obra página 43 y siguientes.

se vio obligado a recurrir a la fuerza armada. De este hecho, cualquier persona que piense, se preguntaría: ¿Pretende el Kremlin sólo atemorizar a la burguesía finlandesa y forzarla a hacer concesiones, o irá ahora más lejos?

A esta pregunta, claro que no puede haber una respuesta “automática”. Era necesario (a la luz de las tendencias generales) orientarse, a base de síntomas concretos. Los líderes de la oposición son incapaces de esto.

Las operaciones militares comenzaron el 30 de noviembre. Ese mismo día, el Comité Central del Partido Comunista Finlandés, indudablemente situado en Leningrado o en Moscú, lanzó un manifiesto por radio al pueblo trabajador de Finlandia. Este manifiesto proclamaba: “Por segunda vez en la historia de Finlandia, la clase obrera finlandesa entabla una lucha contra el yugo de la plutocracia. La primera experiencia de los obreros y campesinos, en 1918, terminó con la victoria de los capitalistas y terratenientes. Pero esta vez... ¡el pueblo trabajador tendrá que vencer!” Este manifiesto indicaba claramente por sí solo que no existía ningún intento de atemorizar al gobierno burgués de Finlandia, sino un plan para provocar la insurrección en el país y completar la invasión del Ejército Rojo con la guerra civil.

La declaración del llamado Gobierno Popular, publicada el 2 de diciembre, afirma: “En diferentes partes del país, el pueblo se ha levantado ya y proclamado la creación de una república democrática”. Esta afirmación es obviamente un invento; de otro modo, el manifiesto habría mencionado los sitios en que se habían llevado a cabo los intentos de insurrección. Es posible, sin embargo, que intentos aislados, preparados desde fuera, hayan terminado en el fracaso, y por eso precisamente haya parecido mejor no entrar en detalles. En cualquier caso, las noticias referentes a “insurrecciones” constituyeron un llamamiento a la insurrección. Por lo demás, la declaración contenía información concerniente a la formación del “primer cuerpo finlandés, que en el curso de las próximas batallas será engrosado por voluntarios de las filas de obreros y campesinos revolucionarios”. Hubieran mil hombres en este “cuerpo”, o fueran sólo cien, el significado del “cuerpo” en la determinación de la política del Kremlin fue indiscutible. Al mismo tiempo, despachos cablegráficos informaban de la expropiación de grandes terratenientes en las regiones fronterizas. No existe la menor duda de que esto es exactamente lo que aconteció durante el primer avance del Ejército Rojo. Pero aun cuando estos despachos fueran considerados invenciones, conservan, enteramente, su significado como llamamiento para una revolución agraria. De ese modo, yo tenía todo derecho para, declarar que “la guerra soviético-finlandesa está comenzando aparentemente a ser complementada por una guerra civil”. A principios de diciembre, es verdad, sólo tenía a mi disposición una parte de estos hechos. Pero sobre el fondo de la situación general y, me tomo la libertad de añadir, con la ayuda de una comprensión de su lógica interna, los síntomas aislados me permitieron extraer las conclusiones necesarias respecto a la dirección de toda la lucha. Sin semejantes conclusiones casi a priori, se podrá ser un observador que razona, pero en ningún caso un participante activo de los acontecimientos. Pero, ¿por qué el llamamiento del “Gobierno Popular” no consiguió una respuesta inmediata de las masas? Por tres razones: 1º) Finlandia está completamente dominada por un aparato militar reaccionario, sostenido no sólo por la burguesía sino también por las capas altas del campesinado y por la burocracia obrera; 2º) la política del Kremlin logró transformar al Partido Comunista Finlandés en un factor insignificante; 3º) el régimen de la URSS de ningún modo es capaz de levantar el entusiasmo entre las masas trabajadoras finlandesas. Aun en Ucrania, entre 1918 y 1920, los campesinos respondieron muy lentamente a los llamamientos para tomar los latifundios de los terratenientes, porque el poder local soviético era todavía débil y cada triunfo de los blancos traía consigo cruentas persecuciones punitivas. Tanto menos sorprendente es que los campesinos pobres

finlandeses tardaran en responder a un llamamiento para una revolución agraria. Para poner a los campesinos en movimiento, se requerían triunfos importantes del Ejército Rojo. Pero durante el primer mal preparado avance, el Ejército Rojo sólo sufrió derrotas. Bajo tales condiciones ni siquiera era posible hablar de un levantamiento campesino. Era imposible esperar una guerra civil independiente en Finlandia en el estadio en cuestión: mis cálculos hablaban muy precisamente de complementar las operaciones militares con medidas de guerra civil. Tengo en la mente (por lo menos hasta que el ejército finlandés sea aniquilado) sólo el territorio ocupado y las regiones adyacentes. Hoy, 17 de enero, mientras escribo estas líneas, despachos de fuente finlandesa informan que una de las provincias fronterizas ha sido invadida por destacamentos de emigrados finlandeses y de que, literalmente, hermano a hermano se están matando allí. ¿Qué es esto sino un episodio de una guerra civil? En todo caso, no puede dudarse de que un nuevo avance del Ejército Rojo en Finlandia confirmará a cada paso nuestra apreciación general de la guerra. Shachtman no tiene ni un análisis de los acontecimientos, ni la insinuación de un pronóstico. Él se limita a la noble indignación y por esta razón a cada paso se hunde más en el cieno.

El llamamiento del “Gobierno Popular” proponía el control obrero. ¿Qué puede significar esto! (exclama Shachtman). No existe control obrero en la URSS, ¿de dónde llegará a Finlandia? Es triste decirlo, pero Shachtman revela una completa falta de comprensión de la situación. En la URSS, el control obrero es una fase consumada hace largo tiempo. Del control sobre la burguesía pasaron allí a la gestión de la producción nacionalizada. De la gestión de los obreros, al mando de la burocracia. Un nuevo control obrero significaría ahora un control sobre la burocracia. Esto no puede establecerse salvo como resultado de un levantamiento victorioso contra la burocracia. En Finlandia, el control obrero todavía significa nada más que arrojar a la burguesía nativa, cuyo sitio se propone ocupar la burocracia. Por lo demás, no se puede pensar que el Kremlin sea tan estúpido como para intentar gobernar Polonia Oriental o Finlandia por medio de comisarios importados. Para el Kremlin, es de la mayor urgencia extraer un nuevo aparato administrativo de entre la población trabajadora de las áreas ocupadas. Esta tarea sólo puede resolverse en varias etapas. La primera, son los comités campesinos y los comités de control obrero.⁸³

Shachtman se aferra ansiosamente incluso al hecho de que el programa de Kuusinen “es, formalmente, el programa de una “democracia” burguesa”. ¿Quiere decir con esto que el Kremlin se interesa más, en establecer una democracia burguesa en Finlandia que en incluir a ésta dentro de la estructura de la URSS? Shachtman mismo no sabe lo que quiere decir. En España, que Moscú no se preparaba a fusionar con la URSS, de lo que se trató en realidad fue de demostrar la capacidad del Kremlin para salvaguardar la democracia burguesa contra la revolución proletaria. Esta tarea dimanaba de los intereses de la burocracia del Kremlin en aquella situación internacional particular. Hoy,

⁸³ Este artículo estaba ya escrito cuando leí en el *New York Times* del 17 de enero las líneas siguientes relativas al este de Polonia. “En la industria, todavía no se han realizado actos de expropiación a gran escala. Los principales centros bancarios, la red de ferrocarriles, y muchas de las grandes empresas industriales fueron estatizados años antes de la ocupación rusa. En las industrias pequeñas y medianas, los trabajadores ejercen ahora el control sobre la producción.

Los industriales conservan nominalmente el pleno derecho de propiedad de sus establecimientos, pero están obligados a someter los informes sobre costes de producción, etc., a la consideración de los delegados de los trabajadores. Estos últimos, junto con los patronos, fijan los sueldos, las condiciones de trabajo y una “justa ganancia” para los industriales.”

Vemos que “la realidad de los hechos vivos” no se somete en absoluto a los modelos sin vida de los dirigentes de la oposición. Mientras tanto, nuestras abstracciones se están convirtiendo en carne y sangre. (Nota de autor.)

la situación es distinta. No se prepara el Kremlin a demostrar su utilidad a Francia, Inglaterra y Estados Unidos como lo han demostrado sus acciones, está firmemente decidido a soviétizar Finlandia en una o en dos etapas. El programa de gobierno de Kuusinen, aunque se lo analice desde el punto de vista “formal”, no se diferencia del programa de los bolcheviques en noviembre de 1917. Ciertamente, Shachtman explota mucho el hecho de que yo generalmente dé importancia al manifiesto del “idiota” Kuusinen. Sin embargo, me tomaré la libertad de considerar que el “idiota” Kuusinen, al actuar bajo el ucase de Kremlin y con el apoyo del Ejército Rojo, representa un factor político mucho más serio que el que representan sabihondos superficiales que se niegan a pensar a través de la lógica interna (dialéctica) de los acontecimientos.

Como resultado de su notable análisis, Shachtman propone abiertamente esta vez, una política derrotista en relación a la URSS, y añade (para caso de emergencia) que no deja de ser de ningún modo, un “patriota de su clase”. Nos place mucho la información. Lo malo es que Dan, líder de los mencheviques, el 12 de noviembre escribió que en el caso de que la Unión Soviética invadiera Finlandia, el proletariado mundial “debe tomar una posición derrotista definitiva en relación con esa violación” (*Sozialisticheski Vestnik*, n° 19-20, pág. 43). Es necesario añadir que a lo largo del régimen de Kerensky, Dan fue un rabioso defensor; no consiguió ser derrotista ni siquiera bajo el zar. Sólo la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo ha convertido a Dan en derrotista. Naturalmente, no por eso ha dejado de ser “un patriota de su clase”. ¿Qué clase? Esta cuestión no carece de interés. Shachtman no está de acuerdo con Dan en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos, y que éste, por encontrarse más cerca del teatro de la acción no puede sustituir los hechos por la ficción; en forma de compensación, en lo que se refiere a las “conclusiones políticas concretas”, Shachtman ha resultado ser un “patriota” de la mismísima clase que Dan. Esta clase, en sociología marxista, si la oposición me lo permite, se llama pequeña burguesía.

La teoría de los “bloques”

Para justificar su bloque con Burnham y Abern (contra el ala proletaria del partido, contra el programa de la Cuarta Internacional y contra el método marxista), Shachtman no ha prescindido de la historia del movimiento revolucionario, que (según sus palabras) estudió especialmente a fin de transmitir grandes tradiciones a la joven generación. La finalidad es, naturalmente, excelente. Pero exige un método científico. Mientras tanto, Shachtman ha empezado por sacrificar el método científico en aras de un bloque. Sus ejemplos históricos son arbitrarios, no meditados, y categóricamente falsos.

No toda colaboración es un bloque en el sentido propio de la palabra. No poco frecuentes son los acuerdos episódicos que de ningún modo se transforman y que no se debe tratar de transformar en un bloque prolongado. Por otra parte, la pertenencia a un mismo partido, difícilmente puede llamarse un bloque. Nosotros, junto al camarada Burnham, hemos pertenecido (y espero que seguiremos perteneciendo hasta el final) a un mismo partido internacional; pero esto todavía no es un bloque. Dos partidos pueden convenir en un bloque a largo plazo para luchar juntos contra un enemigo común: tal fue la política del “Frente Popular”. Tendencias próximas, pero no idénticas, dentro de un mismo partido, pueden convenir en formar un bloque contra una tercera fracción.

Para estimar los bloques internos del partido, son de importancia decisiva dos cuestiones: 1) Primero y, sobre todo, ¿en contra de quién o de qué está dirigido el bloque? 2) ¿Cuál es la relación de fuerzas dentro del bloque? Así, para una lucha contra el chovinismo dentro del propio partido, está enteramente permitida la formación de un bloque entre internacionalistas y centristas. El resultado del bloque dependería en este caso, de la claridad del programa de los internacionalistas, de su cohesión y disciplina, ya

que estos rasgos frecuentemente son más importantes para determinar la relación de fuerzas que su fuerza numérica.

Como dijimos antes, Shachtman apela al bloque de Lenin con Bogdanov. Ya he afirmado que Lenin no hizo ni las más ligeras concesiones teóricas a Bogdanov. Ahora examinaremos el aspecto político del “bloque”. Primeramente, es necesario establecer que de lo que en realidad se trató no fue de un bloque, sino de una colaboración en una organización común. La fracción bolchevique desarrollaba una existencia independiente. Lenin no formó un “bloque” con Bogdanov contra otras tendencias dentro de su propia organización. Por el contrario, formó un bloque aun con los bolcheviques conciliadores (Dubrovinsky, Ríkov y otros) contra las herejías teóricas de Bogdanov. En esencia, la cuestión, en lo que se refiere a Lenin, era si sería posible continuar con Bogdanov en una misma organización que, a pesar de llamarse “fracción”, tenía todos los rasgos de un partido. Si Shachtman no considera a la oposición como una organización independiente, entonces su referencia al “bloque” Lenin-Bogdanov se hace añicos.

Pero el error en la analogía no se limita a esto. La fracción-partido bolchevique desarrollaba una lucha contra el menchevismo, que en esa época ya se había revelado completamente como una agencia pequeñoburguesa de la burguesía liberal. Esto era mucho más serio que la acusación de supuesto “conservadurismo burocrático”, cuyas raíces de clase Shachtman ni siquiera intenta definir. La colaboración de Lenin con Bogdanov fue una colaboración entre un tendencia proletaria y una tendencia centrista sectaria, contra el oportunismo pequeñoburgués, Las líneas de clase están claras. El “bloque” (si se usa este término en el caso dado) estaba justificado.

La historia posterior del “bloque” no carece de importancia. En la carta a Gorki citada por Shachtman, Lenin expresaba la esperanza de que sería posible separar las cuestiones políticas de las puramente filosóficas. Shachtman se olvida de decir que la esperanza de Lenin no se materializó de ningún modo. Se desarrollaron diferencias desde las cimas de la filosofía hasta abajo, en todas las demás cuestiones, inclusive las más rutinarias. Si el “bloque” no desacreditó al bolchevismo sólo fue porque Lenin tenía un programa acabado, un método correcto, una fracción firmemente soldada, en la cual el grupo de Bogdanov constituía una pequeña minoría inestable.

Shachtman ha constituido un bloque con Burnham y Abern contra el ala proletaria de su propio partido. Es imposible negarlo. La relación de fuerzas dentro del bloque está enteramente en contra de Shachtman. Abern tiene su propia fracción. Burnham, con ayuda de Shachtman, puede crear un remedo de fracción integrada por los intelectuales desilusionados del bolchevismo. Shachtman no tiene ningún programa independiente, ningún método independiente, ninguna fracción independiente. El carácter ecléctico del “programa” de la oposición está determinado por las tendencias contradictorias dentro del bloque. En caso de que el bloque se colapse (y el colapso es inevitable) Shachtman saldrá de la lucha sin otra cosa que daño para el partido y para sí mismo.

Shachtman apela además al hecho de que, en 1917, Lenin y Trotsky se unieron, después de una larga lucha, y que más tarde habría sido incorrecto recordarles sus diferencias pasadas. Este ejemplo se encuentra un poco comprometido por el hecho de que Shachtman lo utilizó ya una vez, antes, para explicar su bloque con... Cannon, contra Abern. Pero además de esta desagradable circunstancia, la analogía histórica es falsa hasta la médula. Al unirse al partido bolchevique Trotsky reconoció completamente y con toda lealtad la corrección de los métodos leninistas de construcción del partido. Al mismo tiempo, la irreconciliable tendencia de clase del bolchevismo había corregido un pronóstico incorrecto. Si yo no suscité nuevamente la cuestión de la “revolución permanente” en 1917, fue porque había sido ya decidida para ambos bandos por la marcha

de los acontecimientos. La base para el trabajo conjunto fue constituida no por combinaciones subjetivas o episódicas, sino por la revolución proletaria. Esta es una sólida base. Además, de lo que se trataba aquí no era de un “bloque”, sino de la unificación en un solo partido, contra la burguesía y sus agentes pequeñoburgueses. Dentro del partido, el bloque de octubre de Lenin y Trotsky estaba dirigido en contra de las vacilaciones pequeñoburguesas sobre la cuestión de la insurrección.

Igual de superficial es la referencia de Shachtman al bloque de Trotsky con Zinóviev en 1926. La lucha en esa época estaba dirigida no contra el “conservadurismo burocrático” como rasgo psicológico de unos cuantos individuos antipáticos, sino contra la más poderosa burocracia del mundo, sus privilegios, su gobierno arbitrario y su política reaccionaria. El radio de diferencias permitidas en un bloque está determinado por el carácter del adversario.

La relación de elementos dentro del bloque era igualmente diferente en todo. La oposición de 1923⁸⁴ tenía su propio programa y sus propios cuadros, en ningún modo compuestos de intelectuales, como afirma Shachtman, haciéndose eco de los estalinistas, sino de trabajadores de base. La oposición Zinóviev-Kámenev, a petición nuestra, reconoció en un documento especial que la oposición de 1923 estaba en lo correcto en todas las cuestiones fundamentales. Sin embargo, puesto que teníamos tradiciones distintas y estábamos lejos de ponernos de acuerdo en todo, nunca llegó a realizarse la fusión; ambos grupos siguieron siendo fracciones independientes. En ciertas cuestiones de importancia, es cierto, la oposición de 1923 hizo concesiones de principio a la oposición de 1926 (en contra de mi voto), concesiones que consideré y considero aún como inadmisibles. La circunstancia de que no protestase abiertamente contra estas concesiones fue más bien un error. Pero generalmente no había mucho lugar para protestas públicas, ya que trabajábamos ilegalmente. En cualquier caso, ambos campos quedaron ‘bien enterados de mis opiniones sobre las cuestiones polémicas. Dentro de la oposición de 1923, novecientos noventa y nueve por mil, si no más, apoyaron mi punto de vista, y no el de Zinóviev o el de Radek. Con semejante relación entre los dos grupos dentro del bloque, pudo haber este o aquel error parcial, pero no hubo nada parecido al aventurerismo.

Con Shachtman, el caso es completamente distinto. ¿Quién estaba en lo cierto en el pasado, y precisamente cuándo y dónde? ¿Por qué estuvo primero Shachtman con Abern, después con Cannon, y ahora de nuevo con Abern? La propia explicación de Shachtman respecto a las amargas luchas fraccionales pasadas es digna no de una figura política responsable, sino de una niñera: “Juanito se equivocó un poquito, Max otro poquito, todos un poquito y, ahora, todos estamos un poquito en lo justo.” ¿Quién estaba en un error, y en qué? ni una palabra de esto. La tradición no existe. El ayer ha sido borrado de los cálculos, y ¿cuál es la razón de todo esto? Es porque en el organismo del partido, el camarada Shachtman desempeña el papel de un riñón flotante.

En busca de analogías históricas, Shachtman huye de un ejemplo que realmente sí tiene parecido con su actual bloque. Pienso en el llamado bloque de agosto de 1912⁸⁵. Yo

⁸⁴ La Oposición de 1923, llamada Oposición de Izquierda, reunía, sobre la doble exigencia de la planificación económica y la democratización de la vida del partido, a una vasta capa de cuadros del partido, cuyo núcleo, homogéneo, constituiría el núcleo de los “trotskystas” La oposición de 1926 u Oposición Unificada (aquí todavía designada con el vocablo “Trotsky-Zinóviev”) reunió sobre una plataforma mínima cuya base teórica es la condena del socialismo en un solo país [ver en esta misma serie *Plataforma de la Oposición Conjunta*. EIS] a dos fracciones que coexistían, la de Trotsky y la de Zinóviev y Kámenev. EDI.

⁸⁵ En enero de 1912 Lenin reunió en Praga una conferencia de la fracción bolchevique que se reclamó “Partido Obrero Socialdemócrata Ruso” y eligió a su comité central. El principal motivo de esta proclamación fue el rechazo de las otras corrientes a romper con los liquidadores, es decir con el ala de los mencheviques que querían liquidar el trabajo ilegal en beneficio del trabajo legal únicamente. Esas otras

participé activamente en este bloque. En cierto modo, yo le di nacimiento. Políticamente, yo difería de los mencheviques en todas las cuestiones fundamentales. También difería de los bolcheviques ultraizquierdistas, de los miembros del grupo “Vperiod”. En la tendencia política general, me encontraba mucho más cerca de los bolcheviques. Pero estaba contra el “régimen” leninista porque todavía no había aprendido a comprender que a fin de realizar la meta revolucionaria, es indispensable un partido centralizado, firmemente unido. Y así formé este bloque episódico, compuesto de elementos heterogéneos que estaba dirigido contra el ala proletaria del partido.

En el bloque de agosto los liquidadores tenían su propia fracción. Yo me mantuve aislado, tenía a quienes pensaban como yo, pero no una fracción. Muchos de los documentos fueron escritos por mí, y mediante la elusión de las diferencias de principio, tenían por objeto la creación de una apariencia de unanimidad respecto a las “cuestiones políticas concretas”. ¡Ni una palabra sobre el pasado! Lenin sometió al bloque de agosto a una crítica sin piedad, y los golpes más rigurosos cayeron en mi huerto. Lenin demostró que tanto más cuanto que yo no me había puesto de acuerdo ni con los mencheviques ni con los miembros del grupo “Vperiod, mi política era aventurerismo. Esto fue severo, pero cierto.

Como “circunstancia atenuante” permítaseme mencionar el hecho de que yo me había fijado como tarea, no el apoyar a la fracción derechista o ultraizquierdista contra los bolcheviques, sino la de unir al partido en su conjunto. Los bolcheviques también fueron invitados a la conferencia de agosto. Pero como Lenin rehusó de plano unirse con los mencheviques (en lo que estaba completamente acertado), me vi colocado en un bloque artificial, con los mencheviques y los miembros del grupo “Vperiod”. La segunda circunstancia atenuante es que el fenómeno mismo del bolchevismo, como verdadero partido revolucionario, se desarrollaba entonces por primera vez; en la práctica de la Segunda Internacional no existían antecedentes. Pero no trato por ese medio de absolverme en lo más mínimo de culpa. No obstante, la concepción de la revolución permanente, que revelaba indudablemente la perspectiva correcta, no me había liberado en aquella época, especialmente en la esfera organizativa, de los rasgos del revolucionario pequeñoburgués. Estaba enfermo de la enfermedad del conciliacionismo hacia el menchevismo, y de una actitud desconfiada hacia el centralismo leninista. Inmediatamente después de la conferencia de agosto, el bloque comenzó a desintegrarse en sus partes componentes. A los pocos meses, yo estaba fuera del bloque, no sólo en materia de principios, sino organizativamente.

Hoy dirijo a Shachtman el mismo reproche que Lenin me dirigió hace 27 años: “Su bloque carece de principios”. “Su política es aventurerismo”. De todo corazón, expreso la esperanza de que, de estas acusaciones, Shachtman extraiga las mismas conclusiones que una vez extraje yo.

Las fracciones en lucha

Shachtman se sorprende de que Trotsky, “el líder de la oposición de 1923”, sea capaz de apoyar a la fracción burocrática de Cannon. En esto, como en la cuestión del control obrero, Shachtman revela de nuevo su falta de tacto para la perspectiva histórica.

corrientes constituyeron un Comité de Organización que intentó reunir a todas las fuerzas de la socialdemocracia rusa frente a los bolcheviques. Trotsky, partidario entonces de un partido amplio, abierto a todas las corrientes, hizo de cuña obrera de este intento de agrupamiento que recibió el nombre de “Bloque de Agosto” porque se materializó en una conferencia celebrada en agosto de 1912, en Viena, bajo la presidencia de Trotsky. El Bloque de Agosto se desintegró en los meses siguientes. Lenin atacó entonces violentamente este “Bloque de Agosto” y a Trotsky, que, después de 1917 juzgaría severamente este aspecto de su propia política anterior. EDI.

Exactamente, para justificar su dictadura, la burocracia soviética explotó los principios del centralismo bolchevique, pero en el proceso real, los transformó en su justo contrario. Esto, sin embargo, no desacredita en lo más mínimo los métodos del bolchevismo. Durante un período de muchos años, Lenin educó al partido en el espíritu de la disciplina proletaria y de un severo centralismo. Mientras lo hacía, sufrió muchas veces el ataque de las fracciones y de las camarillas pequeñoburguesas. El centralismo bolchevique fue un factor profundamente progresivo que aseguró en última instancia el triunfo de la revolución. No es difícil comprender que la lucha de la actual oposición en el seno del Socialist Workers Party nada tiene en común con la lucha de la oposición rusa de 1923 contra la privilegiada casta burocrática; pero sí tiene, en cambio, un gran parecido con la lucha de los mencheviques en contra del centralismo bolchevique.

Según la oposición, Cannon y su grupo son “expresión de un tipo de política que podría muy bien describirse como conservadurismo burocrático”. ¿Qué quiere decir esto? La dominación de una burocracia obrera conservadora, copartícipe en los beneficios de la burguesía nacional, sería inconcebible sin el apoyo directo o indirecto del estado capitalista. El gobierno de la burocracia estalinista sería inconcebible sin la GPU, el ejército, los tribunales, etc. La burocracia soviética apoya a Stalin, precisamente porque es el burócrata que defiende sus intereses mejor que ningún otro. La burocracia sindical apoya a Green y Lewis⁸⁶ precisamente porque sus vicios, como burócratas diestros y hábiles, salvaguardan los intereses materiales de la aristocracia obrera. ¿Sobre qué bases se apoya el conservadurismo burocrático” del SWP? Es evidente que no es sobre intereses materiales, sino en una selección de tipos burocráticos, en contraste con otro sector donde se han reunido los espíritus dinámicos, innovadores e iniciadores. La oposición no señala ningún objetivo, como, por ejemplo, las bases sociales del “conservadurismo burocrático”. Todo se reduce a pura psicología. En tales condiciones, todo obrero que piense dirá: es posible que el camarada Cannon realmente peque en lo referente a sus tendencias burocráticas (me es difícil juzgar desde lejos), pero si la mayoría del comité nacional y de todo el partido, que en modo alguno está interesada en “privilegios” burocráticos, apoya a Cannon, lo hace, no en razón de sus tendencias burocráticas, sino a pesar de ellas. Esto significa que él tiene otras virtudes que contrapesan largamente sus defectos personales. Eso es lo que dirá un miembro serio del partido. Y, en mi opinión, estará en lo justo.

Para probar sus quejas y acusaciones, los líderes de la oposición sacan a luz anécdotas y episodios que pueden contarse por centenares y por miles en todo partido, y que, además, son imposibles de verificar objetivamente en la mayor parte de los casos. La indulgencia está muy lejos de mí cuando critico la sección historietas de los documentos de la oposición. Pero hay un episodio sobre el que quiero expresarme como testigo y participante. Los líderes de la oposición refieren muy arrogantemente la facilidad con que Cannon y su grupo aceptó, presumiblemente sin crítica y sin deliberación, el programa de reivindicaciones transitorias⁸⁷. He aquí lo que escribí al camarada Cannon el 15 de abril de 1938⁸⁸, en lo que respecta a la elaboración de este programa:

⁸⁶ John Lewis (1880-1971), presidente del sindicato de mineros, uno de los fundadores del Congress of Industrial Organisations (CIO). Agrupamiento de los sindicatos más combativos de la AFL, de la que la CIO fue expulsada en agosto de 1936 por los dirigentes de aquella. En 1942, John Lewis, tras haber llevado a cabo una vigorosa campaña en 1939-1940 contra la entrada de los USA en la guerra, coqueteó contra Roosevelt con el ala aislacionista del Partido Republicano, hizo salir al sindicato de mineros de la CIO. EDI.

⁸⁷ Ver en estas mismas OELT-EIS: *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*.

⁸⁸ Ver en *Escritos, Tomo IX, Volumen 2*, página 133 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

“Le hemos enviado el proyecto del programa de transición y una breve declaración sobre el partido obrero. Sin la visita de ustedes a México nunca hubiera podido escribir el proyecto de programa, porque durante las discusiones aprendí muchas cosas importantes que me permitieron ser más explícito y concreto...”

Shachtman conoce perfectamente estas circunstancias ya que él fue uno de los que tomaron parte en la discusión.

Los rumores, las especulaciones personales y los simples chismes no sirven para nada, pero ocupan un sitio importante en los círculos pequeñoburgueses, en donde las personas están unidas, no por ligámenes de partido, sino por relaciones personales, y donde no se ha adquirido el hábito de un examen clasista de los acontecimientos. De boca en boca ha pasado el hecho de que he sido visitado exclusivamente por representantes de la mayoría y que se me ha llevado fuera de la senda de la verdad. ¡Mis queridos camaradas, no creáis esta insensatez! Yo obtengo información política por los mismos métodos que uso generalmente en mi trabajo. Una actitud crítica con respecto a la información es parte orgánica de la fisonomía política de todo político. Si yo fuese incapaz de distinguir las comunicaciones falsas de las verdaderas, ¿qué valor podrían tener mis juicios en general?

Conozco personalmente a no menos de veinte miembros de la fracción de Abern. Hacia algunos de ellos me siento obligado por su amistosa ayuda en mi labor, y los considero a todos, o a casi todos, como valiosos miembros del partido. Pero debo decir al mismo tiempo que lo que los distingue a uno de otro en mayor o menor grado es la aureola de medio pequeñoburgués, la falta de experiencia en la lucha de clases y, en cierta medida, la falta del contacto indispensable con el movimiento proletario. Sus rasgos positivos los ligan a la Cuarta Internacional. Sus rasgos negativos los atan a la más conservadora de todas las fracciones.

“Se inculca una actitud antiintelectual y antiintelectuales en las mentes de los miembros del partido”, se queja el documento sobre el “Conservadurismo burocrático” (*International Bulletin*, Vol. 2, N.º 6, enero de 1940, pág. 12). Este argumento está traído por los pelos. Los intelectuales que están en tela de juicio no son aquellos que se han pasado completamente al lado del proletariado, sino aquellos elementos que tratan de llevar a nuestro partido a la posición del eclecticismo pequeñoburgués. Este mismo documento declara: “Se hace propaganda contra la sección de Nueva York que, en el fondo, se alimenta de prejuicios no siempre saludables” (ídem). ¿A qué prejuicios se alude aquí? Aparentemente al antisemitismo. Si en nuestro partido existen prejuicios antisemitas u otros prejuicios raciales, es necesario librar una implacable lucha contra ellos mediante ataques abiertos y no a través de vagas insinuaciones. Pero la cuestión de los intelectuales y semiintelectuales judíos de Nueva York es una cuestión *social* y *nacional*. En Nueva York hay gran cantidad de proletarios judíos, pero la fracción de Abern no está formada por ellos. Los elementos pequeñoburgueses de esta fracción se han demostrado incapaces hasta ahora de encontrar el camino hacia los obreros judíos. Se sienten satisfechos con su propio medio.

Ha habido más de un ejemplo en la historia (dicho sea con más precisión: no ha ocurrido de otra manera en la historia) de que en la transición del partido de un período al siguiente, aquellos elementos que jugaron un papel progresivo en el pasado, pero que demostraron ser incapaces de adaptarse con tiempo a las nuevas tareas, se han unido entre sí frente al peligro y han revelado casi exclusivamente sus rasgos negativos, y no los positivos. Ese es precisamente el actual papel de la fracción de Abern, en la que Shachtman juega el papel de periodista y Burnham el papel de consejo de expertos teóricos. “Cannon sabe [insiste Shachtman] cuán falso es introducir en la actual discusión la “cuestión Abern”. Él sabe lo que todo dirigente informado del partido, y muchos

miembros, saben, a saber, que durante los varios años pasados, al menos no ha existido ninguna cosa tal como un “grupo Abern.”” Me tomo la libertad de señalar que si alguien está aquí desfigurando la realidad no es otro que el mismo Shachtman. He estado siguiendo el desarrollo de las relaciones internas de la sección americana durante casi diez años. La composición específica y el papel especial jugado por la organización de Nueva York, fue evidente para mí antes que ninguna otra cosa. Shachtman tal vez recordará que, cuando yo aún estaba en Prinkipo, aconsejé al comité nacional que se trasladara de Nueva York y de su atmósfera de disputas pequeñoburguesas durante algún tiempo a algún centro industrial de provincias. Después de mi llegada a México, tuve oportunidad de conocer mejor el idioma inglés y, gracias a muchas visitas de mis amigos del norte, de llegar a una descripción más viva de la composición social y de la psicología política de los distintos grupos. Sobre la base de mis propias observaciones personales inmediatas durante los pasados tres años, puedo afirmar que la fracción Abern ha existido ininterrumpidamente, sino “dinámicamente”, al menos estáticamente.

Los miembros de la fracción Abern son fácilmente reconocibles para el que tenga cierta dosis de experiencia política, no sólo por sus rasgos sociales sino por su enfoque de todas las cuestiones. Estos camaradas siempre han negado formalmente la existencia de su fracción. Hubo un período en que algunos de ellos trataron realmente de integrarse en el partido. Pero intentaron esto violentándose a sí mismos, y en todas las cuestiones críticas entraron en relación con el partido como grupo. Les interesaban mucho más las combinaciones en la cumbre, los conflictos personales y las incidencias acostumbradas del “estado mayor” que las cuestiones de principios, en particular, la cuestión de cambiar la composición social del partido. Esta es la escuela de Abern. Yo advertí insistentemente a muchos de estos camaradas que el empaparse de esta existencia artificial, los llevaría infaliblemente, tarde o temprano, a una nueva explosión fraccional.

Los líderes de la oposición hablan irónica y desdeñosamente de la composición proletaria de la fracción de Cannon; a sus ojos, este “detalle” incidental carece de importancia. ¿Qué es esto si no desdén pequeñoburgués combinado con ceguera? En el Segundo Congreso de los socialdemócratas rusos, en 1903, en el que se produjo la escisión entre los bolcheviques y los mencheviques, sólo había tres obreros entre varias decenas de delegados. Los tres se pasaron a la mayoría. Los mencheviques se mofaron de Lenin porque atribuía a este hecho una gran importancia sintomática. Los mismos mencheviques explicaron la posición de los tres trabajadores por su falta de “madurez”. Pero, como es sabido, fue Lenin quien resultó estar en lo justo.

Si la sección proletaria de nuestro partido americano es “políticamente atrasada”, entonces la primera tarea de los “avanzados” debía haber consistido en elevar a los trabajadores a un nivel superior. ¿Pero por qué ha fracasado la actual oposición en encontrar su camino hacia estos trabajadores? ¿Por qué dejó que esta labor la hiciera la “camarilla de Cannon”? ¿Qué es lo que hay en todo esto? ¿No son suficientemente buenos los obreros para la oposición? ¿O es que la oposición no convence a los obreros?

Sería una imbecilidad pensar que la sección obrera del partido es perfecta. Los obreros sólo alcanzan gradualmente una clara, conciencia de clase. Los sindicatos siempre crean un caldo de cultivo para las desviaciones oportunistas. Inevitablemente, nos referiremos a esta cuestión en una de las próximas etapas. Más de una vez el partido tendrá que recordar a sus propios sindicalistas que una *adaptación pedagógica a las capas más atrasadas del proletariado no debe transformarse en una adaptación política a la burocracia conservadora de los sindicatos*. Toda nueva etapa de desarrollo, todo aumento en las filas partidarias y la complicación de los métodos de su trabajo, no solamente abre nuevas posibilidades, sino también nuevos peligros. Los obreros en los sindicatos, aun aquellos educados en la escuela más revolucionaria, a menudo desarrollan una tendencia

a liberarse del control del partido. Actualmente, sin embargo, en modo alguno se trata de esto. Actualmente, la oposición no proletaria, arrastrando tras de sí a la mayoría de la juventud no proletaria, está tratando de revisar nuestra teoría, nuestro programa, nuestra tradición; y hace todo esto frívolamente y, dicho sea de paso, para mayor utilidad en la lucha contra la “camarilla de Cannon”. Actualmente, la falta de respeto por el partido no la muestran los sindicalistas, sino los opositores pequeñoburgueses. Precisamente a fin de impedir que los sindicalistas vuelvan las espaldas al partido, es necesario condenar decisivamente en el futuro a los opositores pequeñoburgueses.

Además, es inadmisibles olvidar que los errores posibles o reales de aquellos camaradas que trabajan en los sindicatos reflejan la presión del proletariado americano tal como es hoy. Esta es nuestra clase. Estamos dispuestos a no capitular ante su presión. Pero esta presión nos indica al mismo tiempo dónde está nuestra principal ruta histórica. Los errores de la oposición, por el contrario, reflejan la presión de otra clase extraña. La condición elemental de nuestros futuros éxitos está en la ruptura ideológica con esa clase.

Los razonamientos de la oposición con respecto a la juventud son falsos en extremo. Por supuesto, sin la conquista de la juventud proletaria el partido revolucionario no puede crecer. Pero la dificultad consiste en que tenemos una juventud casi enteramente pequeñoburguesa y que tiene en grado considerable un pasado socialdemócrata, es decir, oportunista. Los dirigentes de esta juventud tienen indudables virtudes y condiciones, pero, ¡ay!, han sido educados en el espíritu del combinacionismo pequeñoburgués y, si no se los arranca de su medio habitual, si no se les envía sin sus altisonantes títulos a los barrios obreros a hacer el penoso trabajo cotidiano entre el proletariado, pueden perderse para siempre para el movimiento revolucionario. Con respecto a la juventud, como en todas las demás cuestiones, Shachtman ha tomado, desgraciadamente, una posición falsa hasta la médula.

¡Es hora de detenerse!

Hasta qué extremo el pensamiento de Shachtman, desde un punto de partida falso, ha llegado a degradarse, podemos verlo en el hecho de que describe mi posición como una defensa de la “camarilla de Cannon” y que insiste varias veces sobre el hecho de que en Francia yo apoyé también erróneamente a la “camarilla de Molinier”. Todo es reducido a mi apoyo a individuos aislados o a grupos, con entera independencia de sus programas. El ejemplo de Molinier viene a espesar aún más la niebla. Trataré de despejarla. Molinier fue acusado no de alejarse de nuestro programa, sino de ser indisciplinado, arbitrario y de lanzarse a toda clase de aventuras financieras para sostener al partido y su fracción. Puesto que Molinier es un hombre muy enérgico y tiene indiscutibles cualidades prácticas, me pareció necesario (no sólo en interés de Molinier, sino, sobre todo, en interés de la organización misma) agotar todas las posibilidades de convencerlo y reeducarlo en el espíritu de la disciplina proletaria. Puesto que muchos de sus adversarios poseían todos sus defectos y ningunas de sus virtudes, hice lo posible para convencerlos, no para precipitar una escisión, sino para probar a Molinier una y otra vez. Esto fue lo que constituyó mi “defensa de Molinier” en el período de adolescencia de nuestra sección francesa.

Al adoptar una actitud paciente hacia los camaradas disparatados o indisciplinados, y al hacer repetidos esfuerzos para reeducarlos en el espíritu revolucionario como algo absolutamente obligatorio, no apliqué estos métodos, de ninguna manera, únicamente a Molinier. Hice esfuerzos por atraer al partido y salvar a

Kurt Landau⁸⁹, Field⁹⁰, Weisbord⁹¹, al austríaco Frey⁹², al francés Treint⁹³ y varios otros. En muchos casos, mis esfuerzos resultaron infructuosos; en unos cuantos, fue posible rescatar a valiosos camaradas.

En todo caso, no hice la menor concesión de principios a Molinier. Cuando él decidió fundar un periódico sobre la base de “cuatro consignas”, en lugar de nuestro programa, y dio pasos independientes para ejecutar su plan, yo estuve entre los que insistieron en su expulsión inmediata. Pero no quiero ocultar el hecho de que en el Congreso Fundacional de la Cuarta Internacional⁹⁴ estuve a favor nuevamente, una vez más, de que se probara a Molinier y a su grupo dentro de la estructura de la internacional, para ver si se habían convencido de lo erróneo de su política. Esta vez tampoco dio ningún resultado el intento. Sin embargo, no renuncié a repetirlo nuevamente y una vez más bajo condiciones adecuadas. Resulta muy curioso que entre los más encarnizados adversarios de Molinier hubiese gente como Vereecken y Sneevliet quienes, después de haber roto con la Cuarta Internacional, se unieron a él.

Algunos camaradas, después de conocer mis archivos, me han reprochado amistosamente el haber perdido y el continuar perdiendo mucho tiempo en convencer a “gente sin esperanza”. Les he respondido que muchas veces he tenido ocasión de observar cómo cambian las personas con las circunstancias y que, por lo tanto, no me apresuro a declararlas “sin esperanza” sobre la base de unos cuantos errores, por serios que sean.

Cuando me pareció claro que Shachtman estaba empujándose a sí mismo y a cierto sector del partido hacia un callejón sin salida, le escribí que, si estuviera en posibilidad de hacerlo, tomaría un avión y volaría a New York, a fin de discutir con él durante setenta y dos horas tendidas de una sola vez. Le pregunté si no quería hacer lo posible para reunirnos de alguna manera. Shachtman no contestó. Estaba en su pleno derecho. Es muy posible que aquellos camaradas que en el futuro se pongan en contacto con mis archivos, digan, también en este caso, que mi carta a Shachtman fue un paso en falso por mi parte

⁸⁹ Kurt Landau, llamado Wolf, llamado Spectator, comunista austríaco y redactor del periódico del partido en 1921, rompió en 1929 con el estalinismo, entró en la Oposición de Izquierda, que animó en Austria y Alemania. Miembro del Buró Internacional hasta 1931, fecha en la que rompió con el trotskismo. Emigrado en Francia organiza poco después el grupo “Que faire?” con André Ferrat y Georges Kagan. Desde esa época en relaciones con la oposición española, marchará a España en noviembre de 1936 y colaboró con *La Batalla*, órgano del POUM, donde polemizó con Trotsky y los trotskistas. Será arrestado en septiembre de 1937 por la GPU y asesinado. Trotsky lo había criticado severamente en un artículo del 16 de diciembre de 1932., “L’État et [sic] l’Opposition de gauche” [ver “La situación de la Oposición de Izquierda”, en *Escritos, Tomo IV, Volumen 1*, página 24 y siguientes del formato pdf en nuestra serie Escritos de [León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). EIS]. EDI.

⁹⁰ B.-J. Field, militante trotskista que asumió la dirección de la huelga del personal de los hoteles de Nueva York en 1933, se alejó de la organización trotskista durante el desarrollo de la huelga, entonces fue expulsado y constituyó un pequeño grupo, la Liga por un Partido Obrero Revolucionario, que tenía un periódico, el *Nuevo Boletín Internacional* y que vegetó hasta la guerra. EDI.

⁹¹ Albert Weisbord, expulsado del partido comunista norteamericano en 1929, entró en la oposición de izquierda de Norteamérica (la Liga Comunista de Norteamérica), con la que rompió casi de inmediato, no estando de acuerdo con la orientación “propagandista” de la Liga en los inicios de su trabajo. Constituyó un grupo de una docena de miembros denominado La Liga Comunista de Combate”. EDI.

⁹² Frey fue miembro de la Oposición de Izquierda en Austria, la que dirigió durante breve tiempo con Landau y abandonó junto con él. EDI.

⁹³ Albert Treint (1889), profesor, elegido al Comité Director del PCF en la escisión de Tours en diciembre de 1920. Miembro del ala izquierda, devino secretario general en 1923. Autor de la famosa fórmula según la cual el Frente Único Obrero consiste en “desplumar a la gallina” socialista. Brazo derecho de Zinóviev en el PCF instauró en él la bolchevización. En 1926 se le aparta del comité director y toma posición por la oposición en 1927, expulsado del PCF. Trotsky intentó colaborar con él, pero no pudo hallar terreno para el entendimiento político. En 1934 entró en la SFIO al mismo tiempo que los trotskistas, pero separado de ellos. EDI.

⁹⁴ Ver materiales en los anexos al *Programa de Transición* editado en estas mismas [OELT-EIS](#).

y que citen este “error” mío en relación con mi exagerada insistencia en “defender” a Molinier. No me convencerán. Es una tarea extremadamente difícil la de formar una vanguardia proletaria internacional en las actuales condiciones. Correr tras los individuos a expensas de los principios sería, naturalmente, un crimen. Pero hacer todo lo posible por traer nuevamente a nuestro programa a destacados, aunque errados, camaradas, lo he considerado y sigo considerándolo mi deber.

De la misma discusión sobre los sindicatos, que Shachtman utilizó con tan evidente incongruencia, cito las palabras de Lenin, que Shachtman debería grabar en su mente: “Un error comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las divergencias siempre comienzan por bagatelas. Todo el mundo ha sufrido alguna vez una pequeña herida; pero si la pequeña herida se hubiera infectado, podría haberse producido una enfermedad mortal”. Así habló Lenin el 23 de enero de 1921⁹⁵. Es imposible no cometer errores; algunos se equivocan muy frecuentemente, otros menos. El deber de un revolucionario proletario es no persistir en los errores, no colocar la ambición por encima de los intereses de la causa, sino saber detenerse a tiempo. ¡Es hora de que el camarada Shachtman se detenga! De otra manera, el rasguño, que ya se ha transformado en úlcera, puede llegar a la gangrena.

LEÓN TROTSKY.

24 de enero de 1940 Coyoacán, D. F.

Carta a Martin Abern (29 enero 1940)

29 de enero de 1940

Querido camarada Abern:

Por el camarada Cannon he tenido conocimiento de la expresión que a usted se le atribuye: “Esto significa la escisión”. El me escribió el 28 de diciembre de 1939:

“Su documento ha sido ya distribuido ampliamente en el partido. Hasta ahora he oído sólo dos comentarios definitivos por parte de dirigentes de la minoría. Abern, tras leer el título y los primeros párrafos, dijo a Goldman: “Esto es la escisión.”

Conozco a Cannon como un camarada digno de toda confianza, y no tengo ni la más leve razón para dudar de la veracidad de su comunicación.

Usted dice que este informe “es una mentira”. Sé, por una larga experiencia, que, en una lucha aguda, malentendidos de este tipo se dan a menudo de una y otra parte, sin mala voluntad.

Usted me pregunta si he hecho algún esfuerzo por investigar la veracidad de ese informe. Ninguno. Si lo hubiera difundido en correspondencia privada como hecho

⁹⁵ Se trata de una cita del discurso pronunciado por Lenin durante la reunión de la fracción comunista en el Segundo Congreso del Sindicato de Mineros de Rusia. Condenando el hecho que “El carácter malsano del problema del papel y las tareas de los sindicatos se debe a que adquirió demasiado pronto la forma de una lucha fraccional”, precisando que “acusó al camarada Trotsky de ese apresuramiento y precipitación demasiado grandes”, afirmando que había confiado en no tener que intervenir en esta discusión “porque es perjudicial pelearse con Trotsky (causa gran perjuicio a la república, al partido y a todos nosotros)”, Lenin declaró que de allí en adelante era necesario poner en claro las cosas después del último folleto de Trotsky, “Insisto que un error comienza siempre por ser pequeño y luego se hace grande. Las discrepancias arrancan siempre de cosas pequeñas. Un rasguño no es nada extraordinario, pero si se infecta puede ser una enfermedad mortal.” *Obras Completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 332-334. EDI.

conocido por mí, hubiera sido desleal. Pero lo publiqué con la indicación “se ha informado” y así darle a usted la entera posibilidad de confirmar o negar el informe. Creo que ésta es la mejor investigación posible en una discusión partidaria.

Usted dice al principio de su carta: “En el pasado no he prestado atención a muchas afirmaciones falsas, pero tomo nota entre otras cosas, en su carta abierta... etc... ¿Qué significa aquí “muchas afirmaciones falsas”? ¿De quién? ¿Qué significa la expresión “entre otras cosas”? ¿Qué tipo de cosas? ¿No cree usted que sus expresiones pueden ser entendidas por camaradas sin experiencia como insinuaciones vagas? Si, en mi artículo, hay “muchas afirmaciones falsas” y “otras cosas”, sería mejor enumerarlas exactamente. Si las afirmaciones falsas no son más, no entiendo por qué las introduce usted en la carta que me dirige. Tampoco puedo entender cómo se puede “no prestar atención” a muchas afirmaciones falsas si tienen alguna importancia política: puede ser interpretado como falta de atención al partido. En cualquier caso, veo con satisfacción que usted niega categóricamente la frase “Esto significa la escisión”. Interpreto el tono enérgico de su carta en este sentido, en el sentido de que su negativa no es formal, es decir, que usted no sólo niega la cita, sino que considera, como yo, que la idea de la escisión es una traición despreciable a la IV Internacional.

Fraternalmente suyo
LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F. Copia a Cannon

Dos cartas a Albert Goldman

10 de febrero de 1940

Querido camarada Goldman:

Estoy completamente de acuerdo con su carta del 5 de febrero. Si publiqué la cita de Abern sobre la escisión, fue con el fin de forzar una declaración clara y no ambigua, por parte del camarada Abern y otros dirigentes de la oposición (no sobre las intenciones ocultas atribuidas a los dirigentes de la mayoría en relación a esto, sino sobre las de ellos).

He oído ya el aforismo sobre los “ciudadanos de segunda clase”. Querría preguntar a los dirigentes de la oposición: cuando califican al grupo opuesto como “la clique de Cannon” o “los burócratas conservaduristas” y todo esto, ¿desean hacer de ellos ciudadanos de segunda clase? Sólo puedo añadir que la sensibilidad extrema es uno de los rasgos más destacados de todas las fracciones pequeñoburguesas. No sé si Shachtman, por ejemplo, quiere con su “*Carta Abierta*” hacer de mí un ciudadano de segunda clase. Estoy interesado sólo en sus ideas, no en sus especulaciones psicoanalíticas.

Tengo un poco la impresión de que, desanimados por toda una serie de errores, los dirigentes de la oposición se empujan unos a otros a la histeria y entonces, para justificar ante sus propios ojos su histeria fraccional, atribuyen a sus adversarios las maquinaciones más oscuras e increíbles. Cuando dicen que mi intercambio de correspondencia con Cannon era un camuflaje, no puedo más que encogerme de hombros.

El mejor tratamiento para la histeria pequeñoburguesa, es el objetivismo marxista. Seguiremos discutiendo sobre la dialéctica, la sociología marxista, la naturaleza del estado soviético, el carácter de la guerra, pero no con el propósito absurdo y criminal de

la escisión, sino con el más razonable propósito de convencer a una parte importante del partido y de ayudarla a pasar de una posición pequeñoburguesa a una posición proletaria.

Con los más cálidos saludos comunistas

LEÓN TROSKY

19 de febrero de 1940

Querido camarada Goldman:

Un congreso de la minoría es sólo un conventillo a escala nacional⁹⁶. Esto es por lo que, en sí misma, no significa un cambio de principio en la situación. Es sólo un nuevo paso en el mismo camino, un mal paso en el camino de la escisión, pero no necesariamente la escisión misma. Posiblemente, incluso seguramente, existen dos o tres tendencias dentro de la oposición en relación con la cuestión de la escisión, y el objetivo del congreso es unificarlas. ¿Sobre qué bases? Es probable que algunos dirigentes, en su desesperación, no vean otra salida más que la escisión.

En estas condiciones, una intervención enérgica por parte de la mayoría a favor de la unidad del partido, posiblemente pueda hacer más difícil la tarea de los rupturistas conscientes. Vuestra asamblea, o mejor incluso, la mayoría oficial del comité nacional o del comité político, podría enviar al Congreso de Cleveland un mensaje concerniente exclusivamente a la cuestión de la unidad del partido, en concreto. En tal carta yo introduciría la cuestión del carácter de la Unión Soviética o de la guerra mixta, de otro modo se podría entender que su posición sobre estos puntos debe ser abandonada como condición previa para quedarse en el partido. De ninguna manera. Los aceptáis tal y como son, si tienen una entrega real al partido y a la Cuarta Internacional, y si están dispuestos a aceptar la disciplina en la acción.

Con los mejores saludos,

LEÓN TROTSKY

¡De vuelta al partido! (21 febrero 1940)

21 de febrero de 1940

Queridos camaradas:

Los dirigentes de la minoría, hasta ahora, no han respondido a ninguno de nuestros argumentos políticos o teóricos. La inconsistencia de sus propios argumentos fue desenmascarada en los escritos de la mayoría. Ahora parece que los dirigentes de la oposición se han pasado a la guerra de guerrillas: es el destino de otros muchos ejércitos derrotados. El camarada Goldman caracterizó correctamente el nuevo método de la oposición, en su carta circular del 12 de febrero. Uno de los ejemplos más curiosos de esta nueva guerra es el ataque, más valiente que sensible, del camarada Mac Donald, en relación a mi artículo en *Liberty*. Como veis, no encontró en este artículo un análisis del carácter contradictorio del estado soviético y del “papel progresivo” del Ejército Rojo. Con la misma lógica que muestra en la edición del *Partisan Review* y en sus análisis de

⁹⁶ La minoría tenía convocada una asamblea nacional en Cleveland para el 24 de febrero. (Nota de editor.)

la rebelión de Kronstadt, descubre que yo soy “realmente” un minoritario, un Shachtmanita, o un Mac Donaldista, por lo menos cuando hablo para la prensa burguesa, y que mis declaraciones contradictorias, capitulacionistas ante el estalinismo, son hechas en los boletines internos con el fin de ayudar a Cannon. Si tuviéramos que expresar de forma más articulada el descubrimiento de Mac Donald, significaría que: cuando Trotsky desea adaptarse a la opinión pública burguesa, hacerse agradable a los lectores de *Liberty*, escribe como Shachtman, y casi como Mac Donald; pero cuando habla al partido, se convierte en un antiminoritario terrible. El *Partisan Review* está muy interesado en el psicoanálisis, y me permito decir que el director de esta revista, si se analiza a sí mismo un poco, reconocerá que ha descubierto su propio subconsciente.

Nadie pide a la minoría que analice en cada artículo y en cada discurso la naturaleza contradictoria del estado soviético y el papel contradictorio del Ejército Rojo. Lo que les pedimos es que entiendan esta naturaleza y su papel, y que apliquen adecuadamente en cada ocasión esta comprensión. Mi artículo estaba dedicado a la política de Stalin y no a la naturaleza de estado soviético. En la prensa burguesa mejicana, se publicó una declaración anónima afirmando “de fuentes próximas a Trotsky” que yo apruebo la política internacional de Stalin y que yo estoy buscando una reconciliación con Stalin. No sé si estas declaraciones aparecieron también en la prensa de Estados Unidos. Es claro que la prensa burguesa mejicana únicamente reprodujo a su manera, la seria y terrible acusación de Mac Donald y compañía sobre mi capitulación ante Stalin. Con el fin de impedir tal tergiversación de la discusión interna por parte de la prensa burguesa mundial, dediqué mi artículo en *Liberty* a desenmascarar el papel de Stalin en la política internacional, y en ningún modo a los análisis sociológicos sobre la naturaleza del estado soviético. Escribí lo que creí más urgente en ese momento. La política no consiste en decir en cada momento todo lo que uno sabe, sino en decir en una ocasión dada justo lo que es necesario. Posiblemente yo coincida, por lo tanto, con algunas afirmaciones de la oposición, pero seguramente las afirmaciones correspondientes de la oposición fueran sólo una repetición de ideas que ya expresamos miles de veces antes de que Mac Donald apareciese en nuestro horizonte.

Pero debemos pasar a cosas más serias. La carta del camarada Abern dirigida a mí, es una proclamación absolutamente clara de su voluntad de escindir. La justificación que da es simultáneamente, lamentable y escandalosa: estas son las palabras más suaves que puedo encontrar. Si la “clique de Cannon” tiene la mayoría en el congreso, como veis, transformará a Abern y sus asociados en ciudadanos de “segunda clase”. Esto es por lo que Abern prefiere tener su propio estado, donde él al igual que Weisbord, Field y Oehler, será el primero de los ciudadanos de primera clase. ¿Quién puede decidir sobre el lugar de los diferentes “ciudadanos” en el partido? El mismo partido. ¿Cómo puede el partido tomar una decisión? A través de una discusión libre. ¿Quién tomó la iniciativa en esta discusión? Abern y sus asociados. ¿Se les limitó, o se les limita el uso de la pluma o de la lengua? En absoluto. Por la carta de Abern, parece que fracasaron en convencer al partido. Peor que esto: se han desprestigiado un poco a los ojos del partido y de la internacional. Esto es muy lamentable, puesto que son gente valiosa. Ahora pueden restablecer su autoridad sólo a través de un trabajo, asiduo y serio. Se necesita tiempo, firmeza y paciencia. Pero parece que Abern haya perdido toda esperanza de convencer al partido, basado en los principios de la Cuarta Internacional. La tendencia escisionista es un tipo de desertión. Esto es por lo que es tan lamentable.

¡Pero también es escandalosa! El tono subyacente es el desprecio de la mayoría proletaria por parte de los elementos pequeñoburgueses: somos escritores, oradores y organizadores tan excelentes; y ellos, gente no cultivada, son incapaces de apreciarnos en nuestro justo valor. ¡Tanto mejor para crear nuestro lenguaje de almas elevadas!

En la Tercera Internacional insistimos con todas nuestras fuerzas en continuar siendo una tendencia o una fracción. Nos persiguieron, nos privaron de cualquier medio de expresión, inventaron las peores calumnias, arrestaron y mataron a nuestros camaradas en la URSS (a pesar de todo ello no quisimos separarnos de los obreros). Nos estuvimos considerando una fracción hasta la última posibilidad. Y todo esto, a pesar de la corrompida burocracia totalitaria de la Tercera Internacional. La Cuarta Internacional es la única organización revolucionaria honesta en el mundo. Nuestro “aparato” no tiene medio de coerción. Cada cuestión se decide, y cada camarada es apreciado, a través de los métodos de la más completa democracia partidaria. Si la mayoría de los miembros del partido están equivocados, la minoría puede, luego, educarlos. Si no es antes del próximo congreso, entonces después de él. La minoría puede atraer nuevos miembros al partido y transformarse en mayoría. Sólo es necesario tener un poco de confianza en los obreros, y un poco de esperanza en que los obreros puedan imbuirse de confianza en los dirigentes de la oposición. Pero estos dirigentes crearon en su propio medio una atmósfera de impaciencia histórica. Se adaptan a la opinión pública burguesa; pero no quieren adaptarse al ritmo de desarrollo de la Cuarta Internacional. Su impaciencia tiene un carácter de clase, es la cara opuesta del desprecio hacia los obreros por parte de los intelectuales pequeñoburgueses. ¡Por esto la tendencia rupturista expresada por Abern es tan escandalosa!

En camarada Abern está movido por el odio, tanto en su valoración, como en su perspectiva. Y el odio personal es un sentimiento abominable en política. Estoy seguro de que la actitud de Abern y sus objetivos escisionistas, sólo pueden que repeler a los miembros sanos de la oposición. ¡Vuelta al partido camaradas! El camino de Abern es un callejón sin salida. No hay otra vía que la Cuarta Internacional.

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Ciencia y estilo (23 febrero 1940)

23 de febrero de 1940

Queridos camaradas:

Recibí *Ciencia y estilo* de Burnham. El tumor está abierto y esto es una ventaja política importante. El atraso teórico de la oposición “radical” americana está expresado en el hecho de que Burnham únicamente repite (con algunas ilustraciones “modernizadas”), lo que Struve escribió en Rusia hace más de cuarenta años y, mayormente, lo que Dühring trató de enseñar a la socialdemocracia alemana hace tres cuartos de siglo. Desde el punto de vista de la “ciencia”, esto es así. En lo que concierne al “estilo”, francamente, prefiero a Eastman.

El interés del documento no es en ningún modo de carácter teórico: la mil y una refutación profesoral de la dialéctica no tiene más valor que todas las precedentes. Pero, desde el punto de vista político, la importancia del documento es indiscutible. Muestra que el inspirador teórico de la oposición, no está de ninguna manera más cerca del socialismo científico que lo estuvo Muste, el antiguo asociado de Abern. Shachtman mencionó la filosofía de Bogdanov. Pero es absolutamente imposible imaginar la firma de Bogdanov bajo tal documento, incluso tras su ruptura definitiva con el bolchevismo.

Creo que el partido debe preguntar a los camaradas Abern y Shachtman, como yo lo hago ahora: ¿Qué pensáis de la “ciencia” de Burnham y del “estilo” de Burnham? La cuestión de Finlandia es importante, pero en última instancia es un episodio, y el cambio de la situación internacional, mostrando los factores auténticos de los acontecimientos, puede disipar de una vez las divergencias sobre este punto concreto. Pero pueden ahora los camaradas Abern y Shachtman, tras la aparición de *Ciencia y Estilo*, seguir tomando la mínima responsabilidad no por el pobre documento como tal, sino por la concepción global de Burnham sobre la ciencia, el marxismo, la política y la “moral”. Aquellos minoritarios que se prepararon para una escisión deben pensar que van a estar ligados, no por una semana, ni sólo durante la guerra soviético-finlandesa, sino por años, con un “dirigente” que no tiene, en su concepción global, nada en común con la revolución proletaria.

El tumor está abierto. Abern y Shachtman ya no pueden seguir repitiendo que lo único que desean es discutir un poco sobre Finlandia y Cannon. No pueden seguir jugando a la gallina ciega con el marxismo y con la Cuarta Internacional. ¿Debe el Socialist Workers Party permanecer en las tradiciones de Marx, Engels, Franz Mehring, Lenin, Rosa Luxemburg (tradicción que Burnham califica de “reaccionaria”) o debe aceptar las concepciones de Burnham, que sólo son una reproducción trasnochada del socialismo pequeñoburgués premarxista?

Sabemos muy bien qué es lo que significó *políticamente* en el pasado tal revisionismo. Ahora, en la época de la agonía mortal de la sociedad burguesa, las consecuencias políticas del Burnhamismo serán incomparablemente mucho más inmediatas y contrarrevolucionarias. ¡Camaradas Abern y Shachtman, tienen ustedes la palabra!

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Carta a James P. Cannon (27 febrero 1940)

27 de febrero de 1940

Querido amigo:

Contesto su carta del 20 de febrero. El congreso de la minoría supongo que ya habrá finalizado, y creo que en las cuestiones tácticas concretas que usted analiza en su carta, sus movimientos inmediatos dependen, como mínimo en un 51 %, de los resultados de este congreso.

Ustedes están convencidos de que la minoría en su conjunto se está preparando para una escisión, y de que no pueden ganar a nadie. Acepto esta premisa. Por ello, era más necesario aún, antes del Congreso de Cleveland, realizar un gesto de paz enérgico, con el fin de cambiar radicalmente la línea tras su negativa a contestar. Aprecio completamente su valoración a favor de la necesidad de publicar un número de *New International* preparando a la opinión pública para una escisión. Pero el congreso de la minoría se celebró el 24-25 de febrero, y el congreso del partido no se celebrará hasta el comienzo de abril. Disponen ustedes de suficiente tiempo para la propuesta de paz, para la denuncia de la negativa de la minoría, y para la publicación del número de *New International*. Tenemos que hacer todo, con el fin de convencer también a las otras secciones de que la mayoría agotó todas las posibilidades para mantener la unidad. Es por

lo que nosotros tres hicimos la propuesta al comité ejecutivo internacional: es necesario también poner a prueba a cada miembro de este órgano, no despreciable.

Entiendo bien la impaciencia de muchos camaradas de la mayoría (supongo que esta impaciencia está, frecuentemente, ligada a la indiferencia teórica), pero deben recordar que los acontecimientos en el Socialist Workers Party tienen ahora una gran importancia internacional y que ustedes deben actuar no sólo en base a sus apreciaciones subjetivas, por muy correctas que puedan ser, sino en base a hechos objetivos accesibles a cualquiera.

R. RORK (LEÓN TROTSKY)
Coyoacán, D. F.

Carta a Joseph Hansen (29 febrero 1940)

29 de febrero de 1940

Mi querido Joe:

Si Shachtman afirma que la carta citada por mí sobre España, fue firmada no sólo por él, sino también por Cannon y Carter, entonces está completamente equivocado. Por supuesto yo no habría ocultado las otras firmas, sino que no existían. Como podrá usted ver por la fotocopia, la carta fue firmada sólo por Shachtman. Abern y Burnham están indignados de que yo cite sus declaraciones orales sin una “verificación” previa. Evidentemente quieren decir que en vez de publicar estas declaraciones que se les atribuyen, y de darles a ambos la total posibilidad de confirmarlas o negarlas, yo debería haber enviado desde aquí un comité investigador, con cinco o siete personas imparciales y un par de mecanógrafos. ¿Y por qué la terrible conmoción moral? Varias veces Burnham identificó la dialéctica con la religión. Sí, es un hecho. Pero en esta especial ocasión no pronunció la frase que yo cito (tal como se me informó). ¡Oh, qué horror! ¡Oh, cinismo bolchevique!, etc.

Lo mismo con Abern. En la carta que me envió muestra claramente que se está preparando para una escisión. Pero, ya veis, él nunca dijo a Goldman la frase sobre la ruptura. ¡Es una difamación! ¡Una invención deshonesto! ¡Una calumnia!, etc.

Por lo que recuerdo, mi artículo sobre la moral empieza con una cita sobre los sudores morales de la pequeña burguesía desorientada. Ahora tenemos un nuevo caso del mismo fenómeno en nuestro partido.

Los nuevos moralistas, he oído que citan mi terrible crimen concerniente a Eastman y el Testamento de Lenin⁹⁷. ¡Qué hipócritas infames! Eastman, por propia iniciativa, publicó el documento en un momento en que nuestra fracción decidió interrumpir toda actividad pública, con el fin de evitar una ruptura prematura. No olviden que fue antes del famoso Comité Sindical Anglo-Ruso y antes de la Revolución China, incluso antes del surgimiento de la oposición de Zinóviev. Estuvimos obligados a

⁹⁷ Fue Max Eastman el primero en difundir el Testamento de Lenin, entregándolo al *New York Times* para su publicación. Trotsky desautorizó esta iniciativa. La edición de Pathfinder Press (ed. cit.), y la de EDI (*Défense du marxisme*, París, 1972), citan a este respecto la siguiente explicación de Trotsky: “Eastman publicó este documento sin consultarnos a mí y a los demás, y con ello profundizó terriblemente la lucha interna en la Unión Soviética, en el politburó, que fue el comienzo de la escisión. Por nuestra parte, intentamos evitar una escisión. La mayoría del politburó me pidió, exigió de mí, tomar una posición respecto a esto. Fue un documento muy diplomático el que firmé entonces.” (Nota de editor.)

maniobrar para ganar tiempo. La Troika, por el contrario, quería utilizar la publicación de Eastman para provocar algún tipo de aborto de la oposición. Presentaron un ultimátum: o bien yo firmaba la declaración escrita por la Troika en mi nombre, o inmediatamente abrirían la lucha sobre la cuestión. El centro opositor decidió unánimemente que *esa* alternativa en *ese* momento era absolutamente desfavorable, decidió que yo aceptase el ultimátum y firmase mi nombre en la declaración escrita por el politburó. Transformar esta necesidad política en una cuestión moral abstracta, sólo es posible para charlatanes pequeñoburgueses que están listos para proclamar: “*Pereat mundus, fiat justitia*” (¡el mundo puede perecer, viva la justicia!), pero que para sus propias actuaciones diarias tienen una contabilidad mucho más indulgente. ¡Y esta gente piensa que ellos son revolucionarios! Nuestros viejos mencheviques fueron verdaderos héroes en comparación con ellos.

W. RORK (LEÓN TROTSKY)
Coyoacán, D. F.

Tres cartas a Farrell Dobbs

4 de marzo de 1940

Querido camarada Dobbs:

Por supuesto, es difícil para mí el seguir desde aquí la febril evolución política de la oposición. Pero estoy de acuerdo en que cada vez más dan la impresión de ser gente que está presurosa por quemar todas las pasarelas detrás suyo. El artículo *Ciencia y Estilo* de Burnham no es, en sí mismo, inesperado. Pero la tranquila aceptación del artículo por Shachtman, Abern, y lo demás, es el síntoma más decepcionante, no sólo desde el punto de vista político y teórico, sino también desde el punto de vista de sus auténticas ideas sobre la unidad del partido.

Por lo que yo puedo juzgar desde aquí, quieren una escisión bajo el nombre de la unidad. Shachtman encuentra, o por mejor decirlo, inventa “precedentes históricos”. En el Partido Bolchevique, la oposición tenía sus propios periódicos públicos, etc. Olvida únicamente que en aquellos momentos el partido tenía cientos de miles de miembros, que la discusión tenía como objetivo llegar a esos cientos de miles de miembros, y convencerlos. En tales condiciones no era fácil limitar la discusión a círculos internos. Por otro lado, el peligro de coexistencia de los periódicos del partido y la oposición se mitigó por el hecho de que la decisión final dependía de cientos de miles de obreros, y no de pequeños grupos. Comparativamente el partido americano tiene sólo un reducido número de miembros, la discusión era y es más que abundante. Las líneas de demarcación parecen ser muy firmes, por lo menos para el próximo período. En tales condiciones, para la oposición tener su periódico o revista propios, es un medio, no para convencer al partido, sino para llamar al mundo exterior contra el partido.

La homogeneidad y cohesión de una organización de propaganda revolucionaria como el Socialist Workers Party debe ser incomparablemente más grande que la de un partido de masas. Estoy de acuerdo con usted en que, en tales condiciones, la Cuarta Internacional no debe, ni puede admitir una unidad puramente ficticia bajo cuya cobertura dos organizaciones independientes se dirijan al mundo externo con diferentes teorías, diferentes programas, consignas diferentes y distintos principios organizativos. En tales condiciones una escisión abierta sería mil veces preferible a tal unidad hipócrita.

La oposición se refiere también al hecho de que, en ciertas épocas, tuvimos dos grupos paralelos en el mismo país. Pero tales situaciones anormales fueron admitidas temporalmente sólo en dos casos: cuando la fisonomía política de los dos grupos o de uno de ellos, no era suficientemente clara y la Cuarta Internacional necesitaba tiempo para hacerse su propia idea sobre el asunto; o la coexistencia de dos grupos era admitida en el caso de una divergencia concreta, limitada, pero muy fuerte (entrada en el PSOP⁹⁸, etc.). La situación en los Estados Unidos es absolutamente diferente. Tuvimos un partido unido con una tradición seria, ahora tenemos dos organizaciones, una de las cuales, gracias a su composición social y a la presión externa, ha entrado en un conflicto irreconciliable con nuestra teoría, nuestro programa, nuestra política y nuestros métodos organizativos, en el lapso de un par de meses.

Si ellos están de acuerdo en trabajar con ustedes sobre la base del centralismo democrático, pueden ustedes esperar y convencer y ganar a los mejores elementos por la práctica común. (Ellos tienen el mismo derecho de esperar convencerles a ustedes.) Pero como organización independiente con su propia publicación, sólo pueden evolucionar en la dirección de Burnham. En este caso, la Cuarta Internacional no puede tener, en mi opinión, el menor interés en garantizarles esta cobertura, esto es, en camuflar su inevitable degeneración, ante los obreros. Los intereses de la Cuarta Internacional serán, por el contrario, en este caso el forzar a la oposición a tener su experiencia, de forma absolutamente independiente de nosotros, no sólo sin la protección de nuestra bandera, sino por el contrario, con la más fuerte advertencia dirigida por nosotros a las masas.

Este es el por qué el congreso tiene, no sólo el derecho, sino el deber de formular una alternativa clara y enérgica: o una auténtica unidad basada en el principio del centralismo democrático (con garantías serias y amplias para la minoría dentro del partido) o una ruptura abierta, clara e ilustrativa ante toda la clase obrera.⁹⁹

Con los mejores saludos,

W. RORK (LEÓN TROTSKY)
Coyoacán, D. F.

P. S.: Acabo de recibir la resolución de Cleveland sobre la unidad del partido. Mi impresión: la base de la minoría no desea la ruptura. Los dirigentes están interesados, no en una actividad política, sino periodística. Los dirigentes presentaron una resolución sobre la escisión del partido, bajo el nombre de una resolución sobre la unidad del partido, con el propósito de implicar a sus seguidores en una ruptura. La resolución dice: "Las minorías del Partido Bolchevique, tanto antes como durante la Primera Guerra Mundial" tuvieron sus propios periódicos públicos. ¿Qué minorías? ¿En qué momento? ¿Qué periódicos? Los dirigentes llevan a sus seguidores a un error con el fin de enmascarar sus intenciones escisionistas.

Todas las esperanzas de los dirigentes de la minoría están basadas en su capacidad literaria. Se aseguran unos a otros que su periódico superará seguro al de la mayoría. La misma fue la esperanza de los mencheviques rusos quienes, como fracción pequeñoburguesa, tenían más intelectuales y periodistas capaces. Pero sus esperanzas fueron en vano. Una pluma ágil no es suficiente para crear un partido revolucionario: una base teórica granítica es necesaria, un programa científico, una firmeza en el pensamiento político y unos firmes principios organizativos. La oposición, como oposición, no tiene nada de esto; es lo opuesto a todo esto. Esta es la razón por la que estoy completamente

⁹⁸ Parti Socialiste Ouvrier et Paysan (Partido Socialista Obrero y Campesino).

⁹⁹ El Comité Ejecutivo Internacional debiera haber presentado hace tiempo tal alternativa, pero desgraciadamente el CEI no existe. (Nota de autor.)

de acuerdo con usted: si ellos desean presentar las teorías de Burnham, la política de Shachtman, y los métodos organizativos de Abern a la opinión pública externa, deben hacerlo en su propio nombre, sin ninguna responsabilidad por parte del partido o la Cuarta Internacional.

W.R.

4 de abril de 1940

Querido camarada Dobbs:

Cuando reciba usted esta carta el congreso habrá finalizado, y usted probablemente tendrá una idea clara sobre si la ruptura es inevitable. En este caso, la cuestión de Abern perderá interés. Pero en el caso de que la minoría se retracte, me permito insistir sobre mis propuestas previas. La necesidad de mantener en secreto las discusiones y decisiones del comité nacional es un interés muy importante, pero no es el único, y en la situación actual no es el más importante. Cerca del 40 % de los miembros del partido creen que Abern es el mejor organizador. Si ellos se quedan en el partido, usted no podrá evitar el dar a Abern la oportunidad de demostrar su superioridad en cuestiones organizativas, o comprometerse. En la primera sesión del comité nacional la primera decisión debe establecer que nadie tiene el derecho de divulgar los acontecimientos internos de comité nacional, excepto el comité como conjunto o sus instituciones oficiales (comité político o secretariado). El secretariado puede, a su vez, concretar las reglas del secreto. Si, a pesar de todo ello, se da una filtración, debe hacerse una investigación oficial, y si Abern es culpable, debe recibir una amonestación pública; en caso de otra falta más, debe ser apartado del secretariado. Tal procedimiento, a pesar de sus desventajas temporales, es, a largo plazo, incomparablemente más favorable que dejar a Abern, el organizador de New York, fuera del secretariado, y, por lo tanto, fuera del control del secretariado.

Comprendo muy bien que usted esté satisfecho con el actual secretariado. En caso de escisión, es posiblemente el mejor secretariado que se puede desear. Pero si la unidad se mantiene, no puede haber un secretariado compuesto por representantes mayoritarios sólo. Deberán ustedes tener, probablemente, un secretariado incluso de cinco miembros: tres mayoritarios, y dos minoritarios.

Si la oposición está vacilando, sería mejor hacérselo saber de manera informal: estamos dispuestos a mantener a Shachtman como miembro, no sólo del comité político, sino también de nuestro equipo editorial; estamos incluso dispuestos a incluir a Abern en el secretariado; estamos preparados para considerar otras combinaciones del mismo tipo; la única cosa que no podemos aceptar es la transformación de la minoría en un factor político independiente.

Recibí una carta de Lebrun, del comité ejecutivo internacional. ¡Gente muy peculiar! Crean que, ahora, en el período de la agonía de muerte del capitalismo, en condiciones de guerra y clandestinidad venidera, el centralismo bolchevique debe ser abandonado a favor de una democracia sin límites. ¡Todo está patas arriba! Pero su democracia tiene un significado puramente individual: dejadme hacer lo que quiera. Lebrun y Johnson fueron elegidos al comité ejecutivo internacional sobre la base de ciertos principios y como representantes de ciertas organizaciones. Ambos abandonaron los principios e ignoraron totalmente a sus propias organizaciones. Estos “demócratas” actuaron totalmente como bohemios despreocupados. Si tuviéramos la posibilidad de

convocar un congreso internacional, serían depuestos, seguro, con la más severa censura. Ni ellos mismos lo dudan. Al mismo tiempo, se consideran como senadores inamovibles (¡en nombre de la democracia!)

Como dicen los franceses, adoptemos medidas de guerra durante la guerra. Esto significa que debemos adaptar el organismo dirigente de la Cuarta Internacional a la real relación de fuerzas en nuestras secciones. Hay más democracia en esto, que en las pretensiones de los senadores inamovibles.

Si este problema surge en la discusión, puede usted citar estas líneas como mi respuesta al documento de Lebrun.

W. RORK (LEÓN TROTSKY)
Coyoacán, D. F.

16 de abril de 1940

Querido camarada Dobbs:

Recibimos su comunicación y la de Joe sobre el congreso. En lo que podemos juzgar desde aquí, ustedes hicieron todo lo que pudieron para preservar la unidad del partido. Si en estas condiciones, no obstante, la minoría lleva a cabo una escisión, ello únicamente demostrará a cada obrero cuán lejos están ellos de los principios del bolchevismo y cuán hostiles son a la mayoría proletaria del partido. Sobre los detalles de sus decisiones, juzgaremos más concretamente cuando tengamos más información.

Me permito llamar su atención sobre otro artículo, concretamente el de Gerland contra Burnham, concerniente a la lógica simbólica, la lógica de Bertrand Russell y los otros. El artículo es muy agudo, y en el caso de permanencia de la oposición en el partido y de Burnham en el equipo editorial del *New International*, el artículo posiblemente podría ser reescrito desde el punto de vista de expresiones “amistosas”. Pero la presentación de la lógica simbólica es muy seria y buena, y me parece muy útil, especialmente para lectores americanos.

El camarada Weber dedicó también una parte importante de su último artículo a este tema. Mi opinión es que debe elaborar esta parte en forma de un artículo independiente para *New International*. Ahora debemos continuar sistemática y seriamente nuestra campaña teórica a favor del materialismo dialéctico.

El folleto de Jim es excelente¹⁰⁰. Es el escrito de un auténtico dirigente obrero. Si la discusión no hubiera producido más que este documento, estaría justificada.

Con los más amistosos saludos para todos ustedes.

W. RORK (LEÓN TROTSKY)
Coyoacán, D. F.

¹⁰⁰ La edición citada de Pathfinder Press especifica que el folleto aludido es *The Struggle for a Proletarian Party* (La lucha por un partido proletario), de James P. Cannon. (Nota de editor.)

Los moralistas pequeñoburgueses y el partido proletario (23 abril 1940)

La discusión en el Socialist Workers Party de Estados Unidos fue profunda y democrática¹⁰¹. La preparación del congreso se realizó con absoluta lealtad. La minoría participó en el congreso reconociendo así su legalidad y autoridad. La mayoría ofreció a la minoría todas las garantías necesarias para que continuara la lucha por sus puntos de vista después del congreso. La minoría exigía que se le dejara dirigirse a las masas por encima del partido. La mayoría rechazó, naturalmente, esta monstruosa pretensión. Entre tanto, a espaldas del partido, la minoría se entregaba a oscuras maquinaciones y se apropiaba de *New International*, que había sido publicada mediante los esfuerzos de todo el partido y de la Cuarta Internacional. Debo agregar que la mayoría había acordado otorgar a la minoría dos puestos de los cinco del comité de redacción de este órgano teórico. ¿Pero cómo puede seguir siendo minoría una “aristocracia” intelectual en un partido obrero? ¿Poner a un profesor en el mismo plano que a un obrero, después de todo, eso es “conservadurismo burocrático”!

En su reciente artículo polémico contra mí, Burnham explicaba que el socialismo es un “ideal moral”. Por supuesto, esto no es nada nuevo. A comienzos del siglo pasado, la moral sirvió de base al “verdadero socialismo alemán” que Marx y Engels sometieron a crítica al comienzo mismo de su actividad¹⁰². Al comenzar nuestro siglo, los socialistas revolucionarios rusos contraponían el “ideal moral” al socialismo materialista. Lamento decir que estos sostenedores de la moral se transformaron en el campo de la política en vulgares estafadores. En 1917, traicionaron completamente a los obreros a favor de la burguesía y del imperialismo extranjero.

Una larga experiencia política me ha enseñado que cada vez que un profesor pequeñoburgués o un periodista comienza a hablar de elevados niveles morales, es necesario echar mano firme a los bolsillos. Esta vez también ocurrió así. En nombre de un “ideal moral” un intelectual pequeñoburgués ha robado el órgano teórico del bolsillo del partido proletario. Aquí tenéis un pequeño ejemplo vivo de los métodos organizativos de estos innovadores, moralistas y paladines de la democracia.

¿Qué es democracia partidaria a los ojos de un pequeñoburgués “culto”? Un régimen que le permita decir y escribir lo que le plazca. ¿Qué es el “burocratismo” a los ojos de un pequeñoburgués “culto”? Un régimen en el cual la mayoría proletaria fortalece con métodos democráticos sus decisiones y disciplina. ¡Obreros, tenedlo bien presente!

La minoría pequeñoburguesa del SWP se escinde de la mayoría proletaria sobre la base de una lucha contra el marxismo revolucionario. Burnham proclamó que el materialismo dialéctico es incompatible con su apolillada “ciencia”. Shachtman proclamó que el marxismo revolucionario no tenía ninguna importancia desde el punto de vista de las “tareas prácticas”. Abern se apresuró a enganchar su secta al bloque antimarxista. Y ahora estos caballeros llaman a la revista que robaron al partido “un órgano del marxismo revolucionario”. ¿Qué es esto sino charlatanismo ideológico? Que los lectores exijan de estos editores la publicación del único trabajo programático de la minoría, o sea, el artículo de Burnham *Ciencia y estilo*¹⁰³. Si los editores no se dispusieran a imitar al

¹⁰¹ El empleo del pretérito responde al hecho de que la minoría se había ya escindido, con ocasión del Congreso del Socialist Workers Party celebrado a principios de abril de 1940. (Nota de editor.)

¹⁰² Ver por ejemplo en estas mismas EIS, en su serie OEME-EIS: [La ideología alemana](#), [Manifiesto Comunista](#) y el [Anti-Dühring](#).

¹⁰³ Ver en esta misma obra más arriba “Ciencia y estilo”, página 124 y siguientes.

comerciante que ofrece mercancía averiada bajo llamativos envoltorios, se sentirían obligados a publicar este artículo. Todo el mundo podría ver entonces por sí mismo la clase de “marxismo revolucionario” que se expone allí. Pero no se atreverán a hacerlo. Tienen vergüenza de mostrar sus verdaderos rostros. Burnham está acostumbrado a ocultar en su cartera sus artículos y resoluciones demasiado reveladoras, mientras Shachtman ha hecho una profesión de servir de abogado de concepciones ajenas debido a que carece de concepciones propias.

Los primeros artículos “programáticos” del órgano robado ya revelan la frivolidad y vacuidad de esta nueva agrupación antimarxista que aparece bajo el rótulo del “tercer campo”. ¿Qué es este animal? Está el campo del capitalismo; está el campo del proletariado. ¿Pero es que hay tal vez un “tercer campo”: un santuario pequeñoburgués? En realidad, no es otra cosa. Pero, como siempre, el pequeñoburgués camufla su “campo” con las flores de papel de la retórica. ¡Prestemos atención! Aquí hay un campo: Francia e Inglaterra. Aquí otro: Hitler y Stalin. Y un tercer campo: Burnham, con Shachtman. Para ellos, la Cuarta Internacional está en el campo de Hitler (Stalin hace tiempo que hizo ese descubrimiento). Y de ahí surge una nueva gran consigna: ¡Pacifistas y desorientados del mundo, todos los que sufrís los alfilerazos del destino, uníos al “tercer” campo!

Pero el hecho es que los dos campos beligerantes de ninguna manera agotan al mundo burgués. ¿Dónde ubicar a los países neutrales y semineutrales? ¿Dónde a Estados Unidos? ¿Qué lugar asignar a Italia y Japón? ¿Y los países escandinavos? ¿India? ¿China? No nos referimos al proletariado revolucionario indio o chino sino a India y a China como países oprimidos. El esquema escolar de los tres campos olvida un pequeño detalle: ¡el mundo colonial, la mayor porción de la humanidad!

La India participa en la guerra imperialista al lado de Gran Bretaña. ¿Quiere decir esto que nuestra actitud hacia la India (no hacia los bolcheviques indios sino hacia la India) es la misma que hacia Gran Bretaña? Si existen en este mundo, además de Burnham y Shachtman, sólo dos campos imperialistas, entonces, permítame preguntar ¿dónde poner a la India? Un marxista dirá que a pesar de que la India forma parte integrante del Imperio Británico, y participa en la guerra imperialista; a pesar de la pérfida política de Gandhi y de otros líderes nacionalistas, nuestra actitud hacia la India es radicalmente distinta de nuestra actitud hacia Inglaterra. Defendemos a la India contra Inglaterra. ¿Por qué entonces, no puede ser distinta nuestra actitud hacia la Unión Soviética de nuestra actitud hacia Alemania, a pesar del hecho de que Stalin esté aliado con Hitler? ¿Por qué no podemos defender las formas sociales más progresivas que son capaces de desarrollo contra las formas reaccionarias que sólo son capaces de descomposición ¡No sólo podemos, sino que debemos hacerlo! Los teóricos de la revista robada reemplazan el análisis de clase con una construcción mecánica muy del agrado de los intelectuales pequeñoburgueses, precisamente por su pseudosimetría. Así como los estalinistas camuflan su subordinación ante el nacionalsocialismo (lo nazis) con duros epítetos dirigidos a las democracias imperialistas, Shachtman y Cía. ocultan su capitulación ante la opinión pública pequeñoburguesa de Estados Unidos con la pomposa fraseología del “tercer campo”. ¡Como si este “tercer campo” (¿qué es? ¿un partido? ¿un club? ¿una Liga de Esperanzas Abandonadas? ¿un “Frente Popular”?) estuviera libre de la obligación de tener una política correcta hacia la pequeña burguesía, los sindicatos, India y la URSS!

Hace pocos días, Shachtman se llamó a sí mismo “trotskysta” en la prensa. Si esto es trotskismo, yo al menos no soy trotskysta. Con las actuales ideas de Shachtman, sin hablar de las de Burnham, no tengo nada en común. Acostumbré a colaborar asiduamente en *New International*, protestando epistolarmente contra la frívola actitud de Shachtman hacia la teoría y sus concesiones sin principios a Burnham, el pedante pavo real pequeñoburgués. Pero entonces, Burnham y Shachtman eran mantenidos en jaque por el

partido y la internacional. Actualmente, la presión de los demócratas pequeñoburgueses los ha liberado. Hacia su nueva revista mi actitud sólo puede ser la misma que tengo hacia todos los demás abortos del marxismo. En cuanto a sus “métodos organizativos” y a su “moral” política, no me inspiran más que desprecio.

Si los agentes conscientes del enemigo de clase hubieran operado a través de Shachtman, no lo habrían aconsejado mejor para que hiciera todo lo que ha perpetrado. Se unió a los elementos antimarxistas para librar una lucha contra el marxismo. Ayudó a fusionar una fracción pequeñoburguesa contra los obreros. Se abstuvo de utilizar la democracia interna del partido y de realizar un esfuerzo honesto para convencer a la mayoría proletaria. Engendró una escisión en condiciones de una nueva guerra mundial. Y para coronarlo, arrojó sobre esta escisión el velo de un sucio y despreciable escándalo, que parece especialmente maquinado para proveer de municiones a nuestros enemigos. ¡Estos son los “demócratas” y. esa es su “moral”!

Pero todo esto no servirá de nada. Están en bancarrota. A pesar de las traiciones de los intelectuales vacilantes y de las burlas baratas de todos sus primos democráticos, la Cuarta Internacional seguirá adelante por su camino, creando y educando una verdadera selección de revolucionarios proletarios capaces de entender qué es el partido, qué significa la lealtad a la bandera y qué significa la disciplina revolucionaria.

¡Obreros avanzados! ¡Ni un gramo de confianza en el “tercer frente” de la pequeña burguesía!

23 de abril de 1940

Balance de los acontecimientos fineses (25 abril 1940)

“Nosotros” previmos la alianza con Hitler (escriben Shachtman y Burnham), pero... ¿el apoderamiento de Polonia Oriental? ¿la invasión de Finlandia? No, “nosotros” no previmos tales acontecimientos. Estos acontecimientos improbables y totalmente inesperados obligan, según ellos, a una completa revisión de nuestra política. Estos políticos actuaban, por lo visto, bajo la impresión de que Stalin procuraba una alianza con Hitler para decorar huevos de Pascua. “Previeron” (¿cuándo? ¿dónde?), pero no por qué y para qué.

Reconocen al estado obrero el derecho de maniobrar entre los bandos imperialistas y la realización de acuerdos con uno contra otro. Estos acuerdos tendrían, evidentemente, como finalidad, la defensa del estado obrero, la adquisición de ventajas económicas, estratégicas, etc., y si las circunstancias lo permiten la extensión de sus bases. El estado obrero degenerado intenta realizar estos objetivos mediante sus propios métodos burocráticos, que a cada paso entran en conflicto con los intereses del proletariado mundial. Pero realmente, ¿qué hay de inesperado e imprevisto en la tentativa del Kremlin de obtener las mayores ventajas posibles de su alianza con Hitler?

Si nuestros miopes políticos no eran capaces de prever “esto”, es sólo porque no piensan una sola cuestión seriamente hasta el fin. Durante las prolongadas negociaciones con la delegación anglo-francesa en el verano de 1939, el Kremlin exigió abiertamente el control militar de los estados bálticos. Como Inglaterra y Francia rehusaron otorgarle este control, Stalin rompió las negociaciones. Esto indicaba claramente que un acuerdo con Hitler le aseguraría a Stalin, cuando menos, el control de los estados bálticos. Las personas políticamente maduras de todo el mundo consideraban la cuestión precisamente

desde ese ángulo: ¿cómo alcanzará Stalin este objetivo? ¿Recurrirá a la fuerza militar? etcétera. El curso de los acontecimientos dependía en grado considerable, sin embargo, más de Hitler que de Stalin. En general, los acontecimientos concretos no pueden predecirse. Pero la dirección fundamental en que los acontecimientos se desarrollan no contiene esencialmente nada nuevo.

Debido a la degeneración del estado obrero, la Unión Soviética llegó al filo de la segunda guerra imperialista más débil de lo necesario. El acuerdo de Stalin con Hitler tenía como objetivo asegurar a la URSS contra un asalto alemán y, en general, asegurar a la URSS de ser arrastrada a un conflicto mayor. Para apoderarse de Polonia, Hitler tenía que protegerse del este. Stalin se vio obligado, con la autorización de Hitler, a invadir Polonia Oriental a fin de obtener algunas garantías suplementarias contra Hitler sobre la frontera occidental de la URSS. Como resultado de estos acontecimientos, sin embargo, la URSS ganó una frontera común con Alemania y por ese mismo hecho el peligro de una Alemania triunfante se tornó mucho más directo, aumentando enormemente la dependencia de Stalin hacia Hitler.

El episodio de la partición de Polonia tuvo su desarrollo y secuela en la arena escandinava. Hitler no habrá dejado de informar a su “amigo” Stalin que planeaba apoderarse de los países escandinavos. Stalin no habrá podido evitar un frío estremecimiento. Esto significaba la completa dominación del Báltico, de Finlandia, y una directa amenaza a Leningrado. Una vez más, Stalin procuró buscar garantías suplementarias contra su aliado; esta vez en Finlandia. Sin embargo, encontró allí seria resistencia. La “excursión militar” fracasó. Entretanto, Escandinavia amenazaba convertirse en la arena de una guerra general. Hitler, que había completado los preparativos para su golpe contra Dinamarca y Noruega, exigió que Stalin celebrara una rápida paz. Stalin tuvo que postergar sus planes y renunciar a la soviétización de Finlandia. Estos son los rasgos salientes del curso de los acontecimientos en Europa nororiental.

Las pequeñas naciones en la guerra imperialista

En las condiciones de la guerra mundial, tratar la cuestión del destino de los pequeños estados, desde el punto de vista de la “independencia nacional” “neutralidad”, etc. es permanecer en el terreno de la mitología imperialista. La lucha es por la dominación mundial. La cuestión de la existencia de la URSS será resuelta en ella. Este problema que actualmente está en segundo plano, en determinado momento pasará al primero. En lo que se relaciona con los estados pequeños y de segunda categoría, no son sino peones en manos de las grandes potencias. La única libertad que les resta, y aún en una extensión limitada, es la libertad de elegir entre los amos.

Dos gobiernos lucharon en cierto momento en Noruega: el gobierno de los nazis noruegos, apoyado por las tropas alemanas en el sur, y el antiguo gobierno socialdemócrata, con su rey, en el norte. ¿Debían haber apoyado los obreros noruegos el campo “democrático” contra el fascista? Siguiendo la analogía de España, parecería a primera vista que la respuesta debiera ser afirmativa. En realidad, hubiese sido el más crudo de los engaños. En España existía una guerra civil aislada; la intervención de las potencias imperialistas extranjeras, si bien importante, tenía un carácter secundario. En Noruega se trata de un conflicto directo e inmediato entre dos campos imperialistas, en cuyas manos los gobiernos noruegos en lucha son meros instrumentos auxiliares. En la arena mundial no apoyamos ni al campo de los aliados ni al de Alemania. En consecuencia, no tenemos la menor razón o justificación para apoyar a cualquiera de sus temporarios instrumentos dentro de Noruega.

El mismo tratamiento debe aplicarse a Finlandia. Desde punto de vista de la estrategia del proletariado mundial, la resistencia finesa no es un acto mayor de defensa de la independencia nacional que la resistencia de Noruega. Lo demostró el mismo gobierno noruego¹⁰⁴ cuando prefirió cesar toda resistencia antes que transformarse completamente en una base militar de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Factores secundarios como la independencia nacional de Finlandia o Noruega, la defensa de la democracia, etc., por importantes que sean, están actualmente implicados en la lucha de fuerzas mundiales infinitamente más poderosas y completamente subordinados a ellas. Debemos descartar los factores secundarios y determinar nuestra política e concordancia con los factores básicos.

Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra dieron una respuesta exhaustiva a esta cuestión hace seis años. Las tesis establecen: “La idea de defensa nacional, especialmente si coincide con la idea de defensa de la democracia, puede ser utilizada fácilmente para engañar a los obreros de los países pequeños y neutrales (Suiza, Bélgica en particular, los países escandinavos...)”¹⁰⁵ Y más adelante: “Sólo un pequeñoburgués obtuso (como Robert Grimm¹⁰⁶), metido en un agujero de provincia suizo, puede imaginar que una guerra mundial en la que se vería envuelto, sería un medio de defender la independencia de Suiza. Otros pequeñoburgueses, igualmente estúpidos, imaginan que la guerra mundial es un medio de defender Finlandia, que es posible determinar la *estrategia* proletaria sobre la base de un episodio *táctico* como la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo.

Georgia y Finlandia

Así como durante una huelga dirigida contra el gran capital, los obreros atentan contra la alta suficiencia del pequeñoburgués, así también en una lucha contra el imperialismo o al procurarse garantías militares contra el imperialismo, el estado obrero (aun completamente sano y revolucionario) puede verse obligado a violar la independencia de este o aquel pequeño estado. Derramar lágrimas sobre la rudeza de la lucha de clases en el plano interno o internacional puede ser propio de los filisteos democráticos, pero no de revolucionarios proletarios.

En 1921 la República Soviética soviétizó por la fuerza a Georgia¹⁰⁷, que constituía un camino abierto para el asalto imperialista en el Cáucaso. Desde el punto de vista de la autodeterminación nacional mucho podría objetarse a tal soviétización. Desde el punto de vista de extender la arena de la revolución socialista, la intervención en un país campesino era un acto más que dudoso. Desde el punto de vista de la autodefensa del estado obrero rodeado de enemigos, la soviétización forzosa estaba justificada: la salvaguardia de la revolución socialista se imponía a los principios democráticos formales.

El imperialismo mundial utilizó durante mucho tiempo el tema de la violación en Georgia como la consigna de movilización de la opinión pública mundial contra los soviets. La Segunda Internacional tomó la dirección de esta campaña. La Entente se

¹⁰⁴ No finés, sino noruego de acuerdo con la versión francesa.

¹⁰⁵ *La guerra y la Cuarta Internacional*, en nuestra serie: *Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*. EIS.

¹⁰⁶ Robert Grimm (1881-1958). Socialdemócrata pacifista suizo que participó en las Conferencias de Kienthal y Zimmerwald en 1915 et 1916.

¹⁰⁷ En febrero de 1921 el Ejército Rojo invadió Georgia, dirigida por un gobierno menchevique, presidido por Noe Jordania, antiguo colaborador de una revista fundada por Trotsky en 1914, *Borba*, y uno de los dirigentes del ala derecha del partido menchevique. Ver la obra de Trotsky, redactada a propósito *Entre el imperialismo y la revolución*, en estas mismas OELT-EIS. EDI.

orientaba hacia la preparación de una posible y nueva intervención militar contra los soviets.

Exactamente de la misma manera que en el caso de Georgia, la burguesía mundial utilizó la invasión de Finlandia para movilizar a la opinión pública mundial contra la URSS. También en este caso la socialdemocracia se constituyó en la vanguardia del imperialismo democrático. El desdichado “tercer campo” de los asustadizos pequeñoburgueses trotó a su zaga.

A pesar de la notable similitud entre estos dos ejemplos de intervención militar existe, sin embargo, una profunda diferencia: la actual URSS está lejos de ser la república soviética de 1921. Las tesis de 1934 de la Cuarta Internacional sobre la guerra declaran: “El monstruoso desarrollo del burocratismo soviético y las difíciles condiciones de vida de las masas trabajadoras redujeron drásticamente la fuerza de atracción del estado obrero sobre el proletariado de todo el mundo.”¹⁰⁸ La guerra fino-soviética reveló gráfica y completamente que, a distancia de un tiro de cañón de Leningrado, cuna de la Revolución de Octubre, el actual régimen de la URSS es incapaz de ejercer una fuerza atractiva. Sin embargo, de esto no surge que la URSS deba ser entregada a los imperialistas, sino que la URSS debe ser arrancada de las manos de la burocracia.

“¿Dónde está la guerra civil?”

“Pero ¿dónde está la prometida guerra civil en Finlandia?”, preguntan los líderes de la exoposición, transformados ahora en los líderes del “tercer campo”. Yo no prometí nada. Sólo analicé una de las posibles variantes del ulterior desarrollo del conflicto fino-soviético. La obtención de bases aisladas en Finlandia era tan probable como la ocupación completa del país. La obtención de bases suponía mantener el régimen burgués en todo el resto del país. La ocupación suponía un cambio social que hubiera sido imposible sin arrastrar a la guerra civil a los obreros y campesinos pobres. Las negociaciones diplomáticas iniciales entre Moscú y Helsinki indicaban una tentativa de solucionar la cuestión en la forma en que lo fue en los países bálticos. La resistencia de Finlandia obligó al Kremlin a conseguir sus objetivos a través de medidas militares. Stalin sólo podía justificar la guerra ante las amplias masas mediante la soviétización de Finlandia. La constitución del gobierno Kussinen indicaba que el destino que aguardaba a Finlandia no era el de los estados bálticos, sino el de Polonia, donde Stalin (a pesar de lo que escriben los columnistas aficionados del “tercer campo”) se vio obligado a provocar la guerra civil y a cambiar las relaciones sociales.

Yo señalé varias veces que, si la guerra en Finlandia no era involucrada en una guerra general y si Stalin no se veía obligado a retroceder ante una amenaza del exterior, se vería compelido a llevar adelante la soviétización de Finlandia. Esta tarea era, en sí misma, mucho más difícil que la soviétización de Polonia oriental. Más difícil desde el punto de vista *militar* porque Finlandia posee una antigua tradición de lucha contra Rusia por la independencia nacional, mientras que los ucranianos y rusos blancos estaban luchando contra Polonia. Más difícil desde el punto de vista social porque la burguesía finesa había solucionado a su manera el problema agrario precapitalista a través de la creación de una pequeña burguesía agrícola. Sin embargo, la victoria militar de Stalin sobre Finlandia, indiscutiblemente, hubiera cambiado las relaciones sociales con mayor o menor apoyo de los obreros y pequeños campesinos fineses.

¿Por qué Stalin no realizó este plan? Porque comenzó una gigantesca movilización de la opinión pública burguesa contra la URSS. Porque Inglaterra y Francia plantearon

¹⁰⁸ La guerra y la IV Internacional, en nuestra serie [Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional](#), página 4 del formato pdf.

seriamente la cuestión de la intervención militar. Finalmente (y no de menor importancia) porque Hitler no podía seguir esperando. La aparición de tropas inglesas y francesas en Finlandia hubiera constituido una amenaza directa a los planes escandinavos de Hitler que se basaban en la conspiración y la sorpresa. Tomado en una trampa de doble peligro (por un lado, los Aliados y, del otro, Hitler) Stalin renunció a soviétizar Finlandia, limitándose a la toma de posiciones estratégicas aisladas.

Los partidarios del “tercer campo” (el campo de los pequeñoburgueses asustadizos) unen ahora las piezas en la siguiente construcción: Trotsky dedujo la guerra civil en Finlandia de la naturaleza de clase de la URSS; dado que la guerra civil no se produjo, significa que la URSS no es un estado obrero. En realidad, no era necesario “deducir” lógicamente una posible guerra civil en Finlandia de la definición sociológica de la URSS: bastaba con basarse en la experiencia de Polonia oriental. El cambio de las relaciones sociales que allí se produjo sólo podía realizarlo el estado surgido de la Revolución de Octubre. Este cambio fue impuesto a la oligarquía Kremlin debido a su lucha por la autopreservación bajo condiciones especiales. No había a menor razón para dudar que *bajo condiciones análogas* se vería obligada a repetir la misma operación en Finlandia. Eso fue todo lo que señalé. Pero las condiciones cambiaron durante el transcurso de la lucha. La guerra, como la revolución, da a menudo bruscos virajes. Con el cese de las operaciones militares por parte del Ejército Rojo, naturalmente que no podía hablarse del desarrollo de una guerra civil en Finlandia.

Todo pronóstico histórico es siempre condicional y cuanto más concreto es el pronóstico, más condicional es. Un pronóstico no es una letra de cambio que pueda cobrarse a plazo fijo. El pronóstico sólo esboza las tendencias definidas del desarrollo. Pero junto a estas tendencias actúan un orden distinto de fuerzas y tendencias que en cierto momento comienzan a ser predominantes. Los que quieran predicciones exactas de los acontecimientos concretos deben consultar a los astrólogos. El pronóstico marxista sólo ayuda a orientarse. Yo hice reservas varias veces sobre la condicionalidad de mi pronóstico como *una* de varias posibles variantes. Aferrarse ahora, como a una roca de salvación, a un hecho histórico de décima categoría a propósito de que el destino de Finlandia estuvo temporariamente determinado de acuerdo al modelo de Estonia, Letonia y Lituania, en lugar del modelo de Polonia oriental, sólo puede ocurrírsele a escolásticos estériles o a... los líderes del “tercer campo”.

La defensa de la Unión Soviética

El asalto de Stalin sobre Finlandia naturalmente que no es únicamente un acto de defensa de la Unión Soviética. La política de la Unión Soviética está dirigida por la burocracia bonapartista. A esta burocracia le interesa principal y fundamentalmente su poder, su prestigio, sus ingresos. Se defiende a sí misma mucho mejor de lo que defiende a la URSS. Se defiende a expensas de la URSS y del proletariado mundial. Esto se reveló con absoluta claridad a través de todo el desarrollo del conflicto soviético-finés. No podemos, por lo tanto, asumir ni siquiera la sombra de una responsabilidad, directa o indirecta, por la invasión de Finlandia que es sólo un eslabón aislado en la cadena de la política de la burocracia bonapartista.

Una cosa es solidarizarse con Stalin, defender su política, asumir responsabilidad por ella (como lo hace la triplemente infame Internacional Comunista) y otra es explicar a la clase trabajadora mundial que a pesar de los crímenes de Stalin no podemos permitir al imperialismo mundial que aplaste a la Unión Soviética, restablezca el capitalismo y convierta en una colonia la tierra de la Revolución de Octubre. Esta explicación es la que proporciona las bases para nuestra defensa de la Unión Soviética.

La tentativa de los derrotistas de coyuntura, es decir, de lo aventureros del derrotismo, de sortear sus dificultades con la promesa de que en caso de que los Aliados intervengan cambiará su política derrotista por una defensiva, constituye una evasiva despreciable. En general, no es fácil determinar la política con un cronómetro, especialmente en tiempos de guerra. En los críticos días de la guerra soviético-finesa (como se ha sabido ahora) los estados mayores aliados llegaron a la conclusión de que sólo podía prestarse una rápida y eficaz ayuda a Finlandia mediante la destrucción del ferrocarril de Murmansk, bombardeándolo desde el aire. Desde el punto de vista de la estrategia esto era completamente correcto. La cuestión de la intervención o no intervención de las fuerzas aéreas aliadas pendía de un hilo. Pendiente del mismo hilo se balanceaba también la posición de principios del “tercer campo”. Desde el comienzo mismo consideramos que era necesario determinar nuestra posición de acuerdo a los campos básicos de clase en guerra. Era mucho más seguro.

No entregar al enemigo las posiciones ganadas

La política del derrotismo no es un castigo a un gobierno dado por este o aquel crimen que haya cometido, sino una resultante de las relaciones de clase. La línea marxista de conducta en la guerra está determinada no por consideraciones sentimentales o de moral abstracta, sino por la apreciación social de un régimen en sus relaciones recíprocas con otros regímenes. Apoyamos a Abisinia¹⁰⁹ no porque el Negus fuese política o “moralmente” superior a Mussolini, sino porque la defensa de un país atrasado contra la opresión colonial asesta un golpe al imperialismo, que contra es el principal enemigo de la clase trabajadora. Defendemos a la URSS independientemente de la política del Negus de Moscú por dos razones fundamentales. Primero: la derrota de la URSS proporciónaría al imperialismo nuevos y colosales recursos y prolongaría por muchos años la agonía mortal de la sociedad capitalista. Segunda: las bases sociales de la URSS, liberadas de la burocracia parasitaria, pueden tener un progreso económico y cultural ilimitado, mientras que las bases capitalistas no ofrecen otra posibilidad que una mayor decadencia.

Lo que desenmascara por completo a los ruidosos críticos es que continuaron considerando a la URSS como estado obrero en la época en que Stalin estaba destruyendo al partido bolchevique; cuando estaba estrangulando la revolución proletaria en España; cuando estaba traicionando a la revolución mundial en nombre de los “frentes populares” y de la “seguridad colectiva”. En todas estas situaciones reconocieron la necesidad de defender a la URSS como estado obrero. Pero tan pronto como este mismo Stalin invade a la “democrática” Finlandia, tan pronto como la opinión pública burguesa de las democracias imperialistas (que justificaron y aprobaron todos los crímenes de Stalin contra comunistas, obreros y campesinos) pone el grito en el cielo, nuestros innovadores declaran: “¡Sí, esto es intolerable!” Y siguiendo a Roosevelt, declararon un embargo moral contra la Unión Soviética.

El razonamiento del educado y sabio doctor Burnham de que al defender a la URSS defendemos *por eso* a Hitler, es un claro ejemplo de la ceguera pequeñoburguesa que procura constreñir la realidad contradictoria dentro del marco del silogismo perfecto. ¿Al defender a la República Soviética después de la paz de Brest-Litovsk apoyaron los obreros a los Hohenzollern? ¿Sí o no? Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra, que tratan en detalle esta cuestión, establecen categóricamente que los acuerdos entre el estado soviético y este o aquel otro estado imperialista no imponen ninguna restricción al partido revolucionario de tales estados. Los intereses de la

¹⁰⁹ Abisinia (o Etiopia) fue invadida en 1934 por las fuerzas de Mussolini en búsqueda del imperio colonial.

revolución mundial están por encima de una combinación diplomática aislada, por justificada que esta última sea en sí misma. Al defender a la URSS, luchamos más seriamente contra Stalin y Hitler que Burnham y Cía.

Por supuesto que Burnham y Shachtman no están solos. Léon Jouhaux, el notorio agente del imperialismo francés, también clama indignado por el hecho de que “los trotskystas defienden a la URSS.” ¡Quién podría indignarse mejor que él! Pero nuestra actitud hacia la URSS es la misma que nuestra actitud hacia la CGT (Confederación General del Trabajo): la defendemos contra la burguesía a pesar del hecho de que la confederación está dirigida por canallas como Léon Jouhaux que engañan y traicionan a los obreros a cada paso. Los mencheviques rusos también gritan: “¡La Cuarta Internacional está en un callejón sin salida!”, porque la Cuarta Internacional continúa reconociendo a la URSS como estado obrero. Estos mismos caballeros son miembros de la Segunda Internacional, dirigida por traidores tan eminentes como el típico alcalde burgués Huysmans¹¹⁰ y Léon Blum, que traicionó una situación revolucionaria excepcionalmente favorable en junio de 1936¹¹¹, permitiendo con esto el estallido de la actual guerra. Los mencheviques reconocen como partidos obreros a los partidos de la Segunda Internacional pero se rehúsan reconocer a la Unión Soviética como estado obrero porque está dirigida por burócratas traidores. Esta falsedad está llena de cinismo y descaro. Stalin, Molotov y el resto, como capa social, no son mejores ni peores que los Blum, Jouhaux, Citrine, Thomas etcétera. La diferencia entre ellos radica solamente en que Stalin Cía. explotan y mutilan las bases vitales económicas del desarrollo socialista, mientras que los Blum se aferran a las bases totalmente podridas de la sociedad capitalista.

El estado obrero debe ser tomado tal como salió del implacable laboratorio de la historia, no como lo imagina un profesor “socialista”, que reflexiona mientras hurga con un dedo su nariz. El deber de los revolucionarios es defender toda conquista de la clase trabajadora, aunque haya sido desfigurada por la presión de fuerzas hostiles. Aquellos que son incapaces de defender las posiciones tomadas, nunca conquistarán otras nuevas.

25 de abril de 1940

Carta a James P. Cannon (28 mayo 1940)

28 de mayo de 1940

Queridos camaradas:

La dimisión de Burnham es una confirmación excelente de nuestros análisis y previsiones concernientes a la exminoría. No creemos que sea la última separación.

W.R. (León Trotsky)

¹¹⁰ Camille Huysmans (1871-1970), secretario de la Oficina Internacional de la Segunda Internacional de 1904 a 1919; dirigente del Partido Socialista Belga y durante mucho tiempo diputado-alcalde de su ciudad. EDI.

¹¹¹ Ver *¿Adónde va Francia? (Recopilación de artículos con anexos)* en estas mismas OELT-EIS.

Carta a Albert Goldman (5 junio 1940)

5 de junio de 1940

Querido amigo:

Burnham no reconoce la dialéctica, pero la dialéctica no le permite a él escapar de su red. Está atrapado como una mosca en una tela de araña. El golpe que le dio a Shachtman es irreparable. ¡Qué lección sobre bloqueos principistas y aprincipistas! Y, pobre Abern. Hace cuatro años encontró en la persona de Santo Padre Muste y su monaguillo Spector, al protector de su clique familiar; ahora repitió el mismo experimento con el católico secularizado Burnham, y su abogado Shachtman... En los buenos viejos tiempos, esperamos, a menudo durante años y décadas, la verificación de una previsión. Ahora el ritmo de los acontecimientos es tan febril, que la verificación llega al día siguiente inesperadamente. ¡Pobre Shachtman!

Con los mejores saludos

LEÓN TROTSKY
Coyoacán, D. F.

Sobre el Partido “Obrero”¹¹² (7 agosto 1940)

Pregunta: ¿Existieron, en su opinión, suficientes diferencias políticas entre la mayoría y la minoría como para justificar una escisión?

Trotsky: También aquí es necesario considerar el problema dialécticamente, y no mecánicamente. ¿Qué significa esta terrible palabra “dialéctica”? Significa el considerar las cosas en su desarrollo, no en su situación estática. Si tomamos las diferencias políticas como son, podemos decir que no eran suficientes para una escisión, pero si desarrollaron una tendencia a desviarse del proletariado en dirección a los círculos pequeñoburgueses, entonces las mismas diferencias pueden tener un valor absolutamente diferente; un peso diferente; si están conectadas con un grupo social diferente. Este es un punto importante.

Tenemos el hecho de que la minoría se escindió de nosotros, a pesar de todas las medidas tomadas por la mayoría para no romper. Esto significa que su sentimiento social interno era tal que, para ellos, es imposible proseguir con nosotros conjuntamente. Es una tendencia pequeñoburguesa, no proletaria. Si usted desea una nueva confirmación de esto, tenemos un ejemplo excelente en el artículo de Dwigth MacDonald.

Ante todo, ¿qué caracteriza a un revolucionario proletario? Nadie está obligado a participar en un partido revolucionario, pero si participa, considera de manera seria al partido. Si osamos llamar a la gente a un cambio revolucionario de la sociedad, asumimos una responsabilidad tremenda, que debemos considerar muy seriamente. ¿Y qué es nuestra teoría, sino el instrumento de nuestra acción? Estos instrumentos son nuestra teoría marxista porque, hasta hoy, no hemos encontrado mejores instrumentos. Un obrero, no actúa caprichosamente con las herramientas (si son las mejores herramientas que

¹¹² Workers Party estadounidense.

puede tener, es cuidadoso con ellas; no las abandona, ni pide unas herramientas fantásticas no existentes).

Burnham es un intelectual snob. Prueba un partido, lo abandona, toma otro. Un obrero no puede hacer esto. Si se adhiere a un partido revolucionario, se dirige a la gente, la llama a la acción, es lo mismo que un general en la guerra (debe saber a dónde los está dirigiendo). Qué pensarían ustedes de un general que dijera que pensaba que los fusiles eran malos; que sería mejor esperar diez años hasta que se inventasen mejores fusiles y que mientras, mejor irse todos a casa. Esta es la forma en que razona Burnham. Por tanto, abandona el partido. Pero sigue habiendo parados, la guerra se mantiene. Estas cosas no pueden ser pospuestas. Por lo tanto, es sólo Burnham el que ha pospuesto su acción.

Dwight MacDonald no es un snob, pero es un poco estúpido. Cito. “El intelectual, si ha de realizar alguna función útil en la sociedad, no debe engañarse ni a sí mismo ni a los demás, no debe aceptar como buena moneda la que sabe que es falsa, no debe olvidar en un momento de crisis lo que ha aprendido durante un período de años y décadas.” Bien. Absolutamente correcto. Cito otra vez: “Sólo si afrontamos los tumultuosos y terribles años que vienen con, a la vez, *escepticismo* y devoción (escepticismo hacia *todas* las teorías, gobiernos y sistemas sociales; devoción hacia la lucha revolucionaria de las masas) sólo entonces nos podemos justificar como intelectuales.”

Aquí está uno de los dirigentes del llamado Partido “Obrero” que se considera a sí mismo no un proletario, sino un “intelectual”. Habla de escepticismo hacia todas las teorías.

Nos hemos preparado para esta crisis estudiando, construyendo un método científico, y nuestro método es el marxismo. Entonces la crisis llega y Mister MacDonald dice “sed escépticos hacia todas las teorías”, y luego habla de devoción a la revolución, sin reemplazarla con cualquier nueva teoría. A menos que sea esta teoría escéptica, de su cosecha. ¿Cómo podemos trabajar sin una teoría? ¿Qué es la lucha de las masas y qué es un revolucionario? Todo el artículo es escandaloso, y un partido que pueda tolerar a tal individuo como uno de sus dirigentes, no es serio.

Cito de nuevo: “¿Cuál es entonces la naturaleza de la bestia (el fascismo)? Trotsky insiste, ni más, ni menos, en que es el fenómeno familiar del bonapartismo, en el cual una clique se mantiene en el poder enfrentando a una clase con la otra, dando así al poder del estado un carácter autónomo temporal¹¹³. Pero estos regímenes totalitarios modernos no son asuntos temporales; casi han cambiado la estructura económica y social subyacente, no sólo manipulando las viejas formas sino también destruyendo su vitalidad interna. ¿Es una nueva clase dirigente la burocracia nazi, y el fascismo una nueva forma de sociedad comparable al capitalismo? Esto, tampoco parece ser cierto.”

Aquí, él crea una nueva teoría, una nueva definición del fascismo, pero desea, no obstante, que seamos escépticos hacia todas las teorías. Así, también dirá a los obreros que los instrumentos y herramientas con los que trabajan no son importantes, ¡pero que deben tener devoción a su trabajo! Creo que los obreros encontrarían una expresión muy dura para tal declaración.

Esto es muy característico del intelectual desmoralizado. Ve la guerra, la terrible época que viene, con pérdidas, con sacrificios, y tiene miedo. Empieza a propagar el escepticismo y sigue creyendo que es posible unificar el escepticismo con la devoción revolucionaria. Sólo podemos desarrollar una devoción revolucionaria si estamos seguros de que es racional y posible, y no podemos tener tales seguridades sin una teoría operante. Aquel que propaga escepticismo teórico es un traidor.

En el fascismo hemos analizado diferentes elementos:

¹¹³ Ver en estas mismas OELT-EIS: [La lucha contra el fascismo \(y anexos\)](#).

1. El elemento que el fascismo tiene en común con el viejo bonapartismo es que usa los antagonismos entre las clases para dar al poder del estado la mayor independencia posible. Pero siempre hemos subrayado que el viejo bonapartismo se dio en un tiempo de una ascendiente sociedad burguesa, mientras que el fascismo es un poder de estado de declive de la sociedad burguesa.

2. Que el fascismo es un intento de la clase burguesa de superar, de sobrepasar la contradicción entre la nueva técnica y la propiedad privada, sin eliminar la propiedad privada. Es la “economía planificada” del fascismo. Es un intento de salvar la propiedad privada y, al mismo tiempo, de controlar la propiedad privada.

3. Para superar la contradicción entre la técnica nueva, moderna, de las fuerzas productivas en las limitadas fronteras del estado nacional. Esta nueva técnica no puede ser limitada por las fronteras del viejo estado nacional y el fascismo intenta superar esta contradicción. El resultado es la guerra. Ya hemos analizado todos estos elementos.

Dwight MacDonald abandonará el partido como lo hizo Burnham, pero, posiblemente, como es un poco más perezoso, lo hará más tarde.

¿Fue considerado en cierto momento Burnham como un “buen elemento”? Sí, el partido proletario en nuestra época debe hacer uso de cada intelectual que pueda contribuir al partido. Gasté muchos meses con Diego Rivera, para salvarle para nuestro movimiento, pero no tuve éxito. Pero cada internacional ha tenido una experiencia de este tipo. La Primera Internacional tuvo problemas con el poeta Freiligrath, que era también muy caprichoso. La Segunda y Tercera Internacionales tuvieron problemas con Maxim Gorki. La Cuarta Internacional con Rivera. En todos los casos se separaron de nosotros.

Burnham, por supuesto, estuvo más cercano al movimiento, pero Cannon tuvo sus dudas sobre él. Sabe escribir, y tiene un pensamiento formalmente construido, no profundo, pero hábil. Puede aceptar tu idea, desarrollarla, escribir un artículo sobre ella (y luego olvidarla). El autor puede olvidar (pero el obrero no). No obstante, tanto tiempo como podamos utilizar a esta gente, tanto mejor. ¡Mussolini, una vez, fue también un “buen elemento”!

7 de agosto de 1940 Coyoacán, D. F.

Carta a Albert Goldman (9 agosto 1940)

9 de agosto de 1940

Sr. Albert Goldman.

Querido amigo:

No sé si ha visto usted el artículo de Dwight Macdonald en el número de agosto de su *Partisan Review*.

Este hombre fue discípulo de Burnham, el intelectual snob. Tras la deserción de Burnham, Dwight Macdonald se quedó en el partido de Shachtman como el único representante de la “Ciencia”.

En la cuestión del fascismo, Macdonald presenta una pobre compilación de plagios de nuestro arsenal, que él presenta como sus propios descubrimientos, y a los cuales opone algunas banalidades que él caracteriza como nuestras ideas. Todo, sin perspectiva, sin proporción, y sin una elemental honestidad intelectual.

Sin embargo, esto no es lo peor. El huérfano de Burnham proclama: “Debemos volver a examinar, con un punto de vista frío y escéptico, las premisas básicas del

marxismo”. Pág. 266. ¿Y qué deberá hacer el pobre “Partido Obrero” durante este período de “examen”? ¿Qué deberá hacer el proletariado? Deben, por supuesto, esperar el resultado del estudio de Dwight Macdonald. Probablemente este resultado será la desertión de Macdonald, para ir al campo de Burnham.

Las cuatro últimas líneas del artículo, no pueden ser otra cosa más que la preparación para una desertión personal. “Sólo si afrontamos los tumultuosos y terribles años que vienen con, a la vez, escepticismo y devoción (escepticismo hacia todas las teorías, gobiernos y sistemas sociales; devoción hacia la lucha revolucionaria de las masas) sólo entonces nos podemos justificar como intelectuales.”

La actividad revolucionaria basada en el escepticismo teórico es la más torpe de las contradicciones internas. “Devoción a lucha revolucionaria de las masas” es imposible sin la comprensión teórica de las leyes de esta lucha revolucionaria. La devoción revolucionaria sólo es posible si se tiene la seguridad de que devoción es razonable, adecuada; que corresponde a sus objetivos. Tal seguridad sólo puede ser creada por una penetración teórica en la lucha de clases. El “escepticismo hacia todas teorías” no es más que la preparación para la desertión personal.

Shachtman permanece silencioso; como “Secretario General” está demasiado ocupado como para defender las “premisas más básicas del marxismo” contra filisteos pequeñoburgueses snobs...

Fraternalmente suyo,

L. TROTSKY

Carta a Chris Andrews (17 agosto 1940)

17 de agosto de 1940

Querido Chris:

Me ha satisfecho mucho su valoración de la posición antipacifista adoptada por el partido. Hay dos grandes ventajas en esta posición: la primera, que es revolucionaria en su esencia y basada en el carácter total de nuestra época, cuando todas las cuestiones serán decididas, no sólo por el arma de la crítica, sino por la crítica de las armas; segundo, está absolutamente libre del sectarismo. No oponemos a los acontecimientos y a los sentimientos de las masas una afirmación abstracta de nuestra santidad.

El triste *Labor Action* del 12 de agosto escribe: “En su lucha contra el reclutamiento, estamos con Lewis al 100%.” Nosotros no estamos con Lewis ni siquiera en un 1%, porque Lewis trata de defender la Patria Capitalista por medios completamente anticuados. La gran mayoría de los obreros comprenden y piensan que estos medios (armamento profesional voluntario) están anticuados desde el punto de vista militar, y son extremadamente peligrosos desde el punto de vista de clase. Por esto es que los obreros están por el reclutamiento. Es una forma muy confusa y contradictoria de adherirse al “armamento del proletariado”. No rechazamos llanamente este gran cambio histórico, como hacen los sectarios de todo tipo. Decimos “¿Reclutamiento? Sí. Pero hecho por nosotros mismos.” Es un excelente punto de partida.

Con los mejores saludos. Fraternalmente,

VUESTRO VIEJO (LEÓN TROTSKY)

Anexos

Una vez más: la Unión Soviética y su defensa¹¹⁴ (4 noviembre 1937)

4 de noviembre de 1937

Craipeau olvida las principales enseñanzas del marxismo

El camarada Craipeau quiere persuadirnos una vez más de que la burocracia soviética como tal es una clase¹¹⁵. Sin embargo, para él no es un problema de “sociología” pura. No, todo lo que quiere, como veremos, es señalar de una vez una línea libre y recta, para su tipo de internacionalismo, del cual no está en absoluto seguro. Si la burocracia no es una clase, si la Unión Soviética puede ser reconocida todavía como un estado de trabajadores, es necesario apoyarla durante la guerra. ¿Cómo puede uno entonces permanecer en una oposición irreconciliable contra el propio gobierno, si éste está aliado a los soviéticos? ¡Ahí existe una tentación terrible de caer en el socialpatriotismo! No; es preferible hacer un cambio radical de posición: la burocracia estalinista es una clase explotadora, y en caso de guerra, a duras penas necesitamos distinguir entre los soviéticos y el Japón.

Desgraciadamente este radicalismo terminológico no adelanta mucho las cosas. Admitamos por un momento que la burocracia es realmente una clase, en el sentido de la sociología marxista. Tenemos entonces una forma nueva de clase social, que ni es idéntica a la sociedad feudal o a la capitalista y la cual nunca fue prevista por los teóricos marxistas. Tal descubrimiento es digno de un atento análisis.

¿Por qué se encuentra la sociedad capitalista en un callejón sin salida? Porque ya no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas en los países adelantados o atrasados. La cadena imperialista mundial, se rompió en su eslabón más débil, Rusia. Nos enteramos ahora que en lugar de la sociedad burguesa, ha sido establecida una nueva clase social. Craipeau no le ha dado aún ningún hombre o analizado sus leyes internas. Pero eso no nos impide ver que la nueva sociedad es progresiva en comparación con el capitalismo, porque en base a la propiedad nacionalizada, la nueva “clase” dominante, ha asegurado

¹¹⁴ Tomado de León Trotsky, *Escritos, Tomo IX, Volumen 1*, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, páginas 47-64, edición en papel, y páginas 40-57 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). “Una vez más: la Unión Soviética y su defensa”. *Internal Bulletin, Organizing Committee for the Socialist Party Convention*, [Comisión Organizadora de la Convención del Partido Socialista] N° 2, noviembre de 1937. Este fue el boletín (de ahora en adelante llamado el OCSPC) del ala izquierda del Partido Socialista norteamericano, que había sido expulsado del partido y se preparaba para la convención que formaría el SWP a fines del año. Mientras se deliberaba sobre la naturaleza del estado soviético en la izquierda del Partido Socialista, Trotsky escribió este artículo como respuesta específica a uno de Yvan Craipeau (n. 1912), dirigente de la sección francesa del Movimiento pro Cuarta Internacional. Craipeau abandonó la Cuarta Internacional en 1946 y escribió una historia, *Le Mouvement Trotskyste en France* (1971).

¹¹⁵ *La Quatrième Internationale et la contre-révolution russe* contra informe presentado por el camarada Craipeau al Segundo Congreso del POI, de noviembre de 1937. Y. Craipeau era entonces uno de los dirigentes del Parti ouvrier internationaliste (Partido Obrero Internacionalista), que se convertiría en la sección francesa de la IV Internacional y en las Jeunesses socialistes révolutionnaires (Juventudes Socialistas Revolucionarias). Dirigente del POI, después del PCI bajo la ocupación alemana, Secretario General del PCI de 1945 hasta su ruptura en 1947. EDI.

un desarrollo de fuerzas productivas jamás igualado en la historia mundial. El marxismo nos enseña que las fuerzas productivas son el factor fundamental del progreso histórico. Una sociedad que no es capaz de asegurar el crecimiento del poder económico, es aun menos capaz de asegurar el bienestar de las clases trabajadoras cualquiera que sea la manera de la distribución. El antagonismo entre el feudalismo y el capitalismo y la decadencia del primero ha sido determinada precisamente por el hecho de que el último abrió nuevas y grandiosas posibilidades a las estancadas fuerzas productivas. Lo mismo se aplica a la Unión Soviética. Cualquiera que sean sus formas de explotación, esta nueva sociedad es, por su carácter mismo, superior a la capitalista. ¡Ahí está el punto de partida real del análisis marxista!

Este factor fundamental, las fuerzas productivas, también se refleja en el dominio ideológico. Mientras la vida económica de los países capitalistas no nos enseña otra cosa que diferentes formas de estancamiento y descomposición, la economía nacionalizada y planificada de la Unión Soviética, es la más grande escuela para toda la humanidad que aspira a un futuro mejor. ¡Se tiene que ser ciego para no ver la diferencia!

En la guerra entre el Japón y Alemania por un lado, y la Unión Soviética por el otro, estaría comprometido, no un problema de igualdad distributivo, o democracia proletaria, o de la justicia de Vishinski, sino el destino de *la propiedad nacionalizada y la economía planificada*. La victoria de los estados imperialistas significaría la caída, no solamente de la nueva “clase explotadora” en la Unión Soviética, sino también de las nuevas formas de producción, la disminución de toda la economía soviética al nivel de un capitalismo atrasado y semicolonial. Ahora pregunto a Craipeau: cuando estemos enfrentados con la lucha entre dos estados los cuales son (admitámoslo) ambos estados de clase, pero uno de los cuales representa estancamiento imperialista y el otro un tremendo progreso económico, ¿no tenemos que apoyar el estado progresista contra el estado reaccionario? ¿Sí o no?

En toda sus tesis, Craipeau habla de las cosas más diversas, y cosas muy ajenas al tema, pero no menciona una sola vez el factor decisivo de la sociología marxista, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas. Es precisamente por esto que toda su construcción permanece suspendida en el aire. Engaña con sombras terminológicas (“clase”, “no clase”) en vez de entender la realidad. Cree que es suficiente atribuir el término “clase” a la burocracia con el fin de evitar la necesidad de analizar qué sitio ocupa la nueva sociedad en el desarrollo histórico de la humanidad. Queriendo forzarnos a no distinguir entre una sociedad que es absolutamente reaccionaria, que lesiona y hasta destruye las fuerzas productivas, y una sociedad que es relativamente progresista, puesto que ha asegurado un gran ascenso económico, Craipeau quiere imponernos la política de la “neutralidad” reaccionaria. ¡Sí, camarada Craipeau, reaccionaria!

Pero, ¿es la burocracia una clase?

Se ve por lo anterior que podríamos muy bien dejar de analizar otra vez el problema que preocupa a Craipeau, que en sí mismo, está lejos de ser decisivo en época de guerra. Pero el problema del carácter social de la burocracia es, a pesar de todo, muy importante desde un punto de vista más general y no vemos ninguna razón para hacer la más ligera concesión a Craipeau en este nivel. Nuestro crítico cambia de argumentos sin la más mínima inconveniencia. Esta vez deduce su extraordinaria prueba, de una frase en *La revolución traicionada*¹¹⁶ en el sentido de que “todos los medios de producción pertenecen al estado y el estado pertenece, *hasta cierto punto*, a la burocracia” (el énfasis

¹¹⁶ *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, en estas mismas OELT-EIS.

es mío). Craipeau está jubiloso. Si los medios de producción pertenecen al estado, y el estado a la burocracia, ésta se torna en la propietaria colectiva de los medios de producción, y por eso solamente, en la clase poseedora y explotadora. El resto del argumento de Craipeau es casi de carácter puramente literario. Nos dice una vez más, con aire de polemizar contra mí, que la burocracia termidoriana es mala, rapaz, reaccionaria, sedienta de sangre, etcétera.¹¹⁷ ¡Una verdadera revelación! ¡Sin embargo nunca dijimos que la burocracia estalinista fuera virtuosa! Solamente le negamos la calidad de clase en el sentido marxista, es decir, con respecto a la propiedad de los medios de producción. Pero ahí está Craipeau forzándome a negarme, puesto que reconocí que la burocracia trata al estado como su propiedad. “Y esa es la solución al enigma.”

Pero con este argumento ultrasimplificado Craipeau muestra una falta deplorable de sentido dialéctico. Nunca dije que la burocracia soviética era igual a la de la monarquía absoluta o del capitalismo liberal. La economía nacionalizada crea una situación completamente nueva para la burocracia y abre nuevas posibilidades, tanto de progreso como de degeneración.

Esto lo sabíamos, más o menos, aun antes de la revolución. La analogía entre la burocracia soviética y la del estado fascista es mucho mayor, sobre todo desde el punto de vista que nos interesa. La burocracia fascista trata también al estado como su propiedad. Impone severas restricciones al capital privado y provoca a menudo convulsiones en él. Podemos decir a manera de argumento lógico: si la burocracia fascista triunfó en imponer más y más su disciplina y restricciones a los capitalistas, sin resistencia efectiva de parte de éstos, esta burocracia podría gradualmente transformarse en una nueva “clase” dirigente absolutamente análoga a la burocracia soviética. Pero el estado fascista pertenece a la burocracia solamente “hasta cierto punto” (véase la cita anterior).

Esas son tres palabras que Craipeau ignora deliberadamente. Pero tienen su importancia. Incluso son decisivas. Forman parte integral de la ley dialéctica de la transformación de cantidad en cualidad. Si Hitler¹¹⁸] tratase de apropiarse del estado, y por esos medios, apropiarse completamente de la propiedad privada y no sólo “hasta cierto punto”, tropezaría contra la oposición violenta de los capitalistas; esto abriría grandes posibilidades revolucionarias para los trabajadores. Hay sin embargo ultraizquierdistas que aplican a la burocracia fascista el razonamiento que Craipeau aplica a la soviética y colocan un rótulo igual entre los regímenes fascista y estalinista (algunos espartaquistas alemanes, urbahnistas, anarquistas, etcétera)¹¹⁹. Hemos dicho de ellos lo que decimos de Craipeau: su error está en creer que las bases de la sociedad pueden cambiarse sin revolución y contrarrevolución, desenvolviendo al revés la película del reformismo.

Pero aquí es donde Craipeau, todavía jubiloso, cita otra frase de *La revolución traicionada* con respecto a la burocracia soviética: “Si estas relaciones completamente

¹¹⁷ El Termidor de 1794: mes del nuevo calendario francés en que los jacobinos revolucionarios dirigidos por Robespierre fueron derrocados por un ala reaccionaria de la revolución que, sin embargo, no llegó a restaurar el régimen feudal. Trotsky usó el término como una analogía histórica para designar la toma del poder por la burocracia conservadora estalinista en la estructura de las relaciones de propiedad nacionalizada.

¹¹⁸ Adolf Hitler (1889-1945): nombrado canciller de Alemania en enero de 1933 y a la cabeza del Partido Nacional Socialista (nazi) llevó a Alemania a la Segunda Guerra Mundial.

¹¹⁹ Los espartaquistas alemanes aquí mencionados eran un pequeño grupo de exiliados de la década del 30 y no debe confundirse con la Liga Espartaco, organizada por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht como el ala antibélica de la socialdemocracia alemana, y que fue la antecesora del Partido Comunista Alemán. El nombre deriva de Spartacus, el dirigente de una insurrección de esclavos al final de la República Romana. Hugo Urbahns (1890-1946): dirigente del Partido Comunista Alemán, fue expulsado en 1928 y ayudó a fundar el Leninbund, que estuvo asociado con la Oposición de Izquierda Internacional hasta 1930. En 1933 se mudó a Suecia, donde murió [al no concederle visado ningún gobierno, EDI].

nuevas se estabilizaran, se legalizaran, se hicieran normales, sin resistencia o contra la resistencia de los trabajadores, acabarían liquidando completamente las conquistas de la revolución proletaria.”¹²⁰ Y concluye Craipeau: “Así, el camarada Trotsky contempla la posibilidad (en el futuro) de un tránsito sin intervención militar (?) del estado de los trabajadores, al estado capitalista. En 1933, se acostumbraba llamar a esto desenrollar al revés la película del reformismo.” Se llama de la misma manera en 1937. Lo que para mí es un argumento puramente lógico, Craipeau lo considera un pronóstico histórico. Sin una guerra civil victoriosa, la burocracia no puede dar origen a una nueva clase dirigente. Ese era y sigue siendo mi pensamiento. Además, lo que está sucediendo ahora en la Unión Soviética es solamente una guerra civil preventiva iniciada por la burocracia. Y sin embargo no ha tocado todavía las bases económicas del estado creadas por la revolución, las cuales, a pesar de toda su deformación y distorsión, aseguran un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas.

Nadie ha negado la posibilidad (especialmente en el caso de prolongada decadencia mundial) de la restauración de una nueva clase poseedora resultante de la burocracia. La presente posición social de la burocracia, que por medio del estado tiene en sus manos “hasta cierto punto” las fuerzas productivas, es un punto de partida extremadamente importante para este proceso de transformación. Es, sin embargo, un problema de posibilidad histórica y no un hecho ya cumplido.

¿Es una clase el producto de causas económicas o políticas?

En *La revolución traicionada* traté de dar una definición del presente régimen soviético. Esta definición comprende nueve párrafos. Admitiré que esta serie de fórmulas descriptivas y cautelosas no es muy elegante. Pero trata de ser honrada con respecto a la realidad, lo cual siempre es una ventaja. Craipeau ni siquiera menciona esta definición. No opone otra a ella. No dice si la nueva sociedad explotadora, es superior o inferior a la antigua, y no se pregunta si esta nueva sociedad es una etapa inevitable entre el capitalismo y el socialismo o es solamente un “accidente” histórico. Sin embargo, desde el punto de vista de nuestra perspectiva histórica general, tal como está formulada en el *Manifiesto Comunista*¹²¹ de Marx y Engels, la definición sociológica de la burocracia asume una importancia capital.

La burguesía vino al mundo como un elemento nacido de la nueva forma de producción; permaneció como una necesidad histórica mientras la nueva forma de producción agotaba sus posibilidades. Se puede hacer la misma aseveración con respecto a todas las clases sociales anteriores: dueños de esclavos, señores feudales, maestros obreros medioevales. En su tiempo eran los dirigentes y representantes de un sistema de producción, el cual tenía su lugar en el adelanto de la humanidad. ¿Cómo entonces evalúa Craipeau el lugar histórico de “la clase burocrática”? No dice nada sobre este problema decisivo. Sin embargo, hemos repetido muchas veces con la ayuda del mismo Craipeau, que la degeneración del estado soviético es el producto del retardo de la revolución mundial, es decir, el resultado de causas políticas y “coyunturales”, por así decirlo. ¿Puede uno hablar de una nueva... clase “coyuntural”? Lo dudo realmente. Si Craipeau consiente en verificar esta concepción más bien apresurada desde el punto de vista de la sucesión histórica de regímenes sociales, él mismo reconocerá seguramente que dar a la burocracia el nombre de clase dominante, es no solamente un abuso de terminología, sino por otra parte un gran peligro político que puede conducir a un descarrilamiento completo de nuestra perspectiva histórica. ¿Ve Craipeau razones suficientes para revisar la

¹²⁰ L. Trotsky, *La revolución traicionada*, OELT-EIS, página 124 del formato pdf.

¹²¹ *Manifiesto Comunista (anexos)*, en nuestras *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*.

concepción marxista en este punto capital? En cuanto a mí, no veo ninguna. Esa es la razón por la cual rehúso seguir a Craipeau.

Sin embargo, podemos y debemos decir que la burocracia soviética tiene todos los vicios de una clase dominante, sin tener ninguna de sus “virtudes” (estabilidad orgánica, ciertas normas morales, etcétera). La experiencia nos ha enseñado que el estado de los trabajadores es todavía un estado, es decir, un producto del pasado bárbaro; que es doblemente bárbaro en un país aislado y atrasado; que bajo condiciones desfavorables puede degenerarse hasta el punto de volverse irreconocible; que puede requerir una revolución suplementaria con el fin de regenerarlo. Pero el estado de los trabajadores continúa, sin embargo, como una etapa inevitable en nuestro camino. Esta etapa no puede ser superada, sino por la revolución permanente del proletariado internacional.

Y, ¿dónde está la dialéctica?

No puedo seguir la argumentación completa del camarada Craipeau punto por punto; porque para eso es necesario realmente recapitular la íntegra concepción marxista. El problema es que Craipeau no analiza los hechos como son, sino que más bien recoge argumentos lógicos a favor de una tesis preconcebida. Este método es en esencia, antidialéctico y por lo tanto antimarxista. Daré algunos ejemplos al respecto.

a) “El proletariado ruso perdió toda esperanza de poder político hace muchos años [...]” Craipeau se cuida de no decir exactamente *cuándo*. Simplemente quiere crear la impresión de que nuestra tendencia ha alimentado ilusiones por “muchos años”. Olvida decir que en 1923 la burocracia estaba muy trastornada y que solamente la derrota alemana y el desaliento del proletariado ruso que la siguió, restableció su posición¹²². Durante la revolución china, la crisis se repitió con aspectos similares. El primer plan quinquenal y las grandes conmociones que precedieron la subida de Hitler (1931-1933); amenazaban una vez más el dominio de la burocracia¹²³. Finalmente ¿podemos dudar por un instante, que si la revolución española hubiese triunfado y los trabajadores franceses hubiesen sido capaces de desarrollar la ofensiva de mayo y junio de 1936 hasta su conclusión¹²⁴, el proletariado ruso habría recobrado su valor y combatividad y derrocado los termidorianos con un mínimo de esfuerzo? Es solamente una sucesión de las

¹²² En 1923 se desató en Alemania una situación revolucionaria provocada por una severa crisis económica y por la invasión francesa del Ruhr. Una mayoría de la clase trabajadora alemana buscó apoyo del partido comunista pero su dirección vaciló y perdió una oportunidad excepcionalmente favorable de dirigir una lucha por el poder, permitiendo así a los capitalistas alemanes recobrar su equilibrio antes de que terminara el año. La responsabilidad del Kremlin por esta oportunidad perdida fue uno de los factores que llevaron a la formación de la Oposición de Izquierda rusa a fines de 1923.

¹²³ El primer plan quinquenal para el desarrollo económico de la Unión Soviética, puesto en marcha desde 1928 proyectó una modesta aceleración del crecimiento industrial y una política vacilante hacia el campesinado. De repente el politburó cambió su posición y exigió realizar el plan quinquenal en cuatro años. La resultante aceleración y la colectivización forzada del campesinado llevaron a un período de caos económico y de grandes dificultades para la población. Las grandes conmociones en Alemania (1931-33) se refieren a las tempestuosas crisis que derribaron varios gabinetes ministeriales antes de Hitler; parece ser que el sabotaje sectario del Kremlin a las oportunidades revolucionarias en Alemania minó la autoridad de Stalin aun en un sector de la burocracia soviética.

¹²⁴ La revolución española comenzó en 1931 cuando la monarquía fue derrocada y se proclamó la república. En 1936 fue elegido el gobierno del Frente Popular y se declaró la guerra civil que terminó en 1939 cuando las fuerzas fascistas de Franco derrotaron a las tropas republicanas. Todas las organizaciones de la izquierda española participaron en el gobierno burgués del Frente Popular, dejando a las masas insurgentes sin dirección en su lucha. Los escritos de Trotsky sobre el tema se recopilan en *The Spanish Revolution* (1931-39) [La revolución española (1931-39, [en breve estas OELT-EIS editará la recopilación]] (Pathfinder, 1973). En junio de 1936 se desató en Francia una ola masiva de huelgas que llegaron a abarcar a siete millones de trabajadores simultáneamente. Muchas de las huelgas fueron de brazos caídos. En julio de 1936 tuvo lugar un nuevo resurgimiento de la actividad huelguística.

deprimentes y terribles derrotas en todo el mundo lo que ha estabilizado el régimen de Stalin. Craipeau opone el resultado, el cual es bastante contradictorio en sí mismo, al proceso que lo produjo y a nuestra política, la cual era un reflejo de este proceso.

b) Con el fin de refutar el argumento de que la burocracia manipula los recursos naturales solamente como una corporación gremial (que es extremadamente inestable) y que los burócratas aislados no tienen el derecho de disponer libremente de propiedad estatal, replica Craipeau: “Los burgueses tuvieron que esperar mucho tiempo antes de que pudieran transmitir a sus descendientes títulos de propiedad sobre los medios de producción. Al comienzo de los gremios, el jefe era elegido por sus compañeros [...]” etcétera. Pero Craipeau deja a un lado la friolera de que precisamente “al comienzo de los gremios”, estos no estaban divididos todavía en clases y que el jefe, no era “burgués” en el sentido moderno de la palabra. La transformación de cantidad en cualidad no existe para Craipeau.

c) “La propiedad privada está siendo restaurada, la herencia restablecida [...]” Pero Craipeau evita decir que es asunto de propiedad sobre objetos de uso personal, y no de medios de producción. De la misma manera olvida mencionar que la propiedad privada de los burócratas, aun aquéllos en altas posiciones, es nada en comparación con los recursos materiales hechos accesibles por sus empleos, y que precisamente la actual “purga”, que de un plumazo arroja miles y miles de familias de burócratas a la mayor pobreza, demuestra cuán enteramente frágiles son los vínculos entre los mismos burócratas (y mucho más entre sus familias) y la propiedad estatal.

d) La guerra civil preventiva, al ser dirigida en el momento por la camarilla dominante, demuestra otra vez, que esta última sólo puede ser derrocada por la fuerza revolucionaria. Pero puesto que esta nueva revolución debe desarrollarse en base a la propiedad estatal y la economía planificada, hemos caracterizado la caída de la burocracia como una revolución política para distinguirla de la revolución social de 1917. Craipeau encuentra que esta distinción “permanece en el dominio de la casuística”. ¿Y por qué tanta severidad? Porque la recuperación del poder por el proletariado tendrá también consecuencias sociales. Pero las revoluciones burguesas y políticas de 1930, 1848 y setiembre de 1870 también tuvieron consecuencias sociales, en cuanto que cambiaron seriamente el reparto de la renta nacional. Pero mi querido Craipeau, todo es relativo en este mundo el cual no es una creación de formalistas de ultraizquierda. Los cambios sociales provocados por las llamadas revoluciones políticas, serios como fueron, realmente aparecen como secundarios cuando se comparan con la gran Revolución Francesa, la cual fue la revolución *social* burguesa por excelencia. Lo que le falta al camarada Craipeau es el sentido de las proporciones y el concepto de la relatividad. Nuestro joven amigo no está interesado en absoluto en la ley de transformación de cantidad en cualidad. Y sin embargo es la ley más importante de la dialéctica. La verdad es que las autoridades del mundo académico burgués encuentran que la dialéctica en sí misma es el “dominio de la casuística.”

e) No es por casualidad que Craipeau está inspirado por la sociología de M. Yvon¹²⁵. Las observaciones personales de Yvon son honestas y muy importantes. Pero no es por accidente que ha encontrado refugio en el pequeño puerto de *Révolution proletarienne*¹²⁶. Yvon está interesado en la “economía”, en el “taller” (para usar la

¹²⁵ M. Yvon: obrero francés que estuvo 11 años en la Unión Soviética, donde trabajó en los tribunales y como gerente. En su obra *¿Qué fue de la Revolución rusa?*, pintó un cuadro triste de la pobreza y miseria de los trabajadores rusos.

¹²⁶ *Révolution proletarienne*: periódico sindical publicado por antiguos miembros del Partido Comunista Francés que habían sido expulsados a mediados de la década del veinte por simpatizar con la Oposición de Izquierda.

palabra de Proudhon) y no en “política”, es decir, en economía generalizada. Pertenece, formalmente, a la escuela proudhonista; esto le permitió precisamente permanecer neutral durante la lucha entre la Oposición de Izquierda y la burocracia; no comprendió que el destino del “taller” dependía de ella¹²⁷. Lo que tiene que decir acerca de la lucha por “la herencia de Lenin” sin distinguir las tendencias sociales (¡aún hoy en 1937!) revela claramente su concepción totalmente pequeñoburguesa, y no revolucionaria en absoluto. La noción de clase es una abstracción para Yvon, la cual sobreimpone sobre la abstracción “taller”. ¡Es realmente triste que Craipeau no encuentre otra fuente de inspiración teórica!

El socialpatriotismo y la defensa de la Unión Soviética

Todo este andamiaje sociológico, desgraciadamente muy frágil, solamente sirve a Craipeau, como lo hemos dicho, para rehuir la necesidad de distinguir entre la Unión Soviética y los estados imperialistas durante la guerra. Los dos últimos párrafos de su tratado los cuales tienen que ver con este tema son particularmente reveladores. Craipeau nos dice: “Toda guerra europea o mundial se da en nuestros días por conflictos imperialistas y sólo los tontos estalinistas o reformistas pueden creer que los puntos de lucha de la futura guerra serán el régimen fascista o democrático.” Noten bien esta tesis magistral: de alguna manera simplificada, es verdad, pero sin embargo tomada, esta vez, del arsenal marxista. Inmediatamente después de esto, con el fin de criticar y caracterizar a la Unión Soviética como “campeona de la guerra imperialista”, Craipeau nos dice: “En el campo de Versalles, su diplomacia [la de la Unión Soviética] juega ahora el mismo papel animador de la diplomacia hitleriana en el otro campo.” Admitámoslo. ¿Pero el carácter imperialista de la guerra está determinado por el papel provocador de la diplomacia fascista? En absoluto. “Solamente los tontos estalinistas o reformistas pueden creerlo.” Y espero que nosotros los demás no vamos a aplicar el mismo criterio al estado soviético. Se es un derrotista en los países imperialistas (¿no es así?) porque se quiere aplastar el régimen de la propiedad privada y no porque uno desea castigar algún “agresor”. En la guerra de Alemania contra la Unión Soviética, será una cuestión de cambiar la base económica de esta última en cuanto concierne a los imperialistas y no de castigar a Stalin y Litvinov¹²⁸. ¿Y entonces? Craipeau ha establecido su tesis fundamental exclusivamente con el fin de tomar de inmediato el camino opuesto. El peligro, el verdadero peligro, consiste, de acuerdo con él, en que los socialpatriotas de todo calibre tomarán la defensa de la Unión Soviética como un pretexto para una nueva traición. “En esas condiciones cualquier equivocación en nuestra actitud se vuelve fatal.” Y en conclusión: “Hoy es necesario elegir entre la defensa incondicional de la Unión Soviética, es decir [¡¡¡!!!], el sabotaje de la revolución en nuestro país y en la Unión Soviética, o el derrotismo y la revolución.”

¹²⁷ Los proudhonistas: seguidores de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865): uno de los primeros teóricos del anarquismo. Estaba por una sociedad basada en un libre cambio entre productores independientes y consideraba al estado menos importante que los talleres que, según él, lo remplazarían [Ver en nuestras OEME-EIS: *Miseria de la filosofía* de Carlos Marx]. La Oposición de Izquierda rusa (bolcheviques leninista o “trotskystas”) se formó en 1923 para oponerse a la estalinización del Partido Comunista Ruso. Fue el primer núcleo de la Oposición de Izquierda Internacional y la Cuarta Internacional [Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional y Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España en nuestras EIS.]

¹²⁸ Maxim Litvinov (1876-1951): comisario del pueblo de asuntos exteriores (1930-39), embajador en Estados Unidos (1941-43) y comisario diputado de asuntos exteriores (1943-46). Stalin lo utilizó para personificar la “seguridad colectiva” cuando buscaba alianzas con imperialistas democráticos y lo olvidó durante el período del pacto Stalin-Hitler y la guerra fría.

Henos aquí. No se trata, en absoluto, del carácter social de la Unión Soviética (¿qué importa eso?) puesto que, de acuerdo a Craipeau, la defensa del estado de los trabajadores, aun cuando fuese auténtico, implica que el proletariado de los países aliados imperialistas concluya una unión sagrada con su propia burguesía. “Y existe la solución al enigma” como dicen otros. Craipeau cree que en la Guerra (guerra con mayúscula) el proletariado no debería estar interesado en si es una guerra contra Alemania, la Unión Soviética o contra un Marruecos sublevado, porque en todos estos casos es necesario proclamar el “derrotismo sin frases” como la única posibilidad de escapar al apretón del socialpatriotismo. Una vez más vemos, y con qué claridad, que el ultraizquierdismo es siempre un oportunismo que tiene miedo de sí mismo y exige garantías absolutas (esto es, garantías no existentes) para seguir fiel a su bandera. Este tipo de intransigencia recuerda al hombre tímido y débil, que, al enfurecerse, grita a sus amigos: ¡Deténganme que voy a hacer algo terrible! ¡Denme tesis herméticamente selladas, pongan pantallas impenetrables sobre mis ojos, de lo contrario... voy a hacer algo terrible! ¡Realmente hemos encontrado la solución al enigma!

¿Pero en todo caso, Craipeau duda, por ejemplo, del carácter proletario del estado soviético entre 1918 y 1923 o por lo menos, con el fin de hacer concesión a la ultraizquierda, entre 1918 y 1921? En ese período el estado soviético maniobró en la arena internacional y buscó aliados temporales. Al mismo tiempo, es precisamente en ese período que el derrotismo se hizo un deber para todos los trabajadores de los países imperialistas, tanto de los “enemigos” como de los “aliados” temporales. El deber de defender a la Unión Soviética nunca significó para el proletariado revolucionario dar un voto de confianza a su burguesía. La actitud del proletariado en tiempo de guerra es la continuación de su actitud en tiempo de paz. El proletariado defiende a la Unión Soviética con su política revolucionaria, nunca subordinada a la burguesía, pero siempre adaptada a circunstancias concretas. Esa fue la enseñanza de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista¹²⁹. ¿Exige Craipeau una revisión retrospectiva de esta enseñanza?

Si Blum en vez de declarar la páfida “no intervención” (siempre a las órdenes del capital financiero) hubiera apoyado a Caballero y Negrín con su democracia capitalista, ¿hubiera renunciado Craipeau a su oposición irreductible contra el gobierno del “Frente Popular”? ¿O habría renunciado al deber de distinguir entre los dos campos que se enfrentaban en España y de adaptar su política a esta distinción?

Lo mismo se aplica al Lejano Oriente. Si Chiang, siguiendo a Inglaterra, declarara mañana la guerra contra el Japón, ¿va Craipeau a participar en una unión sagrada con el fin de ayudar a China? O ¿proclamará, por el contrario, que para él no hay diferencia entre China y Japón que pueda influenciar su política? La alternativa de Craipeau: o la defensa de la Unión Soviética, de Etiopía, de la república española, de la China colonial, etcétera, para concluir una unión sagrada, o derrotismo completo, herméticamente sellado y de alcance cósmico; esta alternativa fundamentalmente falsa, se hará polvo ante la primera prueba de los hechos y abrirá las puertas ampliamente para el tipo más craso de socialpatriotismo.

“¿Nuestras propias tesis sobre la guerra [pregunta Craipeau] están exentas de cualquier equivocación sobre este problema?”¹³⁰ ¡Desgraciadamente no! Al analizar la necesidad del derrotismo, subrayan que “*en el carácter de las acciones prácticas puede*

¹²⁹ *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, dentro de nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.

¹³⁰ *La guerra y la IV Internacional*, en nuestra serie *Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*.

haber diferencias considerables provocadas por la situación concreta de la guerra”: Por ejemplo, la tesis señala que, en caso de guerra entre la Unión Soviética y el Japón, debemos “no sabotear el envío de armas a la Unión Soviética”; en consecuencia, no debemos instigar huelgas que saboteen la manufactura de arma, etcétera. Es difícil no creer en lo que vemos. Los hechos han confirmado nuestras tesis notablemente en este sentido, con una fuerza indiscutible, y especialmente en Francia. Las reuniones de trabajadores vibraron por meses con el grito: “Aeroplanos para España”. Imaginen por un momento que Blum hubiera decidido enviar algunos. Imaginen que en este preciso momento estuviera en curso una huelga de estibadores o marineros. ¿Qué habría hecho Craipeau? ¿Se habría opuesto al grito “Aeroplanos para España”? ¿Habría aconsejado a los trabajadores en huelga hacer una excepción para esta carga de aeroplanos? Pero la Unión Soviética envió realmente aeroplanos (a un precio bastante alto y con la condición de apoyar el régimen capitalista, eso lo sé muy bien). ¿Habrían exhortado los bolcheviques leninistas a los trabajadores soviéticos a sabotear estos cargamentos? ¿Sí o no? Si mañana los trabajadores franceses supieran que dos barcos de municiones estaban siendo preparados para enviarlos uno al Japón y el otro a China, ¿cuál sería la actitud de Craipeau? Lo considero lo suficientemente revolucionario para exhortar a los trabajadores a sabotear el barco destinado a Tokio y dejar salir el barco para China, sin esconder sin embargo su opinión sobre Chiang Kai-shek y sin expresar la más mínima confianza en Chautemps. Eso es precisamente lo que dice nuestra tesis: “En el carácter de las acciones prácticas puede haber diferencias considerables provocadas por la situación concreta de la guerra.” Las dudas eran todavía posibles en lo relativo a esta fórmula en el momento en que los esbozos de la tesis eran publicados. Pero hoy, después de la experiencia de Etiopía, España y la guerra chino-japonesa¹³¹, cualquiera que hable de equivocación en nuestras tesis me parece un borbón ultraizquierdista, que no quiere saber nada ni olvidar nada.

Camarada Craipeau, el error está completamente de su parte. Su artículo está lleno de equivocaciones y es tiempo de librarse de ellas.

Sé muy bien que aun en sus errores está guiado por su odio a la opresión de la burocracia termidoriana. Pero los simples sentimientos, no importa cuán legítimos, no pueden remplazar una política correcta basada en hechos objetivos. El proletariado tiene razones suficientes para derrocar y expulsar a la burocracia estalinista corrompida hasta los huesos. Pero precisamente por eso no puede dejarle directa o indirectamente esa tarea a Hitler o al Mikado. Stalin derrocado por los trabajadores: he aquí un gran paso hacia el socialismo. Stalin aplastado por los imperialistas: es la contrarrevolución triunfante. ¡Ese es el sentido preciso de nuestra defensa de la Unión Soviética a escala mundial, análoga, desde este punto de vista, a la defensa de la democracia a escala nacional!

¹³¹ Italia invadió a Etiopía en 1935. La guerra chino-japonesa, que empezó en 1931 cuando Japón invadió Manchuria, fue extendida e intensificada por los japoneses en el verano de 1937 [ver *Escritos* 1936-37 en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940](#), Editorial Pluma, y también diversos materiales recogidos en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), [*Sobre la guerra chino-japonesa*] [Carta a Diego Rivera](#), y que próximamente reuniremos en un solo volumen]. La ayuda y el abastecimiento de estados Unidos e Inglaterra a China no comenzaron hasta después del ataque a Pearl Harbor en 1941.

¿Ni un Estado Obrero ni un Estado Burgués?¹³² (25 noviembre 1937)

25 de noviembre de 1937

Forma política y contenido social

Los camaradas Burnham y Carter¹³³ han colocado una nueva interrogación sobre el carácter de clase estado soviético. La respuesta que ellos dan, es en mi opinión, completamente errónea. Pero en cuanto estos camaradas no traten, como lo han hecho algunos ultraizquierdistas, de sustituir el análisis científico por gritos, podemos y debemos discutir seriamente con B y C este problema excepcionalmente importante.

B y C no olvidan que la principal diferencia entre la Unión Soviética y el estado contemporáneo burgués encuentra su expresión en el poderoso desarrollo de las fuerzas productivas como resultado de un cambio en la forma de la propiedad. Más adelante admiten que “la estructura económica establecida por la Revolución de Octubre permanece básicamente intacta.” De allí deducen que el deber del proletariado soviético y mundial consiste en defender a la Unión Soviética de los ataques imperialistas. En esto existe un acuerdo absoluto entre B y C y nosotros. Pero no importa cuán grande sea el grado de nuestro acuerdo, ello no significa que abarque todo el problema. Aunque B y C no se solidarizan con los ultraizquierdistas, consideran, sin embargo, que la Unión Soviética ha dejado de ser un estado obrero “en el sentido tradicional [¿?] que el marxismo otorga al término”. Pero puesto que la “estructura económica... aún permanece básicamente intacta”, la Unión Soviética no se ha transformado en un estado burgués. B y C niegan al mismo tiempo (y por esto no podemos menos que felicitarlos) que la burocracia es una clase independiente. El resultado de estas aserciones inconsistentes es la conclusión, la misma que deducen los estalinistas, de que el estado soviético, en general, no es una organización de dominación de clase. ¿Qué es entonces?

¹³² Tomado de León Trotsky, *Escritos, Tomo IX, Volumen 1*, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, páginas 88-105, edición en papel, y páginas 79-96 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). ¿Ni un estado obrero ni un estado burgués? *Internal Bulletin* (OCSPC), n° 3, diciembre de 1937. Fue una contribución de Trotsky a la discusión interna previa a la convención fundadora del SWP. El *Boletín Interno* n° 2 de noviembre de 1937, publicó un proyecto de la resolución sobre la Unión Soviética del comité preparatorio de la convención y un extenso anexo de Burnham y Carter que Trotsky analiza aquí. (El *Boletín Interno* n° 3, de diciembre de 1937, debería contener las respuestas de Burnham y Carter a Trotsky.).

¹³³ James Burnham y Joseph Carter: dirigentes de la fracción trotskysta del ala izquierda del Partido Socialista y más tarde del SWP. En las discusiones previas a la convención, representaban una tendencia de la dirección que buscaba modificar la caracterización de la Unión Soviética como estado obrero, pero insistían en que ellos continuarían apoyando a la URSS contra los ataques imperialistas. Además, empezaron a expresar aprehensiones sobre los aspectos centralistas de la política organizativa bolchevique. En la convención del SWP, su resolución sobre la Unión Soviética, recibió el voto de tres delegados, contra sesenta y nueve de la mayoría apoyada por Shachtman, Cannon y Abern. la resolución Burnham-Carter sobre el problema organizativo fue retirada cuando la mayoría acordó rectificaciones menores en su resolución. En 1940, Burnham y Carter, esta vez con Shachtman y Abern rompieron con el SWP, por el problema de la naturaleza de clase del estado soviético. Burnham se retiró pronto del schachtmanista Partido de los Trabajadores y se volvió más tarde propagandista del “macartismo” y de otros movimientos de ultraderecha. Además, fue editor de la revista de derecha *National Review*.

De este modo tenemos un nuevo intento de revisar la teoría de clase del estado. Se sobreentiende que no somos fetichistas; si algunos hechos históricos exigieran una revisión de la teoría, no dejaríamos de hacerlo. Pero la experiencia lamentable de los viejos revisionistas, debería, en todo caso, infundirnos una saludable cautela. Deberíamos sopesar en nuestras mentes diez veces más la antigua teoría y los nuevos hechos antes de atrevemos a formular una nueva doctrina.

B y C advierten de paso que en su dependencia de condiciones objetivas y subjetivas el gobierno del proletariado “puede expresarse en diferentes formas gubernamentales.” Para aclarar, añadiremos: o a través de una lucha abierta de diferentes partidos dentro de los sóviets, o a través del monopolio de un partido, o aun a través de la actual concentración de poder en las manos de un solo individuo. Por supuesto, la dictadura personal es un síntoma del más grave peligro para el régimen. Pero al mismo tiempo, es bajo ciertas condiciones, el único medio de salvarlo. En consecuencia, la naturaleza de clase del estado es determinada no por sus formas políticas, sino por su contenido social, es decir, por el carácter de las formas de propiedad y las relaciones productivas que dicho estado guarda y defiende.

En principio B y C no niegan esto. Si ellos a pesar de todo rehúsan ver un estado obrero en la Unión Soviética, es debido a dos razones, una de las cuales es de carácter económico y la otra de carácter político. “Durante el año pasado,” escriben, “la burocracia ha entrado definitivamente en el camino de la destrucción de la economía planificada y nacionalizada.” (¿Solamente ha “entrado en el camino”?). Más adelante leemos que el sistema de desarrollo “lleva a la burocracia a un conflicto siempre creciente y profundo con las necesidades e intereses de la economía nacionalizada.” (¿Solamente “lleva”?). La contradicción entre la burocracia y la economía se observó antes de esto, pero el año pasado “las acciones de la burocracia estaban saboteando activamente el plan y desintegrando el monopolio estatal.” (¿Solamente “desintegrando”? Por lo tanto, ¿no han desintegrado todavía?)

Como dijimos antes, el segundo argumento tiene un carácter político. “El concepto de la dictadura del proletariado, no es primordialmente una categoría económica sino predominantemente política... Todas las formas, órganos e instituciones del gobierno de clase del proletariado están ahora destruidos, lo cual quiere decir que el gobierno de clase del proletariado lo está.” Luego de haberse señalado “las diferentes formas” del régimen proletario, este segundo argumento, tomado en sí mismo, es inesperado. Por supuesto, la dictadura del proletariado, no sólo es “predominantemente” sino íntegra y totalmente una “categoría política”. Sin embargo, esta política es solamente economía concentrada. La dominación de la socialdemocracia en el estado y los sóviets (Alemania 1918-1919) no tenía nada en común con la dictadura del proletariado, pues dejaba inviolable la propiedad privada burguesa. Pero el régimen que defiende contra los imperialistas la propiedad confiscada y nacionalizada es, independientemente de las formas políticas, la dictadura del proletariado.

B y C admiten esto “en general”. Ellos por lo tanto recurren a combinar el argumento económico con el político. Dicen que la burocracia no solamente ha privado al proletariado del poder político, sino que ha llevado la economía a un callejón sin salida. Si en el período anterior la burocracia, con todas sus características reaccionarias, jugó un papel comparativamente progresivo, se ha tornado ahora definitivamente en un factor reaccionario. Este razonamiento tiene un eje correcto que concuerda completamente con todos los pronósticos y evaluaciones anteriores de la Cuarta Internacional. Más de una vez hemos hablado del hecho de que “el absolutismo ilustrado” ha jugado un papel progresivo en el desarrollo de la burguesía, para volverse después un freno a este desarrollo; el conflicto se resuelve, como es sabido, en la revolución. Al implantar las

bases para la economía socialista, escribimos que el “absolutismo ilustrado” puede jugar un papel progresivo solamente durante un período incomparablemente más corto¹³⁴. Este pronóstico está claramente confirmado ante nuestros ojos. Engañada por sus propios éxitos, la burocracia esperó obtener aun mayores coeficientes de crecimiento económico. Mientras tanto tropezó con una aguda crisis económica que se convirtió en una de las fuentes de su pánico actual y sus desenfrenadas represiones. ¿Significa entonces esto que el desarrollo de las fuerzas productivas en la Unión Soviética se ha detenido ya? No nos atreveríamos a hacer tal afirmación. Las posibilidades creativas de la economía nacionalizada, son tan grandes, que las fuerzas productivas, a pesar del freno burocrático que las limita, pueden desarrollarse por un período de años, aunque a un paso considerablemente más moderado que hasta ahora. Por el momento, apenas se puede hacer una predicción exacta en este sentido. En todo caso la crisis política que está despedazando la burocracia, es hoy considerablemente más peligrosa que la interrupción del desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, con el fin de simplificar el problema, concedamos que la burocracia se ha convertido ya en un freno absoluto para el desarrollo económico. ¿Pero significa este hecho en sí mismo que la naturaleza de clase de la Unión Soviética ha cambiado o que la Unión Soviética está desprovista de naturaleza de clase? Aquí reside según mi concepto el error principal de nuestros camaradas.

Hasta la Primera Guerra Mundial, la sociedad burguesa desarrolló sus fuerzas productivas. Sólo durante el último cuarto de siglo la burguesía se convirtió en un freno al desarrollo económico. ¿Significa esto que la sociedad burguesa ha dejado de ser burguesa? No; significa solamente que se ha transformado en una sociedad burguesa *decadente*. En varios países la preservación de la propiedad burguesa sólo ha sido posible, a través del establecimiento de un régimen fascista. En otras palabras, la burguesía está allí privada de todas las formas y medios de su propia dominación política directa y debe utilizar un intermediario. ¿Significa esto entonces que el estado ha dejado de ser burgués? En la medida en que el fascismo con sus métodos bárbaros defiende la propiedad privada de los medios de producción, en esa medida el estado continúa siendo burgués bajo el régimen fascista.

No pretendemos en absoluto dar a nuestra analogía un sentido omnímodo. Sin embargo, demuestra que la concentración de poder en manos de la burocracia, y aun el lento desarrollo de las fuerzas productivas por sí mismas, no cambia la naturaleza de clase de la sociedad y su estado. Solamente la intrusión de una fuerza revolucionaria o contrarrevolucionaria en las relaciones de la propiedad puede cambiar la naturaleza de clase del estado¹³⁵.

¹³⁴ Sin duda alguna Trotsky alude aquí a los análisis que desarrolló de 1929 a 1933 sobre la naturaleza “centrista” del aparato estalinista (o centrismo burocrático), desembocando en una forma de bonapartismo, centrismo cuya conducta política caracterizaba de esta forma en algunas líneas: “Stalin combate a la derecha acicateado por la Oposición. Libra esa lucha como el centrista que es: las rupturas por la derecha y por la izquierda lo obligan a ubicarse a igual distancia de la línea proletaria y de la abiertamente oportunista.” [*Escritos, Tomo I, Volumen 1*, página 143 del formato pdf; el resto de la cita aportada por EDI sin solución de continuidad no figura en la referencia aportada por la editorial francesa, “En este sentido muy limitado, el aparato, obligado a realizar la colectivización y la industrialización, ejerce un papel de déspota ilustrado por encima de las clases”. Referencia de EDI: *Ecrits*, T 1, M. Rivière, Paris 1955, p. 70. EIS]. EDI.

¹³⁵ *The New Leader* de Londres, bajo la dirección de Fenner Brockway, escribe en un editorial fechado el 12 de noviembre de este año. “El Partido Laborista Independiente no acepta el punto de viste trotskysta de que las bases económicas del socialismo han sido destruidas en la Rusia soviética.” ¿Qué puede uno decir acerca de esta gente? No entienden los pensamientos de los demás, porque no tienen ninguno propio. Solamente pueden sembrar confusión en las mentes de los trabajadores. [*Nota de León Trotsky.*] *The New Leader*: periódico del Independent Labour Party [ILP, Partido Laborista Independiente] británico, el cual fue fundado en 1893: ayudó a fundar el Partido Laborista, que abandonó en 1931, para luego asociarse con

¿Pero no conoce realmente la historia casos de conflicto de clases entre la economía y el estado? ¡Por supuesto que sí! Después de que el “tercer estado” tomó el poder, la sociedad continuó siendo feudal por un período de varios años. En los primeros años del gobierno soviético, el proletariado reinó en base a la economía burguesa. En el campo de la agricultura la dictadura del proletariado operó por un número de años en base a la economía pequeñoburguesa (aún hoy opera así en grado considerable). Si una contrarrevolución burguesa tuviese éxito en la Unión Soviética, por un largo período de tiempo el nuevo gobierno tendría que basarse en la economía nacionalizada. Pero, ¿qué significa este tipo de conflicto temporal entre la economía y el estado? Significa una *revolución* o una *contrarrevolución*. La victoria de una clase sobre otra significa la reconstrucción de la economía de acuerdo a los intereses de los triunfadores. Pero tal condición dicotómica, la cual es una etapa necesaria en todo vuelco social, no tiene nada en común con la teoría de un estado sin clases que, a falta de un verdadero jefe, está siendo explotado por un empleado, es decir, la burocracia.

Norma y hecho

Es la sustitución de un método objetivo y dialéctico por uno subjetivo y “normativista” lo que dificulta a muchos camaradas llegar a una evaluación sociológica correcta de la Unión Soviética. No sin razón Burnham y Carter afirman que ésta no puede ser considerada un estado obrero “en el sentido tradicional que el marxismo otorga al término”. Esto simplemente significa que la Unión Soviética no se ajusta a las normas de un estado obrero tal como está expuesto en nuestro programa. En este sentido no puede haber desacuerdo. Nuestro programa contaba con un desarrollo progresivo del estado obrero y por lo tanto con su gradual extinción. Pero la historia que no siempre actúa “de acuerdo a un programa” nos ha confrontado con el proceso de degeneración del estado de los trabajadores.

Pero, ¿significa esto que un estado obrero que entra en conflicto con las exigencias de nuestro programa, deja de ser por tanto un estado obrero? Un hígado enfermo de malaria no corresponde a un tipo normal de hígado, pero no por eso deja de serlo. Para la comprensión de su naturaleza, la anatomía y la fisiología no son suficientes; también es necesaria la patología. Por supuesto es mucho más fácil ver el hígado enfermo y decir: “No me gusta este objeto” y darle la espalda, Pero un médico no puede permitirse ese lujo. De acuerdo a las condiciones de la enfermedad y a la deformación resultante del órgano, debe recurrir o bien a un tratamiento terapéutico (“reformas”) o a la cirugía (“revolución”). Pero para poder hacer esto debe primero que todo comprender que el órgano deformado es un hígado y no otra cosa. Pero tomemos una analogía más familiar; aquélla entre un estado obrero y un sindicato. Desde el punto de vista de nuestro programa, el sindicato debería ser una organización de la lucha de clases. ¿Cuál debería ser entonces nuestra actitud hacia la Federación Norteamericana del Trabajo?¹³⁶ En su dirección se encuentran reconocidos agentes de la burguesía. Ante todos los problemas esenciales, los señores Green, Woll y compañía sostienen una línea política directamente opuesta a los intereses del proletariado. Podemos ampliar la analogía y decir que, si hasta la aparición del CIO¹³⁷ la Federación Norteamericana del Trabajo llevó a cabo una labor

el centrista Buró de Londres. Regresó al Partido Laborista en 1939. Fenner Brockway (n. 1890): adversario de la Cuarta Internacional y secretario del Buró de Londres. También fue dirigente del ILP.

¹³⁶ La American Federation of Labor [AFL, Federación Norteamericana del Trabajo] era una federación conservadora de sindicatos, cuyo presidente era William Green (1873-1952) y uno de cuyos vicepresidentes era Matthew Woll (1880-1956).

¹³⁷ El Congress of Industrial Organizations [CIO, Congreso de Organizaciones Industriales] se organizó originalmente en 1935 como un comité dentro de la AFL. Los dirigentes de ésta se rehusaron a responder

de alguna manera progresiva, ahora que el principal contenido de su actividad se centra en una lucha contra las tendencias más progresistas (o menos reaccionarias) del CIO, todo el aparato de Green se ha convertido en un factor definitivamente reaccionario. Esto sería completamente correcto. Pero la AFL no deja de ser por esto una organización sindical.

El carácter de clase del estado está determinado por su relación con las formas de propiedad de los medios de producción. El carácter de una organización obrera, como un sindicato, está determinado por su relación con la distribución de la renta nacional. El hecho de que Green y Compañía defienden la propiedad privada de los medios de producción los caracteriza como burgueses. Si además estos caballeros defendieran los ingresos de los burgueses de los ataques de los trabajadores, dirigieran una lucha contra las huelgas, contra el alza de salarios, contra la ayuda a los desempleados; entonces tendríamos una organización de esquirols y no un sindicato. Sin embargo, Green y Cía., con el fin de no perder su base, deben, dentro de ciertos límites, dirigir la lucha de los trabajadores por un aumento (o por lo menos contra una disminución) de su parte en la renta nacional. Este síntoma objetivo es suficiente en todos los casos importantes para permitirnos trazar una línea de demarcación entre el sindicato más reaccionario y una organización de esquirols. Estamos pues moralmente obligados no solamente a continuar trabajando en la AFL, sino a defenderla contra los esquirols, el Ku Klux Klan y elementos similares.

La función de Stalin como la de Green tiene un doble carácter, Stalin sirve a la burocracia y por lo tanto a la burguesía mundial; pero él no puede servir a la burocracia sin defender la base social que la burocracia explota en su propio interés. Hasta ese punto, Stalin defiende la propiedad nacionalizada contra los ataques imperialistas y contra las capas demasiado impacientes y avaras de la burocracia misma. Sin embargo, él lleva a cabo esta defensa con métodos que preparan la destrucción general de la sociedad soviética. Es exactamente por esto que la camarilla estalinista debe ser derrocada, pero es el proletariado revolucionario quien debe hacerlo. El proletariado no puede subcontratar este trabajo a los imperialistas. A pesar de Stalin, el proletariado defiende a la Unión Soviética de los ataques imperialistas.

El desarrollo histórico nos ha acostumbrado a una gran variedad de sindicatos: combativos, reformistas, revolucionarios, reaccionarios, liberales y católicos. Con el estado obrero se da lo contrario. Este fenómeno lo vemos ahora por primera vez. Esto explica nuestra inclinación a atacar a la Unión Soviética desde el punto de vista de las *normas* del programa revolucionario. Al mismo tiempo el estado de los trabajadores es un *hecho* objetivo histórico, el cual está siendo sometido a la influencia de diferentes fuerzas históricas y puede, tal como vemos, llegar a una contradicción total con las normas “tradicionales”.

Los camaradas B y C están en lo correcto cuando dicen que Stalin y Cía. sirven con su política a la burguesía internacional. Pero esta afirmación, aunque correcta, debe establecerse en las condiciones precisas de tiempo y lugar. Hitler también sirve a la burguesía. Sin embargo, entre las funciones de Hitler y Stalin hay una diferencia. Hitler defiende las formas burguesas de propiedad. Stalin adapta los intereses de la burocracia a las formas proletarias de la propiedad. El mismo Stalin en España, es decir, en el terreno de un régimen burgués, ejerce la función de Hitler (en sus métodos políticos poco difieren uno del otro). La yuxtaposición de los diferentes papeles sociales desempeñados por el mismo Stalin en la Unión Soviética y España demuestra igualmente que la burocracia no

a la necesidad de nuevas y poderosas organizaciones que representaran a los trabajadores radicalizados en base a una escala industrial, y en 1938 expulsaron a los sindicatos del CIO obligándolos a establecer su propia organización nacional. La AFL y el CIO se unieron en 1955.

es una clase independiente sino el instrumento de las clases; y que es imposible definir la naturaleza social de un estado por la virtud o la vileza de la burocracia.

La afirmación de que la burocracia de un estado obrero tiene un carácter burgués debe aparecer no solamente ininteligible, sino completamente sin sentido para personas de una estructura mental formal. Sin embargo, tipos de estado químicamente puros nunca existieron ni existen en general. La monarquía semifeudal prusiana ejecutó las tareas más importantes de la burguesía, pero las llevó a cabo a su manera, es decir, en un estilo feudal, no jacobino. En el Japón observamos aún hoy una correlación análoga entre el carácter burgués del estado y el carácter semifeudal de la casta dirigente. Pero todo esto no nos impide diferenciar claramente entre una sociedad feudal y una burguesa. Se puede objetar, es cierto, que la colaboración de fuerzas feudales y burguesas se realiza más fácilmente que la colaboración de fuerzas proletarias y burguesas, por cuanto en el primer caso se trata de clases explotadoras. Esto es absolutamente correcto. Pero un estado obrero no crea una nueva sociedad en un día. Marx escribió que, en el primer período de un estado obrero, se preservan las normas burguesas de distribución. (Véase *La revolución traicionada*, sección “El socialismo y el estado”, página 31 y siguientes del formato pdf). Hay que reflexionar muy bien sobre este pensamiento y meditarlo hasta el fin. El estado de los trabajadores como estado, es necesario precisamente porque las normas burguesas de distribución todavía subsisten.

Esto significa que aun la burocracia más revolucionaria es hasta cierto punto un *órgano burgués* en el estado obrero. Por supuesto, el *grado* de este aburguesamiento y la tendencia general de desarrollo tienen una importancia decisiva. Si el estado obrero pierde su burocratización y ésta se extingue gradualmente, ello significa que su desarrollo marcha por el camino del socialismo. Por el contrario, si la burocracia se vuelve más poderosa, autoritaria, privilegiada y conservadora, esto significa que en el estado de los trabajadores las tendencias burguesas crecen a expensas de las socialistas; en otras palabras, esa contradicción interior que *hasta cierto punto* se alberga en el estado de los trabajadores desde los primeros días de su aparición no disminuye como lo exige la “norma”, sino que aumenta. Sin embargo, mientras esta contradicción no pase de la esfera de la distribución a la de la producción y no destruya la propiedad nacionalizada y la economía planificada, el estado continúa siendo un estado obrero.

Lenin ya lo había dicho hace quince años: “Nuestro estado es un estado obrero, pero con deformaciones burocráticas.” En ese período la deformación burocrática representaba una herencia directa del régimen burgués, y en ese sentido se presentaba como una simple reliquia del pasado. Sin embargo, bajo la presión de condiciones históricas desfavorables, la “reliquia” burocrática recibió nuevas fuentes de nutrición y se convirtió en un tremendo factor histórico. Es exactamente por esto que hablamos ahora de la degeneración del estado obrero. Esta degeneración muestra cómo la actual orgía de terror bonapartista ha llegado a un punto crucial. Aquello que era una “deformación burocrática” se prepara hoy para devorar al estado obrero, sin dejar restos de él, y sobre las ruinas de la propiedad nacionalizada construir una nueva clase propietaria. Esta posibilidad está increíblemente cerca. Pero todo esto es solamente una posibilidad y no tenemos intenciones de arrodillarnos desde ahora ante ella.

La Unión Soviética como estado obrero no concuerda con la norma “tradicional”. Esto no significa que no sea un estado de los trabajadores. Tampoco significa que la norma sea falsa. La “norma” contaba con la victoria total de la revolución proletaria internacional. La Unión Soviética es sólo una expresión parcial y mutilada de un estado obrero atrasado y aislado.

El pensamiento idealista, ultimata, “puramente” normativo, desea construir el mundo a su propia imagen y simplemente se aleja de los fenómenos que no le agradan.

Los sectarios, es decir, la gente que es revolucionaria solamente en su imaginación, se guían por normas idealistas vacías. Dicen: “estos sindicatos no nos gustan, no perteneceremos a ellos; este estado de los trabajadores no nos gusta, no lo defenderemos.” Constantemente prometen empezar de nuevo la historia. Construirán un estado de los trabajadores ideal, cuando Dios ponga en sus manos, un partido y un sindicato ideales. Pero hasta que no llegue este momento feliz, harán pucheros ante la realidad. Un gran puchero, que es la expresión suprema del “revolucionarismo” sectario.

El pensamiento puramente “histórico” reformista, menchevique, pasivo y conservador, se ocupa en justificar, como lo expresó Marx, las porquerías de hoy con las de ayer. Representantes de este tipo entran a las organizaciones de masas y allí se disuelven. Los “amigos” despreciables de la Unión Soviética se adaptan a la vileza de la burocracia, invocando las condiciones “históricas”.

A diferencia de estas dos formas de pensar, el pensamiento dialéctico (marxista, bolchevique) toma los fenómenos en su desarrollo objetivo y al mismo tiempo encuentra en las contradicciones internas de este desarrollo la base de realización de sus “normas”. Por supuesto es necesario recordar que las normas programáticas sólo se realizan si son la expresión generalizada de las tendencias progresivas del “*proceso histórico objetivo*.”

La definición programática de un sindicato debería ser, aproximadamente, así: una organización de trabajadores de industria o comercio, con el objetivo de 1) luchar contra el capitalismo por el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores, 2) participar en la lucha por el derrocamiento de la burguesía, 3) participar en la organización de la economía sobre una base socialista. Si comparamos esta definición “normativa” con la realidad, nos vemos obligados a decir: en el mundo actual, no existe un solo sindicato. Pero una transposición tal de la norma al hecho, es decir, de la expresión *generalizada* del desarrollo a la manifestación *particular* del mismo... una transposición tan formal, ultimata y antidialéctica del programa a la realidad es absolutamente muerta y no abre ninguna perspectiva para la intervención del partido revolucionario. Al mismo tiempo, los sindicatos oportunistas existentes, bajo la presión de la desintegración capitalista, *pueden* (y con una política correcta de nuestra parte *deben*) acercarse a nuestras normas programáticas y jugar un papel histórico progresivo. Esto, por supuesto, presupone un cambio de dirección total. Es necesario que los trabajadores de Estados Unidos, Inglaterra y Francia expulsen a Green, Citrine, Jouhaux y Compañía¹³⁸. Es necesario que los trabajadores soviéticos expulsen a Stalin y Compañía. Si el proletariado elimina a tiempo a la burocracia soviética, entonces encontrará los medios de producción nacionalizados y los elementos básicos de la economía planificada, después de su victoria. Esto significa que no tendrá que empezar desde el comienzo. ¡Es una gran ventaja! Solamente los radicales imbéciles acostumbrados a saltar descuidadamente de rama en rama pueden descartar atolondradamente tal posibilidad. La revolución socialista es un problema demasiado grande y difícil para uno ignorar superficialmente su inestimable logro material y comenzar desde el principio.

Es estúpido que los camaradas B y C a diferencia de nuestro camarada francés Craipeau y otros, no olvidan el factor de las fuerzas productivas y no niegan su defensa a la Unión Soviética. Pero esto es absolutamente insuficiente. Y, ¿qué pasaría si la dirección criminal de la burocracia paralizara el crecimiento económico? ¿Sería posible en tal caso que los camaradas B y C permitan pasivamente al imperialismo destruir las bases sociales

¹³⁸ Sir Walter Citrine (n. 1887): secretario general del Congreso de Sindicatos Británicos de 1926 a 1946. Fue armado caballero por su servicio al capitalismo británico en 1935 y se le dio el título de Barón en 1946. (Fontamara). Léon Jouhaux (1870-1954). Dirigente de la CGT desde la Primera Guerra Mundial; anarcosindicalista hasta la declaración de la guerra devino socialpatriota al día siguiente. Uno de los inspiradores de Force Ouvrière (Fuerza Obrera) en 1947. EDI.

de la Unión Soviética? Estamos seguros de que este no es el caso. Sin embargo, su definición antimarxista de la Unión Soviética como un estado no burgués y tampoco obrero, abre la puerta a *toda clase* de conclusiones. Es la razón por la cual esta definición debe ser categóricamente rechazada.

Simultáneamente una clase oprimida y una clase dirigente

“¿Cómo puede nuestra conciencia política no resentirse ante el hecho de que quieren forzarnos a creer, que, bajo el gobierno de Stalin, el proletariado es la “clase dominante” de la URSS...?” Esto dicen los ultraizquierdistas. Tal afirmación formulada de una manera tan abstracta puede despertar nuestro “resentimiento”. Pero la verdad es que categorías abstractas, necesarias en el proceso analítico, son completamente inadecuadas para la síntesis, la cual exige la más absoluta concreción. El proletariado de la Unión Soviética es la clase dirigente en un país *atrasado* donde todavía no se satisfacen las más vitales necesidades. El proletariado de la Unión Soviética sólo gobierna a una doceava parte de la humanidad. El imperialismo gobierna a las once partes restantes. El gobierno del proletariado, mutilado ya por la pobreza y el atraso del país, es doble y triplemente deformado por la presión del imperialismo. El órgano del gobierno del proletariado (el estado) se vuelve un órgano de presión del imperialismo (la diplomacia, el ejército, el comercio exterior, las ideas y las costumbres). La lucha por la dominación, considerada en una escala histórica, no es entre el proletariado y la burocracia, sino entre el proletariado y la burguesía mundial. La burocracia es solamente el mecanismo transmisor de la lucha. Esta no ha terminado. A pesar de todos los esfuerzos de la camarilla moscovita por demostrar la autenticidad de su conservadorismo (¡la política contrarrevolucionaria de Stalin en España!), el imperialismo mundial no confía en Stalin, ni le ahorra los golpes más humillantes, y está listo a derrocarlo en la primera oportunidad favorable. Hitler (y allí radica su fuerza) simplemente expresa de una manera más consistente y franca la actitud de la burguesía mundial hacia la burocracia soviética. Para la burguesía, tanto fascista como democrática, las hazañas contrarrevolucionarias de Stalin no son suficientes; necesita una contrarrevolución total en las relaciones de propiedad y la apertura del mercado ruso. Mientras éste no sea el caso, la burguesía considera hostil al estado soviético. Y tiene toda la razón.

El régimen interno de los países coloniales y semicoloniales tiene un carácter predominantemente burgués. Pero la presión del imperialismo extranjero altera y distorsiona de tal manera la estructura económica y política de estos países que la burguesía nacional (aun en los países políticamente independientes de América del Sur) apenas alcanza parcialmente la altura de una clase dirigente. Es verdad que la presión del capitalismo en países atrasados, no cambia su carácter social *básico*, puesto que el opresor y el oprimido representan solamente niveles de desarrollo diferentes en la misma sociedad burguesa. Sin embargo, la diferencia entre Inglaterra y la India, el Japón y China, Estados Unidos y México es tan grande, que diferenciamos estrictamente entre países burgueses opresores y oprimidos y consideramos nuestro deber apoyar a estos últimos. La burguesía de países coloniales y semicoloniales es una clase semidirigente, semioprimida.

La presión del imperialismo sobre la Unión Soviética tiene como objetivo el cambio de la naturaleza misma de esta sociedad. La lucha, hoy pacífica, mañana militar, concierne a las formas de propiedad. En su calidad de mecanismo transmisor en esta lucha, la burocracia se apoya ya en el proletariado contra el imperialismo, ya en el imperialismo contra el proletariado, con el fin de aumentar su propio poder. Al mismo tiempo, explota sin misericordia su papel de distribuidor de las escasas necesidades vitales, con el objeto de proteger su propio poder y bienestar. Por consiguiente, el gobierno del proletariado asume un carácter mezquino, restringido y distorsionado. Se

puede decir con toda razón que el proletariado, *gobernando* un país atrasado y aislado, continúa siendo una clase *oprimida*. El origen de la opresión es el imperialismo mundial; el mecanismo transmisor de la opresión... la burocracia. Si en la frase “una clase dirigente y al mismo tiempo oprimida” hay una contradicción, ésta surge no de un error de pensamiento, sino de las contradicciones en la situación de la Unión Soviética misma. Es precisamente por esto que rechazamos la idea de socialismo en un solo país.

El reconocimiento de la Unión Soviética como estado obrero (no un tipo, sino la mutilación de un tipo) no significa en absoluto dar una amnistía teórica y política a la burocracia soviética. Por el contrario, su carácter reaccionario sólo se expresa totalmente a la luz de la contradicción entre su política antiproletaria y las necesidades del estado obrero. Sólo planteando el problema de esta manera, nuestra revelación de los crímenes de la camarilla estalinista cobra su total fuerza. La defensa de la Unión Soviética, significa no solamente la lucha suprema contra el imperialismo, sino una preparación para el derrocamiento de la burocracia bonapartista.

La experiencia de la Unión Soviética demuestra cuán inmensas son las posibilidades del estado obrero y su fuerza de resistencia. Pero esta experiencia también nos demuestra cuán poderosa es la presión del capitalismo y su agencia burocrática, cuán difícil es para el proletariado obtener la liberación total y cuán necesario es educar y templar la nueva internacional en el espíritu de la irreconciliable lucha revolucionaria.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
 - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

